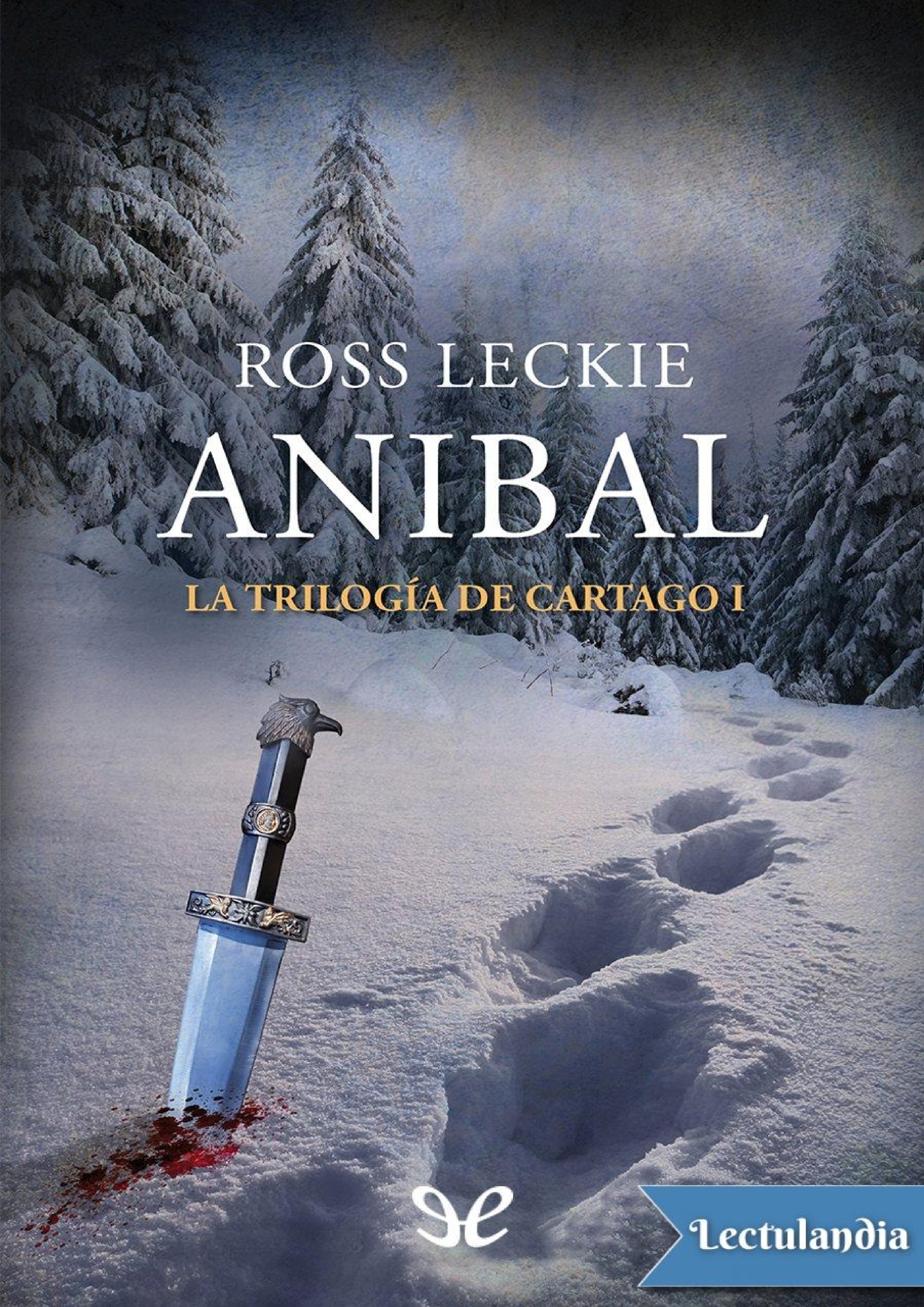

ROSS LECKIE
ANIBAL
LA TRILOGÍA DE CARTAGO I
Lectulandia

Magullado y derrotado, a las puertas de la muerte, Aníbal echa la vista atrás y recuerda sus orígenes en la costa norteafricana, pero también todas sus aventuras, triunfos y fracasos, hasta el momento de cruzar los Alpes. Desde la conciencia del guerrero, Leckie nos acerca a los pensamientos, convicciones y sentimientos de un general que cambió el rumbo de la historia y se ha convertido en un personaje legendario. La conciencia de Aníbal sufre a lo largo de la novela un giro intenso. Y esto, junto a la narración de las batallas contra los romanos, donde los conocimientos tácticos y estratégicos del autor se ponen al servicio de la perspicacia narrativa, conforman un relato duro, durísimo, tal como era la vida entonces. Con ello, Leckie no solo logra un nivel de profundidad excepcional en su análisis de la figura de Aníbal, sino que acerca al lector con insólita fuerza y dramatismo a su persona y a su tiempo. «La trilogía Cartago» está formada por tres novelas independientes que responden a un mismo hilo conductor y contiene todos los elementos de una buena novela histórica: ambientación, documentación, argumento compensado e intriga. Ross Leckie ha conseguido construir un sólido edificio literario partiendo de un hecho histórico conocido por todos (la destrucción de Cartago) y de dos personajes tan importantes como enigmáticos (Aníbal y Escipión). Todo en este relato encaja de manera perfecta.

Ross Leckie

Aníbal

La trilogía de Cartago — 1

ePub r1.0
diegoan 27.08.2021

Título original: *Hannibal*
Ross Leckie, 1995
Traducción: Ana María de la Fuente Rodríguez

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1


Índice de contenido


EL MUNDO DE ANÍBAL
Alpes
GALIAS
Pirineos
Volcos
LIGURIA
Río Iberus
HISPANIA
Rhoda
Emporiom
Tarraco
Río Ana
ORETANOS
Sagunto
TARTESSOS
Gades
Río Betis
BASTETANOS
Cartagonova
Calpe
Islas Baleáricas
Río Po
R. Trebia
Plancentia
Bolon
Genua
ETRURIA
Córcega
Roma
Lago Trasimeno
Capua
Cerdeña
Mar Tirreno
ILIRIA
Mar Adriático
Cannas
Tarento
Turio
Crotona
Sicilia
Siracusa
Mar Jónico
Cartago
Río Bagrada
Cercina
Zama
Adrumeto
Cirta
NUMIDIA
Siga
MAURETANIA
Zartana
MACEDONIA
Cinocéfalos
Mar Egeo
Atenas
Creta
Cnosos
Rodas
Pérgamo
Éfeso
Helesponto
Mar Negro
BITINIA
ASIA
CAPADOCIA
Antioquía
SIRIA
Chipre
FENICIA
Tiro
Cirene
Barca
Río Nilo
EGIPTO

Para Sophia

οἱ μὲν ἰππήων στρότον, οἱ δὲ πέσδων,
οἱ δέ νάων φαῖς΄ ἐπὶ γᾶν μέλαιναν
ἔμμεναι κάλλιστονε ἔγω δέ κῆν΄ ὄτ
τω τις ἔραται

SAFO

“ *Nullus amor populis nec foedera sunto…*
Litara litoribus contraria, fluctibus undas
Imprecor arma armís: pugnent ipsique nepotesque.

“ *¡Entre ambos pueblos, ni amistad ni pacto!*
Así lo dictamino: ¡mar contra mar y playa
contra playa, legión contra legión,
en pugna eterna, padres, hijos y nietos
de los nietos!”.

Virgilio, Eneida IV, 624 ss.
(Maldición de Dido, reina de Cartago, contra los romanos)

“ *Bellum máxime omnium memorabile*
quae unquam gesta sunt…
Hannibale duce carthagínienses cum
populo Romano gessere.

“ *La guerra que sostuvo Cartago contra Roma*
bajo el liderazgo de Aníbal…
es la más memorable de todas las guerras
que se han librado hasta ahora”.

Tito Livio, Ab urbe condita, XXI. 1

PRÓLOGO

Ahora soy viejo y el tiempo de mi pueblo pasó. La estirpe de los Barca no seguirá combatiendo contra los odiados romanos. El paraíso de Mitra alberga a los que he amado, almas que no se han abrasado en el río de la Prueba. Pronto me reuniré con ellas.

Los cuervos y los buitres se ciernen sobre Cartago. Vislumbro su fin. Nuestras naves fueron hundidas o apresadas hace tiempo. Sus remos de roble de Bashan y de los Asuritas están rotos, ya no se oye su rítmico balanceo. Mi ejército está disperso. Yo me hallo lejos.

Desnudo estoy, a causa del calor, en aposento ajeno, en tierra extranjera, solo. Han enviado a buscarme. No he querido huir y no tardarán en llegar. Muy arduo y peligroso les parece esperar la muerte de un anciano. Se me agarrota el cuerpo. Palpitan las heridas. Soy como el roble viejo y seco que se yergue solitario en medio de un campo y contra el que el ganado se ha restregado demasiado tiempo. A pesar de todo, contaré mi historia y acabaré. Veo mi cuerpo y sus muchas cicatrices. Todas delante. Los romanos jamás me apresarán.

1

CARTAGO

Los recuerdos de los niños son profundos y extraños. El hombre adulto debe esforzarse por atravesar el pasado para llegar hasta ellos y descubrirlos. Es mejor recordar en vida porque si no lo haces tendrás que hacerlo a la hora de la muerte… o después. Lo he visto muchas veces, porque he visto muchas muertes. Mi amigo Mahárbal tardó tres semanas en morir, cuando una espada le atravesó el estómago. Estábamos en el corazón de la Campania, en las montañas, cuando nos sorprendió una patrulla romana. Solo yo estuve a su lado al final. Nadie más podía soportar el hedor de la putrefacción de sus entrañas. En la agonía de la muerte, se puso a revivir nuestra infancia en Hispania, y me llamaba a gritos, igual que cuando hacíamos galopar a nuestros caballos por las playas de Gadir. Rememoró muchas cosas durante aquella última noche. Después, al amanecer, entregó su espíritu, pero lo hizo en paz.

Tanit-pené-Baal, e] dios de los sueños y de la muerte, así lo ha dispuesto. Primero tenemos que cruzar el río de la Prueba y después el río del Olvido —Ashroket en lengua púnica—, y rememorar toda nuestra vida, para que el espíritu pueda ser libre. Si no lo hacemos así, vagaremos por toda la eternidad junto a las almas en pena, por una de las orillas del Ashroket. Allí se levanta un olmo gigante con ramas que se abren como brazos, cargadas de años. En él moran las almas en pena, que con anhelo extienden los brazos hacia la otra orilla, y son tan numerosas como las hojas del bosque que caen bajo el frío del otoño.

Ha llegado el momento de prepararme para cruzar sus aguas. Yo, que siempre fui un luchador, me inclino ahora ante el dios. Es mi hora, la hora de los miles que murieron por mi causa y ahora esperan que yo rinda cuentas de sus recuerdos, para que también ellos puedan pasar al otro lado en paz.

Hay mucha sangre… Sangre y odio.

* * *

Yo debía de tener tres o cuatro años. Me hallaba en el patio de nuestra casa de Cartago, jugando a las canicas. Conmigo estaba Magón, mi hermano. Las palmeras se mecían con la brisa. De pronto, llenó el aire el bramido del corynx, la trompeta de guerra cartaginesa. Llegó corriendo mi madre, que estaba embarazada.

—Venid, hijos, deprisa. Vuestro padre os llama.

La seguimos hasta la sala de mi padre, que se levantaba sobre una terraza escalonada y asentada en robustos cimientos. En sus paredes de bronce había incrustados diamantes, berilos, rubíes de las tres clases, zafiros de cuatro, esmeraldas de doce, topacios del monte Zabacra, ópalos de Bactriana y glossopetrae caídas de la luna. Nunca hasta entonces había cruzado sus puertas escarlata cuarteadas por una cruz negra, ni sus rejas de oro batido que impedían la entrada a los escorpiones.

En el interior reinaba el silencio, a pesar de que la sala estaba llena de gente. Además de cartagineses, vi ligures, baleáricos, negros, númidas, lusitanos, cántabros, capadocios, lidios, celtíberos, dorios… hombres de todos los rincones de la tierra, porque con todos hemos tratado siempre. Nos abrieron paso. Al fondo de la sala, de pie en un estrado, estaba Amílcar, mi padre, cansado y sucio del viaje. El sudor había dibujado líneas en el polvo gris que cubría su rostro.

Frente a mi padre había un hombre, extraño tanto por el color de su piel como por su vestimenta.

—Yo te pregunto, Marco Atilio Régulo, ¿qué clemencia puedes esperar de nosotros? ¡Contesta!

La respuesta del hombre se oyó con claridad en medio del silencio.

—Yo te contesto, Amílcar Barca, lo que te contestarían muchos que son más grandes de lo que tú puedas llegar a ser: Summa sedes non capit dúos. Haz conmigo lo que debas hacer.

Entonces no entendí aquellas palabras en latín. No fue hasta algún tiempo después que Sueno de Calacte, mi preceptor, me explicaría su significado: «Al poder supremo no pueden llegar dos», palabras que temo que, hoy más que nunca, inspiran la política de Roma. Sonrío al recordar cómo devolví las palabras de Régulo en especie, con el grito de guerra Hannibal adportas, «Aníbal está ante vuestras puertas»; un grito que llenaría el pensamiento de los romanos durante los muchos años en que los hice danzar a mi antojo.

Pero sí entendí el rugido de cólera que provocó en la sala la respuesta de aquel hombre. Mi padre se mantuvo impertérrito. Levantó las manos para pedir silencio.

—Cartagineses, aliados, amigos, ya habéis oído a este hombre. Ya conocéis a Régulo, el cónsul romano al que derrotamos y capturamos hace diez años, cuando invadió nuestras tierras de África.

Quizá debimos crucificarlo entonces. Pero lo enviamos a Roma para que negociara la paz, con la condición de que regresara. Porque, ¿qué otra cosa hemos pedido siempre a los romanos, sino que nos dejen en paz, nosotros, que llegamos a los confines del mundo antes de que ellos fueran ni siquiera un pueblo? ¿Cuándo hemos buscado la guerra, sino cuando estas víboras, estos conquistadores y colonizadores codiciosos, han perturbado nuestro comercio y se han apoderado de nuestras tierras?

Tres veces ha concertado Cartago solemnes tratados de paz con Roma. Tres veces los romanos han roto su palabra. Y nosotros nos rebelamos, como es nuestro deber.

Un murmullo de asentimiento y de indignación se alzó y extinguió, cual susurro de guijarros en la orilla cuando se retira la ola.

—A este hombre, Régulo, lo enviamos a Roma. ¿Y qué ha aconsejado a su Senado? ¡No la paz, sino más guerra! Sabed, pues, que la guerra es lo que tendrá. Yo, sufeta de Cartago, hablando en nombre del Consejo de Ancianos, digo: que se cumpla la costumbre.

Era lo que todos esperaban. Dos hombres se adelantaron y sujetaron a Régulo uno por cada brazo. Un tercero dio a mi padre un cuchillo de hoja corta y afilada, y volvió a Régulo de cara a nosotros. Con un rápido movimiento, mi padre asió la larga nariz del romano con el índice y el pulgar de la mano izquierda y la cortó con el cuchillo que empuñaba con la derecha. Régulo dio un alarido y cayó al suelo. El charco que se formó en el polvo fue la primera sangre romana que vi. No sentí nada.

A mi lado, Magón empezó a lloriquear. Mi madre lo asió por el pelo y le obligó a mirar.

Mi padre, Amílcar Barca, se arrodilló. Los dos hombres mantenían al romano contra el suelo.

Cuando mi padre empezó a extender el brazo, supe lo que iba a hacer. También yo cortaría lenguas años después. Los gritos del romano quedaron ahogados en su propia sangre. Mi padre se levantó y dijo:

—Enviadlo otra vez a Roma. Ahora ya no podrá pedir ni paz, ni guerra —y dicho esto, salió de la sala.

Mi madre nos envió a nuestra habitación. Magón lloraba. Yo me tendí en el lecho. No comprendía muy bien lo que había ocurrido. Pero intuía que no era necesario comprender. Se abrió la puerta. Entró mi padre, ahora ya aseado y con ropa limpia. Me incorporé rápidamente.

—Aníbal, Magón —dijo muy serio—. Aún sois jóvenes, pero nunca es pronto para aprender lo que habéis aprendido hoy. Entra, Hamilax.

Hamilax era el mayordomo de mi padre. ¿Cuánto hacía que servía a nuestra familia? Nunca lo supe, pero era muy viejo y tenía profundos pliegues en la cara.

—Hijos, hay muchas cosas que las palabras no pueden describir —dijo mi padre—. Lo que habéis visto hoy es una de estas cosas. Y ahora veréis otra. Hamilax, quítate la túnica.

Hamilax, de pie frente a nosotros, se despojó de la túnica. De cintura para arriba, tenía la piel rugosa y escarlata, como la superficie del mar cuando la riza el viento al ponerse el sol. Hamilax dio entonces media vuelta. La piel de su espalda hubiera estado exactamente igual, si no fuera por el gran número de cicatrices que el látigo había dejado en ella. Nosotros mirábamos en silencio.

—Gracias, Hamilax. Puedes irte —dijo mi padre. Vi que el mayordomo hacía una mueca de dolor al arrodillarse para recoger la túnica. Vi también que se le transparentaban las costillas.

—Eso se lo hicieron los romanos. —Mi padre se sentó en mi cama—. Hamilax sirvió a Asdrúbal, mi padre, antes que a mí, y fue capturado en la gran batalla naval de Milas. Mi padre les propuso un canje: diez de los suyos por Hamilax. Ellos aceptaron. Cuando llegó a Cartago el barco que lo traía, yo estaba en el puerto, con mi padre, esperando. Pero no veíamos a Hamilax en cubierta. Lo desembarcaron en una litera.

»Quiero que entendáis esto: los romanos lo liberaron, sí, pero antes lo desollaron con arena candente. Tardamos semanas en saber si viviría. Entonces aprendí cuál es el valor de las promesas romanas. Lo que habéis visto con Régulo, bien hecho está. Los dioses así lo exigen. No lo olvidéis. —Y, sin dejar de mirarnos, se levantó y salió de la habitación. Solo se oía el chirriar de la noria que llevaba el agua a todo el palacio, girando sin cesar.

Durante mi niñez, siempre me sentí solo, sobre todo porque mi padre estaba muy poco con nosotros. Siempre ausente, peleando contra los romanos en Sicilia. Venía cuando podía, quizá tres veces al año, se quedaba un día y una noche, en ocasiones un poco más. Pero ni siquiera entonces tenía tiempo. A nuestro palacio llegaban desconocidos en ricas literas, y se

quedaban hasta muy tarde hablando con mi padre. Yo, que dormía en una habitación situada encima de la sala en la que se reunían, oía retazos de sus conversaciones, que versaban siempre sobre comercio y dinero. Uno al que llamaban Ciscón solía alzar mucho la voz.

—Dejemos Sicilia a los romanos, sí, y también Cerdeña. Lo único que necesitamos es libertad para comerciar, como hacían los padres de los padres de nuestros padres. Vayamos hacia el sur, hacia África.

—¿Y crees que los romanos se conformarán con Sicilia? —dijo mi padre en tono burlón—. ¿Qué pasará con Hispania y con las minas que tenemos allí?

—Que se queden con ellas. Mientras tengamos África…

Y así continuaban hasta que el sueño vencía mi inquietud en un sueño inquieto.

* * *

Durante una de aquellas visitas —¿cuántos años tendría yo, cuatro, quizá cinco?— mi padre me despertó. Los caballos de Eshmún, en su recinto sagrado, relinchaban presintiendo el alba.

—Levántate, Aníbal. —Aun medio dormido, respondí de inmediato a su orden. Me levanté tiritando, y me puse la túnica y tas sandalias—. Ven conmigo.

Seguí a mi padre por la casa dormida. Cruzamos las grandes puertas con marcos de pórfido y bajamos la escalera de ébano, que tenía la proa de una galera vencida colgada en la pared del extremo de cada escalón. Recorrimos la avenida por el camino principal, de arena negra y coral triturado. Las dobles hileras de altos cipreses se mecían suavemente con la brisa. Cruzamos el jardín y los huertos de higueras y granados, de matas de algodón moteadas de blanco, de viñas y rosales, y dejamos atrás los estanques de los peces y los grandes fosos en los que los elefantes, al olfatearnos, se movían inquietos.

La muralla, la gran muralla de Cartago, que me estaba vedada, se alzó ante nosotros en la oscuridad. Yo sabía ya por Sileno que era una maravilla del mundo. Era de piedra labrada, medía treinta codos de alto por veinte de espesor, y discurría en torno a Cartago a lo largo de veintidós mil pasos. Tenía la muralla dos pisos de altura y en su interior había, en la parte de abajo, establos para trescientos elefantes y almacenes para gualdrapas, arreos y forraje, y, en la parte de arriba, cuadras para cuatro mil caballos, con sus arneses y pertrechos, y alojamiento para veinte mil infantes y

cuatro mil jinetes. Una ciudad dentro de otra ciudad, de la que se elevaban torres de robustas almenas protegidas por gigantescos escudos de bronce. Mis criados decían que era obra de nuestro dios Baal, pero yo sabía que la habían hecho los hombres.

Mi padre extendió la mano, palpó las grandes piedras lisas e hizo presión. Una de ellas giró, sobresaltándome. Entró en la muralla. Lo seguí. Entonces se volvió y empujó la piedra, cerrando la muralla a nuestras espaldas.

—Esta entrada, Aníbal, solo la conocemos Hamilax y yo. No hablarás de ella con nadie. —Lo seguí en la oscuridad, como lo seguiría a través de una oscuridad mucho mayor que vendría después.

Mi padre empujó otra piedra y subió a lo alto de la muralla. Subí tras él. Ningún centinela nos dio el alto. Estábamos en un tramo defendido por el mar, inexpugnable.

—Te he traído, Aníbal, para que observes y aprendas. Ahora calla y mira.

Una luz anaranjada asomaba por levante. La espuma orlaba de blanco la península y el mar estaba en calma. Ladraban los perros. Cantaban los pájaros. La luz aumentaba lentamente y, abajo en la ciudad, el agua empezaba a correr por los canales de Megara, serpenteando entre el verdor de jardines y huertos. Las casas surgían de la oscuridad, perfilándose en las calles vacías que se alargaban. En los tejados, los depósitos de agua brillaban como estrellas al recibir la primera luz del sol. El faro del peñón de Hernias palidecía. Baal Anión derramaba sobre Cartago la lluvia de oro de sus venas.

Veía ya, al pie de la muralla, el terraplén de turba y, más allá, una zanja profunda, ancha y oscura. A la sombra del terraplén, se extendía Malqua, el barrio de los marineros y los tintoreros, un lugar lleno de suciedad y feas casuchas. Cerca de allí vivían los sin nombre, gente sin sangre púnica, de razas y orígenes desconocidos, comedores de puercos espines y moluscos, hienas y serpientes.

Moraban en chozas de algas y barro, colgadas de las rocas como nidos. Así vivían, sin gobierno ni religión, al margen, desnudos, desnutridos y salvajes, desde tiempo inmemorial.

Me volví para mirar la ciudad que estaba dentro de la muralla sobre la que me encontraba. Las casas en forma de cubo se elevaban escalonadamente hacia la Acrópolis. Aquí y allá se abría una plaza.

Los jardines de los templos rompían con su verdor aquella gris uniformidad. Relucieron al sol las tejas doradas del templo de Ramón, y después se encendió el coral de las de Melkar. Miré hacia lo alto de la Acrópolis, en el centro de Birsa. Crecía la luz sobre sus cúpulas de bronce y capiteles de cobre, sobre sus cornisas de blanco mármol de Paros, obeliscos de franjas azules y contrafuertes babilónicos. Allí confluían, llegadas de todos los rincones del mundo, las esencias que formaban el alma de Cartago.

Avanzaba el día y la ciudad despertaba. A sus puertas, llegaban grandes carretas y dromedarios cargados que, bamboleándose pesadamente, se dirigían al mercado por las calles empedradas. En los cruces, los cambistas abrían sus tenderetes. En Mapalia, el barrio de los alfareros, empezaban a humear los hornos. Del templo de Tanit llegaba el sonido de los cantos y las panderetas de las meretrices sagradas.

Solo entonces, mi padre empezó a hablar:

—Eres un Barca, Aníbal, y eres mi hijo. Contempla esta gran ciudad que se extiende ante ti.

¿Sientes su llamada en tu interior? —Asentí con la cabeza—. Te llama porque su vida es tu vida. Tus antepasados llegaron a este lugar desde la fenicia Tiro, y encontraron unas chozas miserables. Mira lo que hemos construido. Nuestra familia siempre ha ocupado un lugar preeminente entre los cartagineses.

»Pero no te engañes. Cartago no tiene amigos. Gobernamos por el miedo y la ambición, no por el amor. Lo que ves es una isla, sola contra el mundo. Para vivir necesitamos comerciar, y los romanos quieren encerrarnos —su voz se volvió áspera— como si fuéramos ganado. Yo, miembro del Consejo de Ancianos, veo esto y lucho. Cuando yo me haya ido, esta lucha será tu lucha. —Me puso las manos en los hombros. Todavía me parece ver sus ojos ardientes—. ¿Comprendes?

Sostuve su mirada.

—Sí, padre —dije. No hacía falta más.

—Bien. Entonces empezaremos tu preparación. Vuelve a tu cuarto. Hamilax irá a buscarte.

Antes de una hora, Hamilax y yo nos habíamos puesto en camino, aunque yo no sabía hacia dónde. Salimos de Cartago por un oscuro portillo y nos dirigimos hacia el Este, a través de terrazas de olivos y viñedos. Un hombre nos esperaba. Montamos en mulas y continuamos la marcha.

Los meses que siguieron fueron tranquilos. Hamilax me llevó a una playa lejana, a tres jornadas a caballo de Adrumeto, una costa de tortugas y palmeras altas. Había en la playa rocas de piedra arenisca y cuevas, y en una de aquellas cuevas nos instalamos. Así empezó mi adiestramiento.

Hamilax me enseñó, como se le había ordenado, todo lo que yo debía saber. Aprendí cosas de nuestros dioses. Primero de Melkar, adorado por nuestros antepasados los fenicios, que había peleado contra Masiasbal para vengar a la reina serpiente. Durante cuarenta siglos pelearon, y después otros cuarenta, en fiero combate. Lucharon desde las tierras bajas de Tartessos hasta las altas montañas de Ersifonia, en los confines del mundo. Allí, la monstruosa Masiasbal quedó acorralada contra los muros de llamas y, bajo una luna de sangre y ante los ojos de mujeres con cola de dragón, Melkar la mató.

Todo esto aprendí y tantas otras cosas. Sileno tenía que enseñarme griego, pero Hamilax conocía la antigua lengua cananea de mi pueblo, y también empezó a enseñarme lo que está escrito en los libros de Sakkun-yathon.

> “ *Como no soy más que un hombre, camino solo buscando en la oscuridad bajo la mirada del dios…*

Durante el día, aprendía las costumbres de los animales, y cómo cazarlos, así como el arte de la jabalina y de la espada. Iba descalzo, como un pastor. De toda mi niñez, aquellos fueron los únicos días dorados.

Hamilax era hombre de pocas palabras. Una tarde, sentados en la playa, contemplábamos cómo se ponía un sol enorme y llameante. Le pregunté qué era el sol y por qué se iba.

—Pregunta a tu corazón, Aníbal —me dijo—. Los que saben preguntar calladamente a su propio corazón ven muchas cosas con claridad.

Regresamos a Cartago en silencio, como nos habíamos ido. En casa, nada había cambiado.

Los criados atendían sus quehaceres. Los panaderos hacían pan. Los tejedores tejían. Al principio, no me dejaron ver a mi madre porque había dado a luz. Me dijeron que tenía otro hermano, Asdrúbal, pero ahora estaba con una nodriza. Mi madre seguía en cama. Magón, mi hermano, parecía tener miedo de mí. Ya no jugábamos. Algo se había interpuesto entre nosotros. Cada cual iba por su lado. Mi padre no estaba. Y yo seguía sintiéndome solo.

Pero Sileno tenía órdenes y entonces empecé otro aprendizaje. Día tras día, me quedaba a solas con él. Le habían dado instrucciones de enseñarme no solo latín, sino también griego, que era la lengua, militar de los ejércitos cartagineses, desde que Jantipo, el mercenario espartano, había sido su general.

Las dos eran lenguas difíciles, pero cuando pasó un año, y después otro, empecé a apreciar el rigor de la primera y la belleza de la segunda. Debo mucho a Sueno, aquel anciano arrugado y encorvado que tanto sabía y tanto había visto. Trataba de hacerme ameno el estudio. Cierto día, después de haber estado estudiando el imperativo latino, me miró de hito en hito y me dijo.

—El imperativo, Aníbal, es el tiempo verbal de mando. Estúdialo bien, porque has nacido para mandar. En latín, el imperativo es una parte muy clara del lenguaje. Los romanos son un pueblo que manda con claridad y sencillez.

Pero a mí no me parecía nada claro. Los imperativos irregulares eran para mí un escollo insuperable. En lugar de enojarse, Sileno se mostraba paciente. Ideaba ejercicios mnemotécnicos —yo ya sabía que esta palabra se derivaba del griego «recordar»— que todavía conservo en la memoria. «Dic con duc sin fer tras fac: di, guía, lleva, haz». Aquellos imperativos irregulares latinos… También hacíamos versos, yo pensaba que para divertirnos, pero Sileno nunca dejaba de enseñarme. Recuerdo que le gustó mucho una de mis estrofas:

Puella Carthaginis ridebat
Quam tigris in tergo vehebat.
Externa profecta
Interna revecta
Sed risus in tigre manebat.

Una muchacha cartaginesa montaba sonriente en una tigresa.
Al volver por el camino, la joven estaba en la panza presa y la sonrisa en la cara del felino.

¿Qué más aprendí que me marcara para siempre? Recuerdo bien el día que empezaron las lecciones sobre Alejandro, el magno y áureo Alejandro. Cuando mi griego mejoró, Sileno sacó de su cofre y me regaló unos preciosos rollos de papiro que eran copia de los escritos de Eumenes de Cardia, las Efemérides de Alejandro, su Diario. Juntos lo leímos muchas veces.

Estudiábamos una y otra vez las victorias del gran estratega: cómo en Iso obligó a los persas a pelear estando en desventaja, y luego los puso en fuga con la caballería, y cómo relucía al sol su coraza de oro. Cómo en Hidaspes derrotó incluso a los grandes elefantes indios del rey Poro, y cómo en Gaugamela ejercitó la virtud de la paciencia antes de asestar el golpe mortífero. En Tiro, Alejandro fue igualmente paciente y, al fin, la gran ciudad cayó a pesar de sus fuertes murallas.

Un día, entró mi padre mientras leíamos las Efemérides.

—¿Otra vez leyendo, Aníbal? Sileno, quiero un hombre que haga cosas, no que lea palabras.

—Pero yo sabía que lo que leía me indicaba lo que tenía que hacer, y lo que yo hice fue más que lo que hubiera podido hacer el mismo Alejandro. Yo no tenía a los macedonios del magno hijo de Filipo. Yo formé un ejército mercenario con hombres venidos de todos los rincones de la tierra y los uní por el miedo y el amor. A veces tenían hambre y no siempre se les pagaba, pero nunca me traicionaron. Solo en Italia combatimos durante dieciséis años.

Pero dejemos que mi historia siga su curso. Todavía estoy en Cartago. Tengo seis o siete años.

Sileno me enseña. Yo aprendo. Días tranquilos. Cada uno se parece al anterior. Estoy a solas con sueño desde la hora del desayuno. Un esclavo nos trae la comida. Otras dos horas de estudio y, después, la monta. Una hora de ejercicios con Abdolonim, el caballerizo de mi padre, y después, libertad para galopar.

En esos momentos pude darme cuenta de hasta qué punto Sueno era un gran maestro.

Hermanaba la cabalgada con las enseñanzas de Jenofonte.

—Nunca se conoce del todo a Jenofonte —me decía—. Es bueno para tu griego y mucho mejor para la vida que te espera. —Y leíamos, del Perí Hippikés, De la equitación: «Vigila el casco. Un casco grueso protege mejor la pata que el casco fino. Vigila también que el casco sea alto por delante y por detrás, que no esté aplastado…». Sueno me dijo que Jenofonte había escrito estos consejos para sus propios hijos, Grilo y Diodoro. Me gustó saberlo y me preguntaba cómo serían aquellos hijos. Uno cayó en la batalla de Mantinea, luchando contra los tebanos.

—Pero ¿cómo murió? —pregunté a Sueno. No lo sabía. Como un valiente, seguro.

Pasaban los días plácidamente. A veces, por la noche, antes de dormir, me preguntaba el porqué de mi soledad. Pero, a pesar de mi juventud, yo sabía que todo aquello era una ardua preparación para algo que tenía que llegar. No hacía preguntas. Entonces, llegó el mensajero.

Nunca hasta entonces había oído sonar el gong, aunque todos los días pasaba por delante de él. Estaba debajo de la terraza de la sala grande. Cada mañana, cuando cruzaba el patio para ir a clase, dos esclavos bruñían aquel disco de bronce, más alto que un hombre, hasta dejarlo como un espejo.

Encima del travesaño de madera de beki había una gran maza, tan antigua, decían, como la misma Cartago. Este gong sonó cuando Eneas abandonó a Dido, reina de Cartago, y cuando ella, enloquecida de dolor, levantó su propia pira funeraria. Nadie sabía quién lo había hecho sonar entonces.

Cuando lo oí aquella tarde, la pureza de su tañido hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Yo estaba estudiando con Sueno. Magón, mi turbulento hermano, entró corriendo. Su tartamudeo se acentuaba cuando estaba nervioso.

—A-A-Aníbal. ¡Ha llegado un mensa-j-jero!

Fuera había empezado a apiñarse la gente de la casa. Más allá de los jardines, los elefantes de mi padre bramaban en sus fosos, excitados aún por el sonido del gong. Hamilax iba de un lado a otro, poniendo orden, porque al oír el insólito y retumbante sonido habían acudido todos, los esclavos de la cocina, los jardineros, los panaderos, los aguadores, todos. En un rincón, en una rudimentaria litera, yacía un hombre con la ropa sucia y desgarrada, la barba enmarañada y cubierta de sal, y la cara de quien ha hecho un largo viaje.

Hamilax estaba en la escalera que conducía a la sala, al lado de la estatua de un cabirio llamado Aletes, descubridor de minas en Hispania. Al verme salir de la clase, seguido de Sueno, vino a buscarme y me condujo por entre la gente.

—Estamos esperando a los Ancianos —dijo—. Ya han sido llamados. Mejor así, porque el hombre al que tenemos que oír necesita tiempo. —Se fue a atender al mensajero. Yo me quedé en la escalera, donde había estado él, mientras a mis pies se agolpaba una muchedumbre.

Llegaron los Ancianos y se pusieron a mi lado en la escalera, a pesar de que yo no era más que un niño. Pero ¿no era también Aníbal, hijo de Amílcar, del linaje de los Barca y de la misma Dido? Aún recuerdo el olor de Ciscón, sufeta de Cartago y jefe del Consejo. Su cuerpo sudoroso olía a

incienso y almizcle. Había sido nombrado sufeta solo porque mi padre estaba ausente, en la guerra. Su gran sotabarba se dividía en varios pliegues, que le colgaban como las orejas de un asno. Su vientre casi alcanzaba a ocultar los calzones rojos de montar que le cubrían los muslos. Desde la bola de sebo de su cara me miraban unos ojos pequeños y brillantes como los de un cerdo.

El mensajero se acercó cojeando, apoyándose en los hombros de Hamilax. La multitud enmudeció, expectante. Está muy lejano aquel día, y yo solo era un niño. Pero aunque no puedo repetir exactamente las palabras que pronunció aquel hombre, sí recuerdo cómo las dijo. Con voz temblorosa, empezó:

—Ancianos, gente de Amílcar, cartagineses, vengo de Sicilia a toda prisa, enviado por Amílcar, para deciros, comunicaros…

—¡Habla ya! —gritó Ciscón ásperamente.

—… que se ha perdido nuestra flota.

Un murmullo recorrió la multitud como viento que agita el follaje. Ciscón partió la espátula de áloe que siempre llevaba para rascarse su piel escrofulosa.

—¡Sigue, hombre, sigue!

Todos sabíamos que hacía dos meses se había enviado a Sicilia una flota para ayudar a mi padre en su campaña contra los romanos. Aunque mi padre se hallaba relativamente seguro en su campamento del monte Eryx, estaba escaso de provisiones y dinero. A los honderos baleáricos se les pagaba con mujeres… y había pocas, porque el ejército estaba rodeado por los romanos, que ocupaban el resto de la isla. Al resto de las tropas, especialmente a los númidas, se les pagaba con oro. Y mi padre no lo tenía.

Todo ello lo sabíamos ya por los despachos de mi padre. Finalmente —el Consejo, según me dijo Sueno, se resistía—, se creó un impuesto extraordinario. Fue inevitable. Después de veintitrés años de guerra, nuestros recursos estaban agotados. El comercio, que era nuestra mayor riqueza, había menguado por falta de galeras con las que llegar hasta las lejanas costas de los tartesios y los estrimnios, hasta las islas Casitérides y sus minas de estaño. Los disturbios en la frontera cirenaica hacían que nuestro comercio de laserpicio fuera muy escaso. No teníamos tropas ni siquiera para perseguir a las tribus merodeadoras. Sicilia, donde siempre habíamos obtenido tantos esclavos, estaba ahora cerrada para nosotros.

No obstante, se creó y recaudó el impuesto, que gravaba sobre todo a los comerciantes, y se construyó y armó una nueva flota. Ciento cincuenta

quinquerremes, que sustituirían a los que habíamos perdido en las batallas navales de Milas y Écnomo, zarparon rumbo a Sicilia cargados de provisiones.

Todo esto lo sabía yo porque Sileno me lo había explicado pacientemente. Desde entonces, estábamos sin noticias.

El mensajero prosiguió:

—El plan de nuestro almirante Hannón estuvo siempre claro y había sido discutido y aprobado por muchos de los presentes. Como llevaba las naves cargadas de vituallas para Amílcar, debía eludir a la flota romana y desembarcar en Eryx. Allí tenía que embarcar tu padre, Amílcar —me señaló con ademán fatigado, ¡y qué orgulloso me sentí entonces!—, junto con sus mejores hombres, para buscar y aniquilar a la flota romana.

»Este era el plan, y era un buen plan. Yo iba en el barco de Hannón, era contramaestre, porque toda mi familia, aunque humilde, ha servido a este país desde…

—¡Basta! —gritó Ciscón—. Eso ahora no importa. La flota, ¿qué ocurrió con la flota?

El hombre levantó la cabeza y prosiguió con una voz monótona que iba aclarándose y afianzándose con la descripción de los hechos.

—Nos reunimos en la Isla Sagrada, desde donde Hannón pensaba dirigirse hacia las costas de Sicilia, antes de que los perros romanos se enteraran de nuestro propósito. Pero ¡por Melkar!, sin duda ya lo sabían. Los barcos navegaban veloces, con viento de popa. Yo estaba en cubierta. A través del rocío y la bruma matinal, busqué con la mirada la costa de Sicilia. Entonces el vigía gritó: «¡Al frente! ¡Al frente! ¡Al frente!». Vi a Hannón asir con fuerza la barandilla del puente y mirar con fijeza hacia delante. Perfilándose con claridad creciente a cada momento que pasaba, frente a las islas Egades había un doble semicírculo de naves romanas. Pero el mar estaba a nuestra espalda. Para atacar, los romanos tenían que remar contra el oleaje, y nuestras velas estaban hinchadas. Si los romanos hubieran permanecido en sus posiciones, habríamos podido esquivarlos, incluso cargados como íbamos. Y Hannón dio las órdenes pertinentes. La punta de lanza de nuestra flota, en formación cerrada, viró mar adentro para evitar el desastre. Pero… pero…

Giscón no le apremió esta vez. Hamilax le ofreció agua. El hombre bebió y prosiguió:

—Pero el desastre vino hacia nosotros. Contra aquellas olas que rompían en sus proas y empapaban a los hombres, se lanzaron sus galeras.

Los romanos remaban hacia nosotros. Increíble, imposible. Sus remos batían con furia el agua espumeante. Navegaban contra el viento, pero aun así solo se oía el rumor sordo de los celeustas que marcaban a golpe de tambor el ritmo de los remeros.

Entonces sonaron las trompetas enardeciendo a los hombres.

»Venían veloces sus naves, alineadas y en orden. Al ver el peligro, Hannón ordenó a nuestro barco y a otros tres ponerse al pairo. Los demás siguieron avanzando… hacia la muerte. Y vimos, pudimos ver… —Las lágrimas quebraron su voz—. Lo vimos todo. Sus naves los embistieron. Los espolones de bronce se hincaban en la madera, mordiendo y mordiendo. Remos partidos, popas reventadas. Barco tras barco zozobraban. Al principio, nuestra flota mantuvo el rumbo con la esperanza de atravesar sus filas. Después, uno a uno, los barcos trataron de escapar, pero los romanos los apresaban. El mar estaba cubierto de maderos, cadáveres y provisiones para Amílcar. Los soldados romanos iban abordando a nuestras naves, casi desarmadas, atacando con garfios y espadas, hasta que el mar se llenó de gritos y gemidos de agonía. De los nuestros murieron allí Artembares, a pesar de poseer diez mil estadios de tierra y ser muy devoto de Mellar, y Dadaces el quiliarca, Tenado, Asdrúbal, Metalo el miriarca y Arabo, señor de mi propio clan. Ahora no son sino almas que claman por cruzar el río de la Prueba. De nuestros aliados, los cuerpos de Arcteo, Adeo, Fereseo, Farnuco… se habrán estrellado contra los acantilados donde anidan las aves marinas. En cuanto a Tarbis de Lirna, la muerte ha teñido de rojo su barba negra. Seisames, el misio, ha muerto. Y Sienesis, rey de Cicilia, y Ariomardo, y Matulo de Crisa.

»Podría seguir hablando mientras el sol recorre su órbita y no decirlo todo; pero estoy débil y siento que mis últimas fuerzas me abandonan. He visto lo que jamás hubiera querido ver, desastre sobre desastre. Todo se ha perdido…

El hombre se dejó caer en los brazos de Hamilax. Nada se movía. El miedo se extendió por la multitud. Entonces habló Giscón:

—Volved a vuestras casas. El Consejo se reunirá para decidir qué debe hacerse. Hamilax, lleva dentro a ese hombre. —Giscón indicó por señas a sus esclavos que le acercaran la litera y se fue.

Volvió más tarde y, en presencia de varios ancianos, interrogó de nuevo al mensajero. Hannón había huido con otros tres barcos y regresado a la Isla Sagrada. Los romanos, victoriosos, no se molestaron en perseguirlos;

en vez de eso, volvieron a Lilibeo. Desde la Isla Sagrada, Hannón había enviado a dos mensajeros en dos esquifes, uno a nosotros y otro a mi padre. Él había emprendido ya el regreso para someterse al juicio de los Ancianos. Cuando pregunté a Sueno cuál sería el posible dictamen del Consejo, no quiso decírmelo. No tardaría en descubrirlo.

Desde el día en que apareció el mensajero, mi vida cambió. Aunque pronto volví a mis tareas habituales, ahora incluso Sileno el imperturbable parecía agitado. Mi madre, Hamilax y toda la casa se afanaban en los preparativos para el que se creía inminente regreso de mi padre. Toda Cartago estaba sobrecogida por la noticia del desastre de las islas Egades. Día tras día, el humo de las ofrendas se alzaba desde la gruta sagrada de Eshmún. Se decía que los Ancianos no habían salido de la sala del Consejo y que, bajo el techo de Baal Manó, estaban decidiendo qué debía hacerse.

Yo proseguía mis estudios, mis ejercicios de equitación y mis prácticas con la espada y la lanza, estas últimas dirigidas por Hamilax. Pero todos mis maestros parecían ausentes. Después supe por Sileno, a quien se lo había dicho Hamilax, quien a su vez lo había oído de boca de su hermano Tagasaste, mayordomo del Consejo, que los Ancianos habían enviado a mi padre instrucciones de pactar con los romanos y regresar. Astegal ignoraba las condiciones.

¿Habían transcurrido ocho días desde la llegada del mensajero? ¿Quizá nueve? Sileno y yo leíamos a Platón en la quietud de la clase cuando un clamor de voces excitadas turbó la paz. Siempre recordaré el punto de la República al que habíamos llegado: «Estamos hechos a concebir una forma para cada conjunto de cosas en griego: eídos hen hékas-ton peri hékasta ta polla, todavía lo recuerdo-a las que damos el mismo nombre». Sileno me lo había explicado utilizando el ejemplo de los muchos dioses de Cartago que, en su multiplicidad, eran el mismo. Yo iba a presenciar ahora, en la vida real, no en la filosofía, algo a lo que podríamos dar muchos nombres, y de todos los recuerdos de mi niñez, todavía batallo con este.

El tumulto se había levantado en respuesta a la llamada a asamblea general. Mi madre, mis hermanos, yo y todos los de la casa, desde la categoría de esclavo liberto para arriba, debíamos acudir inmediatamente a la gran plaza pública situada al pie de la Acrópolis. Hannón había regresado. El Consejo emitiría su juicio. Salimos de la casa de mi padre precedidos por el estandarte de la familia, un escorpión negro sobre fondo blanco, que portaba Hamilax.

Recorrimos las estrechas calles. A medida que nos acercábamos a la plaza, el gentío hacía más lento nuestro avance. Sofonisba, mi hermana, lloraba. Sileno la tomó en brazos. Llegamos a Birsa, corazón de Cartago, donde estaban los templos, los tribunales y la cámara del Consejo. Miembros de la Sagrada Legión flanqueaban el camino.

Al ver nuestro estandarte, uno de ellos se adelantó y nos condujo por entre el gentío. La plaza, a los ojos de un niño, era inmensa. En el lado norte, al pie de la Acrópolis, se encontraba la cámara del Consejo. En la plaza, a ambos lados del edificio, había bancos reservados para las familias principales de Cartago. Allí nos sentamos. Una fila de soldados contenía a la creciente multitud, que se arremolinaba a unos cien pasos de la cámara del Consejo.

Sonaron trompetas. Lentamente, con paso solemne, los cuarenta ancianos salieron del edificio, con Ciscón en último lugar, y ocuparon los sitiales de bronce de la elevada terraza. Yo casi esperaba ver salir, detrás de Ciscón, a mi padre, el verdadero sufeta. ¿Cuándo llegaría Amílcar? Detrás de cada sitial, un esclavo abanicaba a su amo. A un lado estaba Astegal, mayordomo del Consejo, observando.

¿Por qué ahora, más de cincuenta años después, recuerdo aquel día? ¿Qué es lo que no he podido olvidar? Pienso, sobre todo, en la amenaza muda de la multitud. Cuando Hannón era conducido hacia nosotros, desde la entrada del puerto, se hizo un profundo y lúgubre silencio. Estaba encadenado.

El camino desde el otro lado del ágora hasta el lugar en que aguardaban los Ancianos era largo. Era un camino que duraba toda una vida. Detrás de él venían los criados de los Ancianos, que agitaban el látigo para apartar a la multitud.

Eran muchos los que habían perdido a un hijo, a un hermano, al padre, al marido o al amante bajo el mando de Hannón. Mientras él avanzaba pesadamente hacia los Ancianos, mil dedos se abrían y cerraban. Un niño le arañó en la mejilla. Una muchacha, que escondía un cuchillo en la manga, le hizo un corte en el cuello. Las manos que se extendían por encima de las cuerdas que señalaban el recorrido intentaban arrancarle mechones de pelo. De una herida del muslo brotó un chorro de sangre.

A su paso arrojaban trozos de vidrio, aceite hirviendo, excrementos e inmundicias. Parecían no sentir los latigazos de los criados que trataban de apartarlos. Hannón cayó y, mientras estaba en el suelo, una mano alargó un atizador al rojo vivo. Hannón lanzó un alarido. A pesar de la gente que

lo rodeaba, percibí el olor de la carne quemada. Los criados volvieron entonces los látigos hacia él, para hacerle avanzar.

Arrastrándose, Hannón llegó hasta donde estábamos nosotros. Tenía la cara y las manos ensangrentadas, y la túnica desgarrada y sucia. Ya estaba a salvo de la gente, pero no de la sentencia.

Ciscón se puso en pie. No necesitó pedir silencio.

—Hannón, has traicionado la sagrada confianza de Melkar y Eshmún, de Baal Anión y de Tanit.

Los sacerdotes han consultado los augurios, y las vírgenes de Eshmún las vísceras de un gamo. Has sido condenado. Cúmplase la costumbre.

El aullido que salió de la multitud como de una sola garganta no era de este mundo. Se adelantaron cuatro soldados. No eran patricios, sino hombres rudos, curtidos veteranos que servían al Consejo por dinero y mujeres. Desde mi banco, vi en la barbilla del primero la endurecida franja de piel (las llamábamos «algarrobas») que forma con los años el barboquejo del casco.

Cogieron a Hannón y lo pusieron en pie. Mientras dos lo sostenían, el tercero le rasgó la sucia túnica desde el cuello hasta las corvas, y el cuarto hincó una estaca en un hoyo abierto en el suelo. El murmullo de la gente se apagó mientras Hannón era atado a la estaca, de espaldas a nosotros y a la gente, y con la cara ensangrentada vuelta hacia el Consejo. Al silbido del látigo en el aire le siguió otro sonido inimitable, crujido y desgarrón a la vez, cuando los hierros de las correas del látigo mordieron la carne y partieron los huesos de la espalda de Hannón, haciendo saltar al suelo gotas de sangre y jirones de piel y músculo. Hasta el noveno latigazo, ¿o fue el décimo?, Hannón no gritó.

Lo desataron y cayó al suelo, inerte. El cubo de orina que le echaron sobre la cabeza lo reanimó. Uno de los veteranos lo asió por el pelo, enseñando el torso del condenado a la muchedumbre, que lanzó un gemido. Se alzó una pesada maza que centelleó al sol, cayó y volvió a alzarse y a caer. Así rompieron las piernas a Hannón, almirante de la flota. Los soldados pusieron la cruz en el suelo. Lo clavaron con tres grandes clavos, uno en cada mano y el otro atravesándole los tobillos. Uno de los soldados tiró de una cuerda atada a lo alto de la cruz y levantaron a Hannón crucificado. Cuando la cruz se hundió en el hoyo y Hannón gritó, el rugido de la muchedumbre fue más fuerte que nunca. El látigo le había abierto el vientre y, con la sacudida, los intestinos salieron y se balancearon.

He visto muchas crucifixiones. No pocas las he ordenado yo. Pero como con casi todas las cosas, la primera es siempre la mejor y la peor. Por Hannón sentía y siento compasión. Los designios de los dioses son crueles y misteriosos, bien lo sé. Pero de todos los misterios, ninguno mayor que el hombre.

Aquella tarde, Sueno me dijo que leyera solo. No hizo ningún comentario, pero yo notaba la aversión que sentía un hombre culto, un griego, por prácticas como la crucifixión.

—¿Por qué estás tan callado, Sueno? —le pregunté.

—¡Tú a tu trabajo! —dijo secamente. Pero no tardó en levantarse de la mesa ante la que trabajaba y en pasearse por la habitación—. Porque, porque… —decía. Era la primera vez que veía enfadado a mi preceptor—. Porque…

Bruscamente, fue hasta su arcón y sacó un rollo que yo nunca había visto. Buscó y empezó a leer con voz temblorosa:

—«Si el alma es realmente inmortal, ¡qué cuidados habrá que dispensarle, no solo durante la porción de tiempo que se llama vida, sino durante la eternidad! No hay liberación del Mal más que por la conquista de la más alta virtud y sabiduría…». «La más alta virtud y sabiduría», Aníbal, ¿te das cuenta? Escucha, escucha el Fedón platónico. —Y siguió leyendo—: «El camino que conduce al Hades no se me muestra a mí ni simple ni único, que en tal caso no habría necesidad de guías. Antes bien, parece que tiene bifurcaciones y encrucijadas en gran número… el alma impura y que ha cometido un crimen, a esa la rehuye todo el mundo y se aparta de ella, y nadie quiere ser ni su compañero de camino ni su guía, sino que anda errante, sumida en la mayor indigencia…». ¿De quién se puede decir eso, Aníbal?

¿De Hannón o de los que lo han crucificado?

No respondí. Ni siquiera ahora podría encontrar una respuesta a esa pregunta.

Siguieron días sombríos. En Cartago todo eran rumores, discusiones y comentarios. Mi padre había recibido instrucciones del Consejo sobre pactar la paz con Roma después de veinticuatro años de guerra. Iban y venían los despachos. Las noticias llegaban a nuestra casa a través de Astegal y Hamilax.

Debíamos evacuar toda Sicilia, jurar que no atacaríamos ni a Siracusa ni a los aliados de Siracusa, entregar a todos los prisioneros de guerra sin rescate y pagar una indemnización de dos mil doscientos talentos en veinte

años. Después se nos dijo que los enviados de Roma habían recibido instrucciones del Senado de exigir que la indemnización se pagara en diez años. A la petición romana de que se entregara a todos los desertores romanos para ejecutarlos, y que nuestras tropas pasaran bajo el yugo desarmadas, respondió mi padre que prefería seguir luchando. Los romanos retiraron estas condiciones, a cambio de que la indemnización se aumentara en otros mil talentos y de la promesa de que evacuaríamos no solo Sicilia, sino también Córcega y Cerdeña.

Sileno estaba apenado.

—Esto no pone fin a nada —me dijo—. Tu padre ha hecho la paz porque Cartago está exhausta.

Los romanos han hecho la paz porque también ellos están exhaustos. Pero tenía razón Régulo. No hay lugar para dos grandes potencias. Una debe ser destruida.

Pero yo no pensaba en estas cosas. Para un niño como yo, la paz significaba que mi padre volvería a casa… para quedarse.

Fuimos al puerto a esperarlo, yo, mi madre, mis hermanos Magón, Asdrúbal y Sofonisba, Sueno y, por supuesto, Hamilax. Ninguno de los Ancianos estaba allí. Ya habría tiempo para reunir al Consejo. Había acudido el pueblo, desde luego, advertido del regreso de mi padre por los heraldos que habían hecho sonar las trompetas en lo alto del templo de Eshmún. Habían visto su galera rodear el malecón y entrar en el puerto comercial, y habíamos oído los vítores y gritos de alegría. Pero nosotros esperábamos a Amílcar Barca en el puerto militar interior, separado del exterior por grandes puertas tachonadas.

Una de estas se abrió. Oí una áspera voz de mando. El quinquerreme de mi padre apareció ante nosotros y cruzó la dársena hacia el desembarcadero particular señalado por dos columnas, con el escorpión de nuestra casa esculpido en cada una de ellas y los cuernos de Amón en los capiteles. Mi padre saltó la bancada y se reunió con nosotros, abrazó primero a mi madre y después a los demás.

Hasta que abrazó a Hamilax no lo vi por entero, alto y delgado, fuerte, una cabeza más alto que Hamilax. Pero eran sus ojos los que nos subyugaban, diáfanos, castaño oscuro sobre un blanco purísimo. Nos sonrió.

—Vamos a casa —dijo, y abrió la marcha hacia el carro que aguardaba junto al muelle.

Yo esperaba oírlo todo de sus labios, poco a poco: las hogueras, las legiones, Éryx, Sicilia, los años de lucha. Aguardaba la ocasión. Sabía que, al principio, tendría reuniones con el Consejo y mucho trabajo. Pero la guerra había terminado. Habría tiempo… Sin embargo, no sería así: la guerra sin cuartel estaba a punto de empezar.

Capítulo II

MERCENARIOS

Al abandonar Sicilia, mi padre dio órdenes de que nuestras tropas regresaran a Cartago paulatinamente. Hacía años que no recibían paga. Se les debían sumas enormes que no teníamos. Yo sabía qué pensaba mi padre de todo ello, porque estaba con él cuando recibió a Giscón y a otros ancianos.

—He combatido en Sicilia durante casi siete años —dijo mi padre—. Ahora tenéis paz. Dejad que yo la tenga también. Debo atender a mis asuntos. Pagad a los soldados como podáis. Regresarán en grupos pequeños, no en avalancha.

—¿Pagarles, Amílcar? ¿Con qué? —exclamó Giscón.

—Esas joyas que llevas, Giscón, bastarían para pagar a una escuadra —dijo mi padre riendo y saliendo de la sala. Amílcar tenía total confianza en Giscón. Decía de él que quizá no fuera un soldado, pero que como administrador no tenía igual.

Al cabo de varios días, mi padre salió de Cartago con Hamilax y cuatro esclavos de confianza para visitar sus propiedades, los robledales de Zariana, los graneros de Chozeba y Tirzá, la casa de verano de Isacar y las granjas de ovejas y cabras de Marefad. Estaría ausente varios meses. Todos tendríamos que lamentar su ausencia.

Durante aquellos meses, fuimos percibiendo el regreso de los mercenarios casi sin darnos cuenta. Su campamento estaba detrás de la ciudad, en el llano que se extiende hacia Túnez, bordeando el golfo. Yo lo veía crecer cuando, por la tarde, salía a cabalgar con Abdolonim. Los primeros en regresar fueron los ligures, que plantaron en el arenal sus tiendas de piel, en simétricas hileras.

Llegaron después los lacedemonios, una raza aparte, que dormían en el suelo, rodeados de la zanja que habían cavado. No tardaron en aparecer los baleáricos, honderos de las islas hispánicas, que no guardaban orden

alguno, sino que se mezclaban con los otros y comían y dormían donde podían. Los daricios de Getulia levantaron después sus refugios de hierba seca y aguardaron, expuestos al viento.

Transcurrió un mes y los íberos que regresaban extendían sus toldos de lona junto a los otros; los galos construían sus refugios con maderos y los libios, con piedras. Los negros, númidas y libios dormían en hoyos que cavaban en la arena. El campamento crecía. Diez mil hombres, veinte mil.

Abdolonim no dejaba que me acercase. Emanaba del campamento una amenaza creciente, que llegó a hacerse tan perceptible como el hedor que despedía el enorme ejército de los mercenarios de Cartago.

Entre la ciudad y el campamento iban y venían tratantes, buhoneros, mujeres y muchachos.

Las mujeres eran de todas las naciones de la tierra, cobrizas como los dátiles, cetrinas como las aceitunas, amarillas como los melones o blancas como el alabastro; vendidas por marineros, capturadas por soldados, robadas de caravanas del desierto, apresadas en ciudades saqueadas, mujeres gastadas por los miembros viriles de muchos hombres cuando eran jóvenes, y golpeadas al llegar a la vejez, a las que se dejaba morir entre los asnos y el estiércol. Deambulaban por el campamento, mezclándose con unos y otros; mujeres de Capadocia, con láminas de oro en el pelo, de las Galias, con pieles de lobo sobre los pechos; las de Cirenaica, envueltas en velos violeta y con la cara pintada de bermellón, cantaban canciones tristes, sentadas en esteras de junco. Entre la algarabía, el olor y el humo de muchas hogueras, iban las lusitanas, con collares de conchas y los senos desnudos y oscilantes, recogiendo los excrementos de los animales que, después de secarse al sol, alimentarían el fuego.

Todo esto pude ver. Y, mediado el verano, en el mes de Elul, empecé a oír comentarios de los criados y los esclavos, y también de Sueno, acerca de comerciantes a los que no se pagaba la mercancía y de mujeres a las que no se abonaban sus servicios. Vendedores de aceite y de agua, tejedores, prestamistas, panaderos, todos tenían quejas. Por un cordero, los mercenarios ofrecían el precio de un pichón; por tres cabras, el de una granada. Se decía que los soldados habían empezado a beber vino, lo que en el ejército púnico se castigaba con la muerte. Por la noche se hacían pequeñas incursiones, y había robos, violaciones y pillaje en la ciudad. Con el calor del verano, aumentaba el desasosiego de unos y otros. El mismo Sueno no encontraba solaz en sus papiros ni en sus filosofías.

Mi padre seguía ausente y Ciscón esperaba. Me apenaba la suerte de los mercenarios, a los que no se había pagado, y sabía que pensarían en sus ilusiones frustradas y en las que quizás aún pudieran realizar. Cuando volvieran a su tierra, con el fruto de sus años de lucha al servicio de Cartago, este compraría una granja, aquel un barco… Y los imaginaba dormitando al sol y contando sus años de guerra y los pertrechos perdidos, armas, escudos y caballos. No les quedaba nada más que sus heridas, sus cicatrices y su amargura… Cartago respondía a sus sordas protestas con puertas cerradas, guardia doble y silencio.

Por fin Ciscón decidió actuar. Lo vi marchar desde la puerta de Kamón, en su litera morada, adornada con penachos de plumas de avestruz en cada esquina y ristras de cuentas de vidrio y de nácar que tintineaban con el movimiento.

Detrás iban veinte dromedarios cargados de oro, bamboleándose y haciendo sonar las campanillas de bronce que les colgaban del cuello. A uno y otro lado, los jinetes de la Sagrada Legión, con coraza de escamas doradas y casco beocio de bronce, coronado con un penacho de altas plumas, cabalgaban en sus corceles tebanos que resollaban impacientes. Marchaban después los funcionarios, montados en asnos, con la tablilla y el ábaco, para contar lo que se debía. Con ellos iba Sileno, sin adornos, como era habitual en él, vestido con una sencilla túnica de algodón y, detrás, en litera, los Doce Intérpretes, versados en las lenguas del desierto, con loros tatuados en ambos brazos y cubiertos con tocado de plumas de pavo real que la brisa agitaba.

Recuerdo que me llamó la atención entonces que Ciscón supiera de antemano que tenía que tratar con muchos hombres que no hablaban una lengua común. Sileno me había dicho que algunos dekádarjoi, o decuriones, sabían púnico, pero que a él le habían encargado transmitir las palabras de Ciscón a los dorios, los espartanos, los beocios y otros griegos. Los Doce hablarían a los libios y los númidas. En cuanto a los demás, los galos y los de más allá de las Columnas de Heracles, Sileno no sabía quién se dirigiría a ellos.

Cartago siempre había procurado que en su ejército se hablaran lenguas diversas. Ello dificultaba la insurrección. Pero lo que era bueno en tiempo de guerra no lo era en tiempo de paz.

Decía Sileno que la guerra sin cuartel no empezó por cuestión de principios ni de pasiones, sino porque la gente no pudo entenderse. Desde

entonces, siempre he procurado aprender la lengua de todos los que me rodean.

Al llegar al campamento de los mercenarios, Giscón y su séquito fueron rodeados por hombres que reclamaban la paga que se les debía. Dos heraldos hicieron sonar trompas de plata, el griterío se acalló y Giscón, subido a la mesa de uno de los funcionarios, se puso a hablar. Sileno me contó que empezó hablando de la gratitud de la República hacia sus soldados, por los servicios que habían prestado a Cartago.

—¡Queremos nuestro dinero, no vuestra gratitud! —gritó desde atrás uno que sabía púnico.

Giscón prosiguió. Dijo que los tiempos eran difíciles. Que ahora Cartago era pobre.

—¡Pero tú no lo eres! —replicaron otras voces.

—Mas si un amo tiene tres melones, ¿no será justo que guarde dos para sí?

La indemnización que había que pagar a Roma era muy gravosa. Las arcas estaban vacías, las pesquerías de púrpuras agotadas, y los campos, abandonados durante la guerra, no daban cosechas.

Cartago tendría que vender sus reservas de laserpicio y exigir más impuestos a las ciudades comerciales.

—Ayer, yo mismo tuve que pagar por un esclavo para el baño lo que hace un año me hubiera costado un elefante. No… —rectificó, pensando que apreciarían su ingenio—, lo que una virgen de Bitinia.

Y Giscón siguió hablando.

—Las excusas son como el ojo del culo —dijo al fondo una voz en griego—. Cada cual tiene el suyo.

Los que entendieron (Giscón no estaba entre ellos) se echaron a reír.

Se contaban ya por miles los hombres que se apretaban contra el círculo que la Sagrada Legión había formado en torno a Giscón.

—Se os pagará todo a todos… con el tiempo.

Ciscón hizo una pausa para que los Doce pudieran traducir. Cuando las palabras «con el tiempo» circularon en los diversos idiomas, la sensación de amenaza creció.

—Conmigo traigo una estatera de oro puro para cada uno de vosotros, como muestra de nuestra buena voluntad. Para vosotros, baleáricos, a quienes siempre se ha pagado con mujeres, ha salido de Abdera una caravana de vírgenes, engordadas y perfumadas con benjuí. Hemos

encargado galeras que os llevarán a vuestras tierras. Se os pagará todo antes de partir.

—¿También los caballos?

—Sí —dijo Ciscón lúgubremente—, también los caballos. Ahora poneos en cola, y estos funcionarios os darán el oro y anotarán lo que aún se debe a cada uno.

También esto se tradujo. Los númidas de las montañas, que escuchaban vestidos con piel de oso y apoyados en sus clavas con gesto amenazador, y los dorios de pelo albino que ya tenían la mano en el cinto de hierro del que pendía la espada, se sosegaron. Sueno pensaba que todo hubiera podido terminar bien, porque estos hombres siempre habían confiado en Cartago, y algunos descendían de familias que habían luchado por ella durante generaciones.

Pero cuando los mercenarios empezaron a alinearse, obedientes, se adelantó un campaniense gigantesco que hizo sonar un enorme cuerno. Estaba al otro lado de los caballos, delante de los mercenarios, y habló tan deprisa que, antes de que pudieran contradecirle, el daño ya estaba hecho.

Rápidamente, y en seis idiomas diferentes, latín, galo, baleárico, libio, íbero y griego, dijo que tenía algo importante que revelar. Puesto que entre los que estaban más cerca abundaban los griegos, prosiguió en griego.

—Escuchad lo que este hombre ha dicho en verdad —gritó el campaniense—. Os ha llamado cobardes, gusanos e hijos de puta. Si no hubierais perdido la guerra contra Roma, ahora Cartago no tendría que pagar la reparación. ¿Por qué, pues, ha de pagaros a vosotros? —Sueno trató de acercarse a Ciscón para traducir lo que decía aquel hombre, pero no pudo abrirse paso—. Una estatera es todo lo que vais a recibir. Los funcionarios no han venido a anotar lo que se os debe, sino a decidir cómo se os ha de castigar, enviándoos a galeras o a las minas de Cantabria. Estas han sido las verdaderas palabras de Ciscón. ¡No tomaremos una estatera! ¡Tomaremos Cartago!

Con esta simple diatriba empezó todo. Los jinetes de la Sagrada Legión fueron derribados del caballo y el círculo que protegía a Ciscón se deshizo. Las manos de los mercenarios le arrancaron el collar de piedras azules, los broches de oro, los pesados pendientes. La autoridad de Cartago fue pisoteada en el polvo.

El sufeta y Sileno, los Doce, los funcionarios y los nobles de la Legión fueron rodeados. Se trajeron los sacos de oro. El campaniense (Espendio se llamaba) parecía estar al mando.

—¿Qué hacemos con ellos? —gritaron.
—¡Matémosles! —dijo uno.
—¡Cortadles los cojones!
—No, ¡comámonoslos…!
Espendio levantó un hacha grande, de doble filo.
—Serán nuestros rehenes, aunque antes nos divertiremos con este —y apoyó el hacha en el vientre de Ciscón.

Sileno era un hombre pacífico. Nunca se recuperaría del dolor que le causó presenciar lo que se hizo entonces y contarlo después al Consejo. Años después, en Hispania, encontré su copia de la Riada, con este pasaje marcado una y otra vez. Príamo, rey de Troya, llora la muerte de Héctor, el más grande de sus hijos, héroe de Troya, que ahora tiene que caer en manos de los griegos porque Héctor ha muerto a manos de Aquiles:

> “ *El anciano estaba envuelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello el estiércol que al revolcarse por el suelo había cogido con las manos.*

Imagino que tal pensaba Sueno que era su aflicción. Pero el suyo fue un sufrimiento menos brutal que muchos de los de aquel día. Primero, los mercenarios pusieron a Ciscón en un tosco bastidor de madera y le clavaron las manos a la tabla que tenía detrás del cuello, y las rodillas a otra tabla que tenía entre las piernas. Hizo esto un hombre al que llamaban Zaracas, que gemía del placer que ello le producía. Pero fue Espendio quien arrancó los ojos al sufeta, hundiéndole los pulgares en las cuencas y cortando los nervios y ligamentos con los dientes. Dijo Sileno que la lengua se la arrancó Zaracas, y que un libio de piel oscura al que llamaban Matos le cortó las orejas. Luego, ensartaron los ojos, las orejas y la lengua en un hilo de perlas que arrancaron de la litera de Ciscón, y que colgaron del cuello de Sileno de Calacte, al que enviaron a Cartago solo, para que expusiera sus condiciones al Consejo.

Sileno se fue, dejando al sufeta todavía vivo, y a los funcionarios, a los Doce y a los legionarios, en un foso de inmundicias, donde hozaban los cerdos. Antes, Espendio les había puesto una argolla en el cuello y los había encadenado, lo mismo que a los esclavos de las caravanas que cruzan los desiertos sin sendas del sur. Sileno vio orinar encima de ellos a los muchachos del campamento, sucios, desnudos, incircuncisos y piojosos. Espendio trajo los estandartes azules y cuartelados del sufeta, y los arrojó sobre sus prisioneros.

Yo estaba en la sala de mi padre, la de suelo de bruñido lapislázuli, cuando aquella noche vinieron los Ancianos para escuchar de labios de Sileno las condiciones de los mercenarios. Era una noche oscura. Una niebla gris se extendía sobre el mar que batía contra la muralla de Cartago con sonido de sollozos y jadeos de agonía. Entraron los Ancianos, portando sus bastones de cuerno de narval. Algunos se habían rasgado las vestiduras en señal de duelo por la humillación infligida al sufeta. Otros llevaban la barba enfundada en bolsas de piel color malva, atadas a las orejas con cintas negras.

Sileno les expuso unas condiciones que no habrían podido aceptarse ni siquiera con la mejor disposición. Se exigían sumas de dinero escandalosas, oro y plata, minas hispanas, y diez zeter de tierra para cada hombre. Para los jefes se pedía en matrimonio a vírgenes de las mejores familias de Cartago.

Lo que más indignó a los Ancianos fue que se atrevieran a pensar siquiera que nuestra sangre púnica podía mezclarse con la de bárbaros como ellos. Entre tanto, querían ánforas de vino de nuestros almacenes, y gallinas, caballos, carne, especias y aderezos, todo antes de dos días.

Baalhaán, el decano, habló en nombre de todos y ordenó al propio Astegal, mayordomo del Consejo, que aquella misma noche saliera en busca de Amílcar, mi padre. Los Ancianos, que se sentían seguros para muchos meses dentro de la muralla, no podían hablar de paz. Y hablaron de guerra.

Fueron días de zozobra. Sileno, muy decaído para dar clase y hasta para hablar, permanecía en su habitación, buscando consuelo en Eurípides. Las puertas de la ciudad habían sido cerradas para todos. La gente de Cartago deambulaba tensa y asustada, y nuestros criados se mostraban hoscos y recalcitrantes. Se hablaba en lúgubres susurros de hacer una cremación de ofrenda, lo que nosotros llamamos tophet, la incineración de niños vivos para apaciguar a Melkar y a Tanit-pené-Baal. Se decía que incluso Túnez, ciudad tributaría de Cartago, situada al otro lado de la bahía, se había sublevado; que sus Ancianos habían abierto las puertas a los mercenarios, los comerciantes las tiendas y las mujeres los muslos.

Dos días después, al no haberse enviado los víveres exigidos, oímos que los mercenarios estaban ante la muralla, apenas fuera del alcance de las flechas y las jabalinas. Ningún cartaginés, sin embargo, hubiera lanzado proyectil alguno al ver lo que vimos. Veinte hombres de la Sagrada Legión estaban puestos en fila y atados a unas estacas cortas y puntiagudas.

Seis mercenarios se acercaron al primero. Con ellos iba Espendio, el campaniense, con la piel azulada y reluciente de tintura de glasto, y amuletos de plata que brillaban al sol, y Matos y también Zaracas, según dijo Sueno. Cortaron las ligaduras del primer legionario. Espendio y Matos lo asieron uno de cada pierna, mientras otros dos le sujetaban los hombros y los brazos, y, tensando los músculos, lo levantaron y lo bajaron bruscamente sobre la estaca, que le entró por el ano, desgarrándole las entrañas. El gigante Espendio se apoyó entonces en sus hombros por detrás, empujando hacia abajo una y otra vez, con risa de loco. A cada sacudida, el legionario lanzaba un alarido que llenaba el aire.

Peor debió de ser el suplicio para los otros diecinueve, pues sabían ya lo que les esperaba. He mandado empalar a muchos hombres. Lo que tarden en morir depende de varias cosas. Si la estaca es larga, penetra en el corazón y la muerte es rápida. Si el condenado es viejo, frágil o débil de carácter, el sufrimiento termina también pronto.

Las estacas de los mercenarios eran cortas, y las víctimas eran hombres jóvenes y vigorosos de cuerpo y de espíritu. Estoy seguro de que aún vivían cuando Zaracas los degolló ante nuestros ojos y recogió sangre de cada uno en un cuenco. Por Melkar y por Eshmún, por todas las estrellas que brillan en el cielo, por la luna, el sol y el mar, cada tribu de la tierra tiene costumbres y usos que, aunque les sean propios y resulten extraños a los demás, no por ello dejan de ser abominables. Pero lo que Zaracas hizo entonces nunca debió hacerlo ni debería hacerlo jamás hombre alguno.

El mercenario se volvió de cara a la muralla de Cartago, se adelantó hacia nosotros, levantó el cuenco, lanzó un grito de placer y bebió de un solo trago la sangre de veinte hombres de la Sagrada Legión. Sueno, que estaba a mi lado, tuvo una arcada, dio media vuelta y se alejó apresuradamente.

Zaracas, alzando la cabeza al sol como el ciervo recién abrevado en el arroyo, entonó un canto extraño y estremecedor, un tétrico canto de guerra.

Baalhaán había ordenado disparar las catapultas. Pero ya era tarde. Alzándome sobre las puntas de los pies, vi cómo los proyectiles caían en la arena desierta y ensangrentada.

Durante varios días, el cielo estuvo oscuro y un humo acre cubrió el sol. Los mercenarios incendiaban las quintas de los ricos, algunas de la familia Barca, sin duda. Ahora sus filas se habían visto engrosadas por los esclavos, que se unían a ellos para ser libres. Bandas salvajes de nómadas

con capa de lana blanca, collares de cuero, pendientes de madera y botas de piel de hiena, llegaban en cuadrigas al creciente campamento. Bandidos, desechos humanos de cabo Phiscus y del promontorio de Derna, garamantas montados en yeguas pintadas, atarantas que maldicen al sol, auseos comedores de langostas montados en cebras y asnos salvajes, guisantas piojófagos, y zuaces, adornados con plumas de avestruz y con la cara cubierta por velos negros, se unían a las huestes mercenarias para destruir Cartago.

Las trompetas anunciaron que otra vez había mercenarios delante de la puerta de Kamón.

Cientos de nosotros subimos a la muralla. Sueno no quiso venir esta vez. Conmigo estaban mis hermanos, Magón y Asdrúbal. Vimos a unos mercenarios que cavaban una fosa. A ella llevaron a sus prisioneros, escuálidos, sucios, con la cabeza en carne viva, pues les habían arrancado el pelo a mechones; el último, Ciscón, todavía estaba clavado en los maderos y llevaba una monstruosa tiara de piel de hipopótamo en la cabeza, Le habían puesto ungüentos en las heridas de las manos, las rodillas, los ojos y las orejas para que no se emponzoñaran, y pudiera seguir viviendo aun sumido en el dolor.

Al foso arrojaron a los embajadores de Cartago, no sin antes romperles las piernas con barras de bronce. Trajeron también asnos cargados con el oro de Giscón. Los mercenarios, cesto a cesto, echaron el oro sobre los hombres del foso hasta casi sepultarlos en el metal, que refulgía al sol. El gigante Espendio se agachó a recoger varias monedas, las pegó a una flecha untada de pez y, con su gran arco de tejo, disparó la flecha hacia la puerta de la ciudad. No comprendimos el sentido de esa acción hasta que un centinela llevó la flecha a Baalhaán, que estaba en la muralla.

Las monedas no eran de oro, sino de plomo con un baño dorado. Giscón había jugado y había perdido.

Descubierto el engaño, los mercenarios cambiaron de actitud. Ahora formaban y se ejercitaban en el llano. Los arqueros practicaban disparando contra los flamencos de la laguna. Ya no se oían en el campamento sonidos de jolgorio ni voces ebrias, sino el martillear de los herreros que forjaban espadas y escudos. Pronto hubo montañas de lanzas, agavilladas como las espigas de trigo. Y en el foso, frente a la muralla, ante nuestros ojos, el sufeta de Cartago y su séquito morían de sed ahogados en sus propias heces, sepultados en plomo dorado.

Ante el Consejo se presentaban mensajeros que entraban de noche por los portillos y traían noticias de que la insurrección se extendía. Todas nuestras ciudades tributarias, excepto Utica e Hipácritas, se habían levantado, asesinando a las guarniciones cartaginesas y abriendo las puertas a Espendio y Matos, aclamados ahora como schalischim, generales de los libres. Las dos ciudades leales fueron sitiadas; desde nuestras murallas veíamos a carpinteros y albañiles, herreros y forjadores aprestar catapultas y arietes, ballestas, onagros y grúas de guerra, que muy pronto, pensábamos, apuntarían hacia Cartago, Sin embargo, nuestra ciudad era inexpugnable, todos lo sabíamos, defendida como estaba por su fuerte muralla, y situada en una península, rodeada por tres lados por el mar y, por el cuarto, por una laguna. Aunque los mercenarios ocuparan la lengua de tierra que unía la ciudad al continente, y en la que estaban acampados, junto al río Bagrada, nosotros resistiríamos. Teníamos agua y víveres suficientes para esperar la llegada de Amílcar, mi padre, que aplastaría con su ejército la insolencia de los mercenarios.

Baalhaán, el sufeta en funciones, se impacientaba. Dio el mando de la ciudad a un tal Agit, primo de los Barca por parte de mi madre, un comerciante de tez descolorida, siempre metido en su tienda, dedicado a sus cuentas.

La Sagrada Legión estaba compuesta por unos seis mil hombres. Agit ordenó que se unieran a ella todos los ciudadanos aptos para el combate. Todas las mañanas, al cantar el gallo, formaban en Mapalia para ejercitarse en el manejo de la lanza y la espada. Agit estaba en todas partes: el arsenal, el tesoro, el faro, los silos de grano y las cisternas, revisando, vigilando, dando órdenes. Tenía preparados a los elefantes de las murallas. Sus corazas de bronce habían sido refundidas, sus colmillos dorados, y sus torres reparadas y reforzadas. Yo veía estas cosas todos los días al pasear por la ciudad y me preguntaba: ¿Cuándo vendrá mi padre?

Agit estaba dispuesto, sus fuerzas preparadas. Con ellas iba Abdolonim, al mando de una cohorte. Por ello, la primera vez que vi partir hacia la batalla el estandarte de los Barca, mi padre no estaba presente. Los mercenarios se hallaban ahora divididos en tres ejércitos, uno que sitiaba Útica, otro Hipácritas y el tercero, que permanecía acampado ante las puertas de Cartago, en la llanura. Se calculaba que cada uno estaba compuesto por unos veinte mil hombres.

Las fuerzas de Agit eran solo la mitad. Él confiaba en los elefantes, porque sabía que en Sicilia mi padre no los tenía, y que los mercenarios no

estarían familiarizados con su mortífero furor. El Consejo había dispuesto que Agit rompiera primero el sitio de Ütica, que se hallaba a una mañana de marcha, al otro lado del golfo de Cartago. En Útica había galeras, imprescindibles para traer provisiones y tropas a Cartago.

Al alba, los que nos quedábamos subimos a la muralla, encima de la puerta de Ramón, para ver partir al ejército. Para llegar a Útica tendrían que enfrentarse al ejército mercenario de la llanura.

Las fuerzas de Agit formaban tres largas líneas. Iba delante la Sagrada Legión, con esclavos y criados en los flancos, armados con hondas. A continuación, la infantería pesada con sus largas picas. Con ella marchaban los libertos, la mayoría inexpertos en el combate, pero armados hasta los dientes: lanza, hacha, maza y dos espadas. Por último, los elefantes, en cinco escuadrones y, entre ellos, los vivanderos. En los flancos, la caballería númida, compuesta por ágiles caballos de patas cortas y jinetes armados tan solo con escudo de cuero y cimitarra.

Agit tenía a su favor, por lo menos, la sorpresa. Cuando nuestras fuerzas se acercaban ya al campamento de los mercenarios a la luz del amanecer, a una orden de Agit quedaron atrás la caballería y los elefantes, con los que iba él en su litera morada, que se mecía como una barca. La Legión y la infantería siguieron marchando con súbito clamor de tímpanos, trompetas, flautas de hueso y tambores.

El campamento de los mercenarios se sacudió como perro que sale del agua. Sonaron los cuernos y los mercenarios se lanzaron al encuentro de los nuestros, con los honderos por delante. Ellos iniciaron la matanza. Bajo la lluvia de sus proyectiles de barro, empezaron a caer nuestros legionarios, uno, dos, veinte, cien. Las fuerzas estaban a unos doscientos pasos una de otra cuando, a la carrera, arremetió contra el centro de nuestra Legión, con el gigante Espendio en cabeza, un syntagma en cuña de mercenarios armados con largas espadas etruscas, que, después de atravesar las líneas de los legionarios, cayeron sobre los libertos y los comerciantes situados en nuestro centro.

Los legionarios y los infantes de Cartago, a los que los pesados pertrechos privaban de libertad de movimientos, eran incapaces de avanzar y de retroceder y, cegados por la sangre, tropezaban con los muertos y los heridos, cayendo en un amasijo de carne y armas ante las espadas de los mercenarios.

Espendio blandía un hacha gigantesca con la que hacía caer a la arena cabezas, manos y brazos. Baalhaán, que estaba a mi lado en la muralla, se

volvió de espaldas con un gemido.

Los mercenarios entonaron un canto de victoria, un ulular que sonó entre el polvo y el olor a sangre. Pero entonces se oyó un sonido nuevo, el grito agudo y desgarrador de los elefantes, un bramido de locura y de rabia. En una sola línea, con el propio Agit montado en un gran macho y blandiendo una pica, los sesenta elefantes de Cartago cargaron contra los mercenarios y nuestras maltrechas tropas.

Los colmillos de los elefantes habían sido dorados, las orejas pintadas de azul y las trompas embadurnadas de plomo rojo. Cada uno tenía una lanza montada en el pecho, un sable en la trompa, un chafarote en cada colmillo y argollas de agudas púas alrededor de las patas. La sangre resbalaba por sus grandes orejas, por el aguijoneo de las picas de sus conductores, que iban sentados en la torre de cuero atada al lomo del animal. Detrás de cada conductor montaban dos arqueros que disparaban flechas contra la muchedumbre, amigos y enemigos por igual. Con sus corazas de bronce, los elefantes irrumpieron en la batalla.

Los hombres morían estrangulados por las trompas, decapitados por los chafarotes y los sables, destripados por los colmillos. Los elefantes, con entrañas humanas colgando de la cabeza, los colmillos o la trompa, gritaban enfurecidos, pisoteando, triturando y desgarrando, se levantaban sobre las patas traseras, aplastando y despedazando, y se revolvían enloquecidos, mortales. Uno había ensartado a un mercenario con la lanza que llevaba montada en el pecho y se agitaba para desprenderse del cadáver. El animal se volvió bramando, y galopó frenéticamente hacia Cartago, mientras arrancaba con la trompa partes del cuerpo del hombre, una pierna, un antebrazo, la cabeza, que arrojaba a un lado en su carrera.

Otro, enfurecido por la flecha que un mercenario le había clavado en un ojo, se deshizo de la torre y corrió hacia el campamento dando alaridos, derribó la empalizada y se perdió de vista arrasando cuanto encontraba a su paso.

Se calmó el frenesí, pero varios animales, sin hacer caso de sus conductores, siguieron pisoteando cadáveres y convirtiendo en lodo lo que habían sido hombres. Los mercenarios supervivientes habían emprendido la huida.

Yo salí con el sufeta y su guardia a saludar a los victoriosos, los que aún vivían. Detrás de nosotros venían corriendo los habitantes de Cartago, la mayoría con cuchillos en la mano, ansiosos de vengarse de los mercenarios. Algunos, en grupos de cuatro o cinco, aún resistían, desafiantes. A estos

los mataron como a perros rabiosos, a pedradas. Mujeres, esclavos y niños apuñalaban a los caídos una y otra vez. Agit buscaba el cadáver de Espendio, para clavar su cabeza en una estaca, decía, y llevarla a Útica. No pudo hallarlo.

Hacía calor. El pueblo de Cartago trabajaba con los brazos desnudos, como durante la recolección, rematando moribundos. Baalhaán había reunido al centenar de mercenarios que, aunque heridos, podían tenerse en pie. Los elefantes aún no habían terminado su trabajo.

Los prisioneros fueron conducidos a una explanada, junto al río. A una orden de Baalhaán, los elefantes los siguieron. Yo no asistí a esa masacre. Bastaba oír los gritos de los hombres y el barritar de los elefantes. Después, primero de uno en uno y de dos en dos, y luego en negro tropel, los cuervos se posaron en los muertos y los moribundos, y al picotear elegían primero los ojos y las vísceras.

Agit reagrupó a sus fuerzas y se dispuso a liberar Utica. Sus mensajeros llegaron a Cartago poco después con la noticia de que los mercenarios no habían ofrecido resistencia. Él se encontraba ya en la ciudad. Todo iba bien.

Pero los uticenses solo habían dejado entrar en la ciudad a Agít y unos cuantos hombres. Los elefantes y el ejército se habían quedado fuera de las murallas. Y aquella noche volvieron los mercenarios, mandados por Matos y Espendio. No en vano habían servido a las órdenes de Amílcar Barca en Sicilia.

Los mercenarios se deshicieron de los elefantes con facilidad. Reunieron cerdos y corderos, los untaron de pez, les prendieron fuego y los lanzaron hacia el lugar en que estaban trabados los elefantes. Las grandes bestias huyeron despavoridas en la oscuridad, no sin causar estragos entre los hombres que con ellas estaban. Lo que empezaron los elefantes lo terminaron los mercenarios, que mataron a muchos y se apoderaron de armas y pertrechos antes de marcharse tan furtivamente como habían llegado.

Una de las cosas que hicieron debían de tenerla sin duda bien planeada. Al amanecer, frente a la puerta principal de Ütica, Agit encontró a unos cuarenta conductores de elefantes, puestos en fila, con la lengua fuera, la cara lívida y rezumando mucosidad por la nariz. Cada uno tenía una cuerda de arco alrededor del cuello.

Al anochecer, Agit salió de Úrica sigilosamente y encontró en los montes los restos de su ejército. Marchando solo de noche y

escondiéndose durante el día en olivares y huertos, consiguió llegar a Cartago. Por lo menos, pudo hacer de lo ocurrido una relación fiel a los Ancianos. Dijo que, en Corza y, después, otras tres veces, hubiera podido caer sobre los mercenarios, pero que tuvo miedo.

Quizá su sinceridad le salvara la vida. Él sabía que merecía la cruz. Había perdido sesenta elefantes, tres mil hombres, trigo y bagajes, oro y plata. Avergonzado, pidió veneno. Los Ancianos decidirían.

Entonces… llegó mi padre.

Estaba lejos, en el interior, en las montañas de Marazzana, cuando Astegal lo encontró.

Regresó por la noche, sin avisar. Los mercenarios volvían a estar acampados en el istmo, aislando a Cartago. Fue Hamilax quien me despertó con la primera luz del día.

—Aníbal, tu padre te llama. —Hamilax estaba envejecido, demacrado.

—¡Mi padre! ¿Dónde está?

—Dice que tú ya sabes dónde.

No tuve que pensar. Me vestí, corrí a la muralla, encontré la piedra, entré y subí. Allí estaba, vuelto hacia el mar. Sin mirarme, preguntó:

—¿He llegado a tiempo, Aníbal? —Yo tiritaba por culpa del frío de la mañana. No sabía qué contestarle—. ¡Sí! —exclamó entonces, se volvió y vino hasta mí—. He llegado a tiempo. Cartago me llamó y aquí estoy. Recuérdalo, Aníbal.

—Pero padre —balbucí—. Ciscón, Agit…

—Lo sé, lo sé. Ven, siéntate.

—Nos sentamos en un banco, al abrigo de la muralla.

—¿Tanto peligra Cartago, Aníbal? Te diré lo que les pasó a los nisallas, una tribu que habitaba en lo mas profundo del desierto de Libia. El viento del sur secó el agua de sus depósitos. Al verse sin agua, decidieron declarar la guerra al viento y marcharon contra él. El viento sopló y los cubrió de arena. Fueron aniquilados y ahora los nasamonas ocupan sus tierras.

»¿Entiendes? Los mercenarios han declarado la guerra a Cartago. Es como declarar la guerra al viento. Pero es mucho lo que tengo que hacer, y tú me ayudarás. Esto será para nosotros el ensayo de una guerra mayor. Ven, sígueme.

Durante semanas, mientras mi padre se preparaba para la guerra, fui con él a todas partes. El estudio quedó olvidado. Casi no veía a Sueno, a mi madre ni a mis hermanos. Ahora aprendía otras cosas.

La campaña de Amílcar Barca contra los mercenarios no empezó con toque de trompetas ni entrechocar de armas, sino en una mesa, una mañana tras otra, temprano. Todo se anotaba, se hacían listas y planes, se contaban los hombres, las armas, los caballos y los elefantes.

—No puedo luchar contra ellos… todavía —decía mi padre. A media mañana, ya estábamos recorriendo la ciudad, y mi padre era afable o seco, paciente o brusco con unos y otros, según exigiera la ocasión.

Las forjas no tenían bronce. Mi padre, insensible a las protestas, lo sacó del tesoro de los Ancianos. Los armeros no tenía tripa para las cuerdas de los arcos. Se utilizó el pelo de las esclavas.

Como hacía falta más, mi padre ordenó que se usara el de las esposas de los libertos.

Consiguió trescientos mil kikarde oro de la Syssitía, la sociedad de los comerciantes, y exigió a los ricos un impuesto de doscientas estateras de oro. Si alguno se negaba a pagar o pretextaba no disponer de medios, el ajuar de su casa era vendido en subastas públicas en las que mi padre era el primero en pujar. Hasta exigió dinero a los colegios de los sacerdotes —algo inaudito—, y lo consiguió.

¿Quién iba a negar algo a un sufeta que había ofrecido dieciséis corazas, dos mil estateras, tres mil gommorde trigo y muchas cosas más?

Envió a Hamilax en barco —los mercenarios, por lo menos, no tenían flota— a Liguria, a buscar tres mil soldados, a los que se pagaría un año por adelantado, a dieciséis estateras de cobre al día.

Reorganizó la Sagrada Legión, los tres mil hombres que habían regresado con Agit o habían quedado en Cartago de guarnición, destituyendo y sustituyendo a oficiales, prohibiéndoles el vino y las mujeres, y obligándolos a entrenarse durante todo el día y a dormir por la noche en el suelo, en las plazas públicas.

El ejército crecía y se perfeccionaba. Mi padre dotó a la infantería de espadas más cortas, escudos más ligeros y sarisas de fresno, lanzas de trece codos de largo. A la caballería pesada de la Sagrada Legión añadió ochocientos hombres de Malqua, elegidos por él mismo —lo nunca visto—, a los que adiestró sin descanso y equipó con arcos y hachas ligeras de doble filo, túnicas de cuero y gorros de piel de comadreja. Incluso entre los esclavos y los artesanos seleccionó a trescientos hombres para que se entrenaran como honderos. A pesar de ejercer la autoridad absoluta, todas las semanas rendía cuentas a los Ancianos.

Transcurrieron dos meses, tres. La gente se impacientaba y nos miraba con recelo al pasar.

«Barca tiene miedo», decían. «Barca es un furriel, no un general. ¿Es que no atacará nunca?». En fa llanura, más allá del foso en el que se pudrían los cadáveres de Ciscón y los otros, el campamento de los mercenarios estaba otra vez lleno de hombres amenazadores. De un lado al otro del istmo, hasta el río, habían levantado una empalizada de barro y estacas coronada de zarzas en la que, a intervalos, habían puesto extraños y siniestros amuletos, escarabeos, cornamentas y símbolos de hechicería.

Águilas muertas, fetos humanos, cabezas de león y cuervos a los que habían roto el pescuezo transmitían su hedor a la brisa.

Mi padre seguía esperando y haciendo preparativos. Varias veces me despertó por la noche.

Salíamos solos de la ciudad por el portillo próximo a la puerta de Karnón, y nos dirigíamos por el arenal hacia el oeste, donde el río Macaras vertía sus aguas en la laguna que protegía el costado de Cartago.

El río bajaba crecido, rápido, amenazador, poderoso y callado en la noche. Mi padre y yo recorríamos sus pantanosas orillas, poniendo señales dondequiera que encontráramos un palmo de terreno firme. Lancé una rama al agua y, bajo la luz de la luna, la vi alejarse veloz. ¿Cómo podría un ejército vadear aquellas aguas impetuosas? Mi padre adivinó mis pensamientos.

—Mañana te enseñaré cómo, Aníbal.

A la noche siguiente, subimos a la muralla occidental. Soplaba con insistencia el viento del oeste, que nosotros llamamos cthon y que suele entrar varias veces al mes. Mi padre señaló la desembocadura del río.

—Mira, Aníbal, ¡mira!

El viento peinaba las dunas y levantaba nubes de fina arena que llevaba hacia el río. Poco a poco, la corriente se hacía más lenta, a medida que la desembocadura iba cerrándose hasta cegarse en la oscuridad cada vez más densa.

—Por la mañana, habrá vuelto a abrirse el cauce. Aníbal, dentro de un mes, si sopla el viento, cruzaremos. —Me miró y sonrió—. Ahora ve a acostarte, hijo. —Dejé a mi padre junto al río, haciendo planes.

A la mañana siguiente, mi padre me dijo que fuera con Hamilax y cinco esclavos a los talleres de los carpinteros, y que recogiera ochenta mazas y otros tantos escoplos largos y los lleváramos al foso en que se alojaba y equipaba a los elefantes. Él ya estaba allí cuando nosotros llegamos.

Ordenó a los ochenta conductores de elefantes que formaran en filas de a cuatro en fondo.

—Ya sabéis lo que pasó con los elefantes en Útica. Los mercenarios pueden intentar de nuevo algo parecido. Si vuestro elefante pierde el control, matadlo. —Se agachó a recoger una maza y un escoplo—. Con esto. Ya sabéis dónde hay que golpear, entre las orejas. Pegad fuerte y pronto, a la primera señal.

* * *

Era de noche. Yo dormitaba en una silla, al lado de mi padre. Él y Hamilax hablaban. Al oír el nombre desconocido, desperté.

—… Naravas. Ve a decirle que espere la señal, Hamilax. Y dale esto. —Mi padre sacó del cofre que tenía delante un anillo de oro y ónice. Hamilax tomó el anillo, asintió y se fue.

—Padre, ¿quién es Nava, Nara…?

—Naravas, Aníbal. No olvides este nombre. Cartago tiene pocos aliados y menos amigos. Él es ambas cosas. Cuando venga lo conocerás. Ahora vamos a la cama.

Era la segunda noche del mes de Zif. La arena había empezado a cegar de nuevo el cauce del río Bagrada. Mi padre había llamado a las armas. De pronto, Cartago se puso en movimiento. Los soldados se armaban, las mujeres lloraban y los abrazaban. Los caballos se encabritaban, extrañando el bocado. Los Ancianos llegaban en literas a despedir a los que partían, y los sacerdotes y acólitos a bendecirlos. El camino que conducía a la puerta fue sembrado de pinas, para simbolizar que los mercenarios serían como los pinos que, una vez talados, no rebrotan.

En silencio, con las armas envueltas en paños para no hacer ruido, salimos por la puerta de Kamón. Mi padre iba en cabeza montado en su caballo manchado, y yo, a su lado, en mi jaco.

Llegamos al río. La mitad de los elefantes entraron en el cauce cien pasos aguas arriba, frenando la corriente con sus cuerpos. Los otros cuarenta formaron otra barrera aguas abajo, para detener a los hombres o pertrechos que fueran arrastrados por la corriente.

Mientras cruzábamos, podíamos ver las hogueras de los mercenarios, que ardían a lo lejos.

Acampamos en silencio en la llanura, detrás del campamento de los rebeldes. No encendimos fuegos.

Se dio a los hombres carne de buey salada. Al despuntar el día, se pasó la orden en un susurro, formamos y nos pusimos en marcha.

Era de día cuando los centinelas de los mercenarios nos vieron. Sonaron trompetas. Los rebeldes corrieron para formar una larga fila y de inmediato se lanzaron hacia nosotros gritando.

Nosotros mantuvimos la formación. Yo había visto a mi padre dibujar aquello en su sala, para explicarlo a Hamilax y a sus comandantes antes de que saliéramos de Cartago, repitiéndolo sin cesar, hasta que los hombres se impacientaban y él estaba seguro de que todos lo habían comprendido.

Nuestros elefantes marchaban delante e, intercalados entre ellos, los honderos y la infantería ligera. La segunda línea, a diez pasos de distancia, estaba formada por la infantería pesada, y la tercera por la caballería y los arqueros.

Quinientos pasos antes de que las fuerzas se encontraran, sonó la trompeta de mi padre. Como un solo hombre, nuestro ejército se detuvo, los elefantes dieron media vuelta y pasaron entre los soldados de la segunda línea, que los siguieron a su vez. Con gritos de burla —«¡ya se retiran!»—, los mercenarios corrían hacia nosotros arrojando lanzas, flechas y piedras.

Encontraron una línea recta y compacta, que ahora era más larga que la suya. Yo estaba detrás, al lado de mi padre, de los trompetas y de Hamilax. Nuestra infantería había formado syntágmata, cuadrados de dos filas de dieciséis hombres por lado, erizados de picas y protegidos por escudos que llegaban hasta el suelo. A derecha e izquierda de cada syntagma había un elefante y, detrás, la caballería pesada. Contra esta pared chocaron los mercenarios. Muchos quedaron clavados en las picas, ninguno pudo pasar; su línea era muy delgada y los hombres estaban muy cansados de correr.

Nuestro centro se mantuvo firme, mientras las alas, sin detener su avance ante nada, empezaron a cerrarse. Si también los mercenarios tenían un plan, no podía adivinarse. Por entre el polvo yo solo veía a mercenarios que golpeaban nuestros syntágmata. Nuestros arqueros disparaban desde las torres de los elefantes. Sobre el fragor de la batalla se oían los gritos de las grandes bestias, enfurecidas algunas por las flechas que se había clavado en sus costados, pero todavía obedientes a los conductores. Delante de cada syntagma, se amontonaban los muertos y los heridos. Un grupo de mercenarios trató de huir hacia el Este. Mi padre envió caballería en su persecución. Vi el brillo de los chafarotes que caían sobre los mercenarios.

Otros eran más valientes. Unos sesenta sicilianos, vestidos de cuero y armados solo con espadas cortas y escudos, peleaban con arrojo frente a un syntagma. Tres de ellos se deslizaron debajo de un elefante que se había alzado de manos barritando, y con las espadas cortaron la cincha del animal e hicieron caer la torre. También el elefante se desplomó aullando, con el vientre abierto por muchas espadas. Pero la mole del elefante que agonizaba era ahora otro obstáculo que se alzaba ante los mercenarios, mientras los honderos de mi padre seguían lanzando su lluvia mortífera desde el otro lado.

Los mercenarios estaban ya acorralados y nuestro cerco se cerraba sobre ellos. Los elefantes avanzaban, tal como los había visto entrar en batalla a las órdenes de Agit, aplastando y desgarrando con furia. Nosotros esperábamos a caballo y observábamos. Espendio y otros cuarenta lograron abrirse paso. Fueron los únicos que escaparon. Hamilax hizo volver grupas al caballo, dispuesto a perseguirlos.

—Déjalos marchar, Hamilax —dijo mi padre—. Ya caerán. Mientras, y sin que sea esa su intención, pueden servirnos de mensajeros.

Finalmente agotados, se ordenó retirar a los elefantes. Otro toque de trompeta y los syntágmata rompieron la formación, los hombres dejaron las picas y fueron barriendo, uno a uno, los restos de resistencia. Muchos mercenarios tiraban las armas y ofrecían el cuello al tajo de la espada.

Otros clavaban la espada en la arena por la empuñadura, como si fueran estacas de defensa, y se guarecían tras los escudos. Pero eran muertos a lanzazos sin piedad.

Una batalla es como un acto de lujuria. Pasa el arrebato, pero las consecuencias perduran. A media mañana, había terminado la lucha, pero las secuelas se prolongaron durante todo el día.

Habíamos perdido tan solo unos seiscientos hombres. Dos de los elefantes habían muerto. Las pérdidas de los mercenarios eran enormes, y durante todo aquel día nuestros soldados deambularon entre los muertos y los moribundos, recogiendo corazas y armas, y amontonando cadáveres.

Hicimos dos mil prisioneros. Quinientos fueron conducidos a un bosquecillo de eucaliptos, junto al río. Hamilax se encargó de que fueran destripados y atados a los árboles con sus propios intestinos.

Se pasó después al campamento. Se quemaron las chozas y tiendas y se reunió a las mujeres y vivanderos, a los que se llevó al pie de la muralla sur de Cartago. Los arqueros los mataron sin prisa, divirtiéndose con ellos. Tensaban el arco, apuntaban, lo bajaban sin disparar, se reían, los herían

primero en un muslo y después en el brazo, hasta que la víctima, acribillada, se desangraba gimiendo.

Mi padre ordenó que se cubriera de tierra la fosa de Ciscón. A la caída de la tarde, estábamos dispuestos para la marcha. Mi padre y yo nos alejamos solos aguas arriba para bañarnos en el Bagrada.

Encontramos un rastro de sangre. Un mercenario herido se había arrastrado hasta allí en busca de agua.

Lo encontramos cerca de la orilla. Los cuervos le habían sacado los ojos, pero aún vivía. Sin decir palabra, mi padre sacó la espada, le cortó la cabeza y la lanzó al río de un puntapié.

Marchamos sobre Útica. Los mercenarios de Zaracas, según nos dijeron los prisioneros, habían abandonado el sitio. Fuimos después a Hipácritas y descubrimos que allí había ocurrido otro tanto. Mi padre, Hamilax y Agit deliberaron. Agit fue enviado con cuatro mil hombres a poner sitio a Túnez, que estaba en poder de Matos. Nosotros debíamos encontrar y destruir las fuerzas de Espendio y Zaracas, para reunirnos después con Agit en Túnez.

Durante meses, buscamos al enemigo en vano. Había muchas escaramuzas, alarmas nocturnas. Los mercenarios atacaban a nuestros destacamentos y se retiraban. Mi padre conservaba la calma.

—¡Ya ves, Aníbal, lo bien que les hemos enseñado! Hamilax, hay que prevenir a Naravas.

Seguimos a los mercenarios hacia las colinas del interior y después a las montañas. Nuestra comida era escasa, nuestros piojos cada vez más gordos. Mi padre hizo quemar todas las tiendas de los oficiales. Dormíamos en el suelo, entre los hombres. En las montañas de Marazzana, descubrí los vínculos de lealtad que se forjan por el mero hecho de pertenecer a un mismo ejército.

Al cabo de varios meses de marcha y escaramuzas, llegamos a una meseta rodeada de cumbres.

—Aquí será —dijo mi padre. Aquella noche sin luna, la oscuridad se encendió de pronto. Mil hogueras ardían en círculo por encima de nuestras cabezas. Nuestros elefantes barritaban, nerviosos.

Mi padre dormía.

No dio orden alguna hasta la llegada de la primera luz del día.

—Buey, Hamilax, todo el que puedan comer, y todos los higos secos que quieran. Que vengan los capitanes. —Y ante ellos expuso mi padre su plan. Con el estómago lleno, nuestro ejército formó un cuadrado. Los

syntágmatay los elefantes estaban en el borde exterior. La caballería y los honderos, dentro. Cuando salió el sol ya estábamos preparados.

Empezaron a bajar de las cumbres, venían en silencio y eran muchos, cuatro o cinco por cada uno de nosotros. Esta vez, ordenados, amenazadores. Sus honderos dispararon. Nosotros levantamos los escudos. Su primera carga fue de tanteo, realizada por hombres que portaban armas ligeras.

Carecían de la caballería pesada y de los elefantes que hubieran podido romper nuestra línea. Nuestros honderos mataron e hirieron a muchos. El segundo ataque fue mucho más fuerte, infantería pesada con altos escudos romanos que presionó nuestro costado oriental. Una segunda fuerza nos atacó desde el norte. Una tercera se nos acercó por el sur. Los mercenarios formaron lejos del alcance de nuestros proyectiles, disponiéndose a cargar contra nuestro costado oriental. Empezó a correr hacia nosotros una ola de hombres formada en tres líneas, doscientos pasos más larga que nuestro flanco.

Nuestras trompetas tocaron al unísono. Mi padre masticaba tranquilamente un higo. Por el este, con el sol a la espalda y banderas al viento, venía hacia nosotros, entre una nube de polvo, una gran hueste a caballo formada en punta de lanza.

—Na-ra-vas, Na-ra-vas… —Hamilax inició el grito que fue coreado por todos los hombres. Los jinetes atravesaron limpiamente la línea principal de los mercenarios, volvieron grupas y la atravesaron otra vez. Espontáneamente, nuestro cuadrado se convirtió en una línea de carga. Yo iba con ellos, en mi jaco, al lado de mi padre, entre el polvo, la sangre y el ruido. Hacia mí galopó un galo barbudo. De un tajo, la espada de mi padre le cortó el brazo levantado. La sangre me salpicó. Gocé con la batalla, y desde aquel día me ha gustado luchar y no conozco el miedo.

Todavía me parece ver a mi padre abrazar a Naravas cuando todo hubo terminado. Entre los dos cortaron los brazos a Espendio con su propia espada. También capturamos vivo a Zaracas, aunque herido. Un elefante tenía la trompa cortada y los intestinos fuera. Hamilax lo mató clavándole el escoplo entre los ojos.

Dejamos la carroña a los leones y los buitres. Espendio, con los muñones vendados, fue arrojado sobre el caballo que arrastraba a Zaracas. Al cabo de diez días de dura marcha, llegamos a Túnez al anochecer, íbamos por el llano y esperábamos ver los fuegos del campamento de Agit desde lejos.

—Tal vez haya tomado ya la ciudad —dijo Hamilax.

—Quizá —respondió mi padre.

En la oscuridad, las cruces parecían irreales. Al amanecer del día siguiente, cobraron realidad.

Allí estaba Agit, lo que quedaba de él. Lo habían crucificado con una daga en la boca, después de cortarle los genitales, los dedos de los pies y los de las manos. A uno y otro lado, una hilera de cruces daba la vuelta a la muralla de la ciudad.

Mi padre ordenó a un destacamento que descolgara los cadáveres. Los proyectiles que les lanzaban desde la muralla los obligaron a retirarse. Mi padre envió entonces a Hamilax a Cartago en busca de catapultas. Esperamos. Nuestros hombres recorrieron los alrededores en busca de lana, que impregnamos de pez y atamos a piedras. Después, mi padre ordenó que todos nuestros hombres y los de Naravas fueran equipados con arcos y que fabricaran flechas y untaran las puntas de pez.

Las casas de Túnez no eran de piedra, sino de barro y cañas, y tenían el tejado de paja. Nos preparamos durante semanas. Estábamos dispuestos, pero mi padre esperaba algo más; el viento.

Cuando llegaron las sesenta catapultas, fueron instaladas de inmediato. Del sur llegó un viento seco que estuvo soplando durante todo el día. Delante de la muralla, a la vista de todos, mi padre mandó traer a Espendio y Zaracas. El primer tajo de su espada hizo rodar la cabeza de Espendio. El segundo le cercenó el tronco a la altura de las caderas. Los mercenarios miraban en silencio desde la muralla de Túnez. A Zaracas lo cortó primero en dos por la cintura, de un golpe seco.

Sin contar los brazos de Espendio, fueron diez los pedazos de los dos hombres catapultados a Túnez. Hecho esto, se encendieron grandes braseros delante de cada grupo de arqueros y de cada catapulta. Al llegar la noche, y tras una señal de trompeta, una lluvia de fuego cayó sobre Túnez. La ciudad estuvo ardiendo durante tres días y tres noches. Cuatro veces cada día, mi padre hacía que se repitiera la lluvia de fuego. Él sabía muy bien cuánta agua había en Túnez.

Grupos independientes de mercenarios quisieron morir de otro modo. Unos se arrojaban ardiendo desde lo alto de la muralla. Otros salían corriendo por las puertas. De estos, algunos eran ejecutados y la mayoría capturados y crucificados en las cruces de Agit y sus hombres. Junto a las cruces y en nuestro campamento se agolpaban, graznando, cuervos ensangrentados.

* * *

Por supuesto, Cartago nos vitoreó con júbilo cuando llegamos a la ciudad, tiznados de humo y con las ropas impregnadas de tufo a carne chamuscada.

—Gloria a Amílcar, nuestro salvador, elegido de los dioses —gritaba el pueblo y también el mismo Baalhaán, que llevaba la tiara de las ocho franjas sagradas y la concha de esmeralda en el centro. Yo me retiré. Quería ver a Sileno. Lo había echado de menos. No estaba en nuestra clase, pero en su mesa había un rollo abierto. Era el libro decimocuarto de la Riada. A mi regreso de la guerra sin cuartel, leí:

> “ *Los dioses han dispuesto que llevemos a cabo arriesgadas empresas bélicas desde la juventud hasta la vejez, cada uno de nosotros, hasta que perezcamos.*

Capítulo III

IBERIA

Yo nunca había estado en el templo de Melkar, y, de hecho, nunca más volvería a cruzar el cercado de plátanos ni los huertos de almendros y calabazas, con setos de cipreses y arrayanes, y tampoco volvería a caminar por la senda de guijarros negros, ni a pasar por delante de los cedros sagrados, ni a subir los seis peldaños de plata, más allá de las estelas, una de esmeralda y otra de oro.

Por las grietas de la parte superior de la pared, entraba una luz vacilante. Vi doce esferas azules de turquesa y, detrás, un ara grande de superficie rugosa y ennegrecida, que descansaba sobre pies de lapislázuli. Un fuego de áloes y laurel mitigaba la penumbra. Yo estaba al lado de mi padre. En aquel espacio reinaba la quietud. De las antecámaras llegaban cánticos en cananeo, que fueron acercándose hasta que los cantores quedaron alineados a nuestro alrededor, junto a las paredes, hombres con manto de lino y relucientes collares de coucoupha y nigromantes desnudos, cubiertos de tatuajes, que portaban fetiches y amuletos colgados de bastoncillos. El scheminith de ocho cuerdas, el kinnorde diez, las panderetas y el salsalim, las cítaras y el aleuchim, el simsimíya y la makruna repicaban, plañían y ululaban.

Por una puerta oculta situada delante del altar, salió Acololim, el sumo sacerdote, vestido de blanco; solo entonces cesaron todos los sonidos.

—Amílcar, hijo de Asdrúbal, hijo de Aníbal, del linaje de los Barca y de la misma Dido, ¿por qué vienes a despertar a las serpientes de Melkar?

—Tú sabes por qué he venido, Acololim. Adelante.

Un eunuco se me acercó por detrás y me cubrió con un manto rojo sangre. Otros dos trajeron un perro negro. Uno lo sostuvo por la cabeza y el otro por las patas, encima del fuego que ardía delante del altar. Mi padre se adelantó, tomó una espada y, de un tajo, cortó al perro por la mitad. Silbó en el fuego la sangre del animal.

—Que esta suerte sea la tuya, Aníbal, hijo de Amílcar, si quebrantas el juramento que te dispones a realizar —recitó Acololim. Los acólitos gimieron y los tambores volvieron a retumbar.

A la derecha de Acololim, había una pila de piedra. A ella llevaron un becerro blanco y un becerro negro, símbolos del día y de la noche. Mi padre los degolló y la sangre de los animales llenó la pila. Yo me adelanté y sumergí los brazos. Aún recuerdo las palabras que Acololim me hizo repetir.

—Por los ocho fuegos de los Cabiros, por las estrellas, bólidos y volcanes, por la cueva de Adrumeto y el paso de Ashroket, por los sacrificios, por todo lo que arde, por el desierto, por el Sol, la Luna y la Tierra —¡ah, cómo lo recuerdo!—, hialpi mer sva Melkarth, ok Eschmoun, ok hin almattki an Panit… por las serpientes de Melkar, por Eshmún, por la negrura de Panit, pronuncio este solemne juramento de los siete odios contra Roma, de enemistad imperecedera contra Roma, jamás paz con Roma, jamás pacto con Roma, jamás clemencia para Roma, mientras yo viva y mientras un romano pise la tierra o surque el mar, por mi ser, lo juro.

Sí, de mi padre heredé este odio, pero yo lo cultivé, lo alimenté y lo hice mío. De su esencia está hecho el alambique que acoge mi alma.

Regresé a nuestra casa en litera, con mi padre, silencioso tras el juramento. Todavía ensangrentado —no debía lavarme hasta el siguiente amanecer—, me dirigí siguiendo a mi padre al jardín.

Sentados en un banco de madera de beki, cada uno de nosotros se sumió en sus pensamientos. Cruzó sobre nuestras cabezas una cigüeña, con vuelo pausado, y cuando su sombra oscureció el agua de los estanques en los que nadaban las percas, pensé en el miedo que sentirían los peces. También a mí me estremeció un miedo fugaz, que ahora vuelvo a sentir; miedo por mi tierra, por Cartago. He tratado de salvarla. Pero Cartago no quiere salvarse a sí misma.

Mi padre se inclinó hacia delante y, mirándome fijamente y con cólera en la voz, me dijo:

—Aníbal, Cartago está extenuada. Lo que no nos costó la guerra contra los romanos nos lo ha costado la guerra contra los mercenarios. Nuestras arcas están vacías. Sicilia y Malta, Cerdeña, Córcega y Ebusos están cerradas para nosotros, y aun así los perros romanos nos exigen el oro de la reparación.

»El Consejo ha deliberado y tomado una decisión. Construiremos una nueva Cartago… en Iberia. Sueno te lo habrá enseñado, en Iberia hay oro y plata, olíbano, estaño y piedras preciosas. Allí, Aníbal, allí formaré mi nuevo ejército. Y entonces, hijo mío, entonces… —mirándome con unos ojos que abrasaban, presionó mi hombro con fuerza—, entonces, ¡a Roma!

—Calló. Solo se oía el murmullo de las hojas que agitaba un viento lánguido y el chapoteo de los asustados peces en los estanques.

Si la guerra sin cuartel me había enseñado lo que eran la batalla y el mando, los preparativos para la expedición a Iberia me enseñaron cosas no menos importantes. Mi padre pasaba horas y más horas en su sala, estudiando con Hamilax listas, mapas y planes. Llevaría consigo doce mil infantes, tres mil jinetes y cuarenta elefantes. Le acompañarían las treinta galeras que habían sido recuperadas. Y mineros y tejedores, forjadores, funcionarios y amanuenses, carpinteros, guarnicioneros, cocineros y esclavos formarían el tronco para la cabeza que era el ejército. Para que me ejercitara en el mando, mi padre me nombró jefe de intendencia.

También yo hacía planes con Sueno, y así pasé los primeros meses de mi décimo año.

¿Cuánto comen un hombre, un caballo y un elefante? ¿Cuánto dura un par de botas? ¿Cuántos clavos se necesitan para construir un fuerte? ¿Cuántos herreros para herrar tres mil caballos? ¿Se conservará el garó en salazón varios meses o más?

Seguía adiestrándome en la jabalina, la lanza, la espada y el caballo, pero dedicaba la mañana a planificar la expedición. Mi padre me ordenaba que le presentara los planes unas veces en griego, otras en latín y otras en púnico, por lo que, además de aprender logística, mejoraba mi conocimiento de esas lenguas. Sueno me enseñaba también la geografía, los pueblos, las costumbres y los idiomas de Iberia.

De las costas del oeste y del sur sabíamos ya mucho. Contaban nuestras leyendas que nuestros antepasados de Tiro habían fundado en Tartessos una gran ciudad, que era aún más antigua que la propia Cartago. Se hizo muy rica con el comercio del estaño pero, cuando hace tres siglos se negó a reconocer la soberanía de Cartago, fue destruida, sus hijos sacrificados y sus mujeres vendidas como esclavas. Cuando nuestro almirante Admagón abandonó el lugar, arrojó por la borda de su barco un trozo de hierro y juró por Eshmún que Tartessos no volvería a poblarse hasta que el hierro subiera a la superficie. Los prisioneros fueron lapidados en Cartago. Admagón mandó poner la cabeza del jefe tartesio, un tal

Abraco, en un pellejo lleno de sangre humana. «Así sacia Cartago la sed de sangre de sus enemigos».

Esto hacía Cartago con quienes se atrevían a desafiarla. ¿Y ahora?

En la costa, cerca de la antigua Tartessos, un poco más al sur, en un enorme puerto natural, había fundado mi tatarabuelo Aníbal la colonia de Gadir, que los romanos llamaban Gades. Tierra adentro, en Asido, había minas de plata que rendían mucho y prometían más. Mi padre pensaba ir primero a Gadir para instalarnos allí, someter a las tribus o aliarnos con ellas, levar tropas, desarrollar el comercio y después dirigirnos hacia el noreste y fundar una ciudad que recibiría el mismo nombre que Cartago, Kart-Hadtha, y que los romanos llamarían poco después Cartagonova.

Someter o aliarse. También esto lo aprendí de mi padre, y lo aprendí en Iberia. La guerra sin cuartel me había enseñado cómo se trata a los enemigos. Pero en Iberia descubrí que hay otra forma de tratar a los enemigos: convertirlos en aliados.

Una de las tribus íberas que ya conocíamos era la de los oretanos. Me dijo Sueno que vestían solo con cuero. Es tan árida sti tierra que comen todo lo que encuentran y nunca todo lo que quieren.

Solo beben agua, porque no tienen vino, ni néctar, ni siquiera comen higos para el postre.

La Iberia de la que me hablaba Sueno era una tierra llena de cosas curiosas. Había en ella muchos reinos y uno de los reyes del norte era tan rico que tenía, según se decía, ochocientos sementales y dieciséis mil yeguas, veinte para cada macho. Eran tan veloces los hijos de estas yeguas que muchos los creían engendrados por el viento y no por caballos. Y eran tantos los perros de este rey que a cuatro aldeas importantes se les perdonaban los impuestos a cambio de que alimentaran a los perros.

No menos extraño me pareció lo que me contó Sueno de una tribu del centro peninsular, los vacceos. Los mandaba una mujer, una tal Tamiris, y todas las mujeres de la tribu eran guerreras, no conocían rueca ni telar, y llevaban el seno derecho descubierto para mover el brazo con soltura en el combate. Si preguntas a un hombre de esa tribu quién es, te dirá su nombre y después el de su madre, su abuela, su bisabuela y así sucesivamente. Se cuenta que, en cierta ocasión, Tamiris se quedó ciega, y los médicos dijeron que para recobrar la vista tenía que bañarse los ojos en la orina de un hombre que solo hubiera yacido con su esposa. Tamiris probó primero con la orina de su esposo, y siguió ciega; después probó con la de otros muchos hombres, uno tras otro, hasta que por fin recuperó la vista.

Entonces Tamiris ordenó que se reuniera a todos los hombres que habían sido infieles a su esposa y les sacaran los ojos.

¿Qué otras cosas llegué a saber de Iberia por boca de Sileno? Estudié su geografía con la Geographica de Eratóstenes. Sileno había conocido a este hombre en Atenas, hacía años, y me dijo que se había quedado extasiado oyéndolo hablar en el ágora de matemáticas, astronomía, física, geografía y los principios de la música.

Qué pueblo, el griego. No hay pregunta que no se hayan hecho y muy pocas que no hayan contestado. Cuando ya no queda nada de que hablar, hablan del hablar, y cuando nada en que pensar, piensan en el pensamiento. Los malditos romanos no sirven para ninguna de las dos cosas.

Por Eratóstenes, pues, supe de Iberia, aunque con ayuda de Sileno. Era difícil su griego para un niño.

—Difícil, sí, Aníbal —decía Sileno—. Pero qué elegante. —Y me hablaba de la complejidad de ta prosa de Eratóstenes, de su uso de la anáfora, el asíndeton, la concordancia ad seusum, la tmesis y otras cosas. Pero a mí me interesaba más la topografía de la tierra a la que iríamos pronto.

Los preparativos de mi padre estaban terminados y el día de la partida se había fijado ya. Las fuerzas expedicionarias se habían reunido ante las murallas y solo esperaban al jefe. El Consejo vino a nuestra casa y, en la gran sala, expresó a mi padre sus votos para el éxito de la expedición. Aún había que botar al agua las galeras. Aquella misma tarde, fui con mi padre a los astilleros del puerto y, bajo el resplandor de un ocaso llameante y entre las imprecaciones de Acololim y los cantos de los acólitos, treinta de nuestras galeras fueron botadas al agua. Se habían atado carneros a los cilindros de madera sobre los que se deslizaban las embarcaciones, a fin de que sus quillas entraran manchadas de sangre en su medio natural. Pregunté a mi padre cuál era el origen de aquella costumbre.

—En tiempos mejores para Cartago, Aníbal, no se ataba a animales, sino a prisioneros de guerra, y en la botadura se vertía sangre humana. Quiera Melkar que así vuelva a ser.

El viaje a Iberia fue fácil. Marchamos hacia occidente siguiendo la costa con el grueso del ejército, a la vista de la flota. Mi padre iba en vanguardia. Sileno y yo, mi madre y mis hermanos viajábamos en literas que portaban esclavos. Pasamos por ciudades que aún eran tributarias de Cartago: Cirta, Anabá yjijiel, Tigzirt, Tapasa, Guraya, Siga, y cada una enviaba al campamento de mi padre frutos de la tierra y del mar en señal de lealtad.

Marchamos durante más de treinta días, hasta que llegamos a las Columnas de Heracles, en el estrecho del mar Ibérico.

Qué hombre aquel Heracles. Los fenicios, nuestros antepasados, lo admiraron; y los griegos, los egipcios y hasta los romanos, que lo llaman Hércules, se lo apropiaron adorándolo como a un dios.

Cuando llegó, como nosotros, al monte Ahila, lo encontró unido al monte Calpe: el paso estaba bloqueado, aunque había mar a ambos lados; derribó la montaña y, navegando por un mar ardiente, pasó a. Iberia en la copa de Helios, el dios sol. Así nacieron las dos Columnas de Heracles, entre las que íbamos a pasar nosotros. En esto pensaría yo cuando los Alpes me cerraban el paso. Cuando veas ante ti una puerta cerrada, crúzala sin miedo.

Llegó la flota. No teníamos barcos de transporte, pero cruzamos el estrecho tal como lo había planeado mi padre hacía meses. Durante días, las treinta galeras estuvieron yendo de una a otra costa, cargadas hasta las bancadas de hombres y provisiones. Al fin solo quedamos en la costa africana los de la casa de mi padre y cuarenta esclavos: nosotros y los elefantes.

Este problema de logística no había podido resolverlo. Ni Sueno, ni Hamilax, ni siquiera los conductores de los animales habían podido ayudarme. Al parecer, nadie sabía cómo transportar elefantes por el agua y, mucho menos, cruzar cincuenta estadios de mar. Nadie recordaba que se hubiera hecho nada semejante. Cuando pregunté a mi padre cómo pensaba transportar a los elefantes, se rio:

—¿Cómo? ¡Volando, Aníbal! ¡Los elefantes llegarán a Iberia volando! —Y dio media vuelta.

Debí imaginarlo, porque había oído a mi padre ordenar a Hamilax que llevara a un destacamento a las montañas para talar árboles con los que construir balsas. Mi padre las hizo llevar al puerto. Los esclavos trajeron tierra que fueron amontonando en las balsas, hasta alcanzar el nivel del embarcadero. Entonces levantaron muros de palmas y arbustos alrededor de esta tierra flotante. Dos elefantas fueron conducidas por el embarcadero hasta lo que les debía de parecer tierra firme. Los otros animales las siguieron sin miedo.

Así, en cuatro viajes, los elefantes de Amílcar, capturados en los bosques de los garamantas, fueron remolcados en islas flotantes hasta Iberia. Yo miraba y aprendía. El mismo método emplearía yo para que mis

elefantes cruzaran el Iberus y el Ródano. De mi padre había aprendido, como muchas otras veces antes y después, que los problemas se resuelven pensando.

Quedaba por resolver otra cuestión. Con los miembros de la casa de mi padre iba un númida arisco, un tal Zetenes, hijo de un jefe del desierto, aliado de mi padre. No estábamos lejos de Cartago cuando descubrimos que su padre no lo había enviado a Amílcar Barca por amistad. Fue un suplicio durante todo el viaje, siempre quejándose: de la marcha, del calor, de las moscas, de la comida, de sus esclavos, de todo. Él no deseaba más que volver a su hogar, decía, no quería ir a Iberia.

Estábamos en el malecón, esperando embarcar. Eramos los últimos. El esclavo enviado a recoger las tiendas se acercó a mi padre y le dijo que Zetenes se negaba a salir de la tienda. Vi que mi padre miraba a Hamilax y movía la cabeza.

Poco después, cuando ya navegábamos por el estrecho, advertí la ausencia de Zetenes. Mi padre atendía a mi madre, que estaba indispuesta. Hamilax se hallaba en la popa, mirando en silencio la costa de África que dejábamos atrás. Me acerqué a él.

—¿Dónde está Zetenes? —pregunté.

Hamilax respondió sin mirarme:

—Le he cortado el cuello. —Y el monte Ahila, que ya estaba a mi espalda, se fundió con el sol poniente.

Arribamos a Gadir, cuyo gran puerto se abre hacia el norte y se halla protegido por el oeste por una larga lengua de tierra. A los ojos de un niño, Gadir era como Cartago, una Cartago pequeña.

Tenía ágora, templos y, por supuesto, un Consejo de Ancianos y un tribunal.

Aun ahora los romanos nos llaman salvajes. Pero muchos cientos de años antes de que Roma existiera incluso en el pensamiento, Cartago instauró una Constitución. Solo los Estados griegos han llegado a tanto. Los romanos gobiernan por el miedo y sin ley. También Cartago gobernaba por el miedo, cierto, pero por el miedo a la ley, y dentro de la ley que definía la Constitución. Y Gadir tenía también su consejo y sus tribunales, porque pertenecía a Cartago.

Nuestra casa, lo mismo que en Cartago, estaba separada de las otras, al extremo del promontorio. Era más pequeña, pero, por lo demás, una réplica de la que habíamos dejado. Mi vida no tardó en recobrar el ritmo que tenía antes de la guerra con los mercenarios rebeldes. Mañanas de

estudio con Sueno, tardes de monta y práctica con la jabalina, la lanza y la espada. Dejando en Gadir solo una pequeña guarnición bajo el mando de Hamilax, mi padre empezó a llevar a cabo pequeñas incursiones hacia el interior. Le veíamos poco. Durante un tiempo, yo había sido un niño en un mundo de hombres. Ahora volvía a mi mundo, y así pasó un año, y otro año, y otro…

El propósito de mi padre era reunir en Iberia un nuevo ejército y una nueva flota. Para ello necesitaba aliados y mercenarios. Todos los meses llegaban a Gadir forasteros, rehenes o amigos, y se unían al gran campamento que se extendía fuera de las murallas, más allá del camino principal, hacia el interior, donde se adiestraban y ejercitaban en las artes de la guerra. Uno de estos rehenes era Mahárbal, hijo de Kandaulo, rey de los oretanos, un pueblo aliado.

Como Mahárbal era príncipe, fue alojado en la ciudad, y no se le obligaba a trabajar ni a realizar tareas impropias de su rango. Mi padre era siempre muy escrupuloso en estas cuestiones.

—Debes respetar las costumbres ajenas, Aníbal —me decía—. ¡Siempre que no sean romanas!

Un par de veces había visto en Gadir a Mahárbal, un muchacho huesudo, de pelo rojo, que tenía un caballo tatuado en la frente, señal de que era de sangre real. Yo sabía por Sueno que todos los nobles oretanos se decían descendientes directos de su dios Recano el Jinete. También llevaba un oso tatuado en el muslo: el emblema de su tribu. Solía sentarse al sol, con el gesto huraño de quien se siente acorralado, bajo la mirada del guardián.

En una ocasión, cuando me dirigía al templo de Heracles Amón para hablar con los sacerdotes por encargo de Sueno, crucé el ágora y, al entrar en una calle, lo encontré jugando a los dados en el suelo. Me agaché a su lado. El guardia tosió reprobadoramente. Mahárbal lo miró con fiereza por encima del hombro, sin hacerme caso. Vi piojos en su pelo rojizo y el alado grifo de oro que llevaba colgado del cuello con una grasicnta tira de cuero.

—No hagas caso del guardia —dije—. Soy Aníbal, hijo de Amílcar.

—Sé quién eres —respondió en balbuciente púnico, mirando fijamente los dados. Murmuró una invocación a una divinidad para pedir cincos, tiró y sacó uno y cuatro.

—Vuelve a probar —le dije, esta vez en íbero. Sacó dos cincos y entonces me miró con unos llameantes ojos verdes. En aquel preciso

momento fui consciente de que mi soledad pronto perdería sentido, y sentí alegría.

—Mahárbal —dije en púnico—, cuando yo sea mayor y soldado, ¿querrás que seamos aliados?

—¿Aliados, qué significa aliados? —preguntó él.

—Son los que pelean por amistad contra los enemigos del otro.

Se levantó, desviando la mirada, mientras se comunicaba con un poder desconocido para mí.

Se volvió y, con la rapidez del pensamiento, me quitó el puñal del cinto. El guardia se adelantó con alarma. Lo detuve con un ademán. Mahárbal se hizo un corte en la base del pulgar de la mano derecha.

Me dio el puñal. Yo me levanté, tomé el puñal, me hice un corte en el pulgar, y nuestras manos, nuestras sangres y nuestros destinos se unieron para siempre.

—Yo seré tu anda, Aníbal, tu hermano de sangre, y tú serás el mío.

Yo sabía que Hamilax se enteraría de aquello y también mi padre. No tenía miedo.

—Mahárbal es amigo mío —dije al guardia—. Quiero que se le trate como a tal. —Desde aquel día hasta el día de su muerte, todos los enemigos de Roma han tenido motivos para estar agradecidos a Mahárbal, príncipe de los oretanos, amigo de Aníbal y jefe de su caballería.

En los meses que siguieron, nos hicimos inseparables. Mahárbal se unió a mis clases con Sileno. Aprendía mucho y nos enseñaba mucho. Con los caballos no tenía rival. Montaba a pelo briosos garañones o nerviosas yeguas, fundiéndose con ellos, ya fuera al galope, al trote, y hasta cuando íbamos al paso, charlando por las sendas del bosque o por las playas.

Cumplí catorce años.

Aquel año, en Iberia, tuve mi primer caballo, y mi corazón aún se estremece de amor por él.

Mi padre había regresado hacía varias semanas, con la tez curtida por el sol y el viento. Ya tenía vetas blancas en su negra barba. Después de un breve descanso, había vuelto a sus planes, sus conversaciones, el adiestramiento de las tropas y el fomento del comercio. Solía acudir a las ferias de caballos, en las que satisfacía tanto la necesidad del soldado como la afición del hombre. Su ejército crecía y necesitaba muchos caballos. Se había corrido la voz, y todos los meses llegaban a Gadir caravanas de las tribus del norte y del este, hombres enjutos con gorro de lince, túnica holgada y calzón atado al tobillo que transportaban sus negras tiendas a

lomos de asnos o de mulas. Este traía diez caballos, aquel veinte, todos lujosamente enjaezados para la venta, con penachos de plumas en la cabeza y en el cuello redes de lana escarlata con relucientes lentejuelas.

Aquel día, mi padre quería corceles para su guardia. Toda la mañana desfilaron sin cesar tratantes que le mostraban sus mejores animales. Él les miraba los dientes, los cascos, les palpaba el pecho y les palmoteaba las ancas. Si un animal le gustaba, hacía una seña a Abdolonim, el jefe de las cuadras, que se llevaba a un lado al tratante y ajustaba el precio, seis estateras de oro este, ocho aquel.

Mahárbal y yo mirábamos y aprendíamos.

—¿Es todo lo que hay? —preguntó mi padre a Abdolonim.

—Queda otro, señor. Se llama Peritán. Este hombre —señaló a un tratante— pide por él treinta estateras.

—¡Treinta! —exclamó mi padre—. ¡Debe de tirar del carro de Eshmún! ¿Dónde está?

—Un necio ha permitido que se le escapara. Les ha costado atraparlo, pero aquí lo traen.

Por fin, con precaución, trajeron a un corcel blanco que tenía una raya negra en la frente, un bruto enorme, de catorce manos de altura. El mozo lo paró delante de nosotros.

—Este, señor, es Peritán —dijo obsequiosamente el tratante. Al oír el nombre, el animal ahuecó los ollares, desorbitó sus negros ojos y alzó la cabeza.

—¡Mira, Aníbal, mira! —dijo Mahárbal, que estaba a mi lado, con voz tensa. Recuerdo que lamenté que no estuviera allí Sueno, para que viera hecho carne algo que me había enseñado en los rollos de papiro. Recordé el Perí Hippikés. Tal como aconseja Jenofonte, empecé a examinar el caballo por las patas. Los cascos de Peritán eran altos por delante y por detrás. Golpeó el suelo, casi pisando al mozo, y pareció que habían dado el golpe con unos platillos. Las patas eran fuertes y esbeltas, el pecho ancho y el cuello arqueado, como el de un gallo de pelea, por emplear palabras de Jenofonte. Tenía las crines largas y fuertes, aunque descuidadas, y el lomo bien cubierto.

—Es el caballo perfecto —dijo Mahárbal con asombro.

Mi padre dio una vuelta alrededor del animal, atento a los inquietos movimientos de sus cascos.

—Me gusta su estampa. Veamos ahora cómo se mueve. —Abdolonim dio un paso hacia Peritán, que relinchó como una trompeta de guerra y, a

pesar de la fuerza del mozo, levantó su gran cabeza. El mozo tiraba y tiraba. Cayeron al suelo gotas de sangre.

—Mira el bocado que le han puesto —dije a Mahárbal en un susurro—. Mira qué púas. Y ni siquiera así pueden sujetarlo.

—Y mantiene alta la cabeza —dijo Mahárbal, hablando en íbero sin darse cuenta, a causa de la emoción.

Abdolonim se situó ante la cabeza del caballo, chascando la lengua con suavidad para apaciguarlo. Peritán retrocedía, pateaba y enseñaba el blanco de los ojos. Cuando Abdolonim extendió la mano hacia las crines, disponiéndose a montar, Peritán dio un fuerte tirón, levantando del suelo al mozo y descargó una coz furiosa que rozó a Abdolonim.

—Déjalo, Abdolonim —dijo mi padre resoplando despectivamente—. Si eso es lo mejor del lote, no perdamos más tiempo. Tengo otras cosas que hacer. —Dio media vuelta para marcharse.

Supe que tenía que intervenir.

—¡Padre! —grité—. Te lo ruego. —Mi padre se detuvo y me miró—. Déjame probar.

—Aníbal, es un caballo viciado. No hay nada peor.

—Viciado no, padre; valiente. Mira cómo lo han castigado. Mira las cicatrices del vientre.

Sostuve con firmeza la mirada de mi padre. Ya era casi tan alto como él.

—Si eres capaz de montarlo, es tuyo —dijo al fin.

Fui hacia el caballo sin vacilar.

—Retírate —dije al mozo—, apártate de él y ponte a favor del viento, donde no pueda verte ni olerte. Dame las riendas… despacio. No tires del bocado…

¿Qué quería decir Peritán, aquel nombre odiado? Mis conocimientos del íbero habían aumentado. «Oscuro», recordé. Pues bien, había que cambiarle el nombre a este caballo. Luminoso, no oscuro.

—Beleo —dije en púnico— Beleo. —El animal irguió las orejas. Poco a poco, aflojé las riendas. Rascó el suelo con una mano, inquieto. Le acaricié el reluciente cuello con mi izquierda, fui al cabestro y le solté el bocado—. Beleo, Beleo, luminoso —le susurré al oído, mientras él tiraba hacia delante, deseando alejarse de aquel lugar, yo lo sabía.

—Pronto, pronto —le dije mientras me empinaba para agarrarme a las crines. Dio unos pasos rápidos, corrí con él, tomé impulso y salté. Galopamos por las salinas, levantando bandadas de aves.

Cuando regresamos, encontré a mi padre esperando bajo el sol. Salté a tierra pasando una pierna por el cuello, al estilo de la caballería.

—Gracias, padre, muchas gracias por el caballo. Se llama Beleo.

Cumplí los quince años. Me cambió la voz. Tenía vello en las mejillas y el mentón. Había llegado el momento de que matara a mi primer hombre. Según la costumbre, tenía que hacerlo en campaña, con mi padre. Pero él estaba ausente cuando nos llegaron noticias de que, en los montes orientales, bandas de bastetanos atacaban poblados amigos, violando y saqueando. Nuestras minas estaban amenazadas. Hamilax no tenía elección. Partió al amanecer, llevando consigo a sesenta hombres seleccionados de la guarnición que había dejado mi padre.

Los seguí durante cuatro días. Beleo sabía lo que me proponía y caminaba sosegadamente. El primer día, durante el cual cruzamos los grandes llanos de las salinas del interior de Gadir, fue el peor.

No había donde esconderse. Tenía que quedarme atrás y más de una vez estuve a punto de perder a Hamilax y sus hombres. A mediodía de la quinta jornada, me presenté a Hamilax. Ahora ya no podía obligarme a regresar. Además, la carne que me quedaba olía mal. Habría sido mejor coger pan negro y queso, pero tuve que entrar en las cocinas a escondidas y me llevé lo que encontré.

Hamilax y sus hombres habían desmontado en un bosquecillo y se disponían a comer. Al verme llegar, los hombres alargaron la mano hacia la jabalina hasta que me reconocieron. Hamilax comía sentado en una piedra.

—Te saludo, Hamilax —dije.

—¡Aníbal! —exclamó, atragantándose con el pan. Salté al suelo y pasé junto a él, para llevar a Beleo a beber al arroyo.

Hamilax me asió del hombro con brusquedad.

—¿Cómo se te ha ocurrido, Aníbal? ¿Estás loco?

—No —respondí, apartando su mano—. Ya soy mayor. Te he seguido porque ya es hora de que mate a mi primer enemigo…

—Ya es hora, Aníbal —me interrumpió él—, de enviarte a casa. Lo que yo tengo que hacer es trabajo de hombres, no de niños. Y si algo te ocurriera, tu padre me crucificaría.

—Pero si consigo mi propósito, y lo conseguiré, recibirás honores. De todos modos, no tienes elección.

Después, al volver a Gadir, Hamilax contó a Sueno lo ocurrido. Lo que convenció al mayordomo de mi padre, según me dijo después Sueno, fue

mi mirada. Dijo Hamilax que solo había visto una mirada como aquella en el fragor de la batalla, a través de las rendijas de los cascos.

Su plan era simple. Llevaba consigo a un indígena cuyo poblado no estaba lejos. Mientras cabalgábamos, Hamilax me explicó que pensaba ir al poblado, esconder a sus fuerzas y esperar el ataque de los bastetanos.

—¿Y si no atacan? —pregunté.

—Entonces habrá que cambiar de plan —respondió Hamilax secamente, antes de azuzar al caballo.

El poblado se llamaba Oleastro y estaba en lo alto de un monte, de espaldas a una cañada. Sus casas, de piedra parda, parecían haber brotado de la tierra. Nada lo distinguía de otros muchos que había visto en las montañas, al salir de Gadir. Delante del poblado, se alzaba una tosca pared de peñas y zarzas. Entre la pared y las casas, pacían unos caballos pequeños y huesudos. En el monte ramoneaban cabras y corderos que, al anochecer, serían conducidos al otro lado del muro. Se oía la flauta de un pastor. En suma, un poblado como tantos otros. Sin embargo, en Oleastro, me hice hombre.

Yo dormía al lado de Hamilax, en la choza del jefe, después de una cena de cabrito, higos y vino rancio y aguado. Desperté al silencio de la noche. Todavía no sé por qué, pero me desperté y salí: ¿por un sexto sentido o por el aviso de algún dios? En verdad creo que fueron las pulgas, lo más nutrido de la hospitalidad de Oleastro. De cosas más insignificantes ha dependido el destino de muchos hombres.

La luna estaba casi llena. Trepé a un risco, de hecho, la atalaya del poblado hasta el que había abierto camino el roce de muchos pies. Al principio, no estuve seguro. Creo que supe que se acercaban los bastetanos antes de verlos. Porque, más que verse, se adivinaba la sombra de una columna de unos cincuentajinetes que subían del valle.

Desperté a Hamilax. También él subió a la atalaya a mirar.

—Bien, Aníbal. Despierta a los hombres. Diles que no hagan ruido. —Cuando nos reunimos en la explanada de tierra batida delante de las casas del pueblo, Hamilax dio las órdenes. Esperaríamos dentro de la pared. Solo cuando los bandidos hubieran entrado por la puerta de espino, Hamilax haría sonar el cuerno. Cinco hombres cerrarían la puerta. No debía escapar ninguno—. Y no vengáis a incomodarme con prisioneros —dijo con su voz átona.

Los primeros rayos del amanecer doraban los montes cuando oímos los caballos. Palpé las jabalinas y la espada, y sentí estremecerse a Edeo debajo

de mí. Unos bultos grises, que por momentos se perfilaban con más claridad, entraron riendo, felicitándose ya del ganado y las mujeres que esperaban conseguir. Nosotros permanecíamos inmóviles, detrás del tosco muro de piedra. Entonces sonó el cuerno y cargamos.

Al principio, todo fue confusión. Un revoltijo de hombres y ganado. Los habitantes de Oleastro gritaban y apedreaban a amigos y enemigos por igual. Delante de mí se cruzó un caballo, con el cuello atravesado por una jabalina, y entonces vi al hombre, a mi izquierda, montado en un caballo pío que retrocedía asustado. Llevaba un casco de guerra de grasicnto cuero negro y su corselete de piel tenía manchas de vino y de sudor. A la pálida luz del amanecer, vi que sus ojos eran azules, su barba rubia y su tez pecosa. Se fijó en mí. Dominó al caballo y frunció el ceño mientras echaba hacia atrás su pesada lanza.

Yo blandí la jabalina y azucé a Beleo. Había una mancha oscura en el coselete del hombre, justo encima del corazón y, mientras cargaba, lancé el arma. Cuando la primera jabalina dio en el blanco, yo ya tenía en la mano la segunda preparada. Su lanza pasó por mi lado, sin rozarme siquiera.

Así me hice hombre una mañana, en Oleastro.

Maté a otro enseguida, cuando di la vuelta a Beko después de cargar contra el primero. Le atravesé el cuello con la otra jabalina, en el momento en que él levantaba la lanza. Luego, disfruté del olor a sangre y a estiércol y a hierba aplastada, antes de que las mujeres del poblado, con sus risas chillonas, empezaran a moverse entre los muertos y los moribundos, terminando nuestro trabajo.

Enterramos a nuestros seis muertos y formamos la columna para regresar. Yo me situé en mi anterior lugar, hacia la cola. Desde la vanguardia, Hamilax me llamó:

—¡Aníbal! —y me hizo seña con la mano para que me acercara. No dijo más. Era suficiente. Así fue como el niño que había salido de Gadir solo volvía hecho un hombre, a la cabeza de sus primeras fuerzas.

Sueno estaba en la puerta. Habíamos estado fuera doce días. Entre tanto, mi padre había regresado, según me contó Sileno, y encontrado la casa invadida por el pánico. ¿Aníbal había desaparecido? Ahora debía entregar a Beleo a un mozo, lavarme, cambiarme y presentarme a mi padre, en su sala. Hamilax había ido directo a su encuentro. «Así ya sabrá lo sucedido», pensé.

Llamé a la puerta, con mi chitan limpio y sin ceñir.

—Entra —exclamó mi padre. Estaba sentado al fondo de la sala, junto a un brasero encendido contra el frío del otoño, frente a Hamilax y al lado de una mesa cubierta de mapas. Mi padre se levantó. Nos miramos de lejos—. Déjanos solos, Hamilax. —Sin decir palabra, Hamilax salió por una puerta lateral.

Mi padre se acercó a un cofre que estaba en un rincón y sacó de él un cinto de fino cuero. Seis esmeraldas y seis rubíes refulgieron a la luz del atardecer. El cierre de plata era un escorpión, emblema de nuestra casa. Mi padre me lo dio.

—El cinto de un Barca, Aníbal, y de un hombre. Tómalo en señal del orgullo que siente tu padre.

Después de ceñirme el cinturón, me llevó a una silla, junto al brasero. Hablamos hasta que se consumió el fuego y se hizo en la casa el silencio del sueño. Creo recordar que un esclavo nos sirvió comida y bebida. Hablamos de mi primer muerto.

—No; no tuve miedo. Todo estaba claro. Sentí —busqué las palabras—, sentí paz, decisión. En cierto modo, era como si no estuviera allí.

Guardó silencio.

—¿Fue como… como un rayo? —preguntó al fin.

Entonces recordé la sensación de fuerza.

—Sí; como un rayo.

—¡Entonces, Aníbal, eres un Barca! —Y nos reímos, porque el apellido de nuestra familia significa eso en púnico. Y después hablamos de Iberia. Mejor dicho, habló él. Me explicó sus planes, los progresos que habíamos hecho con las tribus indígenas, la magnitud de su nuevo ejército y de la flota. Me enseñó muchos mapas—. ¡Aquí, Aníbal, aquí! —Y señalaba un cabo de la costa oriental—. Aquí construiremos otra Cartago. —En la mano con que señalaba le faltaban dos dedos. Yo quería preguntarle cuándo los había perdido, pero no llegué a hacerlo.

Sigiaió hablando. La nueva Cartago sería una base para el comercio, sí, pero también para atacar a Roma.

—¿Marcharemos contra la misma Roma, padre? —pregunté.

—Claro que sí —respondió vivamente, animado—. Pirro marchó contra Roma. También yo marcharé o, mejor, nosotros, Aníbal, ahora que ya eres un hombre. —Me sonrió.

—¿Quién era Pirro?

—¿Pirro? ¿No sabes quién era Pirro? ¿Qué te enseña Sueno? ¡Las elucubraciones de los griegos, imagino! Pues bien, de ahora en adelante, estudia a Pirro con más atención que a Platón.

Pirro…

Durante toda aquella noche, hasta el amanecer, estuvo hablando de Pirro, que a los veintidós años fue rey del Epiro, general y estratega brillante, y que a los trece años peleó en una gran batalla, cuando los antiguos generales de Alejandro guerreaban entre sí. Dijo que Pirro había invadido Italia en tiempos de su abuelo, y derrotado a los romanos en Heraclea.

—¡Los aplastó, Aníbal, no una vez sino dos, la segunda en Aseólo! —dijo con entusiasmo, paseándose por la sala, y me dibujó el que según él había sido el orden de batalla de Pirro.

Sueno, días después, completó los detalles que mi padre había omitido. Sí, Pirro ganó en Ásculo por segunda vez, pero su propio ejército sufrió tantas bajas que desde entonces se suele hablar de «victoria pírrica». Y aunque marchó sobre Roma, el Senado, convencido por la elocuencia del anciano y ciego Pío Claudio, se negó a negociar mientras hubiera tropas extranjeras en su suelo. Pirro ganó dos batallas, pero no pudo ganar la guerra.

Ahora yo iba con mi padre a todas partes, menos a las letrinas, como decía mi hermano Magón, que estaba celoso. Pasaba menos tiempo con Sueno y mucho más ejercitándome en el manejo de las armas y del caballo. Y así tenía que ser ya que, estando al lado de mi padre, siempre encontraba tiempo para el adiestramiento.

—Aníbal, a los hombres solo puedes pedirles aquello que tú mismo seas capaz de hacer —me advirtió una tarde, en que me cansé de practicar con la jabalina—. Ahora, lanza otra vez.

Si a mi nacimiento debo mi odio hacia Roma, a aquellos años pasados en Iberia debo la capacidad de plasmar el odio en actos. Fueron, en general, años de paz. Las tribus ibéricas del sur, aliadas unas y aplastadas las otras, no nos causaban dificultades. El comercio, su ejército y su flota absorbían todo el interés de mi padre. Hicimos largos viajes y fundamos puertos en el sur y el este, en Belo, Caricia y Baria, en los que se embarcaba el producto de las minas del interior. Nuestras galeras iban y venían de Cartago con regularidad.

No sé por qué mi padre me distinguía más que a mis hermanos, Magón y Asdrúbal. Quizá porque era su primogénito y heredero, y el que más se

parecía a él. Magón tartamudeaba y era débil.

Asdrúbal siempre estaba con sus libros.

—Tu hermano es un erudito, no un hombre —dijo mi padre un día en que mandó llamar a Asdrúbal a la práctica de jabalina y le dijeron que estaba con Sileno, estudiando. Eso nunca me hubiera dispensado a mí.

No obstante, mis dos hermanos se esforzaban. Recuerdo una mañana en Gadir. Yo me había levantado antes que nadie. Me gustaba madrugar, para pasear, observar y pensar. Al salir al patio, oí gruñidos y entrechocar de madera. En una cuadra en desuso, encontré a mis hermanos, peleando con espadas y escudos de madera. Me quedé observándolos. Ellos no me vieron hasta que cesaron en su combate. Se mostraron avergonzados.

—Est-t-t-tábamos p-p-pract… —empezó Magón, jadeando.

—Quiere decir jugando —terminó Asdrúbal mirándose los pies.

—Entonces jugad así —dije asiendo un palo—. Tenéis que aprender a mover los pies. La lucha con la espada empieza por los pies… —Desde aquel día, siempre que podía les ayudaba, y ellos aprendían.

Mi padre no llegó a saberlo. Quizá no se daba cuenta de cómo cambiaban sus hijos menores a medida que crecían.

Casi nunca veía a Sofonisba, mi hermana, ni a mi madre. Aquellos años, no había tiempo para mujeres. Yo sabía, sí, que en Gadir había burdeles a los que iban los soldados y marineros. Una vez Mahárbal me dijo que fuera con él, pero yo no supe lo que era el deseo hasta que conocí a Similce.

Hubo algunos rumores sobre nosotros, Mahárbal y Aníbal, Aníbal y Mahárbal…, pero nadie se atrevía a decir nada en mi presencia. Mahárbal era mi amigo, nada más, nunca fue para mí lo que Hefestión para Alejandro.

Había entonces en mi vida otro Asdrúbal, un sobrino de Ciscón. Cuando mi padre todavía luchaba contra los mercenarios, el Consejo de los Ancianos lo envió a Iberia, para que asegurara los suministros de plata. Yo había oído hablar de él, y del fuerte que poseía en la desembocadura del río Ana, al noroeste, por el que las galeras transportaban sus ricos cargamentos. Siempre había deseado ver este río, ancho y verde, que, según decían, nacía muy al interior del país. En cierta ocasión en que una de las galeras de Asdrúbal fondeó en Gadir, al volver de Cartago, pregunté a mi padre si me dejaría ir.

—¿Al río Ana, Aníbal? ¿Al oeste? —Estaba enojado—. No. Al igual que yo, tú debes mirar hacia el norte y el este —entornó los ojos—, hacia

Roma. Eres un Barca. Recuerda tu juramento. —Roma, siempre Roma, marcada a fuego en mi espíritu.

Durante los primeros años de nuestra estancia en Iberia, en los que mi padre permanecía ausente mucho tiempo, se había entrevistado varias veces con Asdrúbal, yo lo sabía. Por la época en que cumplí los dieciséis años, se escribían con frecuencia. Entonces se me instaba a leer toda la correspondencia de mi padre y, siempre que ello me era posible, hablaba de su contenido con mis hermanos y con Sileno. La importancia de Asdrúbal crecía, porque su influencia en Cartago era grande, tanto por su linaje como por las riquezas que había acumulado. Sus galeras transportaban el oro y la plata que Cartago necesitaba para pagar a los romanos la reparación exigida.

Por aquella cartas me enteré de que Asdrúbal se reservaba nada menos que la tercera parte de todo lo que pasaba por sus manos. Mi padre, que también enviaba a Cartago el producto de las minas que administraba, se quedaba solo la octava parte, a pesar de que el mantenimiento de su ejército, cada vez mayor —ahora contaba con veinte mil infantes y cinco mil jinetes—, por no hablar de sus ocho galeras, era muy oneroso. Nuestras tierras de África, saqueadas por los mercenarios, todavía no producían. Y las cartas de Abdolonim, que había quedado en Cartago en calidad de administrador, siempre terminaban con peticiones de dinero. En la cara de mi padre se acentuaban los surcos de la preocupación.

Asdrúbal vino a Gadir para tratar, según rezaba la carta de mi padre, «de asuntos de interés común». Aquel hombre me inspiró aversión desde el primer momento, por su ostentación y su rudeza.

No arribó a puerto en un trirreme, sino con seis quinquerremes lujosamente aparejados con velas negras y proas de oro batido. Por orden de mi padre, Hamilax lo esperaba en el puerto. Desde lo alto de la muralla lo vi llegar en una litera que había traído él. Se hizo anunciar por sus esclavos y entró pavoneándose en la sala de mi padre.

Asdrúbal era corpulento como un oso. Tenía el pelo negro, largo y rizado, la frente estrecha, los ojos pequeños y hundidos, y una nariz ancha y aplastada que parecía querer cubrir sus abotargadas mejillas. La boca pequeña de labios rojos y bien dibujados desentonaba del resto de las facciones y quedaba casi escondida en la masa de la barba que, al igual que el cabello, estaba engrasada y ensortijada. Pesados pendientes le alargaban los lóbulos de las orejas y tintineaban a cada movimiento, y un abultado estómago se adelantaba hacia nosotros balanceándose sobre el cinturón.

Despedía energía, pero energía animal. Me pareció un hombre de fuertes deseos. Yo mismo descubriría qué clase de deseos.

Asdrúbal abrazó a mi padre, a mí me saludó con un movimiento de cabeza y a Hamilax ni lo miró. Sirvieron vino e higos, que nuestro huésped empezó a comer antes de que se le ofrecieran. Los esclavos se retiraron.

—Bien, Amílcar Barca, volvemos a vernos. —Tenía una voz áspera y grave—. Y este debe de ser el mayor de tus cachorros —dijo mirándome mientras masticaba un higo. Escupió las semillas y se volvió otra vez hacia mi padre—. ¿Y qué es eso que podemos hacer el uno por el otro?

—No pierdes el tiempo, Asdrúbal —dijo mi padre.

—¡Bah! No estamos en el Consejo de Cartago. Habla.

Y mientras Asdrúbal masticaba, escupía y bebía, mi padre le ofreció a mi hermana.

—¿Cuánto? —preguntó Asdrúbal.

Mi padre mencionó una gran cantidad de oro como dote. Asdrúbal alargó la mano hacia el jarro de vino, echó una pequeña cantidad en su copa, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y eructó.

—Y la cuarta, parte de las dos nuevas minas de Asido que yo he abierto. —Asdrúbal echó más vino en la copa. Se hizo el silencio. Por fin—: Lléname la copa, Amílcar, llénamela y me casaré con tu Sofonisba —dijo.

—Hablas claro, Asdrúbal. ¿Qué más quieres?

—Quiero tu finca de Zartana en África —dijo Asdrúbal tomando otro higo.

—¡Mi señor! —exclamó Hamilax. Mi padre levantó una mano, y Hamilax se mordió los labios.

Era un precio muy alto. Porque no solo los muchos robles de la finca tenían un valor incalculable, sino que esta se encontraba en una importante ruta de las caravanas hacia el sur. Y eran tierras que habían pertenecido a los Barca desde la fundación de Cartago.

Quizá fuera un trato justo. Mi padre compraba influencia en Cartago y una alianza en Iberia.

Sofonisba tenía apenas catorce años y Asdrúbal casi treinta, pero no se había casado. Una alianza económica.

—Una alianza, Aníbal —me dijo después mi padre—, que nos cubre las espaldas en Cartago. Mira esas cartas —señaló un arcón—, en todas se manifiestan dudas acerca de la conveniencia de lo que estamos haciendo aquí. Siguen diciendo que Cartago debería mirar hacia el sur y dejar para

Roma el norte y el oeste; insisten en que desafiamos a Roma. ¡No saben más que una canción, lo mismo que Potet! —Así se llamaba un loro que yo tenía—. Cuando Asdrúbal sea mi yerno, tendrán que ser más considerados.

Quizá mi padre no tuviera elección. Quizá yo estuviera enojado porque había pensado en Mahárbal, lo reconozco, como marido de mi hermana. Había llegado el momento de que nos vinculáramos con Iberia con un lazo más fuerte que el de las armas o el dinero.

Asdrúbal se fue a la mañana siguiente, para volver en luna llena. El festín de la boda me asqueó, con tanta borrachera y tanto vómito. Nunca he comprendido la embriaguez. Por si no fueran ya bastante oscuros e intrincados los caminos de la vida, tienen los hombres que nublarse el entendimiento.

Me marché tan pronto como fue prudente, pero no antes de ver a Asdrúbal manosear a mi pobre hermana asustada, abrirle el corpiño delante de todos con sus gruesos dedos y meterle una granada por el escote y, detrás de la granada, la mano derecha, mientras con la izquierda le levantaba la falda. Su barba brillaba por el sudor que resbalaba por su cara lasciva. Supongo que la poseyó aquella misma noche, aplastando contra ella su enorme vientre, brutalmente, una y otra vez. Puede que su interés por ella durase al menos una noche.

No volví a ver a Sofonisba. No tuvo hijos. Murió de unas fiebres, en la Acrópolis de Asdrúbal que se alza sobre el río Ana, o eso dijeron algunos. Otros afirmaban que Asdrúbal, para divertirse, le había metido en el vientre ciruelas maduras y después el pene, provocándole una infección. Ahora, mientras escribo, me parece ver de nuevo la cara angustiada de mi hermana en la noche de su boda.

¡Cuántos errores hemos cometido!

Nunca hablé con mi padre de estas cosas. Creo que Sueno las conocía, porque el día después de la boda me dio una copia de la obra de la que me había leído un pasaje después de la crucifixión de Hannón, el Fedón de Platón. En mi tiempo libre, me esforzaba por entenderlo. Sueno dijo, con cierta brusquedad, que creía que ahora ya debía de saber suficiente griego. «Estamos más cerca de alcanzar la sabiduría —dice Sócrates al ir a beber la cicuta— cuanto más nos apartamos del cuerpo y mientras nos mantenemos puros hasta la hora en que el mismo dios nos libera». Esto he procurado yo. Si he fracasado, que Sofonisba y otros muchos me perdonen.

La finalidad del matrimonio estaba clara, y reconozco que en eso tenía razón mi padre. Sus frutos nos tenían ocupados. Se duplicó el comercio, se duplicó la flota y, lo más importante, se duplicó la información. No había puerto de mar en el que Asdrúbal el Bello, como se le llamaba burlonamente, no tuviera espías, oídos y voces. Mi padre decía, bromeando, que Asdrúbal sabía lo que ocurría antes de que ocurriera. Pero no bromeó cuando recibió la noticia de que los romanos se habían anexionado Cerdeña. Decía Asdrúbal que antes habían pedido «permiso» al Senado de Cartago. El que mi padre llamaba despectivamente «Partido de la Paz» había accedido.

La pérdida de Cerdeña impulsó a mi padre a acometer una empresa que, de todos modos, ya tenía decidida.

—¡Malditos! —exclamó al leer el despacho de Asdrúbal—. Pero estoy listo. Aníbal, ve a decir a los jefes de mi ejército que ha llegado el momento. Nos vamos. Marcharemos hacia el este. Fundaremos la nueva Cartago, extenderemos nuestro dominio en Iberia. Y después, Aníbal, después… —No era necesario que terminara la frase. Después, a Roma.

Pero los romanos acudieron mucho antes a Amílcar. Una vez más, Asdrúbal tuvo noticias de la embajada y pudimos prepararnos.

—Recuerda esto, Aníbal —me dijo mi padre—. Por esta información, yo hubiera dado no solo a mi hija y mis tierras de Zariana, sino mucho más. Espadas e información: la simbiosis perfecta.

Estábamos preparados. Los campamentos militares se trasladaron hacia el interior y las galeras fueron enviadas al río Ana. Se retiró la barrera del puerto. Los romanos verían un lugar dedicado al comercio, no los preparativos para la guerra. También mi padre se fue al interior. Yo recibiría a la embajada romana, solo. Pregunté por qué.

—Porque, Aníbal, los únicos romanos a los que puedo soportar son los romanos muertos. Y llevaré conmigo a Hami-lax, no sea que también él sienta hormigueo en la mano de la espada. Diles que tu padre, el gran Amílcar Barca, se ha hecho minero. ¡Quizá te crean! ¡Ahora podrás practicar el latín! —Me dio una palmada en la espalda y se fue.

Quizá los romanos creyeran lo que les decía el hijo de Amílcar, compungido y solitario, porque desearan creerlo. Yo sabía que bastantes dificultades les deparaban ya sus guerras en Iliria y las Galias, como para buscar otras. Ni siquiera desembarcaron. Yo, desarmado, subí a la galera de los enviados. Estaban tendidos en sus tríclinia, bebiendo vino. Ni sus

nombres recuerdo. Casi no hablaron, sino que hicieron leer a un mancebo lo que sus jefes tenían que decir:

—Senatus populusque Romanus Hamilcari Barcino salutem dicit… —Etcétera, etcétera. Lo entendí casi todo. ¿Qué hacíamos en Iberia los cartagineses? ¿Estaba Amílcar Barca reclutando un ejército, a pesar de las órdenes del Senado cartaginés? ¿Nos atendríamos al tratado?

—Velut vos apud Sardiniam? «¿Como vosotros en Cerdeña?» —interrumpí yo, sin ser escuchado. Cuando por fin terminó el muchacho y mientras un esclavo abanicaba a los sudorosos enviados, les dije tan solo que mi padre estaba en las minas, trabajando, para que Cartago pudiera pagar su tributo a Roma. Nos quedaríamos en Iberia hasta que el tributo estuviera pagado. Sin más que decir, me marché.

Estuvieron remando por el puerto durante una hora. Si esperaban descubrir preparativos de guerra debieron de quedar defraudados. No volví a ver romanos hasta que me enfrenté a ellos en la batalla, y me robaron menos tiempo que aquellos enviados.

Sé que los romanos se burlan de la «fe púnica». Pero fueron ellos quienes rompieron los primeros tratados entre Roma y Cartago. Fueron ellos, no los cartagineses, quienes edificaron su imperio sobre el engaño, el robo, la guerra y la conquista brutal, quienes aniquilaron a las tribus itálicas, a los etruscos, a los samnitas y los sabinos, a los senones, los umbros, los lucanios y otros pueblos cuyos nombres no son sino recuerdo.

Mi padre regresó y pidió cuenta de la embajada.

—Les dije la verdad, padre, que estábamos aquí para pagarles el tributo.

—Eres un verdadero Barca, Aníbal —rio mi padre—. Cuando mi padre Asdrúbal era sufeta de Cartago, fue a visitar a Jalanim, uno de los Ancianos. «Jalanim no está en casa», le dijo un esclavo. Mi padre sabía que sí estaba. Cuando Jalanim le devolvió la visita, mi padre gritó: «No estoy en casa».

Jalanim reconoció la voz de mi padre y así lo dijo. «Es curioso», respondió mi padre. «¡Yo creí a tu esclavo y tú no me crees a mí!». Bien, me satisface que los romanos creyeran que yo no estaba en casa.

Sus modales han mejorado desde la última vez que los vi en Sicilia.

Emprendimos la marcha al día siguiente. No volvería a ver Gadir. Asdrúbal llegó a Cartagonova antes que nosotros, porque él prefería viajar en barco. Había instalado el campamento y empezado a trabajar en la muralla. Era un hombre que no perdía el tiempo en ninguna de sus empresas.

Enseguida vi que mi padre había elegido sabiamente el lugar para construir una ciudad portuaria. Era un puerto natural casi tan bueno como Gadir o, incluso, la misma Cartago, protegido por un cabo. Desde allí, todo el este y el norte de Iberia estarían a nuestro alcance, y nuestras galeras llegarían a Cartago en menos tiempo. En los días claros, podían verse las Islas Baleáricas, adonde pensaba dirigirse mi padre para reclutar más honderos para su ejército.

Llevábamos solo unos días en Cartagonova. La guerra estaba lejos de nuestro pensamiento, ocupado en asegurar el agua, levantar paredes, trazar calles… en suma, cuanto exige la construcción de una ciudad, cuando entró en el puerto una galera ennegrecida, con las velas desgarradas ondeando al viento y los aparejos caídos sobre las bancadas. Mi padre había enviado seis a explorar la costa hacia el norte.

Los pocos supervivientes relataron el desastre. Habían anclado frente a la desembocadura de un río, a dos días de navegación, frente a una ciudad a la que llamábamos Hélice. Los hombres enviados a tierra en busca de provisiones no habían regresado. El que mandaba la expedición, un africano de Nabeul, envió otro destacamento. Tampoco regresó. En lugar de hacerse a la mar, las galeras esperaron.

—¿Qué esperaron? —preguntó mi padre—. ¿Qué esperaban?

No recibió respuesta. Los que esperaban sí la recibieron. Flechas de fuego al amanecer. Solo una galera consiguió escapar.

—Los velones, sin duda —dijo Asdrúbal.

—Saldremos al amanecer —decidió mi padre.

Y marchamos, mil infantes y quinientos jinetes, para mostrar a los vetones el poderío de Cartago. Asdrúbal se quedó en Cartagonova, al mando de las obras. Nuestros exploradores nos informaron de que no había ningún obstáculo en nuestro camino, aunque nos precedían señales de humo en las colinas. Llegamos a Hélice, una mísera ciudad de barro y madera, situada a caballo sobre el río, en lo alto de una empinada ladera.

Tengo que contar esto deprisa. Las lágrimas acuden a mis ojos, por miedo de haber fallado al que tanto me quería. En lo alto de la colina, delante de la ciudad, había una hilera de carretas de bueyes…, sí, carretas de bueyes. Beleo piafaba y pateaba. Miré a mi padre interrogativamente. Él desmontó y yo le imité. Dio las órdenes con rapidez y claridad.

—Cuatro arietes preparados en la retaguardia. En semicírculo, de dos en fondo, la caballería en las alas. Synapísmos, formación cerrada, escudos al frente, asalto frontal. —Habíamos ensayado estas maniobras muchas

veces en Gadir. Avanzar hasta las puertas, cubiertos por los escudos, levantar escudos, arietes al frente, y adentro.

Lo inesperado. «Siempre hay que esperar lo inesperado» era una de las máximas de mi padre.

¿Debí yo adivinar lo que no adivinó mi padre? Subíamos por la ladera en formación cerrada cuando, de pronto, las carretas empezaron a arder y los bueyes, enloquecidos, a correr cuesta abajo: se nos vinieron encima, rompiendo nuestras líneas. Nuestros hombres quedaron hacinados en maltrechos y confusos montones. Los velones, una horda vociferante, que portaban escudos ligeros y alfanjes, se abalanzaron en tropel sobre nosotros.

Yo quedé separado de mi padre y, conmigo, nueve o diez de nuestros númidas. Clavé la lanza en el pecho del vetón que venía delante y la espada en el vientre del segundo, y entonces me rodearon.

Seguí peleando, caí derribado de un golpe en la cabeza, vi un chafarote que se abatía sobre mí y unos ojos azules, y percibí el olor del hombre. Su cabeza, separada del tronco, me cayó encima. A horcajadas sobre mi cuerpo, con lanza, espada y escudo, estaba mi padre.

—¡Reagrupaos! —gritó—. ¡Reagrupaos! —Venían otros, y él me levantó con el brazo izquierdo mientras blandía la lanza con el derecho. Me arrastraba ladera abajo cuando una lanza se le clavó en el costado. La sangre de mi padre empezó a resbalar por mi rostro, pero él seguía arrastrándome ladera abajo.

Llegó nuestra caballería y ahuyentó a los vetones. Yo yacía en tierra, al lado de mi padre, que sangraba. Me levanté, aturdido.

—¡Toma el mando! —me dijo—. ¡El mando!

Dejándolo con su asistente, conduje a nuestros hombres, que se habían reagrupado, e hice lo que él había planeado. Tras el fracaso de su estratagema, los vetones se acobardaron y la resistencia de la ciudad fue débil. Lo que hicimos entonces no fue guerrear, sino matar, hasta que di la orden de incendiar la ciudad.

Cuando me acuclillé al lado de mi padre, el viento traía hasta nosotros el calor del incendio y una lluvia de pavesas. Estaba muy débil. Su mirada vagaba, buscando. La fijó en mí.

—¿Lo has hecho, Aníbal? —Era un susurro, pero tenía fuerza. Yo asentí y se me llenaron los ojos de lágrimas, lo mismo que ahora, y no me sentía como un hombre de dieciocho años, sino como un niño que se despierta por la noche asustado. Se fue de mi lado bajo un sol que abrasaba

y el vuelo de unos milanos que merodeaban en círculo. Su cuerpo se arqueó de dolor. Me asió el brazo con la mano izquierda, la que solo tenía tres dedos. Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¡Roma, Aníbal, Roma! —me dijo con el estertor de la muerte en la garganta. Y el hombre que era mi padre murió en mis brazos.

Capítulo IV

EL MANDO

He vivido mucho, sesenta y cinco años, y ahora hay momentos en los que no puedo soportar su carga. Mi pasado es como una niebla que me envuelve, borrando lo que he sido.

Me aferró a lugares que he visto y que están grabados en mi memoria. Cuando mi mano ya no puede seguir escribiendo y el fuego devora mi espíritu, me quedo inmóvil, y todos estos lugares desfilan ante mis ojos, lentamente, como las naves surcan el Helesponto. La plaza en la que Hannón fue crucificado, desfiladeros, pedregales, llanuras verdes, nieves, montañas que muerden el cielo, lomas floridas, valles feraces, pantanos, ríos, mares.

Y la falda montañosa delante de Hélice. Recuerdo cada piedra, siento todavía la mano de mi padre en el brazo. Todo es azar. El azar debería ser un dios. El aleteo de una libélula que reluce al sol no es más efímero que el destino del hombre.

Beleo volvió a Cartagonova trotando a su aire, sin las riendas, porque yo llevaba en brazos a mi padre muerto. Mientras cabalgaba, respiraba el olor de la muerte. La muerte… El olor penetrante, empalagoso y nauseabundo de la muerte. Viajamos toda la noche sin parar.

Salieron a nuestro encuentro Asdrúbal, por una vez, montado a caballo, Hamilax, mis hermanos y Sueno. Hasta nosotros llegaba, en oleadas, el lamento de las mujeres. Aún me parece oírlo, entrecortado, ondulándose en el tiempo.

Todo el mundo puede dominar el dolor, excepto el que lo siente. El de Asdrúbal no le impidió asegurar para sí la sucesión. Desde la tienda a la que me había retirado, oí la aclamación de los soldados. A buen seguro, ya habría enviado un mensaje a Cartago para pedir la confirmación de los Ancianos. No me importaba.

Se habían llevado el cuerpo de mi padre. Hamilax haría que lo prepararan. Yo yacía en la tienda, sin lavarme, todavía manchado con la sangre de mi padre. Ni el sueño ni las lágrimas acudían.

Conmigo estaba Mahárbal.

—Come algo, Aníbal —me dijo. Se oía en el aire cálido un letárgico zumbido de moscas.

—No tengo hambre.

—Pues, por lo menos, bebe. —Trajo la jarra y bebí—. Entre mi pueblo —dijo Mahárbal con suavidad—, es costumbre que haya llanto en el nacimiento y regocijo en la muerte. Cuando nace un niño, la familia se reúne y llora por los sufrimientos que le aguardan. Cuando alguien muere, lo enterramos con alegría porque se ha librado de las desdichas de la vida.

—¿Las desdichas? —repetí. Me incorporé—. ¿Y la gloria, Mahárbal? Yo lloro por la gloria que mi padre tenía al alcance de la mano. Ahora ya no es más que un nombre.

—Todas las cosas buenas se pagan, Aníbal —dijo Mahárbal al fin—, antes o después.

Asdrúbal me despertó. Entró en la tienda y me dijo con su brusquedad habitual:

—Aníbal, levántate. Se te necesita. Hay que preparar exequias y levantar una pira. Yo tengo otras cosas que hacer.

Yo dispuse, pues, las honras fúnebres por mi padre.

Hamilax había colocado el cuerpo de mi padre, lavado y cubierto con la coraza de oro, en un féretro, situado ahora en el centro de la explanada. Cuando salí de la tienda, entornando los ojos al sol, vi a miles de soldados formados. Mahárbal había puesto a Beleo un sudadero negro y un penacho negro en las crines. Monté y di tres vueltas alrededor del féretro, entre el clamor del canto fúnebre. El esclavo del baño de Hamilax se me acercó.

—Mi amo me ha mandado que te prepare un baño para que te limpies la sangre. Está dispuesto.

—¡No! —grité—. No tocaré el agua hasta que haya depositado a mi padre en la pira encendida y levantado el túmulo, no hasta que me haya cortado el pelo en señal de luto. No conoceré otro dolor tan grande mientras esté en el mundo de los vivos. Mahárbal, que los heraldos den la señal y que empiece la ceremonia.

Fueron conducidos en torno al féretro muchos bueyes, corderos, cabras y cerdos, que fueron sacrificados y asados en memoria de Amílcar. Todos los hombres comieron hasta saciarse, mientras yo permanecía

montado en mi caballo, delante del cadáver de mi padre. Muchos me pedían que me uniera al banquete. El cuerpo, siempre fas exigencias del cuerpo. Muchas son las vidas que se entregan a la comida, la lujuria, la bebida y los pequeños placeres del mundo.

Cuando por fin terminó la fiesta, trajeron la leña. Llevé en brazos el cuerpo de mi padre a una pira de cincuenta codos de anchura. Su coraza relucía al sol del ocaso. Puse a su lado jarras de aceite, de miel, mirra e incienso. Trajeron los perros de caza de mi padre. Hamilax me dio el cuchillo. Los degollé y los dejé a los pies del difunto. Con el mismo cuchillo, me corté el pelo y lo dejé caer sobre su pecho. Vinieron después mis hermanos Magón y Asdrúbal, Hamilax y Asdrúbal el Bello, y los capitanes de los syntágmata y de la caballería. Durante horas estuvieron desfilando, hasta que salieron las estrellas. Todos se cortaron el pelo y cubrieron el cadáver.

—¿Tenernos prisioneros? —pregunté a Asdrúbal, que estaba junto a la pira.

—En este momento, ochenta y cinco. —Siempre aquel dominio del detalle.

—¿Vetones?

—Algunos, y de la última escaramuza, antes de que tu padre… —se interrumpió—, en fin, muriera.

¿Una escaramuza? ¿Eso le parecía? Yo estaba demasiado cansado como para que semejante comentario me incomodara.

—Traedme a veinte. —A la luz de las antorchas, los degollé sin pensar, agarrándolos del pelo. Mis hermanos arrojaban los cuerpos a la pira hasta que el cuchillo me resbaló de la mano ensangrentada. Quedaban tres—. Atadlos a la pira vivos —Hamilax asintió—, y prendedle fuego.

Durante toda la noche crepitó la leña, se elevaron las llamas y los sacerdotes entonaron cánticos con voces graves. Al principio, los velones chillaron desesperados. Mi hermano Asdrúbal lloraba.

—Ve a llorar a otro sitio —le dije. Y cuando salió la estrella del amanecer y la luz del sol tino el mar de color azafrán, me pareció que ya era suficiente.

—Que traigan vino —dije a Hamilax, que estaba a mi lado. Trajeron muchas jarras. Uno tras otro, echamos vino a las brasas, hasta que el fuego se apagó. Entonces pusimos los huesos de Amílcar, mi padre, en una urna de oro, y oramos a Melkar para que le facilitara el camino hasta Mitra.

Levantamos un túmulo en un promontorio de la costa. Cuando me acerqué con la urna, vi que los hombres habían abierto la cavidad en la roca mirando hacia el sudeste, hacia Car Lago.

—Rectificadla —les ordené—. Que apunte al noreste.

Recuerdo que alguien, no sé si Mahárbal o Hamilax, preguntó por qué.

—Porque los huesos de Amílcar deben señalar a Roma —dije.

Entonces bajé a la playa, me tendí al abrigo de una roca y dormí profundamente. No hay mejor medicina que la del sueño: me ha curado muchas veces. Ahora no puedo gozar de esta bendición. Paso las noches sudando y cavilando.

Cuando desperté, Mahárbal estaba a mi lado.

—Asdrúbal quiere verte —dijo, y regresamos en silencio. Recuerdo que me bañé y el agua del baño se tino de rojo con la sangre de mi padre y de los vetones. Al darme cuenta, salí de un salto, volcando la tina sobre el lecho, el arcón y la ropa. El esclavo me miró asustado. Mahárbal me envolvió en una túnica de algodón.

—Quema todo esto —dijo al esclavo. Me tomó del brazo y me ayudó a vestirme para ir a ver a Asdrúbal.

La tienda de Asdrúbal era grande y suntuosa. Estaba recostado en un lecho. Una muchacha de piel clara le frotaba los pies. Lo que debía de haberle costado aquella muchacha.

—¿Vino? —me preguntó. Yo moví la cabeza negativamente—. Ven, siéntate. —Otra negativa—. Bien… Aníbal, he asumido el mando supremo. Espero recibir la ratificación de Cartago en breve.

—Extendió un brazo. Un copero sentado al lado del lecho llenó una copa de vino y se la dio. Vi que el esclavo no tenía piernas. Así que era cierto lo que decían, que Asdrúbal el Bello mandaba cortar las piernas a muchos de sus esclavos.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté, señalando al esclavo. Recuerdo que, en aquel momento, me parecía muy importante.

Bebió un sorbo de vino, mirándome.

—Los esclavos sin piernas no pueden escapar, Aníbal.

La muerte de mi padre, el funeral, los esclavos sin piernas. Mi cabeza era un torbellino.

—¿Me estás escuchando, Aníbal? Mis esclavos son asunto mío. El ejército es asunto tuyo.

Quiero que tomes el mando. Me informarás una vez a la semana. Yo he de ocuparme del comercio, de la política y… —se inclinó hacia delante

rápidamente e introdujo la mano en la túnica de la esclava—… de otras cosas. —Silencio. Asdrúbal palpaba a la muchacha—. Bien —rugió—, ¿aceptas?

Asentí, di media vuelta y salí de la tienda.

¿El mando? Eso no tenía nada de extraordinario. Yo había nacido para ello. Era natural. El ejército. ¿Para qué? Fui a las cuadras. Quería ver a Beleo. ¿Para qué quería Asdrúbal un ejército?

¿Acaso odiaba también a los romanos? Hice las mismas preguntas en voz alta a Mahárbal, que caminaba a mi lado, bajo el sol.

—Estas cosas las aclarará el tiempo —me dijo.

Entonces, de uno en uno, de dos en dos, de diez en diez, de veinte en veinte y de cien en cien, acudieron los hombres, cerrándonos el paso y rodeándonos mientras repetían: «¡A-níbal! ¡A-níbal!».

Las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

Durante muchos meses, no hice más que trabajar, desde que me despertaba hasta la noche.

Dormía únicamente para poder volver al trabajo, y de aquí nació la perfección de mi ejército que tantas veces ha derrotado a Roma. Fue la compensación por mi dolor. La muerte de Amílcar provocó el nacimiento del ejército perfecto. Que sea este el homenaje a mi padre.

Ahora es normal lo que entonces conseguimos. Incluso aquí, en Bitinia, veo que las tropas han adoptado los usos que yo creé. Yo. Mahárbal y yo, debería decir. Ahora parece todo muy simple.

Un lluvioso día de invierno, dos o tres meses después de la muerte de mi padre, nos encontrábamos haciendo ejercicios en las colinas situadas al oeste de Cartagonova, con mil jinetes y tres mil infantes. Habíamos desmontado, como de costumbre, para esperar la llegada de la infantería, y de pronto, cuando vino a hablarme un celoso capitán lusitano de cara tosca, ocurrió algo extraño. El hombre abrió mucho la boca y los ojos, se tambaleó, vomitó una bocanada de sangre y cayó hacia delante. Tenía una flecha clavada en la nuca.

Silbó entonces una lluvia de flechas que venían de unas peñas.

—¡Los escudos! —grité, mientras las flechas se clavaban en el suelo vibrando o rebotaban en los cascos. Los gritos de los heridos taladraban el alboroto de hombres y caballos alarmados, mientras yo iba hacia Beleo—. ¡Los tres primeros escuadrones, monten! ¡Otros dos, a agruparse, en posición! —grité.

Galopamos en formación de V hacia los riscos. Las flechas rebotaban en los escudos y en las corazas de los caballos. Los obligamos a retirarse, desde luego. Era una aguerrida banda de una tribu del norte, hombres peligrosos, porque se retiraban ordenadamente, muy juntos, formando un seto con sus largas lanzas y una barrera con los escudos. Después de arrojar las jabalinas, poco podíamos hacer salvo dejarlos marchar. Necesitábamos infantería, no caballería, y estaba muy atrás.

Volvimos junto al resto de la caballería y destacamos una guardia móvil, no simples piquetes.

Mahárbal y yo estábamos sentados junto a un fuego que humeaba y vacilaba bajo la lluvia. Los capitanes nos informaron. Habíamos perdido treinta hombres y dieciséis caballos, mientras que los indígenas solo habían dejado atrás a dos hombres. Esto me enfureció. Otra pequeña escaramuza, una más de los cientos que he olvidado, pero tan mortificante como cualquiera de ellas.

—Eramos muchos más que ellos, Mahárbal. No podían causarnos grave daño una vez que hubimos montado. Pero nosotros a ellos tampoco, después de que formaran aquella especie de seto.

Caballería contra infantería. Empate.

Mahárbal atizaba el fuego con un bastón.

—No tiene por qué seguir siendo así.

—¿Por qué lo dices?

—¿Por qué no hacemos de la infantería caballería y de la caballería infantería? —dijo, levantando la mirada—. Dos en una.

¿Por qué no?

—¿Por qué no? —grité levantándome y dando a Mahárbal una palmada en el hombro, bajo la lluvia de Iberia. Así nació la primera gran innovación de Aníbal, el martillo de su ejército.

Tardamos mucho tiempo. Un jinete siempre había llevado tan solo un escudo pequeño, dos jabalinas y una daga larga que no era un arma muy ofensiva. Iba acorazado —coraza, casco y grebas—, y su caballo también. El arte del jinete consistía en lanzar las jabalinas al galope, levantándose sobre los estribos y sujetándose con los muslos. Una vez lanzadas las jabalinas, nada podía hacer sino volver a sus líneas en busca de nuevos proyectiles.

Mi padre había formado varios escuadrones de caballería ligera, llamados peltastas por el escudo ligero que griegos y romanos denominaban pelta. Ni hombres ni caballos llevaban coraza y peleaban con

onda o con arco. No hice cambios en estos escuadrones y solo los adiestré para hacer más certera su puntería.

Empezamos por un escuadrón, trescientos hombres, a los que dimos espadas de madera y entrenamos durante semanas, día tras día. Estaban descontentos. El trabajo no progresaba. Un mediodía, a la hora del descanso, Mahárbal vino a hablarme, sudoroso por el ejercicio, a pesar de que era un frío día de invierno.

—Habrá dificultades, Aníbal. Los hombres están alterados. Dicen que se irán cuando termine su tiempo de servicio, o antes.

Debí habérselo explicado, en lugar de limitarme a dar órdenes. Yo era muy joven. Después aprendí. Estaba sentado de espaldas a la pared del barracón, con vistas al campo de ejercicios y las hileras de soldados de paja a los que mis jinetes-infantes debían atacar con la espada.

—Diles que vengan, Mahárbal.

—¿A todos? ¿Todo el escuadrón?

—Sí, anda, sí.

Salí a su encuentro. La mayoría eran celtíberos del norte, corpulentos, de cabello claro y piernas arqueadas, hombres que sabían montar casi antes que andar. Se sorprendieron de que les hablara en su lengua.

—Sentaos —les dije, sentándome en el suelo a mi vez, con las piernas cruzadas—. Dice Mahárbal que no estáis satisfechos —empecé. No me miraban—. ¿No vais a hablar?

Un hombre rudo, de encanecida barba rubia, que se había sentado cerca de mí, fue el primero en tomar la palabra:

—Aníbal, yo serví a tu padre en Sicilia, y cuando supe que había venido a Iberia me uní a su estandarte, porque era un orgullo servir a los Barca. —Los que estaban alrededor de él dejaron oír un murmullo de asentimiento—. Pero como jinete, no como acémila —dijo escupiendo. Yo sabía que así llamaban ellos a los soldados de infantería, «acémilas»—. Catorce años he servido a Cartago. Y ahora esto. —Levantó la espada de madera. Los hombres movieron la cabeza de arriba abajo con sonidos de aprobación.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Soy Gástelo, nombrado dekádarjos por tu padre. —Un jefe de columna, nada menos. Otro de los cambios introducidos por mi padre fue dividir el escuadrón en treinta columnas de diez hombres, según el modelo griego, mandada cada una por un veterano. De pronto me vi en Gadir, en

la habitación de mi padre, que me abrazaba después de haber matado a mi primer hombre. Sentía que lo necesitaba, pero había muerto.

—Gástelo, ¿por qué servís a Cartago? —pregunté con calma, sustrayéndome a los recuerdos.

Los hombres callaron, desconcertados.

—Por cinco estateras de oro la campaña —gritó uno desde detrás. Sí, se les pagaba bien y puntualmente. Asdrúbal el Bello se encargaba de que así fuera.

—¿Eso es todo? ¿Solo por eso? —grité a mi vez—. ¿Es por eso, Gástelo?

Sus ojos azules me miraron de frente. Silencio.

—No sé hacer otra cosa. Y... y... estoy orgulloso de ser dekádarjos de Cartago —agregó con más firmeza—. En mi pueblo se me respeta.

—¿Y si te dijera que podrías estar aún más orgulloso? —Me levanté—. Escuchad bien. —Y entonces le hablé de mi juramento, de las últimas palabras de mi padre y de cómo pensaba cumplir su mandato. Un ejército nuevo, una maravilla del mundo, una revolución en el arte de la guerra, disciplinado y diestro, ágil, invencible, que marcharía sobre Roma, la derrotaría y pondría fin a su tiranía—. Vosotros seréis los primeros de los nuevos soldados, los primeros y los mejores. Habrá buena paga, sí, y buen botín, pero habrá también una gloria que el tiempo no borrará. Los hijos de vuestros hijos oirán contar que vosotros marchasteis con Aníbal, hijo de Amílcar, y vencisteis. Este es mi sueño. ¿Queréis uniros a mí?

Gástelo se adelantó el primero y se arrodilló delante de mí, con las manos cruzadas sobre el pecho, según la costumbre de su pueblo. Uno tras otro, se acercaban en silencio y después se iban para seguir ejercitándose en el manejo de la espada. Había conseguido mi primera victoria.

Mahárbal me dijo después que mi discurso había hecho llorar a muchos de aquellos curtidos veteranos. No lo advertí. Puedo explicar lo que dije, pero no por qué los convencieron mis palabras. Sí, Sileno me había enseñado las leyes de la retórica y las modulaciones de tono, cadencia, voz y gesto, pero ha habido muchos oradores mejores que Aníbal.

Volví a empuñar mi espada de madera. Pero antes de volver a los ejercicios, ordené tocar la trompeta para interrumpir el ejercicio.

—¡Celtíberos! —grité con todas mis fuerzas, y me oyeron todos, hasta los vivanderos y los guarnicioneros, los cocineros y los centinelas de los cuarteles—. Os doy las gracias. De ahora en adelante, vosotros seréis mi guardia y pelearéis a mi lado por Cartago en las primeras filas. Gástelo, tú

serás su tribuno, su quiliarca, su lojarcós. Os saludo, hombres de mi Guardia Martillo. Ahora, el golpe cruzado… —Los vítores ahogaron el resto.

Lo conseguimos. A los tres meses, mis tropas eran tan diestras con la espada como yo mismo.

Empezaban a aburrirse de la práctica. Un día llamé a Gástelo. Había aprendido a compartir el mando.

—Ya basta de espada, Gástelo, ¿qué te parece la lanza?

Pensó un momento y, con una sonrisa de dientes rotos y ennegrecidos, dijo:

—Mejor ser un acémila completo que un asno.

Ideamos un arnés para que cada caballo pudiera llevar también una lanza.

Todavía recuerdo las muchas horas que tuvimos que dedicar a probar el arnés y a determinar la longitud de la lanza, que no podía ser ni muy corta ni muy larga porque, si era corta, no serviría de nada frente a una lanza de infantería normal y, si era larga, reduciría la movilidad del caballo y tropezaría con las otras filas cuando la tropa marchara en formación cerrada. Finalmente, doté a los hombres de un escudo mayor, aunque no tan grande como el de un verdadero «acémila». Después de probar uno de estos, tuve que reconocer que su peso impedía lanzar la jabalina con soltura. De todos modos, era más grande que el escudo de caballería tradicional.

Yo tenía, pues, mi Guardia Martillo, y Cartago el núcleo de un ejército nuevo, híbrido en verdad, caballería un momento e infantería al momento siguiente. Durante todo el verano, siguió la instrucción, hasta que tuve adiestrados doce escuadrones y luego veinte.

Asdrúbal había seguido mis reformas con interés y reserva. Reconozco que nunca se quejó del coste. Solo me mostraba las cuentas en nuestras reuniones, que manteníamos cada seis o siete días, según lo acordado en un principio, a menos que él estuviera ausente. En aquel entonces, yo no pensaba ni hablaba más que del ejército. Tenía poco interés por Cartago, la política o el comercio. Asdrúbal parecía estar conforme con ello, hasta que una bochornosa tarde vino al campo de adiestramiento.

Estaba enormemente grueso. Ocho esclavos transportaban su litera, cubierta de seda y adornada con cadenas de oro y piedras preciosas, y la depositaron a mi lado. Se abrió la cortina.

Asdrúbal comía nueces.

—¿Todavía jugando a los soldados, Aníbal?

—Me complace ver que no todos tus esclavos están sin piernas —repliqué.

Él sonrió.

—¡Ah, el cachorro no solo sabe ladrar, sino que también muerde! Aníbal, ¿para qué todo esto?

¿En qué nos gastamos, o mejor, te gastas casi la cuarta parte de nuestras rentas?

—Estoy preparando un regalo muy caro.

—¿Para quién? —preguntó. Otra cascara de nuez cayó a mis pies.

—Senatui populoque romano, Hannibalis Barcinus gratiam referí —empecé.

—¡Habla en púnico, maldito! —Y es que Asdrúbal el Bello no tenía tiempo para otros idiomas, ni para estudios ni para preceptores griegos. «Yo, como buen cartaginés, soy comerciante, no erudito», me dijo una vez. «Según eso, ¿qué soy yo?», le pregunté. Se limitó a reír.

—«Aníbal corresponderá a la cortesía de Roma». Pienso marchar sobre Roma.

Asdrúbal dejó de masticar y sus ojos se hundieron en su carne abotargada.

—Entonces, habrá que enviar al Consejo un informe en estos términos. —Su voz ronca se trocó en sonsonete—: Al Gran Sufeta, Luz de Baal, y al ilustre Consejo de Ancianos de Cartago, saluda Asdrúbal. Vuestro ejército de Iberia, de… ¿cuántos hombres tienes, Aníbal?

—Treinta y cinco mil —respondí—; seis mil con instrucción especial.

—Treinta y cinco mil hombres… no voy a atosigarlos con tus quimeras de instrucciones especiales… es capaz, bajo el mando de Aníbal, hijo de Amílcar, de proteger debidamente nuestras rutas comerciales. Pueden parecer estas unas fuerzas excesivas para este fin, pero las tribus locales son rebeldes y fieras, y nos disponemos a proseguir nuestra expansión hacia el norte, donde existen minas de hierro y de plata. —Volvió a su áspero gruñido habitual—. O algo por este estilo, ¿no, Aníbal?

—Di lo que quieras. Por cierto, ¿a cuánto asciende ahora tu parte?

Lanzó una carcajada.

—Basta, Aníbal, basta. De todos modos, ha llegado el momento de que pases de la instrucción a la acción. Mira esto —dijo desenrollando un mapa.

Un grueso dedo señaló hacia el norte y el oeste. Una ciudad marcada con el nombre de Majrit y un río un poco al sur de una ciudad llamada Tago. En el mapa cayeron gotas del sudor de Asdrúbal.

—Quiero esto. Todo. Y no te olvides de regresar —dijo con otra carcajada—. Ah, por cierto, tu madre ha fallecido. —Cerró la cortina. Las cascaras de nuez crujieron bajo mis pies cuando me di la vuelta.

«Por cierto, tu madre ha fallecido». La madre a la que dejamos en Gadir, la madre a la que en realidad no conocía. Ni de su cara podía acordarme. Recordaba, sí, que había obligado a Magón a mirar la mutilación de Régulo, poco más. No hubo tiempo. Y de todos modos, una parte de mi ser aún lamenta haber nacido de mujer. Dicen que no hay mayor dolor que el del parto. Mi madre me parió con dolor, pero el dolor del parto pasa y mi dolor, en vez de mitigarse, se ha acrecentado. Más le hubiera valido a Aníbal no nacer de mujer, sino de la piedra.

Vi a Sileno antes de partir. Apenas habíamos hablado desde que salimos de Gadir. Él tenía ahora en mis hermanos, especialmente en Asdrúbal, terreno más fértil que cultivar. Yo creía haber aprendido ya todo lo que mi preceptor podía enseñarme. Estaba equivocado. Hasta ahora no he descubierto lo poco que sé. Esto dijo Sócrates en el juicio en el que se le acusaba de haberse proclamado el hombre más sabio del mundo.

—Eso lo admito —dijo entonces—. Pero solo porque sé lo poco que sé.

Fui a despedirme, nada más.

—Acuérdate de Epaminondas y de Jasón —dijo Sileno. Era una recomendación cargada de segundas intenciones. Me tendió la mano.

—¿Y tú de Ciscón? —respondí.

—Eso prefiero olvidarlo, Aníbal. El olvido es un arte que no tiene todo el reconocimiento que merece. Hago votos para que nunca tengas necesidad de cultivarlo.

Yo tenía entonces diecinueve años, casi veinte. Dos años estuve ausente. Sometimos y ordenamos los territorios que aparecían en el mapa de Asdrúbal. Recuerdo las alarmas nocturnas, los pequeños fuertes de los montes, la facilidad con que mis «martillos» aplastaban a las tribus que trataban de cerrarnos el paso, envolviéndolas primero como caballería, y luego desmontando, trabando combate y matando como infantería. Primero se debe aprender de los demás, como había aprendido yo y, después, de uno mismo, y eso hice también mientras conquistaba aquella enorme extensión de Iberia.

Empecé enseñándome a mí mismo: dormía en el suelo con los hombres, comía lo que comían ellos, vestía como vestían ellos y peleaba como peleaban ellos. En el primer poblado que tomamos, Mahárbal dispuso la casa del jefe para mí. La rechacé.

—Prefiero suelo conocido a pulgas por conocer —bromeé, pero no era esta la verdadera razón. El tiempo era malo, y mis intestinos chirriaban y chorreaban lo mismo que los de mis hombres. Descubrí que un poco de vinagre era un buen remedio. Hacía que los hombres bebieran menos agua, solo la indispensable, lo que facilitaba el aprovisionamiento.

Luego volví mi atención a la caballería y obligué a los hombres a trabajar hasta que el caballo obedecía solo al tacto, no a la voz. El fragor de la batalla ahoga la voz humana. Como general, siempre he preferido las señales mudas y los espejos; como jinete, el tacto. En los montes de Iberia, nuestra caballería practicaba la finta y la media vuelta, la carga y la falsa retirada. Fue idea de Mahárbal mantener en reserva los caballos más fuertes de cada escuadrón, y lanzarlos a la carga después de atraer al enemigo simulando una retirada.

Yo aprendía y aprendía. Tuvimos dificultades con los cascos de los caballos. Nos habíamos adentrado en unos montes de pedernal. Beko estaba cojo, como cientos de nuestros caballos. Yo no tenía conmigo el Hipparchikós, el tratado de Jenofonte para eljefe de la caballería, pero lo recordaba bien. «Para endurecer los cascos de los caballos, deben raerse sobre unas piedras, haciendo que el caballo permanezca sobre ellas…». Esto venía a decir. Yo recordaba aquel extraño verbo, psexein, raer, frotar, desgastar. No teníamos una palabra equivalente en púnico. Supongo que las lesiones de los animales eran debidas a que la mayoría de nuestros jinetes habían cabalgado siempre por terreno más blando, la arena del desierto. Lo cierto es que el remedio dio resultado. Paseábamos a los caballos cojos sobre lechos de piedras, no sobre hierba, hasta que se curaron y sus cascos se endurecieron. Yo utilizaba cada vez menos a mis tropas martillo para someter a las tribus celtíberas. Eran mucho martillo para una nuez, y los peltastas se mofaban de ellos. Hacía actuar a mi infantería, que estaba entrenada tanto en la cuña en delta como en el rombo, las formas tradicionales de la ofensiva de infantería, las cuales tenían la ventaja de adaptarse fácilmente a la defensa.

Yo había estudiado la teoría de ambas con Sueno. Y las había visto puestas en práctica, al lado de mi padre. Las dos eran griegas, desde luego. La primera, que lleva el nombre de la letra griega de la que toma su forma

triangular, fue introducida por Epaminondas, el general tebano. Con ella y con una nueva línea de ataque oblicua por el ala izquierda, infligió una aplastante derrota al gran ejército espartano en Leuctra.

La forma de rombo para la infantería fue ideada por Jasón, tirano de Feras, en Tesalia. Nunca me gustó mucho. Era excesivamente estática. La delta era más flexible. En aquella campaña la utilicé para «volar», como decían los hombres bromeando. Se me ocurrió mientras observaba a dos de nuestras compañías de infantería que atacaban a cuatro grupos de íberos bastante dispersos. No conseguían gran cosa, porque conservaban la formación tal como se les había enseñado, y corrían de un lado a otro, como era habitual en ellos.

«Desplegaos —grité para mí—. ¡Rodeadlos!». Ellos, naturalmente, siguieron bregando, y al fin vencieron, pero yo había comprendido. Después se lo dibujé en el suelo.

—Si los costados y la retaguardia de cada delta se hubieran abierto, como… —¿como qué?

—… como las alas de un pájaro…

—Ya teníamos otra innovación, la orden de «¡A volar!». Son muchos los muertos que pueden dar fe de su eficacia.

Durante aquella campaña, la ensayamos en todas sus variantes. «Volar» para formar un frente recto, un semicírculo, un compás, cada variante con su propia voz de mando. Un general es tan bueno como buena sea su forma de comunicarse. Ideamos muchísimas cosas que ahora son normales en el ejército. Por ejemplo, lo que yo llamaba «afianzar» el flanco derecho o izquierdo.

Yo había observado que, en un avance frontal de la infantería, las líneas de uno y otro bando tienden a derivar hacia la derecha, ya que cada hombre, instintivamente, busca la protección del escudo del soldado que tiene a su derecha, el cual lleva el escudo en el brazo izquierdo. Por lo tanto, son los flancos izquierdos, no los centros ni los flancos derechos los primeros en trabar batalla.

«Afianzar» consiste en neutralizar la deriva hacia la derecha desplazando el ala derecha hacia la izquierda, para romper la línea enemiga por el centro. Hay que saber elegir el momento. Se me ocurrió la idea en Iberia, y allí la puse en práctica. La combinaba con la más conocida táctica de la anástrofe, la inversión, por la cual las filas dan media vuelta, retroceden y se sitúan detrás del centro o del otro flanco, duplicando su profundidad y su fuerza. Así pues, afianzas con el flanco derecho o con el

izquierdo, lo retrasas, y vuelves a formar la delta que, con su redoblada fuerza, rompe las líneas enemigas.

Me complace escribir sobre estas cosas. Yo tomé lo mejor del pasado y le sumé lo mejor de mí. Formé un ejército que nunca fue derrotado, porque, hasta que los otros me copiaron, lo que yo hacía era lo mejor. Era mucho más de lo que se esperaba de un ejército cartaginés. Hasta la época de mi padre, que todo lo fiaba en la carga de los elefantes, nuestra infantería tuvo una instrucción muy rudimentaria, y su misión consistía principalmente en ir limpiando detrás de los elefantes. Esto había sido suficiente en las guerras que Cartago libró en África.

Quizás un día un griego docto como Sueno escriba la historia de la estrategia militar. Y tal vez describa algunas de las muchas cosas que Aníbal fue el primero en probar. Tanto como la táctica de afianzar me enorgullece mi manera de domar a los caballos. También la aprendí en mi campaña de Majrit, en la que capturamos muchos caballos a los que hubo que domar.

La primera vez que vi a Beleo, su vientre daba testimonio de la forma habitual de domar a un caballo. Hay quien llama a esto «doblegar», pero debería llamarse «destrozar», Yo había encargado a Gástelo la dorna de una veintena de potros recién capturados, bayos casi salvajes. Como era costumbre, Gástelo los hizo llevar a un corral, cada uno con su cabestro y bocado de espino. Una mañana fui a verlo trabajar.

Los mozos de cuadra picaban y golpeaban a los animales más recalcitrantes con largos palos, para acostumbrarlos al castigo. Los mozos juraban y sudaban, Gástelo gritaba. Había una gran polvareda. El miedo y la rabia casi podían olerse.

Los caballos son como los hombres. Tienen que hacer de buen grado lo que se les enseña o no lo harán bien. Me alejé y me senté a la sombra de una higuera. ¿De qué otra forma podía hacerse?

Teníamos que domar a los caballos, no destrozarlos. Volví donde estaba Gástelo.

—¡Ya basta! —ordené—. Tiene que haber una manera mejor.

Uno a uno, los mozos fueron parando, los potros se apiñaron al fondo del corral y el polvo se posó.

Gástelo estaba a mi lado, junto a la empalizada.

—¿Qué piensas hacer? —La pregunta era lógica. Yo no sabía qué contestar. Mientras esperaba mi respuesta, él hacía oscilar la cuerda que tenía en la mano.

—Dame esa cuerda, Gástelo. —Salté al corral y los potros retrocedieron asustados. Domar, no destrozar. Me acerqué andando despacio.

—¡Ten cuidado! —gritó uno de los hombres.

—¡Te pisarán! —gritó otro.

Les pedí silencio con un ademán, mientras miraba fijamente a un animal grande que no se había movido y ahora golpeaba el suelo con los cascos. Vi que le sangraba la boca.

—No te haré daño, potro —dije, y él irguió las orejas—. No te haré daño. —Me acerqué, le quité el bocado y acaricié el anca sudorosa. El animal se levantó de manos, sus cascos me rozaron los pies.

«Eres un valiente, Aníbal», me diría después Gástelo, Valiente, no; simplemente, no estaba asustado.

Sujeté el cabestro, hice un lazo con la cuerda y, suavemente, muy despacio, hice girar la cabeza del potro y até la cuerda a la cola. Muchos me han preguntado cómo se me ocurrió hacer esto.

No lo pensé. Nuestros mejores actos son inspirados por una especie de locura, pero una locura de los dioses. Empezamos a caminar en círculo, uno al lado del otro, sosegadamente. Llamé a Gástelo con una seña. Se acercó al potro que tenía más cerca. Con otra cuerda, repetí mi acción y, al poco, habíamos trabado a los veinte potros.

—Ahora dejémoslos. Vamos a comer. —Dejamos a los potros dando vueltas y vueltas. Cuando volvimos, todos estaban quietos.

—Dejadlos así todas las mañanas durante siete días —dije a Gástelo—. Después podréis domarlos.

Regresamos a Cartagonova más despacio de lo que habíamos salido. Yo llevaba seiscientos rehenes, tres mil prisioneros para las minas y otros cuatrocientos que Asdrúbal me había pedido para galeras. Había reclutados muchos soldados.

Asdrúbal no había permanecido ocioso. Por sus despachos, yo sabía que impulsaba con energía los trabajos de construcción. No sé qué había esperado yo, pero no lo que encontré, desde luego.

Había dejado una ciudad de barro y tiendas y unas murallas a medio construir: lo que yo imaginaba que sería otro enclave comercial de Cartago. Regresé a una ciudad de piedra, situada en lo alto de una colina y rodeada de una muralla enorme, sobre un puerto grande y concurrido, con un rompeolas nuevo que avanzaba mar adentro.

Mahárbal y yo nos adelantamos y entramos solos por la Puerta del Oeste, dejando a los demás en la llanura baja, a las órdenes de Gástelo.

—¿Cómo lo habrá hecho? —preguntó Mahárbal, impresionado.

No contesté. Solo había visto algo parecido en Cartago, de niño. Cabalgábamos por calles y plazas de mercado empedradas y rodeadas de casas y tiendas de piedra recién pulida, en dirección a la ciudadela situada en lo alto. Algunos se paraban a mirarnos. No había bienvenida. En una calle nos cerró el paso el carro de un constructor, del que sudorosos esclavos negros descargaban vigas, bloques de piedra y sacos de cal, hostigados por el látigo de un asirio de nariz aguileña.

—Les diré que nos dejen pasar —dijo Mahárbal.

—No. Esperaremos.

—¿Desde cuándo Aníbal espera por un carretero?

—Esperaremos, Mahárbal.

Y esperamos, sobre nuestros nerviosos caballos, en aquella calle estrecha que olía a sudor y a estiércol. ¿Qué hacía Asdrúbal? Esto era una gran ciudad, la sede de un potentado, de un rey. ¿Rey de qué? De Iberia, claro, y ahora más que nunca, después de mi campaña.

Vi a Asdrúbal al fondo de la gran sala de mármol, tendido en un triclinio. Sus ojos estaban casi hundidos en grasa. Un eunuco nos había conducido, contoneándose, por un patio en el que susurraba una fuente y por corredores desiertos en los que resonaban nuestros pasos. Había en la sala una veintena de adolescentes y mozos que jugaban a los dados o al ajedrez. Todos tenían el pelo rizado y perfumado. No era difícil adivinar el uso que su amo les daba.

—Vaya, el héroe conquistador ha vuelto —gruñó Asdrúbal, dirigiéndose a los presentes—, y viene con su… compañero —agregó en tono burlón. Noté que Mahárbal se ponía rígido. Los efebos rieron con afectación.

—Veo que también tú has estado muy ocupado, Asdrúbal —respondí—. Y en muchas cosas. Pero tenemos que hablar. Ordena que salgan todos.

Desde el triclinio, Asdrúbal me miraba fijamente. Pero nadie ha dejado de cumplir una orden mía. Con una agilidad asombrosa para ser una persona tan corpulenta, Asdrúbal se levantó y dio unas palmadas. Altivamente, sus efebos salieron.

—Que se vaya también ese infeliz —dije, mientras cruzaba la sala, señalando al copero sin piernas que estaba al lado del triclinio.

—Aníbal —rio Asdrúbal—, desde que te fuiste he perfeccionado muchas cosas. ¡Ahora tampoco tiene lengua! Pero ya que quieres que hablemos a solas, despide tú también a ese. —Un grueso dedo señalaba a Mahárbal. Me limité a abrir la mano izquierda, que colgaba a mi costado. Estábamos tan habituados a entendernos por señas en el campo de batalla, que Mahárbal no necesitó más para salir de la sala.

—¿Vino, comida? —preguntó Asdrúbal el Bello.

—No; pero me gustaría sentarme.

Señaló un triclinio de seda y brocado de oro. Me acerqué a dos taburetes que estaban colocados junto a un brasero, en un rincón, y me senté en uno. Sorprendentemente, Asdrúbal me siguió.

—¿Y bien? —empezó, y hablamos a solas durante dos horas.

Sus rentas —nuestras rentas, tendría que decir— eran asombrosas. Las minas eran mucho más ricas de lo que el mismo Asdrúbal había imaginado.

—¿Lo saben los Ancianos? —pregunté.

—Saben todo lo que deben saber. Se está pagando el tributo a Roma.

—¿Y el resto?

—El resto, Aníbal, aquí puedes verlo. Y quiero más. Quiero —desenrolló un mapa de toda la península a la que nosotros y los griegos llamábamos Iberia— todo esto. Y quiero que tú lo conquistes para mí. —No dije nada—. ¿Y tú, Aníbal, qué quieres tú?

En el silencio llegaban hasta nosotros los sonidos lejanos de la ciudad, y volví a oír las últimas palabras de mi padre.

—¿Yo…? —tragué saliva y le miré a los ojos—. Yo solo quiero Roma.

—Si me das Iberia, puedes tomar lo que desees. ¿Cuántas fuerzas necesitas?

Hablamos de caballos y hombres, de forjas y provisiones, de todas las cuestiones materiales de la guerra.

—Debo hablarte de ciertos… bueno, de ciertos conflictos. —Asdrúbal pronunció la palabra con delicadeza y desagrado a la vez—. Pero puedes dejarlos en mis manos.

—Sin duda —dije—. No obstante, ¿de qué se trata?

—Uno se llama Cartago y el otro Roma. Hay ciertos, ciertos… —otra vez aquel remilgo—… elementos en Cartago que no aprueban lo que yo, lo que nosotros hacemos aquí. Estoy bien informado. En Cartago crece el Partido de la Paz. Incluso se habla de haceros regresar a ti y a tu ejército.

—¡Regresar! Pero… —protesté.

—Déjame terminar. Haceros regresar y enviaros al sur, a conquistar tierras en África, dejando el norte y el este a Roma.

Asdrúbal hizo un ademán. Impulsándose con una mano y sosteniendo la copa con la otra, el grotesco personaje mudo y cojo se acercó a él y luego se retiró. Asdrúbal bebió ávidamente.

—Detrás de todo esto —prosiguió— están los romanos. Quieren un nuevo tratado, una vez que se haya pagado toda la reparación; desde luego, un tratado por el que nos comprometamos a retirarnos de Iberia. Por eso voy mañana a Sagunto.

—Pero Sagunto es…

—La ciudad más próspera de la costa. Está a un día de viaje por mar. Allí me reuniré con una embajada de Roma.

—¿Y qué les dirás?

—Palabras dulces y huecas, para ganar tiempo —echó la cabeza atrás y soltó una fuerte carcajada—, para refrescar la memoria calenturienta de los romanos. Y lo mismo haré con los Ancianos de Cartago, Aníbal. Y así conseguiré lo que quiero: Iberia. Lo que hagas después con tu ejército es cosa tuya. ¿Trato hecho?

—Iré a Sagunto contigo.

—No; no quiero a mi lado a un Adonis guerrero. Además, tienes un compromiso: serás mi… representante en un banquete que dan en mi honor los jefes de unas tribus amigas. Mañana, a la puesta del sol.

Mahárbal me esperaba en el patio. Dos mozos trajeron los caballos. En el momento en que, cerca de la puerta, me disponía a montar a Beko, oí un sonido extraño que llegaba del otro lado de la tapia. Salí del patio, caminando en dirección al ruido. Este venía del vertedero del palacio. Entre las inmundicias, lloraba y agitaba sus pequeños miembros un recién nacido, unido todavía a las seciindinas. Llamé a los criados.

—¿De quién es esta criatura?

Ellos callaban, con la mirada baja.

—¿Sois mudos? ¡Contestad!

—Es de mi señor —dijo uno, restregando el suelo con los pies—. Y de una de sus esclavas favoritas.

—¿Y por qué no lo alimenta la madre? —preguntó Mahárbal.

—Mi amo lo ha prohibido, no quiere que se le estropeen los pechos.

Di media vuelta, asqueado, conteniendo la indignación. Mahárbal sacó la bolsa del interior de la túnica y dio al hombre una estatera de oro.

—No es forma de morir para un ser humano —dijo al hombre—. Por lo menos, mátalo.

Muchas cosas bullían en mi cabeza cuando, a la tarde siguiente, salí camino del banquete de los jefes ibéricos. Llevaba conmigo solo a Mahárbal y a seis hombres de mi guardia. Asdrúbal me había dicho que me hiciera acompañar por un escuadrón entero, pero en realidad nunca me ha gustado la ostentación. Mis ropas, aunque limpias, eran sencillas, de simple algodón. Aníbal nunca ha llevado insignias de rango, ni alhajas ni adornos. Me había rasurado la barba y recogido el pelo, nada más.

El poblado estaba a una hora a caballo hacia el interior. Asdrúbal debía de haberles avisado de que yo iría en su lugar, porque me esperaba una escolta que me recibió con los saludos de rigor, pronunciados en un púnico entrecortado:

—Salve, poderoso Aníbal, gran hijo del gran Amílcar, Luz de Cartago, Conquistador de Majrit…

En íbero tajante, les dije que se callaran.

En la tienda del banquete, los seis jefes se adelantaron y me prestaron el juramento de lealtad.

Tenía a muchos de sus hombres en mi ejército, turdetanos la mayoría, y estos jefes se enorgullecían de mandar una parte de aquel todo. Los indígenas de Iberia sienten un interés desmedido por su propia genealogía. Todos están emparentados entre sí y, por ende, con sus dioses. Yo procuraba respetar y explotar estos vínculos dentro de mi ejército. Ningún lazo mejor que el de la sangre para unir a una falange, un escuadrón o un syntagma.

Empezaba a impacientarme aquella interminable sucesión de platos: ostras, mejillones, berberechos y almejas, tordos en lecho de espárragos, rodaballo, merluza, dorada, brema y lenguado, pichón relleno de hortelanos y hortelanos rellenos de ruiseñores, y jabalí, y pato; a impacientarme la algazara, la vaciedad, la amistad fingida, cuando, por el extremo opuesto de la tienda, al son de una música que, poco a poco, acalló el tumulto, entró ella.

Se llamaba Similce, me dijo el jefe, que estaba a mi lado y, por supuesto, absolutamente ebrio.

Graciosa como una gacela, esbelta como un junco, ligera como la espuma, se ondulaba y estremecía con la danza. Todos callaron, hechizados por su encanto. Vi sus manos finas, de dedos largos, la curva de sus senos y

caderas, los labios de exquisito dibujo bajo los altos pómulos y la delicada nariz. Su belleza me cortó la respiración y me robó el alma.

Se acercaba, se acercaba. Cuando arqueó el cuerpo delante de nuestra mesa y vi el fino vello de sus antebrazos, desde lo más hondo de mis entrañas, con todo mi ser, deseé tocar, lamer y proteger todo aquello. Yo tenía veintiún años y en mí acababa de obrarse el milagro del amor. En aquella primera visión, estaba toda la erótica sensualidad de la inocencia, que es mucho más fuerte que el deseo carnal de la edad adulta.

Aún me ciegan las lágrimas cuando pienso en estas cosas. Lágrimas por todo lo que fue y por todo lo que hubiera podido ser. Aquella noche regresé a Cartagonova llevado por las alas tenues del amor.

Capítulo V

GUERRA

Mientras el amor inundaba todo mi ser, no me faltaban ocupaciones. Un ejército exige más atención en tiempo de paz que en la guerra. Había que dar acuartelamiento e instrucción a los hombres, construir letrinas, cuadras y establos, ocuparse del aprovisionamiento, los ascensos, las quejas. Y estando Asdrúbal en Sagunto, tenía también que distribuir entre las minas y las galeras a los esclavos que había traído de mi campaña.

Tres días después del banquete, tuve noticias de Asdrúbal. Él había mandado disponer para mi alojamiento en la ciudad una hermosa casa de piedra, pero yo prefería estar entre mis hombres. Los ruidos y olores de los ejércitos me son familiares. Así pues, el eunuco de Asdrúbal me encontró en mi tienda del llano, leyendo los informes de mis capitanes. Abrí el despacho inmediatamente. En la letra clara y enérgica de Asdrúbal, leí:

«A Aníbal Barca, general de Asdrúbal, salud. Estoy bien aquí. El vino es excelente, falerno, que siempre me ha gustado. Las mujeres son bastante agradables y dúctiles, y se someten a mis deseos y caprichos con aparente placer, aunque mis anfitriones no saben que, con la edad, me gustan cada vez más jóvenes. Me causa gran placer destruir la virginidad de las adolescentes. Creo que es la inocencia, el poder de corromper la inocencia, lo que más me hace gozar. ¡Y ahora me dicen que una doncella ha fundido el corazón de hierro de Aníbal!».

—¡Maldito seas! —grité, y entró mi guardia alarmado. Lo hice salir con un ademán. ¿Cómo sabía Asdrúbal algo que era tan nuevo para mí, algo que aún no se había hecho palabra? En todas partes, sus espías se apostaban para hacerse con el más íntimo de los secretos.

Seguí leyendo. «Espero gozar de la compañía de esa criatura. Normalmente, no me tienta el bocado ajeno, pero dicen que es una gacela y, además, virgen. En fin, dejemos esto. Debes saber que estoy a punto de firmar un tratado. Es algo que no he hecho nunca. No te gustarán las

condiciones, pero no es necesario que las respetes, por lo menos durante demasiado tiempo. Te pediré consejo (¿Asdrúbal pedirme consejo a mí?) cuando regrese, dentro de un par de días. Mis anfitriones me han prometido —después de que les hiciera algunas insinuaciones— un par de muchachos de las ciudades griegas de Jonia. Como ya sabes, soy un fiel esclavo del amor. La pederastía me ha parecido siempre el mayor triunfo de la educación oral. Deberías probarla». Firmaba la carta «Tu cuñado, Asdrúbal».

Oí una tos. El eunuco de Asdrúbal había entrado en la tienda.

—¿Deseas que lleve respuesta? —preguntó.

—Márchate —dije con calma—. Y si aprecias la vida, no vuelvas a traer a Aníbal una carta de tu amo.

Era el cuarto día después del banquete. Me desperté antes de lo habitual, cuando la luz es ligera, el mundo es nuevo y el corazón canta. Siempre he sido criatura de la mañana. Encendí una lámpara de aceite y, utilizando la misrmí tablilla que me había enviado Asdrúbal, después de alisar la cera para borrar todas las obscenidades que contenía, escribí: «A Fuano, jefe de los turdetanos (me habían dicho que se llamaba así el padre), Aníbal Barca le desea salud».

Escribí deprisa, el estilo se deslizaba raudo por la cera, lo mismo que ahora, porque es un recuerdo grato y nítido. «Deseo tomar por esposa a tu hija Similce. No quiero dote, solo a ella. Envíame tu respuesta con el mismo mensajero». Nada más. Siempre he procurado ser conciso. Sin duda es lo mejor.

La tienda de Mahárbal estaba al lado de la mía. Lo desperté con un toque.

—¿Anda? —preguntó medio dormido, con gesto de sorpresa.

—Lleva esto a Fuano. Espera su respuesta —dije, poniendo la tablilla sellada sobre su pecho. No fue necesario que le revelara su contenido.

Fuano aceptó, desde luego. Se sentía muy honrado, dijo. No sé qué pensaban de mí los hombres entonces. No me importaba. Pero para un pequeño jefe íbero este matrimonio era muy ventajoso. Durante aquel día, mientras esperaba y trabajaba, me pregunté qué habría deseado mi padre.

Habría tomado en consideración las ventajas estratégicas, estoy seguro. Y no eran pocas. Mis soldados íberos nunca me defraudaron. ¿Me hubiera preguntado mi padre si la amaba? No lo sé. Él tenía muy poco tiempo para el amor.

Encargué a Mahárbal que dispusiera todo lo necesario para la boda. La ceremonia se celebraría al cabo de seis semanas, en el mes de Zif, en luna llena y con todas las constelaciones a nuestro favor. Mahárbal, muy acertadamente, pensaba invitar a cuantos jefes íberos fueran o pudieran ser aliados nuestros.

Mi anda estaba muy ocupado. Yo también. Asdrúbal regresó. Lo supe antes de ver a su eunuco —que no era el de la última vez— porque el batir del tambor que marcaba el ritmo de los remeros aquel día sin viento llegó hasta mí en el campo de adiestramiento, donde entrenaba a seis nuevos dekádarjoi.

—Mi amo desea que te presentes ante él.

Mi jabalina voló en línea recta y atravesó el cuello del soldado de paja situado a cien pasos. El cuello. El punto que no protegía la coraza. No solo ideaba cómo matar romanos, sino también por dónde.

—Ahora vosotros —dije a los dekádarjoi—. Di a tu amo —añadí sin volverme— que ya sabe dónde encontrarme. —Y corregí la forma de sujetar la jabalina del hombre que iba a lanzarla.

Asdrúbal acudió sudando incluso en su litera y dejé el entrenamiento con un seco «proseguid» a los hombres.

—¿Cómo está tu potrilla? —empezó.

—Háblame del tratado —ordené bruscamente.

—Ese tono de voz es más adecuado para hablar a esos salvajes —dijo él, señalando a mis hombres.

—Estos «salvajes» son mejores que… —No, no. Eso quería él. Le divertía. Metí la cabeza en la litera, que olía a sudor y almizcle, y lo agarré del antebrazo derecho, oprimiendo la grasa hasta sentir el hueso—. Háblame del tratado.

—Suéltame el brazo.

Lo solté, pero yo había ganado.

—Ah, sí, el tratado… —dijo jovialmente—. Es muy simple. Hasta tú lo entenderás. —Hice caso omiso de la ofensa—. He convenido con los romanos en limitar nuestras… bueno… nuestras actividades al sur del río Iberus. Ya habrás oído hablar de él. —Había oído hablar del Iber o Iberus, sí, la corriente caudalosa, de curso sinuoso, que separaba la parte nordeste de Iberia próxima a las Galias, un río que yo pensaba cruzar una sola vez.

—¿Algo más?

—Sí, hemos acordado dejar en paz a nuestros respectivos aliados en Iberia. Y eso significa…

—Sí; significa Sagunto.

—Nada de hostigamientos, Aníbal, ¿está claro?

—¡Pero Sagunto está muy al sur del Iberus! —exclamé.

—¿Piensas que estás hablando con uno de tus honderos? —dijo Asdrúbal, con repentino furor—. Sé mejor que tú dónde está Sagunto. ¿Acaso no vengo de allí? Es un importante puerto comercial de los romanos. Los saguntinos son gente de mar. Casi no tienen tierra. No nos molestarán. Además, esa ciudad tiene para mí ciertos… ciertos alicientes —pronunció la palabra con deleite y añoranza—, y me gustaría ampliar mi conocimiento de Sagunto tal como es, no como una ruina humeante.

Desvié la mirada.

Tenía que comprenderlo. Incluso para un viejo es difícil aprehender lo complejo. Y yo era joven, y no tenía quien me ayudara. De todos modos, veía las ventajas del tratado. Más tiempo. Y yo tenía muchas cosas que hacer y que preparar antes de…

—Por supuesto, informaré de esto a los Ancianos —prosiguió Asdrúbal, interrumpiendo mis pensamientos—, y haré resaltar mis deseos de complacer a Roma. Lo que no les diré es esto —y entonces dio una palmada.

De detrás de la litera salió un hombre que hasta entonces había estado oculto a mi vista. Iba descalzo pero cubierto de arriba abajo por calzones, blusa y túnica del mismo algodón blanco que le envolvía la cabeza. Respiraba una serena dignidad, una paz que me fue muy grata. Se paró junto a las cortinas abiertas de la litera. Tenía ojos negros de mirada distante, pómulos altos, nariz ancha, boca de labios delgados y mejillas rasuradas. Era muy alto, una mano más que yo, y respiraba con la boca cerrada, dilatando y contrayendo lentamente las fosas nasales.

—Aníbal, este es Bostar, un cartógrafo egipcio. Lo compré en Sagunto. Vino a mí bien recomendado. Noventa y cinco estateras de oro tuve que pagar. ¿Las vales, Bostar? —Bostar guardó silencio. La voz de Asdrúbal bajó de tono hasta convertirse en un gruñido amenazador—. Por tu bien, así lo espero. Enséñale tus mapas.

Bostar sostenía seis prietos rollos de papiro. Abrió el primero y quedé boquiabierto. Era un mapa bellamente dibujado y coloreado, que mostraba las montañas, ríos, valles y ciudades de Iberia al norte de Majrit.

—¿Dónde lo has conseguido? —le pregunté en púnico.

—Lo he dibujado yo.

Lo miré con incredulidad. Mi padre habría dado un syntagma por menos.

Bostar no me miraba a la cara.

—He viajado mucho.

—¿Dónde aprendiste nuestra lengua?

El hombre permanecía impasible.

—Hablo muchas lenguas. He viajado.

—Aníbal, esto es lo que quiero —dijo Asdrúbal señalando el centro del mapa.

—¿Y esto no? —dije con ironía, poniendo la mano al norte del Iberus.

—No vayamos tan lejos, Aníbal, ni tan deprisa. Te he conseguido tiempo. Aprovéchalo. —Alejó a Bostar con un ademán—. Dame lo que quiero y después haz lo que te plazca. —Y cerró la cortina con brusquedad.

No basta decir que el miedo, el amor, el odio o la ira mueven a los hombres. Sí, sé que Asdrúbal actuaba a impulsos de la codicia y la ambición, pero ¿qué había dado origen a estos sentimientos? Yo traté de destruir Roma movido por el odio que había heredado de los Barca, por siglos de enemistad con Roma, pero ¿dónde empezaba esta? Todo debe tener su causa. G es resultado de F, y F de E y E de D, y así sucesivamente, por muy compleja que pueda ser cada causa, pero ¿es posible la regresión hasta el infinito? Algo tiene que engendrar el proceso.

No había tiempo para esta clase de pensamientos. Empecé a preparar la campaña del norte.

Ciudades de piedra. Necesitaba material de asedio. Lo mandé construir, asegurándome de que se utilizaba solo madera de la más dura para las máquinas llamadas onagros, y de que todos los mecanismos de estas y de las hondas gigantes que llamábamos escorpiones, todas las palancas, las poleas, los cabrestantes, las roscas y las espigas, fueran del más puro bronce. Para proteger estas máquinas del fuego, ordené hacer grandes cortinas de gruesa cuerda que se empaparían de agua antes de cada ataque. Probábamos y perfeccionábamos las máquinas. Se acercaba el día de mi boda.

Nos casamos por la mañana, al aire libre, por deseo mío. Desde mucho antes del amanecer, empecé a oír voces y movimiento fuera de la tienda. Eran los soldados que acudían temprano, para asegurarse un buen sitio desde el que ver la ceremonia. Se había dado permiso a todo el ejército. Esto y los festejos habían sido idea mía y de Mahárbal. Burdeles gratis fue

el regalo de Asdrúbal. Por Mahárbal supe que Asdrúbal deseaba que la ceremonia se celebrara en el templo de Melkar de Gadir, pero yo quería casarme como lo que era, un soldado, entre mi gente, y ahora que mi padre había muerto, mi gente eran los soldados. Y así lo hice.

Los sacerdotes habían colocado en círculo, en el centro del campo de adiestramiento, siete piedras blancas, cubriendo el suelo de piedras preciosas, jaspes, zafiros, calcedonias, esmeraldas, crisólitos, berilos, topacios, crisoprasas, jacintos, amatistas y sardónices. Rico era en verdad el tesoro de Asdrúbal. Al ver aquello desde mi tienda, pensé que no era de extrañar que él deseara una mayor extensión de Iberia. Nunca he tenido esclavo personal. Solo Mahárbal estaba conmigo aquel día mientras me bañaba y rasuraba, me recogía el pelo y me ponía la sencilla túnica de lino blanco, forrada pero sin adornos, y las sandalias nuevas.

—Asdrúbal te envía esto —dijo Mahárbal, abriendo un cofrecillo en el que relucían pendientes, pulseras, collares, ajorcas, brazales y anillos de oro y plata purísimos.

—Menos mal que no me envía también su barriga —dije riendo.

—Alguien tendría que aprovecharlo —dijo Mahárbal.

—Repártelo entre los dekádarjoi, anda. Pero deja a Asdrúbal su panza.

Por último, tomé el cinto, regalo de mi padre, retiré el puñal, me lo ceñí y salí al sol de la mañana.

—¡Ay-yí, ay-yí, ay-yí! —gritaron veinte mil gargantas.

Mientras me dirigía hacia el círculo de piedras blancas para esperar a Similce, contemplaba la multitud que se extendía por la explanada hasta perderse de vista.

Sabía que Similce llegaría andando de espaldas, guiada por su padre y cubierta por un velo.

Nos quedaríamos dándonos la espalda el uno al otro, con los brazos derechos juntos, para que pudieran atárnoslos. Ante mí, en torno al círculo sagrado, solo veía a barbudos jefes íberos con falda de lana.

«Ahora son mis parientes», pensé.

Solo una vez había visto a Similce, en el banquete en que había bailado. No había hablado con ella ni oído su voz. No importaba. Sócrates dice que la belleza imaginada ejerce un mayor encanto que la belleza de las formas. Supe que ella llegaba cuando la multitud enmudeció y los jefes que tenía delante estiraron el tórax. Primero, oí sus pasos, leves como las gotas de lluvia; después, los de su padre, que hacían crujir las piedras. Detrás, se acercaron los seis testigos: Mahárbal, el hermano de Fuano, Sueno y mis

hermanos. Entonces olí su perfume, suave como la brisa del verano recién llegado, dulce como la canela, delicado como los pétalos de las flores, un perfume que estremeció y elevó todo mi ser.

Los sacerdotes entonaron sus cánticos, primero el sacerdote cartaginés y después el íbero, este último ataviado con un vestido teñido con glasto, y con plumas de avestruz.

—¡Levantad los brazos! —ordenó. El sacerdote de Melkar nos ató los pulgares con una tira de cuero. El íbero nos ató los brazos con siete vueltas de una faja de seda, todo llevado a cabo en un profundo silencio. Después, un pequeño dulce de trigo fue partido en dos y una mitad fue puesta en mi boca y la otra en la de ella, por debajo del velo. A mi espalda oí silbar una espada en el aire: el becerro mugió y olí la sangre. Siete veces pasaron los sacerdotes, por los siete planetas y los siete sentidos, pintando de sangre siete piedras.

—¡Por el fuego! —gritaron entonces los sacerdotes, corriendo juntos con siete antorchas, mientras retumbaban los tambores—. ¡Por el agua! —jadearon salpicando con el agua de unos cuencos de oro sus símbolos mágicos que relucían al sol—. ¡Hágase!

Como llega hasta el pastor de la montaña, vibrando en el aire, el fragor de los torrentes que juntan sus aguas tumultuosas al precipitarse por la ladera en el invierno, así llegaron hasta mí las aclamaciones aquel día en que, en Iberia, siendo yo joven, Similce se convirtió en mi esposa.

Fuano desató primero el cordón y después la faja de seda, volvió a su hija de cara a mí y levantó el velo. La miré, y ahora recuerdo aquella mirada como algo tan precioso para mí como mi fe en el dios Mitra, como algo anterior al tiempo. En aquellos ojos que se levantaban hacia los míos, en el temblor de las aletas de la nariz, en la sonrisa de aquellos labios, vi toda la belleza que pueda existir en una criatura humana. Con aquella mirada, nos llegó la revelación de que el tiempo siempre es nuevo, que nunca envejecerá.

Entonces nos ataron la faja alrededor de la cintura y, ajenos a todo, salimos del círculo por una larga avenida abierta entre la gente que nos vitoreaba y nos tocaba, hacia la tienda nupcial. Creo que me preocupaba lo que ahora debía suceder, lo que se suponía que tenía que suceder. Yo había visto los preparativos que se hacían en la tienda nupcial. Parecía que debía de ser muy laborioso el producir una sábana manchada de sangre.

En la tienda fresca y silenciosa, la besé en el pliegue del labio superior, y ella tembló como un sauce al viento. Puso la mano en mi nuca, y sentí el

movimiento más como una oscilación que como una caricia. Entonces se despertó, en unas partes mías que eran nuevas y extrañas y que parecían habitar ya todo mi ser, un ansia, un hormigueo, un calor que me bajaba del vientre a los pies y que me zumbaba en la cabeza, inundándome de arriba abajo. Sentía sus manos en la espalda y en las nalgas, y yo palpaba las suyas, más suaves que la seda y más tersas que el oro, y buscaba sus pechos, acariciándolos con la lengua y pellizcando los pezones con los labios. Ella me quitó la túnica y yo la desnudé a ella. Cerré las manos sobre sus senos, unas manos que solo sabían de riendas, de espadas y de muerte, y nada desentonaba en la música estremecida que vibraba entre nosotros.

Todavía de pie, entré en ella, y a nuestros pies cayó el fluido transparente de mi pene goteante.

No profirió sonido alguno. Me clavó las uñas. Unidos, caímos sobre el lecho, y mi vida ya no fue solo mía, y sentí el deseo de estar siempre entre ella y todos los males y los peligros. Nuestros vasos se rompieron y nuestras aguas se mezclaron. Cuando, convulsa, se arqueó hacia mí, fuimos un solo cuerpo y un solo y encendido espíritu. Y fui a ella desde un lugar secreto y lejano recién descubierto, y ella recogió mi semilla en su cuerpo y en su ser.

Fue rápida y urgente aquella primera vez y, sin embargo, nunca he hecho un viaje más largo.

Cuando me incorporé, era un hombre nuevo.

No nos importunaron. Fuano entró a buscar la sábana. Oímos los vítores y sonreímos con timidez. Nos trajeron comida y bebida, pero de qué clase no importaba. Durante dos días, nos acariciamos, dormimos y hablamos, explorando cada uno el cuerpo y el espíritu del otro.

Unas veces hablábamos en púnico y otras en íbero o en una mezcla de ambas lenguas.

Recuerdo que ella, con aquella voz suave y cantarína, mientras yo tenía la mano en su garganta —me gustaba sentir su sonora vibración—, me preguntó qué había sido lo peor de mi vida.

—La muerte de mi padre en Hélice —respondí sin vacilar.

—¿Y lo mejor? —¿Lo mejor?, me pregunté yo. ¿Beleo, Mahárbal, el primer enemigo al que maté?

—Lo mejor, tú, Similce.

Se incorporó con suavidad y me dio un beso en la frente. Ante mis ojos temblaron sus senos firmes, tiernos y puntiagudos.

Recuerdo que me preguntó por el futuro.

—Destruiré Roma —le dije.

—¿Y serás el amo del mundo?

—Eso no lo sé, Similce. Solo tengo que destruir Roma, nada más.

—¿Por qué?

¿Por qué? Nunca me lo había preguntado.

—Porque, porque… Porque he nacido para eso. Porque lo he jurado. Porque mi padre me crio para eso. Porque los romanos destruirán Cartago y también Iberia, Similce, también Iberia, si antes no los destruyo yo.

Guardamos silencio durante mucho rato.

—¿Eso es todo? —preguntó en voz baja.

—Todo lo que yo sé.

—Es suficiente. Yo te ayudaré, Aníbal —dijo poniendo mi cabeza entre sus senos, y los dos nos tendimos en el lecho y dormimos.

Al tercer día, volvimos al mundo. Había regalos que examinar, aunque yo había pedido a Mahárbal que hiciera saber que no me faltaba nada y que deseaba aún menos. Pero, aun así, encontramos una gran tienda llena de presentes.

—Tenemos que aceptarlos, Aníbal —dijo Similce—, o muchos se ofenderán.

En la tienda estaba Sueno, haciendo listas de las alfombras y los calderos, las joyas y las espadas, las corazas y los platos.

—Habéis hecho muy feliz a este viejo —nos dijo—. Os deseo larga vida y que seáis fieles a lo bueno que hay en vosotros.

—¿Tú qué harías con todas estas cosas, Sileno? —pregunté señalando aquellas hileras y montones de regalos.

—Enviarlas a Gadir, al templo de Melkar —respondió Sileno. Un buen consejo. Miré a Similce.

Ella asintió.

—Nadie se ofenderá por ello, ni siquiera mi familia. Aunque no adoren a vuestros dioses, los respetan.

—Pero hay dos regalos, Aníbal, que quizá desees ver —dijo Sileno.

Dio media vuelta, fue a un rincón de la tienda y volvió con dos rollos.

—Uno es mío y el otro de Bostar.

Con cuidado, desenrollé el primero de la redonda vara de madera de beki, y reconocí la escritura de Sileno, cada letra griega, perfectamente formada, con armonioso sesgo, tal como él me había enseñado a trazarlas. La vitela era finísima e inmaculada, y pensé que aquello debía de haberle costado… no sabía cuánto. Entonces descubrí, avergonzado, que no sabía

cuánto costaban las cosas, ni cuánto se pagaba a Sileno, ni quién le pagaba desde la muerte de mi padre. Me prometí que en adelante esto cambiaría. «Los ahorros de muchos años», me dije pensando en lo que le habría costado, y leí en voz alta los deliciosos versos de la Odisea de Hornero, cuando Odiseo dice a la princesa Nausícaa:

οὐ μὲν γὰρ τοῦ γε κρεῖσσον καὶ ἄρειον,
ἢ ὅθ' ὁμοφρονέοντε νοήμασιν οἶκον ἔχητον
ἀνὴρ ἠδὲ γυνή· πόλλ' ἄλγεα δυσμενέεσσι,
χάρματα δ' εὐμενέτῃσι·

—¿Qué significa, Aníbal? —preguntó Similce. Ella no sabía griego, por supuesto.

Con voz temblorosa, Sileno declamó en perfecto íbero:

> *«Porque nada hay mejor ni más hermoso que un hombre y una mujer que viven juntos en armonía como esposos; es un goce para sus amigos y un suplicio para quienes los odian».*

Y había lágrimas en las mejillas de aquel anciano que, ahora lo sabía, me amaba.

Había otro pasaje en el rollo, este en prosa y en el que, gracias a unas lecciones que ahora se me antojaban muy lejanas, reconocí las augustas frases de Platón, del Banquete, si no me equivocaba.

Aunque vacilando, traduje del griego:

Nuestro deseo del otro, de reintegrar nuestra naturaleza original, de hacer de dos uno, de recuperar el estado del hombre, es un antiguo deseo, implantado en nosotros.

Separados, con un lado solamente, como un pez plano, cada uno es solo medio hombre, siempre buscando su otra mitad… Al principio, la naturaleza humana era una, y nosotros éramos un todo, y el deseo y la búsqueda del todo se llama amor.

Cuando acabé la lectura, había lágrimas en mis ojos. Sueno sonrió:

—No está nada mal, alguien te ha enseñado bastante bien, pero ¿no te parece «reintegrar» una versión un poco pobre del verbo synarmotsín? —Entonces se rio y yo di un paso adelante y lo abracé—. Pero aún queda

el regalo de Bostar —dijo Sueno, junto a mi hombro. Retrocedió y entregó el segundo rollo a Similce. Otra vitela perfecta y la vara con remates de oro. Similce lo abrió. Estaba en blanco.

—¿Qué significa esto? —pregunté a Sileno.

—Pregunta al hombre que te lo ha regalado —respondió.

—Así lo haré. ¿Dónde está?

—Te lo traeré. —Y Sileno salió de la tienda. No tardaron en entrar juntos el hombre que había sido mi guía durante buena parte de mi pasado y el que lo sería durante buena parte de mi futuro.

—¿Qué es esto, Bostar? —pregunté.

—Soy cartógrafo. Es un mapa.

—¿Qué mapa puede estar en blanco? —inquirí.

Muy erguido, mirando a lo lejos, Bostar respondió:

—El mapa de la vida. —De ningún otro habría tolerado este sofisma. Viniendo de Bostar, no podía tratarse de una broma—. Déjame ver la palma de tu mano derecha —dijo. Se la tendí. La miró largamente—. ¿Me dejas ver la tuya? —dijo a Similce. La miró durante más tiempo todavía—. No importa que el mapa esté en blanco. Quizá podamos dibujarlo. El regalo se hace con buena intención. —Se inclinó y se fue.

Cuatro días después de la boda, tuve que volver a mis tareas. Pero cuando desperté con la primera luz del amanecer, me costó dejar las curvas de Similce, su olor, la pátina de concha marina de su piel. Se volvió de lado y fue como ver nacer el día a través del muro de cristal del sueño. Ella ofrecía al envidioso mundo y a mí los secretos de su noche. Las trompetas del alba rompieron el encanto, y ya vestido y fuera de la tienda, vi que ella estaba conmigo.

—¿Qué haces…?

Puso su mano en la mía.

—Soy tu esposa. Deja que vaya contigo.

La miré y sonreí. Y juntos fuimos en busca de Mahárbal.

El día era caluroso y el trabajo, arduo. Primero, visita al campamento, y, después, según la costumbre, recibir personalmente el informe de cada capitán. Similce los escuchó a todos con atención.

Después paseamos por el campo de adiestramiento de aquel ejército enorme. Gran parte de nuestras tropas eran íberas. Si a mí me servían por cierto respeto o a Asdrúbal por dinero, ahora, al lado de Similce, yo advertía en aquellos hombres una adhesión más cálida. Solo hubo cierta incomodidad cuando Mahárbal tuvo necesidad de orinar.

—Ya he visto hacer eso antes —dijo Similce. Y ella misma se agachó donde estaba y orinó protegida por la túnica.

Los elefantes no estaban bien. De los sesenta, todos menos dos hembras tenían hongos en las patas. El jefe de conductores fue traído a nuestra presencia, cabizbajo y asustado. No sabía por qué había sucedido ni qué más se podía hacer; había probado todos sus ungüentos.

—¿Ungüentos? —preguntó Similce—. ¿Para las úlceras, ungüentos? —El hombre se revolvía incómodo—. Aníbal, deja que me ocupe de esto. —Noté que Mahárbal me miraba—. Yo sé cómo se curan las úlceras de las patas. Hay que lavarlas con agua de tomillo y vinagre y mantenerlas bien secas, no untarlas. —Y se marchó con el jefe de conductores, que debía de estar tan asombrado como aliviado.

Cuando, tres días después, salimos de campaña, ocho de los elefantes ya pudieron ir con nosotros.

Aquella buena disposición de Similce para tratar a los elefantes me hizo pensar en llevarla conmigo en la campaña del norte. Además, poseía un gran sentido de la logística. Por la noche, después de la cena, yo repasaba los planes de la campaña: forraje, cerrojos para las nuevas máquinas de asedio, ahora estas cosas eran mera rutina para mí.

—¿Puedo mirar, Aníbal? —preguntó, sentándose sin esperar respuesta en mis rodillas.

Yo la tenía abrazada mientras ella examinaba los planes.

—¿Doscientos calderos de latón? ¡Y cuatro carretas para transportarlos! Ocho bueyes para tirar dé las carretas… que también necesitarán comida.

—Hay que alimentar a los soldados, Similce —respondí—. Y pelean mejor si toman comida caliente. —Yo llevaba veinte mil hombres, incluidos cocineros y vivanderos—. A cien hombres por caldero, necesitamos doscientos. Muy sencillo.

Similce se levantó y dio unos pasos por la tienda.

—Mi gente —sonrió—, nuestra gente no lleva calderos en sus marchas.

—¿Y cómo guisáis?

—Embutimos la carne de los animales sacrificados en sus propios intestinos, y la asamos en un horno de tierra o sobre el fuego. El estómago de un cordero es un caldero excelente.

—¿Y da resultado?

—Mañana te enseñaré —me dijo riendo. Y así fue. Esta fue otra de las innovaciones de Aníbal, otro paso para conseguir el ejército más ligero y

rápido que había visto el mundo, un ejército con lo esencial para la guerra.

Hice que Similce enseñara la nueva manera de cocer la carne a Hamilax y que este, a su vez, adiestrara a los cocineros. Recuerdo cómo daba gracias a Similce cuando, a pesar de ir tan ligeros de impedimenta, nos atascábamos en los Alpes y las mulas se hundían en la nieve. Yo mismo tiraba de los cabestros. Un día que los hombres perdían el ánimo, les dije: «Menos mal que no llevamos las carretas de los calderos», y entonces los hombres rieron y redoblaron sus esfuerzos.

Similce me acompañó, pues, en aquella campaña. Fue una suerte disponerlo así; de lo contrario, lo que estuvo a punto de suceder entonces habría tenido lugar en mi ausencia, sin que yo pudiera evitarlo. Asdrúbal expresó su deseo de verme la tarde anterior a la marcha. «Y trae a tu esposa —decía el mensaje, que de nuevo me entregó un eunuco diferente—. Dicen que entiende mucho de las cosas del ejército». Llevé también a Mahárbal. Otra vez el palacio, ahora mucho más suntuoso, y el gran salón, y la corte de acólitos de sonrisa afectada, pero nosotros cuatro nos sentamos a una mesa en una sala aparte. Asdrúbal sacó sus mapas. Yo hablaba de mis dudas acerca de las nuevas máquinas de guerra, que aún no habían sido probadas.

—Seguro que te gustaría probarlas aquí mismo, y contra mí —bromeó Asdrúbal, cuando sonó un fuerte golpe en la puerta y entró Hamilax sin aliento.

—¡Fuego, Aníbal, hay fuego en los graneros!

Me levanté y salí corriendo, y ya estaba en mitad del salón de mármol, con Mahárbal detrás de mí, cuando recordé a Similce y me volví a mirarla; pero ella, levantando una mano, me gritó:

—Yo seguiré con esto —señalando los mapas; me sonrió y me fui.

Hamilax debía de haber pedido que trajeran nuestros caballos, porque Beleo ya estaba en el patio. Monté de un salto y fuimos al galope por las calles, cruzamos la puerta y bajamos la pendiente, y ya atravesábamos el llano del campamento, ya llegábamos, ya veía las llamas y olía el humo, y buscaba a Gástelo con la mirada, cuando una mano gigante, un muro invisible, no sé qué fue, me hizo tirar de las riendas, en plena carrera, y Beleo se alzó de manos y resopló, pero giró en el aire.

—¡Ve tú, Mahárbal, sigue! —le grité cuando nos cruzamos. Yo volvía a palacio, volvía impulsado por todas mis fuerzas. Solté las riendas y me abracé al cuello de Beleo, que corría como fa primera vez que lo monté, y él lo sabía.

Ya había saltado al suelo, jadeante, y dejado atrás las fuentes, cuando oí el grito ahogado de Similce. Abrí la puerta violentamente y vi que él la tenía aprisionada contra la pared. Me pareció que le había roto la túnica y se la había metido en la boca, y con la mano izquierda se levantaba su propia túnica mientras con la derecha sostenía un reluciente puñal contra la garganta de Similce. Entonces volvió la cabeza y me vio con la espada en la mano. Yo corría y gritaba, ciego de rabia, y debió de ver la muerte en mis ojos. Su largo pene osciló cuando giró rápidamente sobre sí mismo, empujando a Similce. Corrí hacia ella, que sollozaba y se dejaba caer al suelo, apoyada en la pared, pero señaló con el dedo y vi que Asdrúbal iba hacia una puerta del otro lado de la sala. Le cerré el paso y le apunté al vientre con la espada. Retrocedió y abrió la boca para hablar:

—Aní… —pero desistió al comprender que iba a matarlo. Retrocedió hasta tropezar con una mesa. Estaba sudando. Vi su piel picada de viruela, la boca abierta, la nariz aplastada, y levanté el brazo para asestarle el golpe mortal, y entonces sentí una mano en mi brazo, la mano de Mahárbal.

—No, anda, no.

Muchas veces en mi vida, un instante se ha prolongado hasta abarcar el resto de mi existencia.

La punta de mi espada se apoyaba ahora en el vientre de Asdrúbal, que tenía los ojos cerrados y exhalaba un fuerte olor. ¿Qué rige nuestros actos? Sin mirar, di la espada a Mahárbal y clavé la rodilla izquierda en la entrepierna de Asdrúbal. Lo dejamos gimiendo en el suelo, y Similce abandonó aquel lugar conmigo, temblando bajo mi brazo.

—Debí sospecharlo cuando toda su gente salió de la sala —fue lo único que dijo ella.

Partimos a la mañana siguiente, al amanecer. El incendio no tenía importancia. Solo perdimos un pajar. No hablamos de lo ocurrido con Asdrúbal. Nunca. Tres noches después, ¿o fueron cuatro?, Similce vino a mi lecho en silencio —en campaña compartíamos la tienda, pero no el lecho— y curamos aquella herida con el remedio milagroso del amor.

En presencia de Similce, nuestras tropas íberas trabajaban y peleaban como nunca. Mi nueva caballería pesada era invencible. A veces, para darle descanso, utilizábamos los elefantes, ante los que huían los lugareños. Observé que sus caballos, que no estaban acostumbrados a los elefantes como lo estaban los nuestros, se asustaban aún más que los hombres. Para acrecentar el efecto, mandé hacer campanillas para colgarlas del cuello de los elefantes. Y cuando cargaban chillando y tintineando, con la trompa

enhiesta y pintada de añil y bermellón, no había hombre ni caballo que no huyera.

Envié a Mahárbal hacia el noreste con la mitad de las fuerzas, mientras yo seguía subiendo desde el sur. Yo aprendía y aprendía. Una ciudad no quiso rendirse. Suspirando, ordené emplazar las máquinas de guerra. Nunca me han gustado los sitios, la espera, las salidas, el desgaste. Es trabajo de artesanos, no de soldados. Bostar estaba conmigo cuando fui a averiguar por qué uno de los ejes de nuestra única helépolis, una torre de asalto de varios pisos desde la que nuestros hombres salvarían la muralla de la ciudad, se había partido.

—¿Cuánto se tardará en arreglarlo? —recuerdo que pregunté al oficial.

—Dos días, cuando tengamos la madera. —Por supuesto, no teníamos la madera, por lo menos la madera adecuada, o eso dijo el hombre. Maldije de impaciencia.

—La plata compra almas y conquista ciudades, Aníbal —dijo Bostar en voz baja a mi lado.

Lo dejé en sus manos.

—Toma del cofre que encontrarás en mi tienda cuanto necesites.

Aquella noche, se nos abrieron las puertas. Un syntagma hizo el resto. Por la mañana, ordené arrasar la ciudad. Envié a los cautivos más fuertes a Cartagonova, a trabajar en las minas y las galeras, e hice decapitar a los demás. Bostar me había enseñado que la plata conquista ciudades. Pero yo sabía ya que también las conquista el miedo y que este se propaga más aprisa que el fuego. No encontrarnos más resistencia en aquella parte de la Península.

Bostar iba sombreando en sus mapas las tierras que conquistábamos. Poco quedaba ya. Los despachos diarios de Mahárbal eran simple rutina. De Asdrúbal no habíamos recibido ninguno, cuando llegó un correo de Cartagonova.

—Si lo envía Asdrúbal el Bello, ya puedes devolvérselo —dije.

—Lo envía Hamilax, tu mayordomo —me respondió el hombre.

Lo abrí de inmediato. Era muy corto.

«Aníbal, esta mañana han asesinado a Asdrúbal. Regresa sin demora. Tu fiel servidor que lo fue de tu padre, Hamilax».

—¿Cuánto has cabalgado? —pregunté al hombre. Hay que atender siempre a los hombres.

—Tres días y tres noches, cambiando de caballo —respondió. Llamé a la guardia.

—Que este hombre coma y descanse… y que se le pague. Y que vengan Bostar y Gástelo.

Di el despacho a Similce. Lo leyó inmediatamente, no dijo nada, pero empezó a recoger ropa.

—Nos iremos enseguida, supongo.

«¿Nos iremos?», estuve a punto de decir, pero me contuve; no me demoraría su compañía, porque mi esposa montaba como un soldado.

—Sí, ahora mismo. —Cuando entraron Gástelo y Bostar, les di la noticia—. Gástelo, tú quedas al mando. Llevaré conmigo solo a cuatrocientos hombres de la Guardia Martillo. Bostar, ve en busca de Mahárbal. Dile que se reúna conmigo en Cartagonova.

Cuando íbamos a partir, llegó otro correo. Reconocí la escritura de Sileno. «Aníbal —leí—, ten cuidado. No todo es lo que parece. Ven a toda prisa, pero, al llegar, apresúrate despacio». Típico de Sileno, pensé, un bonito oxímoron, la yuxtaposición de contrarios. Yo, sencillamente, me apresuré.

Cartagonova estaba sumida en un silencio sombrío. Cuando subíamos por la ladera, solo veíamos puertas cerradas. En el palacio, nos esperaban únicamente Sileno y Hamilax.

—¡Hablad! —dije mientras desmontaba.

—Aquí no —respondió Sileno—. En todas partes hay oídos.

Entramos en la sala de Asdrúbal.

—No —dije. Fuimos a una habitación más pequeña al otro lado del corredor y cerramos la puerta.

—¿Y bien? —pregunté.

—Asdrúbal fue asesinado por uno de sus aman… —Hamilax se interrumpió y miró al suelo.

—Uno de sus eraste. —Sileno sugirió la palabra griega, menos ofensiva.

—¿Dónde? —pregunté.

—En las letrinas. Lo encontraron degollado, con una esponja en la boca —gruñó Hamilax con repugnancia.

«Muy apropiado», pensé yo.

—El autor ha confesado. Dijo que lo había humillado. —Eran más palabras de las que había oído pronunciar a Hamilax en años.

—¿Dónde están las tropas que dejé en la ciudad?

—En el campamento, esperando órdenes —respondió Hamilax.

—Reúne a todo el syntagma en la plaza. Después trae al muchacho y al resto de los… amigos de Asdrúbal —elegí cuidadosamente la palabra—,

serán ejecutados.

—¡Pero no todos son culpables! —protestó Sileno—. ¡Muchos pueden ser inocentes! —Entonces sentí el abismo que separaba el mundo griego del mío. Yo era y soy un Barca, un cartaginés.

—Sileno —dije con calma—, un jefe cartaginés ha sido asesinado. Debo castigar el crimen a nuestra manera, no a la tuya. Adelante, Hamilax. —Y con esta decisión, quedó roto uno de los pocos eslabones que me unían a mi niñez.

—Al parecer, no he podido enseñarte nada —dijo Sileno—. Pero escucha. —Entonces tuvo un acceso de tos ronca y cavernosa. Sirnilce se acercó a él y lo llevó a una cama situada al lado de la ventana. Cuando recuperó el aliento, Sileno dijo en púnico—: Tengo que hablar en griego.

—¡Si estamos solos! —exclamé.

Me miró con sus ojos tristes y sabios, y dijo en griego:

—Aníbal, aún tienes mucho que aprender. —Y entonces me reveló sus sospechas.

Creía que la muerte de Asdrúbal se debía a una conspiración.

—¿De quién?

—De los hombres de Cartago que quieren la paz con Roma, los que temen las consecuencias de este nuevo imperio que estás conquistando y los que ahora querrán asesinarte a ti, Aníbal.

—¿En qué fundas tus sospechas?

—Has tenido los ojos cerrados a muchas cosas desde que murió tu padre, Aníbal. Yo he vivido aquí calladamente, enseñando a tus hermanos, leyendo, escribiendo, escuchando, observando. La gente me considera un viejo insignificante y caduco y no guarda discreción ante mí. Pero también tengo ojos.

Poco después de que fuera encontrado el cadáver de Asdrúbal, vi salir del puerto una galera.

—¿Con qué rumbo?

—Al sur, Aníbal, rumbo a Cartago.

Cartago. ¿Cuánto hacía, trece años que había salido de allí? Similce puso una mano en mi brazo. Ella no entendía el griego. Empecé a explicar en íbero:

—Dice Sileno que Asdrúbal… —Noté que la mano me oprimía el brazo, miré a Sileno y vi que señalaba hacia la puerta, con un dedo en los labios. Saqué el puñal, abrí la puerta y vi a alguien que huía—. Me

encargaré de que te protejan de día y de noche, Sileno. Ahora ven con nosotros.

Salimos de palacio, y nos dirigimos al ágora, ahora silenciosa y solitaria.

Las tropas que había dejado en la ciudad eran buenas. Se habían desplegado en torno a la plaza en perfecto orden.

—¿El muchacho está en las mazmorras, Hamilax? —el viejo mayordomo asintió—. Dejadlo allí.

Que traigan al resto de los bardajes de Asdrúbal.

Las estacas empezaban a prepararse.

—Aníbal, yo no puedo ver esto —dijo Sueno—. ¿Me das permiso para que me retire?

—Retírate, Sueno, y gracias. —Hice seña a dos soldados para que fueran con él. Yo había comprendido—. Si muere, vosotros moriréis también —dije a los soldados cuando se iban.

—Llamad a asamblea general —ordenó al capitán de la tropa—. Quiero que toda la gente de la ciudad acuda a ver esto. Similce, ahora voy a averiguar lo que sabe el asesino. Creo que deberías quedarte aquí.

El muchacho tiritaba en la celda húmeda. Su túnica de seda estaba rota y manchada de sangre.

—¿Quién te pagó? —le pregunté con suavidad. Sacudía la cabeza a derecha e izquierda, moviendo frenéticamente los ojos negros.

Primero le arrancaron las uñas de los pies.

—¿Quién te pagó? —Nada. No había tiempo. Cuando le aplicaron los hierros candentes en la planta de los pies, sus gritos adquirieron una nueva intensidad.

—Amordazadlo —ordené—. Ahora rompedle las piernas y después los dedos de las manos, despacio. —Nada tampoco. Fueron las agujas candentes en el pezón lo que le hizo hablar. Le hice la pregunta por tercera vez cuando todavía tenía el pecho izquierdo intacto, y movió la cabeza de arriba abajo. Le quité la mordaza y me incliné hacia él. Apenas pude entenderle.

Había veintitrés como él. Cuando volvía la plaza, todo estaba preparado, cada uno de ellos había sido atado a una estaca. Varios miles de personas observaban la escena en silencio, esperando.

—¡Este es el castigo para quienes traicionan a Cartago! —grité, y las palabras rebotaron en las paredes. ¿O acaso la misma Cartago había traicionado a Cartago? ¿Quién era Bomílcar? Sileno estaba en lo cierto, aún tenía mucho que aprender. Pero por mucho que aborreciera a

Asdrúbal, no podía dejar impune su muerte. Hice una seña al capitán. Se cumplió la orden de ejecución.

La empresa a la que yo consagraría veinte años de mi vida dependía de lo que ocurriera durante aquellos días. Llegó Mahárbal. La campaña había terminado. Gástelo volvía con el ejército.

Cuando llegaron, estábamos preparados.

Le pedí a Sileno que me contara cuanto sabía de Bomílcar, sufeta de Cartago y primo de mi padre, que había construido su propio imperio comercial en el sur y reanudado el antiguo tráfico de estaño de Cartago con las Casitéridas.

—¡Si es una ruta romana, o lo era! —exclamé.

—Akribos, exactamente —dijo Sileno, hablando en griego a causa de la agitación—. Dicen que Bomílcar incluso ha estado en la misma Roma. Parece que está decidido: Roma dominará el mar Tirreno, y Cartago solo África. Cartago debe retirarse de Iberia. La fortuna de Asdrúbal bastará para pagar el resto del tributo y la retirada.

Al día siguiente, me llegó el despacho del Consejo de Ancianos. Estaba escrito en púnico antiguo, lengua que hacía años que yo no utilizaba, y tuve que pedir a Hamilax que me lo tradujera.

Noté que le entristecía tener que hacerlo. ¿En quién estaba convirtiéndome yo? «A Aníbal Barca, capitán general del difunto Asdrúbal, el sufeta y el Consejo de Ancianos de Cartago ordenan: prender y castigar a los responsables del asesinato de Asdrúbal; retirar todos los bienes, oro, plata y piedras preciosas y todas las monedas de las arcas de Asdrúbal en Gadir y Cartagonova, y enviarlos a Cartago con escolta; embarcar después a tantos soldados de nuestro ejército… —¿nuestro ejército? Hice que Hamilax lo repitiera— como puedan ser transportados en las galeras, licenciar al resto, y regresar tú mismo a Cartago».

Había prometido a mi padre responder siempre a la llamada de Cartago. Pero ¿cuánto tardarían los romanos en desear también África? ¿Quiénes eran aquellos Ancianos de un mundo que ahora me parecía muy lejano, Ancianos que me mentían? Miré a Sueno, sentado frente a mí en silencio, y recordé una de las paradojas que me había enseñado. Epiménides de Creta dice: «Todos los cretenses mienten. Si un cretense dice la verdad, miente. Si miente, dice la verdad, Las palabras son volubles, como lo son quienes se sirven de ellas».

Le pedí a Mahárbal que fuera en busca de Gástelo. Allí estaban los desjunto a Similce, Hamilax y Sueno, cuando, de pie en la puerta de mi

tienda, de espaldas a ellos, viendo ante mí con los ojos de la imaginación el ejército que habíamos creado, primero mi padre y después yo, dije:

—Dentro de seis días, marcharemos sobre Sagunto.

Así respondió Aníbal a Cartago cuando Cartago lo llamó. Vacié las arcas de Asdrúbal, pagué a mis hombres un año por adelantado y confié las muchas carretas que quedaban a la custodia de Fuano, quien, según me dijo Similce, las llevaría a unas cuevas secretas de sus escarpadas montañas. El tumulto de los preparativos llenaba el campamento. Fuerte debió de ser el sonido de las trompetas de alarma del puerto para que llegara hasta mí, mientras hablaba con unos dekádarjoi.

Al momento, monté en Beleo. Las galeras romanas se divisaban claramente. Eran cuatro y se acercaban a remo. Las esperábamos en el muelle, yo y mi Guardia Martillo al completo, con sus mil hombres, porque al llegar había dado órdenes de que formaran. Fue una suerte que aquel día hubiéramos estado sacrificando bueyes para comer por última vez en el campamento. Había a la vista sangre más que suficiente para mis intenciones.

Las filas de mi guardia me rodeaban formadas en orden impecable. Fueron muy valientes al desembarcar aquellos romanos, en un muelle ocupado por los hombres de mi guardia, con los escudos, los brazos y la coraza cubiertos de sangre, una sangre que se oscurecía al secarse al sol. Era la segunda vez que yo veía a unos romanos. Por la pasarela de la primera galera bajaron cuatro, eran hombres de mediana edad, piel cetrina y toga blanca.

—Aníbal, ¿has recibido ya tus órdenes de Cartago? —me preguntó el más alto en latín.

—Habeo etiam —respondí.

—Entonces venimos en busca de tierra y agua, símbolos de que esta ciudad y cuantas habéis injustamente conquistado de Iberia deben ahora lealtad a Roma.

No estuve seguro de haber entendido la última parte. Mi latín aún tenía que mejorar. Pero sabía lo que quería decir «tierra y agua».

—Os daré tierra y agua. Gástelo —dije en púnico, señalando a los dos primeros romanos—, que arrojen a esos dos al pozo del palacio. —Cuando se los llevaban, un tercero empezó a hablar, y entendí «monstruoso» y «sagrados embajadores», pero calló cuando le acerqué la espada a la garganta—. Marchaos y dad gracias por conservar la vida. Decid a vuestro Senado cuál es la tierra y el agua que Roma puede esperar de Aníbal.

Me quedé en el muelle, viendo cómo se alejaban las galeras.

No fue fácil conquistar Sagunto. El asedio duró meses. Las murallas eran altas y fuertes, y estaban edificadas sobre roca, por lo que no era posible minarlas. Bloqueamos el puerto, pero al parecer los saguntinos tenían agua y provisiones en abundancia. Un desertor aceptó veinte estateras de oro a cambio de abrir una puerta, pero no la abrió. Lancé flechas de fuego, como mi padre en Túnez, pero las casas de la rica Sagunto eran de piedra. Para escalar la muralla, habría que utilizar las helépolis. Mandé construir otras dos. Los saguntinos lanzaron sobre ellas una lluvia de flechas incendiarias y aceite hirviendo. Las hice cubrir de pieles y las tres torres quedaron al fin seguras frente a la muralla este, aunque teníamos que vigilarlas de día y de noche para protegerlas del fuego.

Empezamos a construir sobre ellas el último piso que nos permitiría salvar los muros.

Una noche, al hacer mi ronda, vi algo que no entendí. Los saguntinos lanzaban cubos y más cubos de agua sobre las máquinas de guerra.

A la mañana siguiente, descubrimos por qué. Eran más de cien los carpinteros que construían el último piso, y otros tantos los soldados que los protegían con sus escudos, por lo que las torres tenían que soportar mucho peso.

—¡Cuidado! —oí gritar y, poco a poco, la tierra empapada empezó a ceder bajo las grúas. Una de las máquinas volcó y perdí a más de ochenta hombres. Las otras dos quedaron torcidas, apartadas de la muralla e inservibles.

Si en algún momento había pensado ser clemente con Sagunto, ahora me había olvidado de ello. Tres semanas de un trabajo peligroso y minucioso costó construir seguras plataformas de madera y piedras para cada una de las máquinas. Los hombres estaban decaídos. Había fiebres en el campamento. Les hice saber que, cuando cayera la ciudad, podrían saquearla a placer. Había pensado que para entonces ya estaría en Cartagonova.

Al fin estuvimos preparados. Dos horas después de oscurecer, tres syntágmata se dirigieron hacia cada torre, con las armas envueltas para no hacer ruido. En el último piso solo cabían veinte hombres. Pedí sesenta voluntarios que serían los primeros en asaltar la muralla. Aún me siento orgulloso de poder decir que todos dieron un paso al frente, como un solo hombre.

Quizá nos habían visto. Quizá los saguntinos mantenían una fuerza importante sobre la muralla; lo cierto es que el suelo quedó cubierto por los cuerpos de mis hombres, muertos o heridos, que habían sido rechazados antes de que sus compañeros pudieran unirse a ellos, mientras sobre las tropas que esperaban llovían piedras y flechas.

—¡Sinapismos! ¡Formación cerrada! —recuerdo haber ordenado. Pero casi imperceptiblemente nuestra línea empezó a retroceder ante las oleadas de proyectiles. Comprendí que no podía vacilar, y sentí lo mismo que en Oleastro. Con la espada en la mano, corrí hasta una de las torres y empecé a subir la escalera abriéndome camino a empujones entre los soldados que esperaban, respirando pez y sudor. Ya estaba en la muralla, ya esquivaba el ataque de una espada y a continuación el de una lanza.

Entonces ataqué y maté, y paré con el escudo otra acometida; y gritando «¡Bar-ca, Bar-ca!», salté al interior de Sagunto.

Dos saguntinos amortiguaron mi caída. Rodé por el suelo, me levanté de un salto y, aturdido, maté al primero de un golpe cruzado y clavé la espada en la garganta del otro. Eran muchos los que me atacaban, pero entonces oí el grito de «¡Barca!» y otros vinieron en mi ayuda. Sé que uno era Mahárbal, pero por lo demás solo percibía bultos oscuros, entrechocar de armas y el olor dulce de la sangre. Se entabló entonces la rítmica secuencia de ataque y defensa, golpe y contragolpe, y en medio de tan frenética brega, Sagunto cayó ante Aníbal.

Percibí el enojo de Similce cuando, al amanecer, me limpiaba la sangre, la mía y la de otros.

Tenía un profundo corte en el costado izquierdo y otro en el muslo derecho. Mis primeras heridas. No las había notado mientras peleaba, pero ahora parecían palpitar y chillar.

Similce frotaba con excesivo ardor. La cogí de la muñeca para frenarla.

—Mi padre me enseñó a no exigir de los soldados lo que no pudiera hacer yo.

—¡Fue una locura, Aníbal! Pudieron matarte.

—Tenían que haberme matado. Pero la locura me salvó. Cuando tenga que morir, lo sabré. —Ella volvió la cara. No lo entendía—. Perdona Similce, pero no sé explicarlo mejor. Cuando llega el momento, sé lo que tengo que hacer.

Entró Mahárbal. Estaba pálido, demacrado. Tenía un corte en el cuello. Lo miré y él lo tapó con la mano, cohibido.

—Me retrasé con la defensa —dijo con una sonrisa—. Aníbal, no debiste hacerlo.

—¡Tú también! —respondí—. ¡No debiste seguirme!

—¿Seguirte? ¡Si me empujaban! Hubieras tenido que ver las prisas que hubo por subir cuando saltaste, cómo se atropellaban los hombres para seguirte.

El saqueo duró una semana. Necesité cuarenta carros solo para el oro y la plata del tesoro.

Conservé ocho cofres de oro y envié el resto a Fuano en secreto. El botín de la ciudad, los vasos, los platos, las joyas, los cargué en galeras y los envié a Cartago. Esto les daría qué pensar. Sueno iría con el botín.

—¿Voy en calidad de emisario tuyo o de rehén?

—Tú serás mis ojos y mis oídos —respondí.

Hamilax pidió ir también. Yo accedí y él añadió:

—Gracias. Los Barca tendrán a otro amigo en Cartago.

* * *

Los saguntinos y su ciudad exigieron más tiempo. Con los onagros, los escorpiones y los arietes, empecé a demoler las murallas de la ciudad y a echar los escombros al puerto. Embarque a los prisioneros más fuertes en las veinte galeras que me quedaban y también los envié a Cartago.

Quedaron unos mil doscientos, quizá más. A cien los mandé crucificar a lo largo de lo que había sido la muralla de la ciudad. Hice clavar en cada cruz una tabla en la que se leía en púnico y en latín: «Así mueren los que desafían a Aníbal». Para los demás, mandé cavar una gran fosa. Había pensado utilizar los elefantes. Pero entonces llegaron las primeras lluvias del invierno y, con ellas, aquel viento frío del noroeste que en púnico llamamos metsar-ifulusén, «el que despluma las aves». El viento me ahorraría trabajo. Quizás algunos sobrevivieran, para dar testimonio de los actos de Aníbal.

Nuestro regreso a Cartagonova fue lento. Los soldados iban cargados de botín. A los dos días de nuestra llegada, ordené llamar a Gástelo.

—Deja aquí la Guardia Martillo, pero da un mes de permiso a todos los demás. Que lleven el botín a sus casas y se despidan de sus familias. Partimos dentro de un mes.

—¡Será pleno invierno, Aníbal! —exclamó Gástelo—. Nadie marcha en invierno.

—Exactamente, Gástelo. Así los sorprenderemos.

—¿A quiénes? Ya no quedan tribus hostiles en Iberia. ¿A quién quieres sorprender?

—Gástelo, dentro de un mes emprenderemos viaje. —Desvié la mirada. Estaba otra vez en Hélice, volvía a oír los estertores en la garganta de mi padre—. Dentro de un mes, marcharemos sobre Roma.

Gástelo me miró de un modo extraño. Bajó la mirada y se retorció la barba gris entre el índice y el pulgar de la mano izquierda. Permaneció en silencio el tiempo que se tarda en comer una manzana, el tiempo que se tarda en matar a diez hombres. Nunca he pedido obediencia a mis hombres.

Simplemente, la he dado por descontada. Gástelo tenía la voz mansa cuando dijo:

—Eso significa la guerra. ¿Vas a declarar la guerra a Roma, Aníbal?

—No, Gástelo, no.

Di tres pasos hasta mi cofre, saqué de él un despacho que la víspera había recibido de Cartago, enviado por Sueno, un despacho sobre el que había hablado durante toda la noche con Bostar, Mahárbal y Similce. Lo levanté en alto.

—Los romanos han enviado a Cartago una embajada compuesta por cuatro senadores, nada menos. Presentaron una protesta por el trato que di a sus enviados y, naturalmente, por el saqueo de Sagunto. En suma, Gástelo: Roma ha declarado la guerra a Cartago.

Capítulo VI

MARCHA

En la batalla, ser capaz de matar a un hombre con facilidad es algo que nace de la práctica.

Poder salir de Cartagonova en el transcurso de un mes fue también cuestión de práctica. Durante toda la vida, había estado preparando espíritu, cuerpo y mente para esta expedición.

Los romanos esperarían que pasara el invierno en Cartagonova. Yo los decepcionaría, y también a Bomílcar y a todos los de Cartago que esperaran lo mismo. Los romanos tomarían represalias por Sagunto, sin duda… en primavera. Empezarían por un ataque naval contra Cartagonova.

Que entraran en la ciudad de Asdrúbal si querían. Allí no habría nada. Mi campamento ya no estaría allí.

Escribí a los Ancianos para explicarles parte de mis intenciones. Les citaba las palabras que les había dicho Régulo: «Summa sedes non capit dúos». Pensé que no les vendría mal practicar latín.

Les decía: «Es mi propósito dar a Cartago esa hegemonía». Y estaba decidido a mostrarles plenamente mis intenciones con mis actos.

Había otras razones que aconsejaban iniciar la marcha. Quería practicar el avance con frío y lluvia, e ir adquiriendo experiencia a medida que subiéramos hacia el norte. No sabía cómo se comportarían algunas de mis tropas. El ejército estaba formado ahora por más de ciento veinte mil hombres, incluidos doce mil jinetes. Había crecido con excesiva rapidez en las dos últimas campañas del norte. Estaba bien pagado y disciplinado, pero no había peleado más que en escaramuzas. Si tenía que haber deserciones, quería que se produjeran antes de llegar a Italia. Eran muchos los capitanes, por no hablar de los soldados, a los que conocía poco y en los que confiaba menos.

Sentía por mi ejército algo parecido a lo que había sentido hacía muchos años, cuando Sueno me descubrió la Ética de Aristóteles. Era algo que se sustraía a mi comprensión, y apenas llegaba a rozar su significado con la punta de los dedos. Recuerdo haber comentado con Sileno las ideas de Aristóteles acerca de la cuestión «¿qué es el Bien para el hombre?», y leído después: «Consideramos más definitivo un objetivo que perseguimos por sí mismo que el que perseguimos por otra razón… y la felicidad, más que ninguna otra cosa, se considera un objetivo como tal… algo perfecto y completo en sí mismo». Recuerdo que de este pasaje, como de tantos otros, pensé que encerraba una gran verdad, mas una verdad que yo no podía aprehender. Dejaba para otros la filosofía. Era mi ejército lo que yo podía y quería comprender.

Por otra parte, deseaba dejar una fuerza en Iberia y enviar otra a Cartago. Era seguro que los romanos invadirían su Hispania, y también África, sin duda desde Sicilia. ¿Qué tropas dejar y bajo el mando de quién? Exigía tiempo hallar respuesta a estas preguntas. Y tiempo les di.

Dediqué el mes que pasamos en Cartagonova al aprovisionamiento. La ruta que íbamos a seguir estaba clara. Solo cruzando los Alpes podría sorprender a los romanos. Cruzarlos tenía que ser posible. Pero no encontraríamos comida en el camino y habría que llevar todo lo necesario.

Pescado salado, pan negro y pasteles de fruta, aconsejó Similce, y puse a mis númidas, muy avezados en estas tareas, a secar y salar pescado debajo de grandes toldos que los protegían de las fuertes lluvias que habían empezado a caer. Todas las barcas de pesca de nuestras costas traían al puerto las últimas capturas de la estación. Les pagaba bien. Dinero no me faltaba…, gracias a la avaricia de Asdrúbal.

Los hombres de Capadocia eran los que hacían el mejor pan, con mijo, trigo y cebada. No tardé en llenar seis almacenes, y después ocho.

—¿Cuánto tiempo se conserva? —pregunté al dekádarjos que estaba al mando.

—Todo el que pueda vivir un hombre —me contestó. Pensé que bastaría. Similce se encargaba de los pasteles de fruta, y en ellos trabajaba sin descanso, con los ayudantes que había elegido entre los íberos que no se habían ido de permiso. En el campamento se bromeaba mucho acerca de «los soldados de Similce». Yo no veía en ello ningún mal. Aquellos hombres luchaban y morían tanto por Similce como por mí.

Un día, al hacer la ronda habitual con Mahárbal, la vi soltar el palo con el que removía los grandes calderos de pasas, llevarse las manos a la cintura

y doblar el cuerpo con gesto de dolor. Llegué justo a tiempo para sostenerla por detrás en el momento en que caía al suelo, la llevé a la tienda y la dejé en la cama. Seguía apretándose el vientre. Fuera, bajo la lluvia, se oían las toses y cuchicheos de los muchos que nos habían seguido. Acaricié aquel bello rostro, apartando el pelo pegado a las mejillas.

—¿Qué te pasa, Similce? —conseguí decir al fin—. ¿Tienes fiebre?

Sonrió y me oprimió una mano.

—Aníbal, dentro de seis meses… —tuvo un acceso de tos e hizo otra mueca de dolor— tendremos un hijo.

La alegría me subió del estómago y me estalló en la cabeza, y luego sentí vergüenza… por no haberlo adivinado; pero también ilusión, y miedo, y amor, en un nudo de emociones que me brincaba por dentro.

—No me habías dicho nada. —Fue afirmación y pregunta a la vez.

—Esperaba.

—¿Qué esperabas?

—Que empezara la marcha. —Trató de incorporarse—. Me llevarás contigo, ¿verdad que sí? —Eran muchos los pensamientos y los sentimientos que surgían y vibraban en mi interior…

—Sí, Similce, sí —dije al fin. Accedí por amor y por necesidad. ¿Qué podía hacer, si no? No tenía casa, ni base, ni familia con la que dejarla—. Sí, irás adonde yo vaya.

* * *

Había recibido de Cartago seis despachos, siete, a cual más seco, aunque por lo menos estaban escritos en púnico vulgar. «El Consejo te prohíbe atacar Roma. De todos modos, no tienes una flota lo bastante poderosa. Tus actos han causado la declaración de guerra. Tus actos deben ahora revocarla…».

Así, poco más o menos, rezaba el primero. Mi respuesta fue frívola. No usaría una flota para llegar a Italia aunque la tuviera. «Aunque algunos de mis soldados no saben nadar —escribí—, todos saben volar».

El tono del tercer o cuarto despachos era frenético. «Puesto que haces caso omiso de nuestras órdenes, el Consejo ha decretado el embargo de todas tus tierras y propiedades, muebles y enseres…».

Mostré este despacho a mis hermanos. Asdrúbal se limitó a encogerse de hombros. Magón dijo:

—E-estoy contigo, An-an-aníbal. —Tenía unos hermanos que eran mejores de lo que yo merecía.

Otros dos despachos me llegaron por mano diferente. Uno era de Hamilax y el otro de Sueno.

Los dos venían a decir lo mismo: que, aunque Bomílcar controlaba a la mayoría, no pocos desconfiaban de él. Nosotros aún teníamos muchos amigos. Si yo conseguía una victoria sobre Roma, Bomílcar sería depuesto. Lo mismo pensaba yo. Y la conseguiría. Fuera como fuese, Cartago no era ahora un lugar seguro para mi esposa y mi hijo.

La nueva del embarazo de Similce se propagó deprisa y fue recibida por los hombres como un acicate para redoblar el esfuerzo, ante la energía que mostraba mi esposa. Fueron felices aquellos días que pasamos en Cartagonova. Recuerdo cómo apoyaba la cabeza en la suave curva del vientre de Similce, atento al latido de un corazón nuevo, y cómo dormí a su lado, satisfecho del día transcurrido, y cómo despertaba expectante y en paz.

Durante aquel último mes, envié a muchos exploradores por barco y a caballo; cada uno con instrucciones concretas y con preguntas a las que dar respuesta. Estaba previsto que unos regresaran antes de que partiéramos, y que los otros fueran a mi encuentro durante la marcha. Ello me permitía saber lo que podía esperar en mi largo avance hacia Roma. Incluso probé la diplomacia, y envié emisarios a las tribus galas del sur, que sabía hostiles a Roma.

—Decidles que Sagunto era aliada de Roma —les instruí—, y que ahora parece no haber existido.

—Pensaba que esto los induciría a unirse a mí. Pero no fue así: en vez de eso, me atacaron. La única diplomacia que me ha dado buenos frutos es la de la espada.

Los que informaban sobre los accidentes del terreno eran enviados a Bostar, el hombre de los mapas. Bostar tenía entonces seis ayudantes, cuatro cirenaicos y dos griegos de Sicilia, Epicides e Hipócrates. Estos dos últimos habían nacido en Siracusa, pero pertenecían a familias vinculadas a Cartago. Huyeron de Sicilia cuando mi padre abandonó la isla. No apreciaban a Hierón, rey de Siracusa y amigo de Roma. Ambos habían estado en Italia. Yo preguntaba y aprendía.

Y pasaba cada vez más tiempo con Bostar.

—Si pudiera tener un mapa de Italia —le dije un día, después de contemplar los mapas del norte de Iberia y de la Galia durante tanto rato que habría podido reproducirlos con exactitud—. Pagaría lo que me pidieran. —Bostar sonrió, un gesto insólito en él.

—Necesitas más que un mapa de Italia, Aníbal. Eso puedo dártelo a cambio de nada. El mapa que necesitas es el de la mente y el carácter de los romanos. Es un mapa que no tiene precio.

—¿Italia? —exclamé—. ¿Tienes un mapa de Italia? —Bostar guardó silencio. Al fin y al cabo, ya había contestado a esta pregunta—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Quizá ya sea tiempo de que sepas algo más de Bostar, Aníbal. Al parecer, nuestros caminos se han encontrado. —Con voz átona, sentados los dos junto al brasero, Bostar empezó su historia—. Muchos me creen egipcio. Me han creído muchas cosas. Pero yo nací en Bitinia de Calcedonia. Mi padre era sumo sacerdote de nuestro dios…

—¿Se casan vuestros sacerdotes? —lo interrumpí. Me miró y desvió la mirada. No volví a interrumpir.

—… de nuestro dios Rheaxtos el Temblador, bajo el reinado de nuestro rey Zipoetes. Antes de aprender a andar, ya sabía muchas cosas y muchas lenguas. El rey se había ausentado…

Frunció el entrecejo. El frágil velo de un recuerdo tembló en su cara.

—Los piratas nos pillaron por sorpresa —prosiguió—. Surgieron de la bruma matinal y saquearon nuestro templo, que se encontraba en la costa. Mataron a mi padre y a todos los sacerdotes, Robaron el oro y las joyas. A mí me encontraron en la biblioteca, solo. Tenía doce años. Uno me acercó el puñal al cuello, mientras los demás saqueaban la habitación. «Aquí no hay nada que tenga valor para vosotros», les dije en su lengua, el paflagonio. «¡Hablas nuestra lengua, muchacho!», dijo un hombre alto y barbudo acercándose a mí. «¿Qué otras lenguas conoces?». Se lo dije. No tenía miedo. «Además del bitinio, el anatolio, el tracio, el gálata y el griego. Ahora aprendo el púnico y también el latín. Esos textos que estáis arrojando al suelo son míos». Esto les hizo reír. Guardaron las espadas. «¿Y lees y escribes además de hablar?», preguntó el que parecía el jefe. «Así es», y así era, aunque mi tracio es ahora defectuoso. Es casi una lengua muerta. «Llevad al chico al barco, que el saber tiene gran valor», dijo el hombre alto con acento burlón, aplastando un rollo de papiro con el pie.

»A pesar de todo, aquel hombre impidió que me hicieran daño. Se llamaba Azet. Me vendió en Diraquio a un mercader sirio, un tal Shadrack, con el que durante dieciséis años navegué por los mares interiores y exteriores, y crucé tres veces el Helesponto. Yo hacía de intérprete, llevaba las cuentas, y así empecé a hacer mapas. También viajábamos en caravanas, desde la Cólquida y Jerusalén hasta Dacia y Sarmizegetusa. Muchos son

los lugares y los pueblos, y muchos los secretos de los godos y los judíos que conocí mientras traficábamos con pieles, grano y ámbar hiperbóreo en el norte, y con cerámica, alabastro, marfil y púrpura en el sur.

»Shadrack murió. Estábamos en Dalmacia. Su viuda me vendió a un romano, Publio Aponio, otro comerciante, para quien durante muchos años llevé las cuentas y escribí las cartas, y con el que viajé por toda Italia, porque era tratante de pescado seco. Aponio hizo fortuna y se retiró a una quinta de Umbría, tierra adentro, para librarse, decía, del olor a pescado. Era un hombre bondadoso. Me dijo que me daría lo que yo quisiera, salvo la libertad. Le respondí que lo que más deseaba era leer, escribir y dibujar mapas. Había visto muchas cosas de la vida y del desvarío que es el hombre como para preocuparme por la libertad de mi cuerpo. La libertad del espíritu es lo que importa, Aníbal, eso es algo que nadie puede vender ni comprar. En cuanto a viajar, he aprendido que el mayor de los viajes es el que hace el hombre por el interior de su mente.

Recuerdo que se inclinó hacia delante para remover el brasero, a solas consigo mismo como nadie que yo hubiera conocido hasta entonces. Con la misma voz neutra, prosiguió:

—Aponio dijo que tenía el puesto ideal para mí. Cayo Sempronio, su sobrino, era ambactus romano, legado en Sagunto, y necesitaba un amanuensis. Yo ya había estado antes en Sagunto. Era una ciudad griega, Aníbal, no romana. Me gustaba su ambiente y volví. Pero Sempronio prefería los placeres de Baco y de Venus a los de Calíope y Melpómene. Me escatimaba el dinero para tablillas, y no digamos para vitela. Un día vino Asdrúbal y, durante un banquete, ebrio, según creo, Sempronio me vendió. Ya conoces el resto.

El brasero necesitaba más combustible. Me ceñí la capa porque hacía frío. Bostar seguía con la mirada perdida en la lejanía. Aun hoy, cuarenta años después, me parece estar viendo sus facciones, la frente ancha, los pómulos altos, la nariz aquilina, las cejas negras y de trazo delicado. ¿Cuántos años tendría? No llegué a preguntárselo. Oí una tos a mi espalda, la de Mahárbal, que venía en mi busca.

—Seguiremos hablando, Bostar —dije—. En la marcha, montarás a mi lado. Quiero conocer ese mapa de la mente romana. Mahárbal, consigue un buen caballo para Bostar.

* * *

Cambiaba la luna. Se acercaba el nuevo mes de Kodesh. Poco a poco, los hombres regresaban al campamento. Similce volvía a estar bien. Los carros, las armas, las provisiones, todo estaba dispuesto. Había llegado el momento. Pero, antes de partir, convoqué asamblea general de mis tropas, eligiendo para ella un anfiteatro natural de las montañas, a veinticinco estadios del campamento.

Quería que el mayor número posible de mis soldados pudiera oírme. Llenaban las laderas que rodeaban el anfiteatro y mucho más. Desde el amanecer hasta el mediodía fueron llegando, compañía tras compañía. Recuerdo que deseé que las aclamaciones que lanzaron cuando Similce se reunió conmigo pudieran oírse en Roma.

Había decidido hablar en griego, la lengua común de mi ejército. Razón de más para expresarme con sencillez y claridad. Lo que tenía que decir sería traducido a muchas lenguas y transmitido más allá del alcance de mi voz.

—Soldados de Cartago, lo que habéis oído como rumor, vais a oírlo ahora de mis labios.

Mañana emprendemos la marcha sobre Roma. —Silencio, completo. Uno no puede dejar de sentirse impresionado ante el silencio de tantos—. A todos se os ha pagado un año por adelantado. Pero no quiero que vengáis por dinero. Nuestra marcha tiene un solo objetivo: la justicia. Roma ha declarado la guerra a Cartago. Exigen que nos retiremos de Iberia. En esto les complaceremos. —Aquí se oyeron risas sofocadas—. Exigen también la entrega de mi persona y de Similce, mi esposa. —Esto provocó indignación, como yo imaginaba—. ¿Queréis que demos un triunfo a los romanos? —Se alzaron gritos de protesta. Ahora daban fruto las lecciones de Sueno de años atrás, cuando leíamos a Demóstenes, el gran orador ateniense, y mi preceptor me decía: «El buen orador, Aníbal, nunca habla al auditorio, sino con el auditorio. Es como tocar el laúd».

Seguí tocando.

—¿Y qué ofrece Roma a cambio? Pues paz, la paz romana. Muchos de vosotros, del norte de Iberia, de Sicilia y de Cerdeña, ya conocéis cómo es la paz romana: vuestras esposas e hijas vendidas como esclavas, vuestros templos y vuestros pueblos destruidos.

»No hay sitio para Roma y Cartago. Una de las dos debe caer. Juntos haremos que sea Roma, porque sois el mayor ejército que ha visto el mundo. Después podréis vivir en alianza y amistad con Cartago. Venid pues conmigo y con Similce. No será fácil el camino, pero al regreso seréis

más ricos de lo que nunca soñasteis, ricos y libres de la tiranía de Roma. ¡Soldados de Cartago, preparaos para la marcha!

Salimos del anfiteatro Similce y yo, seguidos de Mahárbal y Gástelo y, a nuestra espalda, creció el estrépito que hacían los puños de las espadas y las varas de las lanzas al golpear los escudos, en señal de aprobación.

—¿De verdad quieren los romanos que Cartago nos entregue a ti y a mí? —preguntó Similce mientras subía al carro que la llevaría lentamente al campamento.

—No —sonreí—. Solo estaba tocando el laúd, como me enseñó Sueno. Pero lo exigirían, si fueran sensatos. Les he dicho eso, Similce, porque yo no soy el único que está dispuesto a morir por ti.

El día que levantamos el campamento caía una densa llovizna, agitada por el viento marino que llamamos imbai. Yo montaba a Beleo, que permanecía inmóvil. A mi lado, solo estaban Mahárbal y mis hermanos, mientras mi ejército pasaba ante nosotros en dirección al norte. Los honderos baleáricos iban en vanguardia, montados en sus pequeños y ágiles jacos, casi rozando el suelo con los pies. Después, la caballería pesada, doscientos escuadrones, con las lanzas enfundadas, acompañados del tintineo de las corazas de los caballos. A continuación, mis elefantes, ochenta, con la piel oscurecida por la lluvia, meciendo con su contoneo a los conductores que los montaban.

Iban detrás cientos de carros, cargados de tiendas, odres y víveres, armas y demás impedimenta y, por último, durante horas, estuvo pasando mi infantería, formada en escuadras. La mayoría eran íberos. Yo había procurado equiparlos uniformemente, y cada uno llevaba en un hato a la espalda una capa y unas botas de repuesto, un plato, un vaso y una piedra para afilar la espada y la lanza. En la marcha, llevaban colgado del hato el nuevo escudo largo, la mayoría de madera de bekij algunos de bronce batido, como de bronce eran también los cascos y las corazas que relucían bajo la lluvia. Todos llevaban grebas de hierro en las piernas, la espada en el costado izquierdo y el puñal en el derecho. Sobre sus cabezas, con el movimiento de la marcha, oscilaban las largas lanzas.

Detrás de los íberos iban hombres de muchas naciones. Vi a mis paricanios y a mis pactianos, a los hirsutos montañeses de Numidia, con sus porras de madera con púas de hierro, sus altas botas de piel de gamo y sus gorros de piel de caballo, con orejas y crines. Llevaban largas capas de lana que llamaban zeíray que, decían, les protegían del frío más intenso.

Seguían pasando: concanos que se alimentaban abriendo las venas a los caballos y bebiendo su sangre, arbaces cuya arma era el dardo, cerretanos cuyos antepasados habían luchado por Heracles, galaicos de los sombríos bosques del oeste, negros guerreros del lago de Tritón, donde la Doncella Guerrera, hija de Melkar, se apareció por vez primera en la Tierra; autololes tan ligeros de pies que se decía que corrían más que las aguas de un río crecido. Estuvieron desfilando hasta que empezó a anochecer en la llanura.

Por fin nos dispusimos a seguirlos. A una señal de Mahárbal, se acercaron los mil jinetes de mi Guardia Martillo, en sus caballos negros, jinete y caballo con coraza de bronce ennegrecido, armados con las mejores espadas que podían forjar los herreros. En el centro, en un carro ligero, venía Similce, mi esposa y, a cada lado, una carreta tirada por cuatro caballos, cargada de cofres de oro. En una de las carretas, incómodo, viajaba Bostar.

Aquel primer mes de marcha fue como yo lo había imaginado. Las lluvias eran intensas. Cada estadio diezmado por el barro se nos antojaba como tres. Las patas de los elefantes hacían en el suelo un chasquido parecido a un beso. Las espadas dejaban en carne viva el costado de los soldados, como si estuvieran desnudas.

Yo aprovechaba el tiempo. Observaba y escuchaba, veía la fuerza y la debilidad de mis hombres, quiénes refunfuñaban, quiénes protestaban. Siempre estaba pensando y haciendo planes.

Todos los días, le pedía a Bostar que cabalgara a mi lado un rato. Le pregunté qué sabía del ejército romano.

—Bastante —respondió—, bastante. —También yo sabía algo, por mi padre. Si él hubiera vivido, me habría contado más—. Dime cuanto sepas, Bostar. —Y empezó a hablar.

—¿Sabes qué quiere decir «legión» en latín, Aníbal?

—Sí, selección.

—Porque, a diferencia de tu ejército, Aníbal, el de Roma se compone de hombres que han sido elegidos para servir. Para ellos es un honor, un privilegio luchar por Roma, defender su Estado y sus casas. ¿Lo has pensado?

—Pero sentirán el hierro de la espada como cualquiera —respondí.

Bostar asintió casi imperceptiblemente. Y prosiguió:

—Otra parte de su fuerza es lo que podríamos llamar la espina dorsal de su ejército, los hombres a los que se paga por su servicio, los

centuriones. Hay dos en cada manípulo.

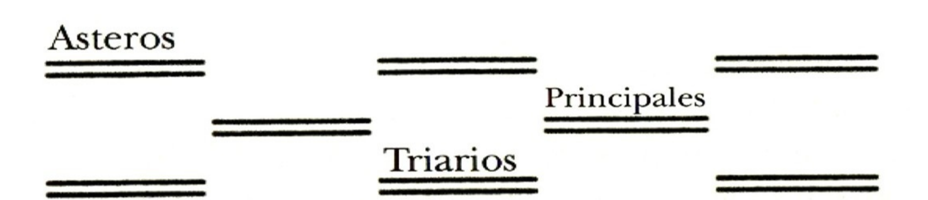
—No conozco esa palabra —dije. Bostar me explicó que la legión romana se dividía en diez cohortes y cada cohorte en tres manípulos; la primera estaba compuesta por ciento veinte asteros, hombres jóvenes armados de jabalina, lanza y espada; la segunda, por el mismo número de hombres, pero un poco mayores, los principales, que llevaban las mismas armas, y la tercera, por sesenta triarios, veteranos armados de pica y espada.

—Mi padre me dijo que su orden de batalla es en forma de damero. ¿Cómo lo hacen?

—Cada manípulo de asteros forma en doce filas de diez hombres. Entre uno y otro manípulo se deja libre un espacio igual al que ocupa cada una de ellas. Los principales forman una segunda línea y se colocan frente a los espacios libres que dejan los asteros. Los triarios, a su vez, se sitúan entre los manípulos de los principales. Así forman lo que tu padre llamaba, acertadamente, un damero.

—Te haré un dibujo, a ver si lo he entendido —dije. Bastó una leve presión de una rodilla para que Beleo se parara.

Me apeé y dibujé con el dedo en el barro:



—¿Así? —pregunté a Bostar, levantando la cabeza. No se había apeado. El caballo nunca fue su fuerte.

—Sí, exactamente.

—De este modo, la segunda y tercera líneas pueden avanzar con rapidez para reforzar o sustituir a la primera, ¿no?

—En efecto. Lo que no consiguen llevar a cabo los asteros suelen conseguirlo los principales.

Son lo más selecto del ejército romano.

—¿Y si también falla su ataque?

—Entonces, simplemente, se retiran por entre los triarios, la tercera línea. Estos duros veteranos hincan en tierra la rodilla derecha, se protegen

con el escudo y clavan la lanza en el suelo, inclinada, con la punta hacia delante.

—¿Formando una barrera?

—Una barrera mortal, Aníbal, que no cede. De ahí el dicho romano: «Esto es cosa de triarios».

—Comprendo. —Volví a montar—. Gracias, Bostar. Pensaré en todo esto. —Fui en busca de Similce.

Y pensé en lo que me había dicho Bostar. Esta táctica suponía ataque frontal. ¿Y si lo evitábamos? También exigía espacio, espacio en el que pudiera luchar cada legionario, espacio para la formación de los manípulos. ¿Y si se lo negábamos? Estas cosas rumiaba mientras marchábamos.

Cuando las había digerido, volvía a pedir más detalles a Bostar. Pedía la opinión de Epicides e Hipócrates. Lo comentaba con Mahárbal, con Gástelo y con mis hermanos. Descubrí, complacido, que Asdrúbal comprendía con extraordinaria rapidez la teoría militar. Mientras recorría la larga columna de mi ejército, sentía la seguridad de que mi mayor ventaja sobre cualquier legión romana era todavía mi caballería. No era probable que la de Roma hubiera cambiado desde que mi padre luchara contra ella y desde que Bostar, Epicides e Hipócrates la observaran. Solo una turma de treinta jinetes por cohorte, y eran granjeros, no soldados de caballería. Así pues, cada legión tenía tan solo trescientos jinetes entre cuatro mil doscientos hombres, los legionarios, y los mil doscientos vélites armados tan solo con un pequeño escudo redondo y dardos. Estaba seguro de que nada podrían contra mis peí tas tas montados.

Cada legión tenía adscrita una reserva de tropas auxiliares, reclutadas en las ciudades de lo que Roma llamaba su confederación. Eran los extraordinari, por lo general doscientos jinetes y ochocientos infantes.

Acuciaba a Bostar a preguntas acerca de lo que pensaba él de la manera de luchar de los romanos.

—¡Parece muy rígida, Bostar, inflexible!

—Quizá, pero es mortal. Primero, los vélites y la caballería hostigan al enemigo, atrayéndole al combate, mientras forma la infantería. A una señal de trompeta, las tropas ligeras se retiran entre los manípulos, cuyas filas se adelantan hasta cerrar los huecos de la línea. Nada se deja al azar. Los asteros avanzan al paso. Otro toque de trompeta y, a cincuenta pasos del enemigo, se lanzan a la carrera. A los treinta pasos y otra señal de trompeta, arrojan el pilum. Tú nunca te has enfrentado a un pilum, Aníbal.

Era una afirmación, no una pregunta.

—No; pero los conozco. Por eso mi caballería y mi infantería pesadas llevan escudo largo.

—La lanza llamada pilum fue ideada para usarse contra escudos, Aníbal. Los romanos la concibieron para utilizarla contra los escudos etruscos. Impulsada por el peso del astil de madera, su larga punta de hierro atraviesa fácilmente un escudo y hasta una coraza, como han descubierto muchos enemigos de Roma. Y como el hierro es delgado, la hoja se dobla con el impacto. No puedes devolver el lanzamiento, como hace el enemigo con vuestras jabalinas.

—¿Y después del pilum, la espada?

Bostar asintió lentamente. Desvió la mirada hacia la encharcada llanura. Las gotas de lluvia se acumulaban en sus cejas.

—Conozco estos detalles por un centurión romano que se retiró después de veintidós años de servicio. Se llamaba Espurio Ligustino. Tenía una posada en el camino de Capua en la que yo solía hospedarme. Me enseñó muchas cosas, porque le gustaba hablar. A lo que venía después lo llamaba «la siega».

—¿Y si fallan los asteros, entran los principales?

—Sí. Más trompetas y la segunda oleada. Pocos han resistido a los principales.

—Pirro los resistió —apunté.

—Pirro era un pirata y un aventurero, Aníbal, nada más. Y, si pierdes tantos hombres como Pirro, no vivirás mucho.

—Yo no lucharé como luchó Pirro —dije—. Gracias, Bostar. —Me alejé con Beto. Todas las noches, después de acampar, empecé a reunirme con mis capitanes. Por lo que Bostar me había dicho, el ejército romano era una máquina. Las máquinas, lo mismo que las galeras y que las torres de asalto, necesitan órdenes.

—Buscad siempre a los trompetas y matadlos —dije a los jefes, que me miraron desconcertados e incluso burlones, hasta que les expliqué por qué. Repasábamos una y otra vez nuestro sistema de señales mudas. Los otros planes los guardaba para mí.

Marchábamos por el norte de Iberia. Yo daba todas las órdenes y tomaba las decisiones que exige un ejército en marcha. Y hablaba y hablaba con Bostar y los otros. El ejército romano, insistí yo, tenía fallos estratégicos, especialmente en el sistema de mando. Sus generales eran cónsules, es decir, políticos, no soldados. Además, los cambiaban todos los años, porque a los romanos les aterraba la posibilidad de crear a un

dictador militar. Todos los años se nombraba a dos nuevos cónsules, cada uno de los cuales mandaba dos legiones. No existía continuidad en el mando. Cuando el ejército de Aníbal luchaba, luchaba como un solo cuerpo y una sola mente.

—Es posible que los romanos tengan terror a la dictadura, Aníbal —dijo Bostar—, pero no olvides que tuvieron que pagar un muy alto precio por su República. Quizá sea la dictadura lo único que les da miedo. Porque mucho he viajado y no he visto nada como esos romanos.

—Los romanos sangran, Bostar, lo mismo que cualquiera —bromeé.

Como dos charcos negros eran los ojos con que me miró, un cielo oscuro y vacío, un agua profunda.

—Quizá los venzas, Aníbal. No lo sé. Pero son tan resistentes como la hierba. Y tan numerosos como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Si destruyes una legión, Aníbal, formarán otra, y otra, y otra más, mientras haya romanos con vida. Hay en ellos una obstinación como no creo que haya visto en el mundo. ¿Sabes lo del sitio de Veyes?

No lo sabía. Me lo contó.

—Veyes, Aníbal, era una ciudad que desafió a Roma. Ya sabrás que los romanos expulsaron de Italia a los etruscos, una antigua civilización. —Asentí. Sueno me había hablado de Etruria hacía tiempo, pero no de Veyes—. Veyes, la última de las ciudades etruscas importantes, resistió el asedio romano durante diez años, hasta que los romanos capturaron a un augur, un adivino etrusco. El hombre les dijo que la ciudad no caería hasta que las aguas del lago de Albano se vertieran en el mar. Esto era algo imposible. Veyes estaba a más de veinticinco estadios de la costa.

»Los romanos construyeron un canal. Fue una empresa de dimensiones colosales, un canal tan largo como la distancia que tu ejército recorre en un día. Por aquel canal, las aguas del lago de Albano pasaron al río Anio, luego al Tíber y finalmente al mar. Veyes cayó. Tal es el pueblo que te has propuesto destruir. Son firmes como la roca. Nunca se rendirán, nunca se entregarán.

Cabalgamos un trecho en silencio.

—Bostar, no pienso darles la ocasión de rendirse.

Nos encontrábamos a dos días del río Iberus. Dentro de mí habían ido tomando forma las decisiones del mismo modo, regular y gradual, en que dentro de Similce crecía nuestro hijo. Aquella noche llamé a mi tienda a Mahárbal y Gástelo, a Asdrúbal y Magón.

—Dadme los nombres de los dos mejores jefes de compañía —dije.

Asdrúbal fue el primero en responder, sin vacilar:

—Ezena el númida y Rurio el celtíbero.

—¿Por qué?

—Porque los dos son audaces y precavidos. Comprenden tanto a la caballería como a la infantería, y se han ganado el respeto de los hombres.

—Estoy de acuerdo —dijo Gástelo.

—¡Y yo también! —agregó Mahárbal riendo.

Me puse en pie para dar las órdenes.

—Desde este momento, los dos tendrán el rango de tojarcós, de tribuno. Mahárbal, tú te encargarás de que se les pague según corresponde. Di a Ezena que elija tres syntágmata de africanos y a Rurio seis de íberos. Partirán mañana.

—¿Que partirán? —gruñó Gástelo—. Pero…

Mahárbal le interrumpió.

—Tropas íberas a África y tropas africanas a Iberia: para fomentar lealtades.

—Gástelo, Rurio saldrá para Cartagonova y, desde allí, para Cartago. He pedido galeras a Bomílcar.

—¿Galeras a Bomílcar? —interrumpió Asdrúbal, incrédulo—. El nunca…

—Bomílcar no rechazará una oferta de tropas bien entrenadas —dije.

—¡Y me-menos si están pagadas! —soltó Magón.

Todos nos reímos. Yo proseguí:

—Ezena regresará a lo poco que dejamos en pie de Carleia, y allí establecerá su base. Él debe asegurar nuestro dominio en Iberia, proteger nuestra retaguardia y mantener las líneas de comunicación. Pero solo será segundo en el mando.

Mahárbal, Gástelo, Asdrúbal y Magón desviaron la mirada. ¿A quién dejaría atrás? Mis hermanos estaban sentados uno al lado del otro. Di los dos pasos que nos separaban y me agaché delante de ellos.

—Asdrúbal, Magón. Os dejo el mando conjunto.

Magón no me miraba y se retorcía los dedos. Asdrúbal alargó las manos y me oprimió los antebrazos. Nos levantamos a la vez. Él era solo un poco más bajo que yo. Me soltó y puso las manos en mis hombros. Mirándome a los ojos sin pestañear, dijo:

—No te defraudaremos, Aníbal.

—Lo sé. Ya lo sé —dije soltándome—. Mahárbal —agregué ahora con viveza—, deja a mis hermanos dos mil jinetes.

—¿Aquellos que…?

No tuvo necesidad de terminar la frase.

—Sí; aquellos. —Todos sabíamos cuáles. Solo los muy buenos. ¿No los habíamos entrenado durante meses, viendo cómo manejaban el caballo solo con la rodilla y el talón mientras galopaban hacia el hombre de paja (un muñeco que bajaba por la ladera atado a un carro), lanzaban la jabalina y herían al muñeco en el cuello a cien pasos, sin dejar de galopar? Un soldado que acertaba ocho veces de cada diez tenía que ser muy bueno.

—Asdrúbal, Magón, seguid con la instrucción. Quiero informes periódicos.

—Usaremos las b-b-barcas de C-cartagonova —dijo Magón, sin levantar la mirada todavía—. Nuestras not-ticias te lleg-garán cuando estés en la Galia. Ya he hecho mis p-planes.

Todos callaban.

—Entonces, ¿ya lo sabías? —le pregunté.

Por fin me miró.

—Sí; lo s-sabía. —Con un movimiento súbito, nos abrazamos.

Deshice a medias el abrazo, dejando una mano en el hombro de mi hermano.

—Llevaos veinte elefantes, los más jóvenes. Debéis conservar Iberia para nosotros. ¿Alguna pregunta?

Gástelo tosió, estornudó y juró. Entre nosotros, muchos estaban levemente enfermos por la lluvia y el frío. Similce dispuso que se echara zumo de limón en el agua que bebían los hombres.

—Aníbal, son veinticuatro mil quinientos hombres, lo que nos deja solo con…

—Sesenta y ocho mil quinientos, veintisiete syntágmata, diez mil jinetes y sesenta elefantes.

Será suficiente, Gástelo.

Al amanecer del día siguiente, tuvo lugar la solemne despedida. Yo la abrevié.

—Os mandaré llamar —dije a mis hermanos—. ¡Desde Roma! —Montado en Beleo, me puse en cabeza. No miré atrás. Hasta que hubimos subido una colina y empezado a bajar por el otro lado, no se apagó en la distancia el martillear de los fustes de las lanzas en los escudos del ejército que habíamos dejado atrás.

Seis días tardamos en cruzar el caudaloso Iberus, utilizando balsas y vados. Y solo tuvimos un percance. Un elefante macho, al ir a subir a la

balsa con el conductor en el lomo, inexplicablemente, se asustó, dio media vuelta y, enloquecido, arrolló a los hombres que estaban detrás de él, esperando cruzar, y que se dispersaron rápidamente. Tres de ellos fueron demasiado lentos. Al cuarto lo agarró el animal por una pierna y se la arrancó, antes de que el conductor pudiera usar el mazo y el escoplo. El elefante cayó pesadamente y se retorció en el suelo, agitando la trompa en la agonía, exhalando vapor entre el barro y la sangre y aprisionando con su cuerpo al domador. El hombre tenía rotas las dos piernas. Huesos blancos asomaban de la piel oscura. Lo degollé. Fue un acto de clemencia.

Ahora, eran largas las noches y cortas las jornadas de marcha. Cruzábamos la región habitada por los lacetanos, layetanos y castellanos. Yo esperaba dificultades. Dos de mis emisarios no habían regresado. Los otros tres habían traído el mismo mensaje: la tribu situada al norte de las anteriores, los ausetanos, no tenía razones para ser amiga de Roma. ¿Acaso sus hermanos galos del norte no habían sufrido el yugo romano? Pero tampoco sentían afecto por Cartago. Ellos ocupaban aquellas tierras desde tiempo inmemorial. Eran sus propios amos y seguirían siéndolo. No nos permitirían pasar. Yo no podía dejar enemigos a mi espalda.

En someter a los ausetanos tardamos dos largos meses. No presentaban batalla. Hostigaban mis líneas, hacían incursiones nocturnas, ahuyentaban a las acémilas y mataban a algunos hombres. Mi infantería no podía derrotar a un enemigo que disparaba sus flechas y huía al galope. Eran excelentes arqueros, tengo que reconocerlo. Mi aversión por el uso del arco empezaba a vacilar. La caballería pesada era más eficaz y conseguía matar diez aquí y cinco allá. Yo había dado órdenes de crucificar a todo ausetano que fuera capturado vivo. Matamos a unos cuantos de este modo, pero a partir de entonces luchaban hasta la muerte o se quitaban la vida ellos mismos, invocando dioses desconocidos.

No tenían ciudades, solo alguna que otra aldea que siempre encontrábamos desierta. Era una tribu nómada y montaraz, tan itinerante, al parecer, como las ovejas y las cabras que con tanto afán criaban.

Yo estudiaba los mapas e interrogaba a los exploradores minuciosamente. Los ausetanos eran pastores.

Yo los conduciría como a un rebaño.

Dividí el ejército en tres, dejando a dos mil infantes íberos para proteger un campamento rodeado de una empalizada. Mucho era lo que deseaba proteger, pues se trataba de mi esposa. Pedí a Bostar, Epicides e Hipócrates que hicieran una lista de todos los bagajes, armas y provisiones.

Envié a Mahárbal al norte con órdenes de no regresar hasta haber llegado a los Pirineos.

Gástelo marchó hacia el oeste, hasta los montes que nosotros llamábamos Llena, que se extienden al sur de los Pirineos. Yo me dirigí hacia el este, con mi Guardia Martillo, hacia el mar, dejando órdenes a la infantería de que siguieran la misma ruta durante cinco días y después torcieran hacia el noroeste.

Los veíamos en bandas de ochenta o cien, montados en sus melenudos caballos, siempre en el monte siguiente, lejanos como venados en el horizonte que retrocedía, siempre hacia el este. Yo me exigía a mí mismo y a mis hombres más sacrificios que nunca. No encendíamos fuego, tiritábamos bajo la lluvia, cabalgábamos con el buho y otras criaturas de la noche y solo comíamos alimentos remojados. El pescado salado con pan bastaba para mantener a un hombre. Nunca pedí más a la comida. Pasaron las dos semanas y dimos media vuelta. Entonces llegaron primero los exploradores de Mahárbal y después los de Gástelo. La trampa ya estaba tendida.

Por el centro de este territorio nororiental pasa un río al que los romanos llaman Tícer.

Llanuras verdes, rodeadas de colinas, se extienden en sus márgenes. Hacia el Tícer llevamos a los ausetanos, y una madrugada gris, después de cabalgar toda la noche, allí los encontramos. Nosotros ocupábamos las colinas. El terreno era ideal para lo que yo había planeado.

Eran valientes aquellos ausetanos. Unos diez mil serían. Cuando la luz aumentó, vieron nuestro cerco. Bajamos hacia el llano, manteniéndonos fuera del alcance de sus flechas. Los ausetanos formaron un círculo de cinco o seis hileras de hombres, con las mujeres, los niños y los caballos en el centro.

Según mi entender, he sido siempre un hombre justo. Solo hice avanzar tres syntágmata de infantería íbera, siete mil quinientos hombres de los menos preparados. Nuestros elefantes estaban en el campamento. De todos modos, tampoco los hubiera utilizado. Yo buscaba una lucha cuerpo a cuerpo, un ensayo de lo que sería la guerra contra los romanos. Al principio, los ausetanos mantuvieron el orden y disparaban nubes y nubes de flechas contra mis soldados que avanzaban, haciendo entre ellos cientos de bajas. Me preguntaba qué efecto causaría una nube de pila romanas.

Yo respondía con los proyectiles de dos destacamentos de honderos, concentrados sobre los arqueros. No menos mortífera es la piedra que la

flecha. No tiene tanto alcance, pero no hay que fabricarla. Había observado que el carcaj más grande de los ausetanos contenía veinte flechas. Cada uno de mis baleáricos llevaba en su bolsa de cuero por lo menos cincuenta piedras, del tamaño de una canica, Además, los arcos hay que tensarlos, y muchos de mis honderos se ufanaban de utilizar las mismas hondas que sus abuelos. Mi ejército debía tener movilidad y ser capaz de autoabastecerse. No, yo no utilizaría el arco contra Roma.

Sesenta pasos antes de que chocaran las fuerzas, resonó en los montes el lamento estremecedor de los cuernos galos. Beleo resopló y se agitó. Al sentir en el cuello mi mano izquierda se calmó. Era la señal de silencio.

—Volverás a oír ese sonido antes de que lleguemos a Roma —le susurré al oído, inclinándome.

Ahora sé que yo hubiera hecho lo mismo: correr en busca de la muerte. En grupos de dos y de tres, los auseta-nos se arrojaban contra nuestros infantes que avanzaban protegidos por los escudos.

Algunos rompían las filas momentáneamente, blandiendo el chafarote y agitando sus escudos ligeros, pero los syntágmata seguían avanzando, dejando una estela de muertos y heridos. Los ausetanos cerraron filas alrededor de sus hijos y sus mujeres, y mis soldados cargaron contra ellos, protegiéndose con el escudo y apuntando con la espada al vientre del enemigo. Si caían los soldados de la primera línea, entraban en acción los de la segunda, pinchando y rebanando, y después los de la tercera. Matar bien es cuestión de práctica, y aquella mañana se practicó mucho, hasta que solo quedaron tres grupos de ausetanos, junto a los que se acurrucaban mujeres, niños y jacos.

Mis syntágmata se detuvieron y reagruparon. Vi al hemilojarcós situarse detrás de su tropa, con el escudo invertido y sujeto por el borde: era la señal convenida para pedir órdenes.

—Mahárbal —dije entonces—. Baja, ordena matar a todas las mujeres y los niños y después a los hombres, por este orden. Pero deja vivos a diez hombres, que los aten a sus jacos y que los suelten.

Diez hombres que describieran el aniquilamiento de los ausetanos a manos de Aníbal infundirían terror en muchos. No quería encontrar más tribus rebeldes. Dos syntágmata giraron y rodearon a los hombres que aún quedaban, mientras el tercero pasaba a cuchillo a mujeres y niños.

Esperamos hasta que todo acabó. Dejamos los cuerpos a los buitres, las hienas y los gusanos.

Nadie se opuso a nuestro paso por los Pirineos. Los romanos hubieran intentado impedirlo, sin duda, de haber estado enterados. Estábamos en las montañas, y ya rebasábamos la línea de árboles cuando avistamos un correo del este. Era un ligur, enviado por Hamilax, que había desembarcado en Rhoda, donde Asdrúbal y Magón le habían indicado nuestra ruta.

—Los romanos han nombrado a los cónsules de este año. Tiberio Sempronio Longo, para la provincia de Sicilia. Zarpará hacia allí en primavera. Dicen que ha ordenado una gran concentración de galeras en Ostia.

De modo que otra vez Sicilia. Desde allí zarparían hacia Cartago. Comprendí que tenía que apresurarme.

—¿Y el otro cónsul? —pregunté.

—Le ha tocado Hispania.

Así pues, un ataque en pinza. Pero mis hermanos sin duda contendrían a los romanos, por lo menos hasta que estos se enteraran de que se los necesitaba en Italia. Y aún quedaba otra cosa que hacer. Una revuelta en la Galia del sur. ¿Qué tribu vivía allí? Los boios, sí. Enviaría oro a los boios, y ya veríamos si los romanos seguían tan deseosos de permanecer en Iberia estando sublevados los boios.

—¿Cómo se llama el otro cónsul?

—Publio Cornelio Escipión.

—¿Escipión? Conozco ese nombre —dije, pero otras cosas ocupaban ya mi pensamiento. Hasta la noche, cuando me disponía a dormir, no volví a acordarme de él. Mi padre me había hablado de un Escipión, un tal Lucio Cornelio Escipión, un almirante romano de nuestra primera guerra contra Roma.

Este nuevo cónsul debía de ser su hijo. Otra tradición familiar, pensé mientras me dormía.

Despedí al mensajero, bien pagado, con plata para el capitán de la galera que lo llevaría de regreso por el mar agitado por los temporales de invierno. Envié también a un mensajero con cuatro bolsas de oro para los boios.

—Diles que cuando yo llegue tendrán más.

—¿Cuando llegues? ¿Piensas cruzar los Alpes, Aníbal? —preguntó el hombre con asombro.

—Después de hablar con los boios, no vayas a Cartago. Reúnete conmigo en Roma.

Estuvimos seis días en los Pirineos, unos montes extraños y hoscos, grises, pedregosos, poblados de abetos mal nutridos por un suelo pobre. Seguíamos una vieja ruta comercial, conocida desde los tiempos de mis antepasados, los fenicios de Tiro. Aquí, en el este, había poca nieve, y yo tenía una sensación de paz. Todo el día cabalgaba arriba y abajo de la columna, trazando planes, pensando, hablando con los hombres. Hacía que los honderos cazaran cabras salvajes, y cada noche comíamos carne. La asábamos utilizando el estómago de los animales a modo de caldero, como nos había enseñado Similce. También ella andaba muy atareada cuando acampábamos, a pesar del niño que crecía en su vientre, atendiendo a los que habían sido heridos por los ausetanos, a los enfermos y tullidos y preparando pócimas con sus hierbas y polvos. ¡Cómo querían a mi esposa todos aquellos hombres de mi ejército! Y como la amaba yo.

Un día, a media mañana, yo estaba en el carro de Similce, hablando con ella, cuando el relincho de Beleo —que estaba atado al carro— me indicó que venía Mahárbal.

—¡Eguergui! —gritó en púnico, muy exaltado—: ¡Romanos!

Galopamos hasta la cabeza de la columna. También yo los vi. En las estribaciones situadas al oeste de donde estábamos, quizás a media hora a caballo, se recortaba en el cielo la silueta de seis hombres, sin duda exploradores romanos, a juzgar por los cascos y la impedimenta. Sabía cuál era la orden que Mahárbal esperaba.

—Los dejaremos marchar —le dije en voz baja.

Fue aquella una de las pocas veces en las que mi anda discutió una orden.

—¿Quieres que los romanos sepan que estamos aquí? —me preguntó con incredulidad.

Miré su cara sofocada. Era el amigo más leal que pudiera desear un hombre.

—Quiero que los romanos crean que saben dónde estamos, anda. Cuando vengan en nuestra busca, ya nos habremos ido.

Seguimos adelante, en arduas jornadas de frío y lluvia, manteniéndonos lo más cerca posible de la costa, pero alejados de los traidores pantanos y lagunas de la zona. Y lejos de las muchas factorías que antaño debían lealtad a Cartago: Narshonect, Agtes, Seute. Nuestros comerciantes ya no navegaban por estos mares, pensaba yo, y aquellos lugares no eran sino recuerdos de una grandeza pasada. Una grandeza que volvería, me prometí.

Cada día de marcha era igual al anterior. Yo observaba, escuchaba, reflexionaba. Oí los vítores cuando ordené anunciar que al día siguiente acamparíamos durante dos semanas cerca de una ciudad llamada Iliberis, para descansar. Nunca he necesitado el descanso. Pero pronto llegaríamos al Ródano, y había que preparar pertrechos y hacer planes. Y yo estaba inquieto.

Nos hallábamos cerca del territorio de una importante tribu galat los voleos. Ocupaban estos un extenso territorio al este del Ródano. Les había enviado dos emisarios ya antes de salir de Cartagonova y luego seis más, ocho en total.

Ninguno había regresado. Si los voleos se mostraban hostiles, no sería fácil nuestro avance.

Yo los quería como aliados, no como enemigos. Y pensaba que mis emisarios aún podían regresar.

Así pues, esperaríamos y descansaríamos. Construimos un buen campamento; el primero, desde que habíamos emprendido la marcha; cavamos letrinas y levantamos cocinas. Similce quería baños.

—¿Baños? —pregunté—. Tú has viajado en el carro, pero nosotros nos hemos bañado todos los días, con la lluvia.

Me arrojó a la cara su bolsa de hierbas. Aún sonrío al recordarlo.

—Cuando tus hombres estén frente a los romanos, ¿quieres que peleen o que se rasquen, Aníbal? —me preguntó.

Yo sabía a qué se refería: los piojos. Todos los teníamos.

—Los soldados siempre han tenido piojos.

—¡Qué terco eres a veces, Aníbal! Déjame hacer.

La dejé hacer. Debajo de unos toldos ordenó cavar unas fosas bastante hondas, bordearlas con banderas y, para consternación general, llenarlas de agua.

—Ahí no se meterá nadie —le dije—. Los hombres se morirán de frío.

—No en cuanto yo haya terminado. Tú ocúpate de tus listas.

Pidió ocho carretas y las envió a Iliberis en busca de barriles de vinagre. Luego hizo encender grandes hogueras a las que se arrojaron muchas piedras. En el campamento, no se hablaba de otra cosa.

Todos nos reíamos y bromeábamos. Cuando las piedras se resquebrajaban del calor, las hicieron rodar hasta los baños de Similce, a los que echaron también el vinagre y barriles de agua de tomillo. Fila tras fila, los hombres saltaban al agua, chapoteaban y chillaban; los hombres que marcharían sobre Roma con Aníbal.

Mahárbal y yo nos unimos a los bañistas.

—Ojalá no se haya enfriado el agua —dijo mientras se desnudaba.

—¡Si me vieran ahora los romanos! —reí, tiritando al viento, antes de zambullirme para matar mis piojos.

Cuando salí del agua fui a la tienda de Similce. La encontré cosiendo. A la luz de la lámpara se perfilaban sus senos y su vientre redondo.

—Mañana otra vez, y pasado mañana, Aníbal, hasta… —le acaricié la frente con los labios—, hasta que todos los hombres estén despiojados. —Le busqué la nuca, aspiré su olor y le levanté el vello con la punta de la lengua—. Quizás haga falta más tomillo y vinagre. —Su voz era ahora más débil. Con la yema de los dedos, le acaricié el contorno de la nariz, los pómulos, los ojos—. Son muy eficaces contra los piojos, ¿sabes? —Mi boca tapó la suya. Nos amamos con ansia, con una pasión que nos envolvía, mientras dentro de ella latía la vida que habíamos creado.

No pude seguir esperando noticias de los voleos: recibí de mis hermanos un despacho antes de lo que esperaba. Iberia estaba en calma, pero habían sabido que los romanos preparaban un desembarco en Emporion, en la costa nordeste. «Estamos preparándoles el recibimiento», escribían.

Tenía que apresurarme. Si era preciso, pelearíamos contra los voleos. Reanudamos la marcha y los hombres llegaron a la región del Ródano con buen ánimo. Yo, Mahárbal, Gástelo y dieciséis hombres de la Guardia Martillo avanzábamos sorteando las charcas cuando, en la claridad del crepúsculo, avistamos al ejército volco esperando en la otra orilla; vimos el vaho que salía de los ollares de sus caballos y percibimos el resplandor de las hogueras, la silueta de sus extraños cascos y el murmullo de sus voces galas. Sus fuerzas se extendían hasta perderse de vista. Entonces, observando con atención, descubrí una figura descarnada, y luego otra, y comprendí que eran mis emisarios, tristes despojos, tétricos monumentos levantados junto a un río que los voleos no pensaban dejarnos cruzar.

A la mañana siguiente, yo ya sabía lo que tenía que hacer, incluso antes de abrir los ojos.

Rápidamente, me vestí y fui a la tienda de Gástelo. Él se desperezaba bajo su manta de piel de oso.

—Gástelo, reúne dos escuadrones de infantería. Que lleven picas, y provisiones para dos días —dije poniéndome en cuclillas a su lado.

Todos mis hombres estaban habituados a las órdenes claras y repentinas.

—Primero, marchad hacia el oeste. Que no os vean los voleos. Después, seguid río arriba a marchas forzadas durante media jornada. Cruzadlo y…

Gástelo soltó su carcajada profunda y bronca.

—Ya sé: atacar a los voleos por la retaguardia. ¡Me gusta la idea, Aníbal! —Ya se había levantado y se ponía rápidamente las grebas y la coraza.

—Necesito dos días para construir balsas y hacer los demás preparativos —dije—. Cuando estéis en posición, hazme una señal. Utiliza humo o espejos, según el tiempo que haga. Estaremos a la espera. —En un rincón vi su escudo, revestido de bronce—. Déjalo aquí, Gástelo —dije señalando el escudo—.'Lleva uno de madera, y los hombres también. Os ayudarán a flotar cuando crucéis el río a nado.

—No estará el agua tan caliente como el baño de Similce —dijo tan solo. Una leve presión en el hombro, y me fui.

Vimos su señal de humo. Los primeros destacamentos de mis hombres ya llegaban a la mitad del río en sus balsas. Los caballos cruzaban a nado. Los galos esperaban en masa, gritando y blandiendo las armas. Ya empezaban a disparar sus flechas cuando, formados en perfecto synapismos, los dos escuadrones de Gástelo bajaban la ladera en silencio hacia los voleos que, asombrados, se volvieron y, en compacto tropel, arremetieron contra ellos.

Gástelo mantuvo la formación cerrada, presentando a los galos un frente estrecho. Ni una tercera parte de los galos consiguieron trabar batalla con mis hombres. Los voleos rebullían como un rebaño inquieto cuando, en el instante preciso, mis dos escuadrones «volaron» rodeándolos.

Yo observaba el combate desde un otero, a lomos de Beleo, y vi escapar a muchos. La línea de Gástelo estaba formada solo por dos filas, era muy delgada para impedir que algunos voleos la atravesaran.

—¿Quieres que lance tras ellos soldados a caballo? —preguntó Mahárbal, que estaba a mi lado.

—No, anda. Los dejaremos que vivan, para que cuenten a sus vecinos qué ocurrió cuando trataron de hacer frente a Aníbal.

Alguien debió de explicárselo a los boios, porque, dos semanas después, diez de sus jefes vinieron a ofrecerme su alianza. Quizá también influyó el oro que les había ofrecido, lo cierto es que se habían sublevado y obligado a intervenir a las guarniciones romanas de Stradella y Tortona.

Consulté los mapas de Bostar. Un plan había comenzado a perfilarse en mi cabeza.

Tardamos dos días en cruzar el Ródano. Pasamos los elefantes del mismo modo que mi padre hizo cruzar el estrecho a los suyos. Yo tomaba muchas precauciones con Similce, que estaba ya muy próxima a dar a luz. Para ella, los hombres de Gástelo habían traído una barca, tomada a los voleos.

Similce dijo que creía que podía llegar a gustarle navegar.

Yo había enviado a Mahárbal con quinientos jinetes númidas a reconocer el terreno. Hacia el oeste, le dije, y hacia el sur, Ródano abajo. Estuvo fuera cuatro días. Regresó un anochecer, mientras yo estaba con Bostar. Solo volvía la mitad de su caballería. Exhausto, sucio, con sangre seca en la coraza, irrumpió en la tienda exclamando:

—¡Romanos, Aníbal! ¡Un ejército romano!

Le pedí que se sentara y me lo contara despacio.

Había tropezado por casualidad con unas fuerzas de caballería romana en un valle situado al sur. El encuentro fue corto y sangriento y el resultado, incierto. Los romanos se retiraron. Los siguió río abajo.

—Barcos, Aníbal, vi muchos barcos, anclados en la desembocadura. Un campamento, pero no me atreví a acercarme. Luego regresamos. Tuve que dejar a los heridos. Mi caballo ha caído reventado y yo… yo… —y, entonces, Mahárbal se desmayó.

A las tres horas, habíamos levantado el campamento. Marchamos durante toda la noche, guiándonos por las estrellas que asomaban a intervalos entre las nubes, rumbo al este, hacia los Alpes.

No descansábamos. Tiempo habría para el descanso más adelante. Yo confiaba en que Bostar estuviera en lo cierto cuando decía que los romanos no marchaban de noche, sino que al ponerse el sol montaban un campamento y hasta construían defensas. Eso los retrasaba. No nos alcanzarían. Yo no pensaba pelear en terreno que no hubiera elegido. Pelearía contra Roma en suelo romano.

Yo especulaba. Aquel ejército solo podía ser el de Escipión. ¿Qué haría cuando descubriera que me había ido? ¿Qué habría hecho yo en su lugar? «Considera las cosas desde dos puntos de vista, Aníbal, el tuyo y el del enemigo», decía mi padre. Sin duda, yo embarcaría, regresaría a Italia y esperaría al otro lado de los Alpes. Escipión debía de saber ya mis intenciones, pensaba yo. Y no me equivocaba.

Hasta que estuve seguro de que no podían alcanzarnos, hasta que mis exploradores regresaban día tras día sin novedad, no aminoramos la marcha. Los elefantes tenían hambre. No habíamos tenido tiempo de recoger forraje para ellos. Todos estábamos hambrientos. Similce decía que ya estaba próxima la hora del parto. En una altiplanicie desde la que, cuando brillaba el sol, se divisaba la vasta blancura de los Alpes, establecimos nuestro segundo campamento en aquella larga marcha.

Quizá la vista del macizo montañoso de los Alpes desmoralizó a los hombres. Quizá yo les había exigido demasiado. Los capitanes me informaban de protestas y descontento. Cuando llegaron los boios, les hablé largamente en un latín rudimentario. Era una buena ocasión.

Llamé a asamblea. Hice que los cabecillas boios estuvieran a mi lado en el carro.

—Soldados de Cartago —dije—. Ya hemos llegado al pie de los Alpes, y me han dicho que muchos de vosotros tenéis miedo. Mirad a estos hombres que están a mi lado. Hablad con ellos. Son descendientes de los galos que han cruzado muchas veces esos Alpes que tanto teméis. Ellos os contarán, como me han contado a mí, que hace dos siglos Beloveso condujo a su tribu de insubrios a través de los Alpes y fundó al otro lado una gran ciudad, Mediolano. Le siguió Elitovio, con sus cenomanos, que ahora habitan cerca de Brescia y Verona. Los mismos boios, los lingones, los senones, todos los han cruzado. Hace solo veinte años, los boios Atis y Calatas hicieron cruzar los Alpes a más galos. Y hace siete, Concolitano y Anerosto condujeron a su ejército, más numeroso que el nuestro, por estas montañas que tanto teméis.

En tono más vehemente, proseguí:

—¿No hemos vencido siempre? Cuando conquistemos Italia, obtendréis cien veces más botín del que os llevasteis de Sagunto. Hemos cruzado el Iberus, los Pirineos, el Ródano. No debéis temer a nada. —Hice una pausa. Los hombres callaban. Salté al suelo y con delicadeza ayudé a Similce a subir al carro, donde los hombres pudieran verla—. ¿Quién será tan cobarde que se niegue a ir adonde irá esta mujer, mi esposa? —Esto los convenció. Se arrodillaron primero las filas que estaban más cerca, y les siguieron los de atrás, como las espigas de cebada se inclinan al viento. Solo algunos grupos se quedaron de pie. Después me encargaría de ellos.

Cuando iba hacia las tiendas, rodeando a Similce con el brazo, uno de los boios se acercó a mí. Se llamaba Magalo.

—Aníbal, si tus hombres me preguntan, no puedo mentirles. Sí, mi pueblo ha cruzado los Alpes muchas veces, pero en verano. Debes esperar.

Me detuve. Lo miré a los ojos. Podía confiar en aquel hombre.

—Magalo, ¿querrás guiarnos?

Me sostuvo la mirada.

—Eres valiente, Aníbal. Te guiaré.

Aquella tarde, Similce empezó a tener dolores de parto. No quiso a nadie con ella, ni siquiera a mí.

—¡Déjame sola! —jadeó entre contracciones—. ¿Desde cuándo faltan a Aníbal cosas que hacer?

—Salí, pero me quedé al lado de la tienda, esperando. Magalo se ofreció a traer a una matrona gala.

Rehusé. No impedí que los hombres se acercaran a esperar conmigo, en silencio, bajo la lluvia.

¿Cuándo había oído un grito como aquel? En la crucifixión de Hannón. Luego, otro, y otro, y cuando ya creía que no iba a poder soportarlo, de pronto, se oyó otro sonido, el llanto de un niño, y me precipité a la tienda y los vi, echados sobre las pieles: mi esposa, desnuda, el cordón reluciente que aún palpitaba y, chupando de su pecho, mi hijo.

Me sonrió débilmente cuando le tomé la mano.

—Cuando mi hermana mayor tuvo su primer hijo, tardó en parir dieciséis horas. Pero yo sé que tienes prisa, Aníbal —susurró bromeando. Tomó un sorbo de agua del odre que le acerqué a los labios—. ¿Qué nombre pondremos a nuestro hijo, Aníbal? —Todavía cubierto de sangre y demás fluidos, el niño chupaba de su pecho.

—Tiene mitad de ti y mitad de mí, es medio hispánico y medio cartaginés. ¿Cuál es el nombre preferido de tu familia?

—Fuano, el de mi padre.

—Entonces se llamará… Fuabal —dije. Levantó una mano y me acarició la mejilla.

—Que tu ejército vea a nuestro Fuabal, nuestro hijo. Dame tu cuchillo. —Cortó el cordón, tomó un lienzo de algodón y una piel, creo que era de lince, y envolvió a Fuabal, que gimoteaba—. Ahora, déjame dormir. —Me entregó a nuestro hijo—. ¡No tengas miedo, que no se rompe! ¡No es un huevo!

Sin embargo, cómo lloraba, cómo berreaba, sobre todo cuando los hombres se pusieron a gritar al verme salir y levantarlo en brazos a la luz de un sol débil que acababa de asomar.

—¡Aquí está Fuabal! —grité—. ¡Mi hijo! —Y oí que el nombre corría de boca en boca por todo el campamento.

Nos marchamos al cabo de cinco días. Dos días después del nacimiento de Fuabaí, Similce ya estaba levantada, atendiendo otra vez a los enfermos y heridos, con nuestro hijo atado al cuerpo con un lienzo. Yo los veía cuando podía, pero estaba muy atareado. Primero, localicé a los hombres menos adictos, los que vacilaban, aquellos que no se habían arrodillado, que aún murmuraban. Gástelo y Mahárbal convinieron conmigo en que el mejor hombre para tomar el mando era Arágoras, un griego.

Los envié a la costa: diez mil hombres, con órdenes de pedir transporte a Bonificar. Llevaban despachos sellados para él.

—¿Adonde hemos de ir? —preguntó Arágoras.

—Sigue las órdenes que envíe Bomílcar —respondí. En mi despacho, aconsejaba a Bomílcar que enviara a aquellas fuerzas a Sicilia. No dije esto a Arágoras. De él me fiaba, pero de los hombres que mandaba no.

Aquello me dejaba con cincuenta y ocho mil infantes. Era suficiente. Si necesitaba más, reclutaría galos. Pasaba horas y horas con Magalo y Bostar, trazando y estudiando mapas y haciendo planes. Lo teníamos todo previsto, dónde dejaríamos los carros, las tiendas y todo lo superfluo. La mayor dificultad que se nos presentaba era procurar forraje para los caballos y los elefantes. Había mandado cortar toda la vegetación de muchos estadios a la redonda y formar haces. Los hombres tirarían de ellos sobre la nieve con una cuerda. Medimos con precisión lo mínimo que creíamos que debía comer un hombre para resistir la marcha.

Guiados por Magalo, empezamos a subir laderas de guijarros por senderos pedregosos y helados, entramos en un desfiladero con escarpadas rocas a la derecha y un precipicio a la izquierda.

Formábamos una hilera muy larga. «Menos mal que Similce y Fuabal vienen en la retaguardia», pensé cuando, desde unos riscos, empezaron a llover piedras sobre nuestra columna. La acémila y los dos hombres que subían delante de mí fueron barridos por un peñasco en un abrir y cerrar de ojos.

Corrí los pocos pasos que me separaban de Magalo, protegiéndome tras un saliente de la roca.

—Alóbroges —me dijo.

—¡Dijiste que eran amigos! ¿No son también galos, parientes tuyos?

—Míos, Aníbal. No tuyos. —Otra piedra rebotó a nuestro lado.

—¡A cubierto! —hice pasar la orden. Esperaría hasta que oscureciera y entonces iría en busca de esos alóbroges.

Pero es difícil detener una columna tan larga. Miré abajo y vi que los hombres seguían subiendo y agolpándose al llegar junto a aquellos a los que había llegado la orden de parar, y las peñas aplastaban a veinte o treinta a la vez. Aún recuerdo la rabia que sentí. Yo sabía que perdería hombres ante las espadas y los pila romanos, pero no había entrenado a aquellos hombres, y vivido con ellos, y querido a tantos a mi manera, para verlos morir así.

Los rebuznos de miedo de las acémilas levantaban ecos en las rocas. Los animales retrocedían y se despeñaban, arrastrando la carga. Salí de mi refugio y, gritando «¡Barca!», me lancé montaña arriba. Jadeando y sediento de sangre, llegué a donde estaba el primer grupo: eran ocho y estaban rodeados de montones de pedruscos. Los maté y fui en busca de más. Vi a Gástelo, pero ¿y Mahárbal?

Recordé que lo había enviado a la retaguardia, cuando una lanza me pasó rozando. Hundí la espada en un estómago atravesando de parte a parte a mi enemigo, y siguió el combate, ataque y defensa, golpe y contragolpe, hasta que las piedras dejaron de caer.

Después de aquello, nuestro avance se hizo aún más lento. Enviaba exploradores, y no nos movíamos hasta que ellos decían que no había peligro. Hice colocar a los elefantes en vanguardia.

Magalo dijo que asustarían a los galos, si volvían.

—Pronto estaremos muy arriba incluso para ellos —dijo—. Los galos no están locos —añadió.

Seguimos avanzando, poco a poco. Empezó a nevar, primero caían copos grandes y lentos, pero después se arremolinaban, empujados por el viento. Pasé la orden de que todos se apearan y que se llevara a los animales de las riendas. Seguimos adelante, pero cada paso exigía mucha fuerza de voluntad.

Yo recorría la columna de delante a atrás, animando y azuzando, cuando se detuvo el avance.

Corrí hacia la cabeza de la columna, resbalando, pasando junto a los elefantes, moles monstruosas tras la cortina de nieve. Una gran peña obstruía el camino. Envié a buscar a Magalo.

—¿Hay otro paso? —grité en la ventisca.

Negó con la cabeza vigorosamente. La nieve se le helaba en la barba.

—Hay que volver atrás.

Cuando un camino se cierra, debes seguir adelante sin miedo. Tenía que haber una manera.

Los baños de Similce… Yo había visto cómo se partían las piedras al calentarse. Calentaría esta roca hasta que se partiera en pedazos. Pero el trabajo fue abrumador. Los hombres estuvieron todo el día subiendo troncos del bosque, situado mucho más abajo. Alimentamos el fuego durante toda la noche. Dejé dormir a su calor a cuantos podían acomodarse, en turnos de dos horas.

Yo mismo empujé el último trozo de roca, quemándome las manos a pesar de las pieles con que me las había envuelto.

—Tres días más y habremos llegado al paso —dijo Magalo. Tardamos seis. ¿O fueron más?

Aquellos días con sus noches están confusos, un olvido negro en mi memoria. La nieve no dejó de caer. Se posaba en la que ya había cuajado. Los pies se hundían y resbalaban en la superficie helada de debajo. Similce desfallecía, de la retaguardia me llegó el rumor. La había mandado al carro, con Mahárbal y Gástelo. A Bostar hacía días que no lo veía.

Fuabal iba envuelto en ropas y pieles, y atado alrededor de Similce, bajo tres capas. Llegué incluso a preguntarme cómo podía respirar. Entre los dos, lo pasamos del pecho a la espalda y luego cargué a ambos, mujer e hijo, sobre mi espalda, y así subimos, con el frío, la nieve y el viento.

También los llevaron Gástelo y Mahárbal. Cien pasos cada uno, convinimos, y fue una suerte tener que contar los pasos, concentrar en ellos la atención. Crucé los Alpes contando una y otra vez hasta cien. Oí decir que la nieve cegaba a los hombres.

—Mirad siempre algo negro u oscuro —dijo Magalo, y yo caminaba con dificultad mirando la piel de zorro negro que llevaba atada a la cintura. Pero no había remedio para la congelación; solo la muerte. Las nuevas botas que se habían dado a muchos de los hombres en Iliberis provocaron un desastre. La piel de buey no estaba bien curtida y, con el frío y la humedad, las tiras se contraían, se pegaban a los pies y se congelaban. Los hombres no podían seguir la marcha, y morían de frío.

¿Qué podía hacer, sino seguir adelante? Por la noche, dormíamos allí donde nos parábamos, hacinados bajo las capas, para aprovechar el calor, y comíamos el pescado salado y las tortas de pasas, con las bocas secas y agrietadas. Costaba mucho moverse por la mañana, levantarse de debajo del abrigo de la nieve caída durante la noche. Muchos no se levantaban.

Perdí a diez conductores de elefantes, que se habían arrimado a los animales, en busca de calor, y habían muerto aplastados.

Similce alimentaba a Fuabal en un refugio que hacíamos con las capas. El niño chupaba bien, pero estaba muy quieto.

El frio se hizo insoportable. El aire parecía restallar. Cortaba el pecho al respirar, y aún recuerdo el miedo a la inevitable bocanada siguiente. Solo subsistía, vagamente, la voluntad de vivir.

Ahora era más llano el terreno, lo poco que se veía. Magalo dijo que estábamos casi en el paso y que pronto empezaría el descenso.

—¿Veré Italia desde aquí? —pregunté con lengua torpe.

—No. Al menos hasta que deje de nevar —me gritó. Aquella noche dormimos en terreno llano, Similce a mi lado, Fuabal entre los dos y con nosotros Mahárbal y Gástelo y otros dos hombres que había encontrado extraviados, aturdidos y medio congelados. La nieve no tardó en cubrirnos.

Cuando desperté a medias, noté que algo había cambiado. El viento. El viento había cesado.

¿Y qué era aquello? ¡Luz! Cuando salí del refugio, dejando a mi esposa y mi hijo dormidos, vi sol al este. Al principio, despacio, aterido, y después más aprisa, frenético, corrí por aquella extensión de nieve brillante, caía, me hundía hasta la cintura y volvía a levantarme, hasta que llegué al borde de la explanada. Allí, a mis pies, vi por primera vez Italia.

Traté de gritar, pero tenía los labios hinchados y agrietados. Volví sobre mis pasos. Solo un montículo blanco en la blancura me indicó dónde estaban mis compañeros.

—¡Similce, Mahárbal, Gástelo! —gritaba roncamente mientras corría y daba tumbos—. ¡Despertad! ¡Italia, Italia!

Me eché sobre ellos, apartando la nieve. Similce se incorporó e, instintivamente, alargó la mano hacia nuestro hijo, retirando las capas que lo cubrían. El pequeño no se movió. ¡Cuántas veces he visto en sueños aquellas lágrimas minúsculas, heladas, reluciendo a la luz! Cerré los ojos, recordé haber oído un llanto débil durante la noche y comprendí que Fuabal había muerto. Abrí los ojos y vi los de Similce, enormes, negros, mudos. Trató de gritar, pero el aire gélido heló el grito en su garganta.

Capítulo VII

ITALIA

No podíamos quemar a Fuabal en aquel paraje, y lo enterramos lo mejor que pudimos, en las alturas, bajo un sol que cegaba y un cielo azul e inclemente. Similce no protestó cuando le quité de los brazos el hatillo en el que había envuelto a nuestro hijo, y se quedó sentada y quieta mientras Mahárbal y yo cavábamos hasta donde nuestras amoratadas manos pudieron llegar. Buscamos piedras para cubrir la tumba. Mientras trabajábamos, nos rodeaban soldados a los que yo había llevado hasta allí, que nos miraban en silencio, en medio de la nieve. Allí deben de estar todavía los huesos de Fuabal, con el vuelo de las águilas y la muerte por compañía.

Quería hablar con Similce, decirle que tendríamos más hijos, pero las palabras parecían vanas.

Seguimos andando pesadamente, alejándonos con el frío de fuera que adormecía el dolor de dentro, mientras las oraciones a Melkar, a Eshmún y a Tanit-pené-Baal se desvanecían antes de formarse.

Años después, cuando las pesadillas me despertaban, una noche fui a ver a Bostar.

—¿El pasado nunca te atormenta? —le pregunté.

—El hombre sabio no tiene pasado, Aníbal, ni futuro. El sabio vive solo en el presente.

Pero allí, en los Alpes, yo solo vivía para el futuro.

El descenso fue peor que la subida. Había dejado de nevar, pero el frío era aún más intenso.

Recuerdo senderos en zigzag cubiertos de hielo. Magalo guiaba. Muchas veces resbalaba y caía de espaldas, porque no encontraba donde asentar el pie. Los únicos sonidos que conservo en la memoria de aquellos días son los gritos de angustia de los muchos muchos hombres y animales

que se despeñaban. Yo me obligaba a recorrer la columna, para animar a los que, simplemente, se paraban.

Quería decirles que miraran abajo, a los llanos de Italia, a los ríos que refulgían al sol. Pero les decía:

—Si te quedas aquí, morirás. —Y eran muchos los que, aun sabiéndolo, se quedaban.

Perdimos treinta elefantes o más. Simplemente, se precipitaban hacia la muerte con un trompeteo desgarrado que reverberaba en las altas paredes de roca y que los oídos, insensibles, apenas recogían. Con los caballos encontré a Beleo, flaco, jadeante, sarnoso y asustado. Casi no me reconoció.

Quizá la idea de la muerte me dominaba: la muerte de Fuabal, la muerte de tantos hombres. Muchas son las muertes que nie acompañan. Aquellos días demenciales del descenso, la vi por primera vez esparcir en nuestro camino los pétalos del olvido final. «Yo soy la madre de la belleza. Soy tu madre —me decía aquella sombra que, apenas vislumbrada, se desvanecía—. Solo yo puedo otorgarte tus sueños y deseos. Y también yo hago temblar los sauces al sol. Forman mi cortejo apasionadas doncellas que se extravían entre los destellos de las hojas. ¡Ven, Aníbal, ven! Mira, tengo a tu hijo en mis brazos».

Roma, Roma, yo me aferraba a Roma, me aferraba a Similce… ¿Dónde está? Arriba, con Mahárbal, él la cuidará. Roma, Similce, no voy a volverme loco… Y, con cada paso vacilante, ahuyentaba a la muerte. Esta fue mi victoria sobre los Alpes.

Empezamos a ver árboles, achaparrados y dispersos al principio, más altos y tupidos después.

Recuerdo sobre todo un valle verde, abrigado por árboles. Lo cruza un río que reluce al resplandor de la nieve. Allí, con nuestras últimas fuerzas, encendimos fuegos, dormimos, descansamos. Similce no decía nada, permanecía sentada, con la mirada extraviada. Rechazaba la comida, rechazó incluso la carne fresca de una cabra que alguien aún había tenido fuerzas para cazar y asar. Solo bebía el agua que yo le llevaba. Trataba de hacerla hablar.

—Déjala, Aníbal —oí que decía a mi espalda la voz suave de Bostar—. En el lugar al que ha ido nadie puede encontrarla. —Por lo menos, Bostar vivía—. Nunca me ha gustado la nieve —dijo tan solo.

—¿Y los mapas, Bostar, y los mapas? —pregunté.

—Están bien, lo mismo que yo.

—¿Y Epicides e Hipócrates?

—Los dos tienen algunos de los dedos de los pies helados. Dicen que, al fin y al cabo, tal vez no se vivía tan mal en Sicilia. Pero han resistido.

Al segundo día de nuestra improvisada acampada, empecé a hacer recuento. En los Alpes había perdido mucho más que a Fuabal. Lo anoté todo en las tablillas que me daba Bostar. Las cuentas de la muerte. Aquella tarea me ayudaba a sobrellevar la pérdida de mi hijo, al igual que, años atrás, la acción me había permitido resistir la muerte de mi padre.

Faltaban muchos hombres, y muchas cosas. Tenía que restablecer la disciplina y el afán. Fui en busca de Magalo.

—Necesitamos un buen campamento, víveres, descanso y ropas —le dije.

—Dentro de tres días llegaremos al llano. Aquello es territorio de mi gente.

Hice correr la voz. Seguimos adelante. El aire se había suavizado, y recuerdo que yo daba gracias por la fuerza vivificadora de la primavera que hace renacer las cosas después de tanta muerte.

No quería pensar en Fuabal. Pensaba solamente en Roma.

Los boios nos dieron comida para los hombres, los caballos, las mulas y los famélicos elefantes. Pasé revista. Solo quedaban veinte mil soldados de infantería, seis mil jinetes y veintiséis elefantes, todos ellos, exhaustos y débiles. Las mulas que transportaban el oro habían desaparecido. Se habrían caído o, según insinuó Gástelo, se las habrían llevado los desertores. Cada mañana faltaban más hombres. Yo no me molestaba en perseguirlos. Similce yacía quieta, mirando al vacío. Roma estaba cada vez más lejos de mi alcance. Yo sabía que, hacia el oeste, en Dertona, Estradela y Lómelo, había guarniciones romanas. Si se enteraban de dónde me encontraba y nos atacaban, maltrechos, congelados, hambrientos y, peor aún, desmoralizados como estábamos… Las batallas se ganan o se pierden, sobre todo en la mente.

Gané por fuerza de voluntad. Quería seguir adelante. Tenía fe, y me esforzaba por alimentarla.

Había que empezar de nuevo desde el principio. Llamé a Gástelo.

—Ejercicios de armas, dos veces al día, para todos. —Vi en su cara la duda—. Sé el estado en que se encuentran los hombres, Gástelo. Que descansen a intervalos. —Sonrió.

Envié a explorar a Mahárbal con cuarenta hombres y caballos de los más enteros. Necesitaba información. Necesitaba oro, oro para reclutar

hombres y comprar caballos. Magalo me dijo dónde encontrarlo.

Elegí a los hombres yo mismo, y yo mismo los comandé. Hice que dedicaran el último día que pasábamos en el campamento a limpiar y afilar las armas y repasar las órdenes. Dejé a Gástelo al mando. Similce estaba sentada junto a un fuego de pino que chisporroteaba. La besé en la frente con suavidad. Ella permaneció impasible. Me marché.

Fuimos a la capital de los taurineses, enemigos de los boios durante generaciones. Nos limitamos a derribar las puertas, lo mismo que en Hélice, con un ariete improvisado. Los taurineses no resistieron a mis syntágmata mejor que los ausetanos o los voleos. Recuerdo que, mientras mataba, pensaba que, si todos los galos eran tan malos guerreros, tendríamos que trabajar mucho para adiestrar a los reclutas que hiciéramos entre ellos. A cada golpe de mi espada, a cada muerte, pensaba: «Fuabal».

Los hombres me imitaban. No quedaba nadie con vida cuando abandonamos la humeante ciudad con el oro, nadie más que los cincuenta prisioneros, todos ellos hombres robustos, que llevé conmigo y para los que tenía un plan.

Envié a Magalo al oeste con la mayor parte del oro. Me prometió que sus gentes volverían a sublevarse para distraer a las guarniciones romanas. Yo necesitaba tiempo, así lo comprendí al recibir el informe de Mahárbal. Este había hecho bien su trabajo. Me dijo que Escipión había reunido a todos los soldados romanos del oeste y los había estacionado en Placentia. Bostar ya tenía listo el mapa.

Placentia se encontraba en la confluencia de los ríos Tesino, Trebia y Po. Buena elección, pensé. Un poco obvia, pero buena. Tendríamos que atravesar uno de los ríos y me preguntaba cuál de ellos elegir cuando Mahárbal dijo algo que me llamó la atención.

—El segundo ejército romano que viene del sur, mandado por Sempronio…

—¿Sernpronio? ¡Imposible! —exclamé—. ¡Sempronio fue enviado a Sicilia!

—Sí, Aníbal, fue enviado a Sicilia, y obligado a regresar cuando llegaron a Roma noticias de nuestra expedición.

—¡Yo estaba en lo cierto! —grité—. Podemos atraer a todos los romanos y derrotarlos a la vez.

Arágoras ya habrá llegado a Sicilia. ¡Casi no encontrará resistencia! Bostar, da la noticia a los hombres.

—¿Y también Sempronio se dirige a Placentia? —pregunté a Mahárbal.

—Sí. Capturamos a un explorador romano, porque mi caballo corrió más que el suyo…

—Y mientras Mahárbal relataba su aventura gesticulando con vehemencia, yo empezaba a hacer planes.

La información era en verdad valiosa.

A la mañana siguiente, tenía la cabeza despejada. Di las órdenes. Todo el ejército, lo que quedaba de él, se reunió después del desayuno en un círculo, en la explanada contigua al campamento.

Yo me situé en el centro. A una señal mía, Gástelo trajo a los prisioneros taurineses. Detrás venía Magalo, que haría de intérprete. Me dirigí a los hombres en griego, simplificando mi discurso en lo posible.

—Taurineses, ya visteis lo que ocurrió en vuestra ciudad. Así trata Cartago a sus enemigos. Yo os doy a elegir: o crucifixión o combate a muerte entre vosotros. A los vencedores se fes dará un caballo, armas, paga, libertad y un lugar en mi ejército, mi ejército que marchará sobre Roma.

Noté que Magalo vacilaba al traducir. Entre aquellos hombres habría hermanos, primos. No lucharían entre sí. Me miró. Mi voluntad siempre ha sido implacable. Cuando Magalo acabó de hablar, los taurineses se revolvieron y miraron.

El primero en acercarse al montón de armas era un hombre bajo y fornido, de enmarañada melena rubia. Tomó dos escudos y dos espadas, volvió al grupo y dio uno de cada a un hombre alto y delgado. Un combate interesante, pensé, mientras el resto de los hombres se emparejaban. Me retiré del círculo y dije:

—Empezad.

Todos los hombres entrenados por mí sabían que el buen luchador a espada contiene más que arriesga. Deja que el adversario gaste energía y se exponga. Después ataca. Es más importante contener que atacar. Aquellos taurineses ignoraban este arte y arremetían unos contra otros con una fuerza bruta que se agotaba pronto.

No tardaron en estar heridos la mayoría. Uno perdió la espada y la mano que la sostenía, pero aun así cargó contra el adversario y ambos rodaron por el suelo forcejeando. El hombre bajo, el primero en salir, al principio tuvo que sufrir por la mayor envergadura de su adversario, pero esquivó limpiamente la torpe acometida del otro y, en rápido contraataque, le hundió la espada en el vientre.

Al fin, entre gemidos y sangre, quedaban en pie veinte hombres.

—Llévatelos —dije a Gástelo—. Asigna cada uno a un dekádarjos diferente. —Volví a situarme en el centro del círculo, entre los taurineses caídos, y me dirigí a mi ejército, ahora en un griego más fluido—: Soldados de Cartago, lo que acabáis de ver no ha sido una diversión, sino el símbolo de nuestra situación. Los taurineses han luchado porque no tenían más salida que la victoria o la muerte. Nuestra situación es idéntica. ¿Quién de vosotros prefiere regresar deshonrado? Nuestro plan está dando sus frutos. Ya habéis oído que han retirado de Sicilia al segundo ejército romano. Deben de estar deseosos de enfrentarse a nosotros. ¡No los defraudemos! ¡Adelante, pues, a la victoria, a Roma! —Había pedido a varios dekádarjoi que vitorearan. No hicieron falta sus vítores.

Se advertía un nuevo fervor en los ejercicios de armas que siguieron a mi discurso. La llegada de Sempronio significaba que seríamos muy inferiores en número. Necesitaba más hombres. Pero no quería galos. No había tiempo para adiestrarlos, si adiestrárselos podía. Ligures y celtas, estos eran los soldados que necesitaba, los mercenarios tradicionales de Cartago. Pero para encontrarlos tenía que ir hacia el sureste. Y entre nosotros y el sureste estaban los romanos, que nos duplicaban o triplicaban en número, aun descontando a la legión que estuviera combatiendo a los boios.

Tenía que ganar. Aunque no fuera una gran batalla. Y solo podía ganar con mi caballería pesada. Tenía en total seis mil jinetes, contando los mil doscientos númidas de la caballería ligera.

¿Cuántos caballos estaban en buenas condiciones? Fui a las líneas de caballería. Beko relinchó al reconocerme. Ya tenía mejor aspecto y empezaba a crecerle pelo en las calvas de la tiña. Estaba hablándole y acariciándole, cuando sentí una mano en la cadera.

A mi lado estaba Similce, débil, enflaquecida, demacrada. La rodeé con el brazo y ella apoyó la cabeza en mi hombro. No dijimos nada, mientras dejábamos que nos uniera el dolor compartido. Al estrecharla con más fuerza, rocé con la mano su pecho derecho. Ella hizo una mueca y me miró con ojos fatigados.

—Está lleno de leche —dijo—. Leche para… Fuabal —terminó con un susurro. Bajó la mirada—. Verd… —carraspeó—, verduras —dijo en voz baja.

—¿Qué? —pregunté, creyendo haber oído mal. Ella volvió a mirarme. Vi sus ojos inyectados en sangre, sus arrugas nuevas, sus labios agrietados.

—Verduras. Los caballos también. Todos necesitamos verduras.

Aún sonrío al recordar los montones y montones de vegetales: rábanos, apio, remolacha, escorzonera, hinojo, judías, escalonias, brécol, calabazas, cardos y brionia blanca y negra, que Similce se hacía traer desde muy lejos, y los bulbos de gladiolo, asfódelo, orquídea silvestre y jacinto que echaba en los guisos. Y las hierbas: hojas de cardo corredor, chirivía, orégano, amargaza, acedera, bistorta, lengua de buey, heliotropo… Pasaba el día preparando grandes calderos de tisanas que hacía beber a los hombres, calientes y endulzadas con miel. Ellos se reían y protestaban, pero las tomaban. El ejército de Aníbal se rehízo gracias a las hierbas de su esposa.

¿Habían pasado doce días, quizá más? Comprendí que estábamos preparados. Estas cosas se saben por instinto. Levantamos el campamento y marchamos durante un día y medio. Cuando ordené acampar, estábamos a media jornada al oeste de Placentia. Gástelo se acercó, montado en su caballo.

—Estamos al alcance de los exploradores romanos, Aníbal —me dijo, desconcertado.

—Eso es lo que quiero, Gástelo. Confía en mí.

Yo confiaba en mí mismo, y lo más importante, confiaba en que Escipión, Sempronio o ambos cedieran a la tentación de venir a desafiarme, y aquella noche ordené encender muchos fuegos. Quería ahorrar esfuerzos a sus exploradores.

Quería que fueran los romanos los que cruzaran el río, no yo. Ellos no eran voleos. Y les hice cruzar el río, pero antes los obligué a dividirse, dividiendo mis propias fuerzas en tres. Envié a Mahárbal al sur, al río Trebia, y a Gástelo al norte, por el Tesino. Ambos tenían órdenes de simular que se preparaban para cruzar, talando árboles y construyendo balsas. Dejando a un pequeño grupo de mi Guardia Martillo en el campamento con Similce, Bostar y los elefantes, que todavía no estaban en condiciones de combatir, me llevé a mil cuatrocientos jinetes —dos escuadrones de númidas, el resto de la caballería pesada, acorazada con catafractas— a Placentia y al río Po. Estaba seguro de que los romanos cruzarían por allí, aunque solo fuera porque en Placentia había un puente.

Vi el polvo de la columna romana. Mi instinto me inducía a cargar. El terreno era llano, perfecto. Pero los caballos estaban débiles todavía. Espera, Aníbal, espera. Ordené formar en delta, con los númidas detrás y yo en vanguardia montado en Beleo, que temblaba nervioso.

Entonces los vi salir de detrás de una colina, mis primeras fuerzas romanas, caballería. Conté los estandartes, uno por cada escuadrón; ocho, diez. Eran tres mil, menos que nosotros.

Vi un estandarte rojo y azul. No podía ser. Me froté los ojos. Allí estaba. Rojo y azul. Yo había aprendido mucho de Epicides, que era muy versado en distintivos y quería convencerme de que asignara colores a mis tropas. Aquello solo podía ser, tenía que ser… el estandarte de un cónsul romano.

Empuñé la jabalina, enrollando la correa. Los romanos se pararon. Oí sus trompetas.

Entonces, se desplegaron en una larga línea de tres en fondo. Así pues, intentarían, sencillamente, envolvernos. Riendo para mis adentros, me volví y di mis órdenes mudas: brazos abiertos para el «vuelo» y, después, a los númidas, antebrazos cruzados, para indicar que debían quedarse atrás. Su hemilojarcós, se llamara como se llamase —tendría que acordarme—, inclinó el cuerpo sobre el cuello del caballo: entendido. Habíamos practicado mucho.

Yo esperaba, esperaba, mientras los romanos se acercaban al trote. Luego pusieron los caballos al galope y cerré los ojos. Pensé en mi padre y en Fuabal, hice crecer mi furor, avivándolo, saturándome. Cargamos contra los romanos en formación tan cerrada que me sentía como si fuera cada uno de mis caballos y cada uno de mis hombres. Alzándome sobre los estribos, abrí los brazos, y las alas de mi delta se desplegaron como las de un pájaro, formando una línea tan larga como la de los romanos, que estaban ahora a cien pasos. Lancé la jabalina con ansia de muerte.

Acertó al jinete que portaba el estandarte del cónsul exactamente debajo de la garganta. Beleo ya estaba atravesando la línea romana, cuando intuí el ataque de la espada y me zafé girándome y haciendo dar media vuelta al caballo. Vi que algunos romanos desmontaban y formaban una barrera en torno a uno que yacía herido en el suelo. Apuntaban hacia afuera con las lanzas, para defenderlo, pero yo ya los había dejado atrás, revolviéndome, atacando y protegiéndome con el escudo. Éramos cuarenta o cincuenta grupos de hombres y caballos enzarzados en combate. «Ahora —pensé—. Venid ahora».

No los vi, pero los oí: el ulular de los númidas, a la espalda de los romanos, y comprendí, entre el polvo y el ruido, que ya eran nuestros.

Aquel círculo de romanos se mantenía cerrado. Tres veces cargué contra ellos y tres veces me rechazaron. No había caballo que pudiera

acercarse a aquellas lanzas. Me tiré de Beleo y corrí gritando: «¡Barca!» mientras el animal todavía giraba sobre sí mismo después de la pasada. Conmigo, en la refriega, estaban ocho o diez de mis hombres buscando a aquel cónsul. Atravesé la primera fila de lanzas. Ahora no recuerdo a más de dos de aquella primera fila que se volvieron hacia mí a mi espalda, y el grito del hispánico que estaba a mi lado, cuando la lanza le atravesó la ingle. Un poco más allá, estaba el estandarte del cónsul, clavado en el suelo. Alguien gritó: «¡A-ní-bal! ¡A-ní-bal!» en medio del fragor, y entonces me volví y lo vi.

Era joven, de unos dieciocho años, delgado, apuesto, todo esto advertía la primera ojeada, al mirar al que ahora venía hacia nosotros, a la cabeza de dos manípulos o quizá más. Unas tropas mandadas por Mahárbal los atacaron, pero ellos siguieron viniendo hacia nosotros, protegidos por sus escudos. Los lanceros que estaban a mi alrededor gritaron: «¡Es-ci-pion!», y una vez más, más fuerte aún, y entonces supe quién era el hombre que yacía en tierra, a pocos pasos de mí. Pero yo tenía que salir de allí, reagrupar a mis fuerzas. Los romanos se retiraban en orden antes de que yo hubiera encontrado a Belfo y recobrado la actitud de mando.

Mientras despojábamos a los romanos muertos, pensaba en aquel valiente. Encontré vivo a uno de los lanceros, que sangraba por una herida del hombro.

—¿Quién mandaba los manípulos? —le pregunté.

—Escipión —dijo.

Le puse el puñal en la garganta.

—Escipión estaba herido, en tierra. No volveré a preguntar. ¿Quién era?

—Escipión —insistió, y escupió sangre—. Eral etiam Sdpio minar, consulisfilius. —«Escipión el menor, el hijo del cónsul». Degollé al lancero. Por Fuabal.

Cuando regresé al campamento, la moral estaba alta. Dejé que los hombres cantaran y celebraran la victoria.

—Los romanos mueren como cualquier hombre —bromeé. Más de seiscientos romanos muertos, ochenta prisioneros, y nosotros solo habíamos perdido cien hombres, Pero yo sabía que aquello había sido una escaramuza, nada más. Había demostrado la superioridad de mi caballería, de nuestro entrenamiento. Pero no nos habíamos enfrentado todavía a un ataque de la infantería romana. Ya había llegado el momento de afrontarlo,

pero nosotros elegiríamos el terreno. Y yo había hecho mal en combatir. La próxima vez no pelearía. Yo tenía que hacer planes, observar y mandar.

Me mortificaba lo que había hecho el joven Escipión.

Él había salvado la vida a su padre. El mío había muerto por salvar la mía. Mandé llamar a Bostar.

—¿Quiénes son esos Escipiones? —pregunté.

—Eso lo sabe mejor Epicides —respondió.

—Tráemelo.

Epicides me dijo que los Escipiones eran una familia romana noble y antigua que servía a Roma desde hacía generaciones.

—Bien, ahora uno de ellos está herido. Quizá pronto podamos hacerle otro tanto al hijo y poner fin a los servicios que los Escipiones prestan a Roma.

—Quizá. Pero ¿y el tío? ¿Dónde está?

—¿El tío? ¿Qué tío?

—Hay otro Escipión, Aníbal, Cneo Cornelio Escipión Calvo. Él derrotó a los galos insubrios hace tres años. ¿No había sido enviado a Iberia?

Yo no lo sabía.

—Gracias, Epicides. Muy pronto conseguiremos que ya no se pueda enviar a los Escipiones ni a ningún romano a parte alguna.

Mahárbal y Gástelo regresaron. Los romanos no habían cruzado el río tras ellos.

—Entonces son más cautos de lo que esperaba —dije—. Bostar, interroga a los prisioneros. Quiero saber cómo es Sempronio. Estando herido Escipión, él tendrá el mando absoluto. Gástelo, ve con él.

Quizá necesiten persuasión.

—Sempronio es un hombre impetuoso —dijo Bostar cuando volvió—. Cerebrosus feruidusque, en latín. Son las palabras que han usado. Muy reveladoras.

—Un rasgo interesante, Bostar —respondí. Regresaron los exploradores de Mahárbal. Los romanos se habían reagrupado en Placentia y habían destruido el puente después de cruzarlo.

—Menos mal que no llevamos impedimenta —bromeé con Mahárbal mientras cabalgábamos hacia el norte.

—Y que un ejército más pequeño también es más rápido —respondió.

Yo pensaba que tardaríamos dos días en seguir el curso del río Tesino hacia el norte y cruzarlo, y otros dos en ir hacia el este hasta el Po, cruzarlo

y salir detrás de Placentia. Solo tardamos tres días, debido, entre otras cosas, a que envié por delante a Gástelo con doscientos hombres de la Guardia Martillo, a forrajear. Gástelo sonreía de oreja a oreja cuando regresaron al segundo día, trayendo grano y carne, varios cientos de caballos y una tropa de reclutas, cenomanos vestidos con pieles y armados con hacha y escudo ligero. Dijeron que ellos no peleaban por dinero, sino que peleaban contra Roma.

Les respondí que yo compartía sus sentimientos.

—Vigílalos —dije a Gástelo. Pero aquellos hombres serían buenos soldados para Aníbal.

Al sur de Placentia, a un día de marcha, instalamos un campamento rodeado de una empalizada. En el aire sereno de la noche resonaron con claridad las voces de los centinelas. Los que llegaban eran unos dos mil hombres, celtas, desertores de las tropas auxiliares de Escipión, y traían diez carros de grano y buey salado. Yo estaba jubiloso. Corría el rumor de que Aníbal había venido a destruir Roma, me dijeron en su extraño latín. Habían encontrado desiertos los graneros romanos de Clastidio, y decidieron ahorrarme el trabajo de ir a vaciarlos. Agregaron que todos los romanos estaban en Placentia, dentro de la muralla. No se lo dije a nadie, ni a Mahárbal, ni a Similce, pero sentí un gran alivio. Las fuerzas se equilibraban.

Mahárbal y yo salimos a caballo antes del amanecer. Yo necesitaba encontrar el terreno ideal.

Durante aquel largo día, estuvimos buscando sin descanso el lugar que yo sabía que tenía que existir.

Trepábamos por la ladera de un desfiladero cubierta de rosales silvestres, aún recuerdo su olor dulce y persistente, cuando Mahárbal tropezó y cayó entre los espinos lanzando un juramento.

—¡Regresemos, Aníbal! —gritó—. ¡No soy una cabra!

—No; eres una vieja —le grité a mi vez—. ¡Apresúrate! —Me alcanzó. Venía arañado, sudoroso y jadeante. Nos detuvimos en aquel paraje del norte de Italia: dos hombres de estatura y complexión similares, rodeados de rosas rojas y amarillas.

—Contemplas el paisaje como si tu vida dependiera de él, Aníbal —me dijo.

Le puse las manos en los hombros y le miré.

—Es que depende, anda, depende.

El río Trebia, que nace al sur, en los Apeninos, desemboca en el Po a unas docenas de estadios al oeste de Placentia. Sus márgenes son escarpadas y están cubiertas de matorrales y surcadas de torrenteras por las que, en invierno, se escurren las aguas de la lluvia, pero que en verano están secas.

Ya teníamos mucha experiencia en cruzar ríos. El Trebia era frío, pero no impetuoso, ni profundo. Lo cruzamos andando. Yo llevaba a Similce a la espalda. Acampamos en la alta orilla occidental. Yo examinaba cada accidente del terreno, preparando mi orden de batalla, mientras esperaba a que Mahárbal tendiera la trampa.

Él debía acercarse a Placentia con dos mil jinetes para hacer salir a los romanos. Sin duda, Sempronio no podría resistir la tentación. Hacía un día que mi anda se había marchado. Aquella mañana, hice que Gástelo y un escuadrón de caballería pesada descansaran y comieran. A media tarde, volvieron a cruzar el río y tomaron posiciones en un profundo desfiladero que discurría perpendicular a la orilla este del Trebia, al norte de nuestra posición.

—El desayuno será frío, Gástelo, pero por la noche podréis celebrar una fiesta —le dije, y él sonrió.

Mahárbal regresó por la tarde. Venía sin aliento y excitado, lo cual era habitual en él.

—¡Ha dado resultado, Aníbal, ha dado resultado! Los romanos nos siguen, deben de estar a una hora de aquí. He hecho exactamente lo que tú querías: trabar batalla con su vanguardia y retirarme, trabar batalla y retirarme. He perdido hombres, pero no muchos.

—Bien hecho, anda —dije abrazándole—. Ahora ve a lavarte.

A la caída de la tarde, llegaron los romanos a la orilla oriental. Yo había situado a la mitad de mi ejército y a los veintitrés elefantes sanos detrás de una loma, escondidos. También a Gástelo, por supuesto. Conocía aquel desfiladero. La maleza era tan espesa que no le hubieran visto ni siquiera sabiendo que estaba allí. Los romanos verían al otro lado del río, a lo sumo, a diez mil hombres, una cuarta parte de sus propias fuerzas: cuatro legiones en total, a juzgar por el número de los estandartes de los manípulos que conté. Así pues, los dos ejércitos consulares habían reunido sus fuerzas. Se retiraron hacia el este para acampar. Después vi sus fuegos y durante la noche oí las trompetas de las guardias.

No dormí. Una y otra vez, repasaba mis disposiciones: la infantería íbera y africana, en el centro, y la caballería pesada y los elefantes, en los

flancos. Yo tenía que atraer a los flancos romanos hacia su centro antes de que este rompiera el mío, pues nos superaban en número y podían conseguirlo.

Volví al campamento. Similce preparaba sus famosos guisos, y cocía pan con el grano romano.

Recuerdo que me dio un beso rápido en el cuello.

—Deseaba hacerlo, antes de que te pongas el casco —dijo—. Y no preguntes: todos comerán a tiempo. Ahora ve a ver a los centinelas.

Todos comieron a tiempo. Se empezó a repartir la comida tres horas antes del amanecer, como yo había planeado. Primero, a los númidas, que serían los primeros en combatir y, después, a los demás, cada hombre un cuenco de guiso y pan, Después, en silencio, con las armas envueltas, fueron a situarse en posición en la oscuridad. Aún era de noche cuando los dos mil númidas cruzaron el río. Les había mandado untarse el cuerpo con aceite de oliva, para que no sintieran tan fría el agua.

—Recuerda, tenéis que hacer mucho ruido. Atacad los puestos avanzados. Presentad batalla y retiraos —dije al lojarcós que los mandaba. Él se limitó a asentir. Los númidas son gente de pocas palabras.

Oí el ruido y los gritos; después, las trompetas y, a la débil claridad del amanecer, vi cómo los númidas volvían a cruzar el río en tropel, perseguidos por los romanos. Yo lo observaba desde la alta orilla, montado en Beleo. A mis pies, estaba formado mi ejército, cuya magnitud, yo así lo esperaba, no podía adivinarse todavía bajo aquella pálida luz.

Allí venían los legionarios de Roma, por las heladas aguas del Trebia, y con el estómago vacío, como yo había planeado. Antes de hacer la señal a los honderos de las alas, esperé a que se formaran los manípulos romanos. Sabía que estaban más allá del alcance efectivo de las hondas. Pero la lluvia de piedras que desaté obligó a los romanos a hacer lo que yo deseaba: levantar los escudos, lo cual entorpecía sus movimientos mientras trepaban por la margen.

Los romanos no nos arrojaron sus pila desde aquella orilla del Trebia. No podían, y así lo había previsto yo. También pensé que las lanzas de mi infantería causarían bajas, pero no fue así, porque rebotaban en aquel compacto caparazón de escudos. Impresionaba ver subir a los romanos con aquella tenacidad. A una orden, mi centro cargó, arrollando a los vélites. Pero no pudimos romper la línea romana, que era muy ancha. Hice una seña para que avanzaran los elefantes, iniciando el movimiento de pinza desde las alas. Pero quizá los elefantes estaban todavía muy débiles,

remisos y lentos. Recuerdo que pensé que hubiera debido hacer que los conductores los emborracharan. Vi caer a uno con los tendones cortados, y después a otro, pero, por lo menos, contenían con el cuerpo el avance de los romanos, que era cada vez más lento.

—¡Ahora! —grité, pero, naturalmente, nadie podía oírme, y entonces hice las señales.

De cada una de mis alas bajó por la ladera, a paso de carga y en perfecta formación, un escuadrón de caballería pesada. Mahárbal mandaba el de la izquierda. Rompimos la línea romana y los obligamos a retroceder comprimiéndolos contra los que todavía trepaban por la margen. «¡Bien!», grité al ver que mis dekádarjoi buscaban y mataban a los trompetas romanos. Los legionarios no podían formar en línea. A la luz ya clara de la mañana, vi a un romano que montaba un caballo blanco cruzar el Trebia con un manípulo a cada lado. «Debe de ser Sempronio», pensé, y, en aquel momento, Gástelo atacó por la retaguardia.

Yo deseaba con todas mis fuerzas bajar de la loma… a matar. Pero tenía que quedarme donde estaba. Mandando. Dando órdenes. En muchas batallas he peleado, sí, pero las más duras son las que he tenido que librar contra mí mismo. Estoy seguro de que habría permanecido en mi puesto, si Sempronio no hubiera hecho girar a su caballo, que se levantó de manos, y, rehuyendo a Gástelo y a sus hombres, escapado río arriba con otros cuatro romanos. Yo había dejado un escuadrón de mi Guardia Martillo para que protegiera el campamento y a Similce. Ya no era necesario. Los llamé con una señal y, al ver que acudían, me lancé cuesta abajo en persecución de Sempronio. Mi grito de «¡Barca!» resonó en la otra orilla.

Bostar solía decir que de las buenas ideas nacen las buenas acciones. Los romanos estaban atrapados por los flancos y la retaguardia. La batalla estaba ganada. Solo quedaba la matanza. Si podía apresar al cónsul, mi victoria sería completa. ¿Acaso no era una buena idea?

Perseguimos, pues, a Sempronio, yo y mi escuadrón. Pero había dado los mejores caballos a los jinetes de las alas. Enseguida advertí lo cansado que estaba Releo. Inclinado sobre su cuello, yo le susurraba «¡Más aprisa!», pero él ya no podía más, y la polvareda que levantaban los romanos estaba cada vez más lejos. ¿Por qué no regresé? Quizás aún hubiera llegado a tiempo. Seguimos adelante hasta que me quedé solo. Beleofue el único caballo que resistió. Entonces regresé, furioso.

Era de noche cuando llegamos. ¿Qué esperaba? Estaba abstraído en mis pensamientos y mis planes. «No han encendido fuegos», pensé de

pronto. Se me aceleró el pulso. Beleo protestó al sentir las aguas frías y oscuras del Trebia. Lo tranquilicé y le hice cruzar. Los cadáveres seguían en la orilla.

Beleo tropezó con un escudo. ¿Por qué no se había despojado a los romanos? Mahárbal conocía mis órdenes, y entonces lo vi, solo, sentado en el suelo. Eché pie a tierra.

—Mahárbal, ¿qué…?

Su voz me sonó extraña, y también el tono en que pronunció aquellas dos palabras:

—Anda, ven.

Me tomó del brazo. Subimos la cuesta en silencio, cada vez más deprisa, tropezando. Yo tenía la boca seca y angustia en el corazón, y en la garganta. Llegamos a lo que había sido nuestro campamento. Ardían tres antorchas, clavadas en el suelo, aún las veo, aún arden en mi cabeza aquellas tres antorchas.

Ella estaba donde la habían encontrado, donde la habían atado los romanos, desnuda, abierta, profanada. Lo que veo es sangre, sangre carmesí y sangre granate; veo ahora, lo mismo que entonces, los muchos rojos de la sangre de sus muslos y de su vientre, que yo conocía mejor que el mío. Una sangre marrón y una sangre casi negra que crecía, que relucía todavía húmeda en aquellos pechos que había besado y acariciado. Eso vi: a mi esposa violada, atada a unas estacas por los tobillos y las muñecas. Y a su derecha todavía las veo, como las he visto tantas veces, cuatro estacas más altas a las que estaban atados Bostar, Epicides, Hipócrates y un íbero. Alrededor de ellos y de las antorchas, diluyéndose en la oscuridad, entre sombras trémulas, estaban los triunfadores de Trebia, que habían ganado la batalla pero habían perdido algo sagrado, una víctima inmolada en sacrificio. Una sola vez, aquella vez, he conocido la esencia del Mal, he percibido su olor, su tacto, su sabor. Y en aquel momento, sí, yo, Aníbal, el gran Aníbal, tuve miedo.

No podía moverme. No captaba. Los ojos ven, pero la mente no cree. Ella gimió y ladeó la cabeza. Entonces corrí. A su lado había una tela arrugada, su vestido, la cubrí con él y me tendí en el suelo, el suelo empapado en sangre; y entonces, suavemente, le tomé la mano, aún viva. No sé cuánto tiempo estuve echado allí, con el polvo de Italia en la boca. Me volví a mirar al íbero y a Bostar.

—¡Habla! —jadeé. Bostar empezó a gemir y a mover la cabeza de arriba abajo, en el delirio, mientras luchaba por conservar el juicio. Fue la

única vez que Bostar me falló—. Tú —susurré al íbero, y luego, con un aullido—: ¡Habla!

El hombre lloraba, sollozaba. Entonces lo reconocí, era un hombre simple, un cocinero.

Hablaba atropelladamente, chillando de rabia. Solo ahora, por primera y única vez, voy a permitirme recordar lo que dijo:

—Estábamos guisando… Estábamos guisando… Ella quería una comida especial. Decía que tendríamos una victoria que celebrar. No sé de dónde vinieron, pero llegaron de pronto… los romanos, y nos ataron y a ella la sujetaron y la desnudaron, y la ataron y se pusieron en fila, empujándose unos a otros, y ella gritaba y se retorcía, y uno la golpeó y le puso una tela en la boca, y uno tras otro, ellos, ellos…

—¡Habla! —chillé.

Su voz era ahora más serena. Las antorchas chisporrotearon bajo una ráfaga de viento.

—Uno tras otro se le echaban encima. La violaban, gemían, gruñían y se agitaban. Si uno tardaba mucho, lo apartaban, y así una vez… y otra.

»Pero no era bastante, no… —sollozó el hombre temblando—, no era bastante para ellos. Tenían un palo, un palo pintado. —Un estandarte. Un estandarte de legionario. Sentí cómo la bilis acudía a mi boca, y por eso he dicho que conozco el sabor del Mal. La voz del cocinero era un susurro—. Cuando se cansaron, uno cogió el palo y se lo clavó una y otra vez, hasta que sus brazos quedaron rojos de sangre. Todavía, todavía… —ya casi no podía oír su voz—, todavía se reían cuando se marcharon.

Similce murió aquella misma noche, en una yacija, dentro de una tienda improvisada a la que la llevé, ya inerte. No pude detener la sangre. Coloqué mi cabeza entre sus muslos ensangrentados y pedí a la sangre que se detuviera, pero manaba y manaba sobre mi cabeza y mi cara, y me escocía en los ojos. Quedé ungido en su sangre, y vuelvo a sentir en la boca el sabor de mis lágrimas que se mezclaban con la sangre de Similce, mi esposa.

Cuando ya estaba muerta —simplemente, se me escapó—, la cubrí con mi cuerpo, acaricié sus costados magullados, su pelo ensangrentado, y escondí la cara en su cuello. No dormía. También estaba muerto. Hay muchas formas de muerte.

Lejana, muy lejana me sonó la voz que repetía con insistencia, suavemente: «Aníbal». Él no solía llamarme por mi nombre. Con un solo movimiento, saqué el puñal, me levanté de un salto, lo derribé y lo

inmovilicé poniéndole una rodilla en cada hombro. Aún creo que lo habría matado de no ser por sus ojos, aquellos ojos serenos y confiados. En lugar de resistirse, levantó el mentón ofreciéndome la garganta. Yo miraba y miraba, mientras la sangre me latía en los oídos. Solté el puñal y empecé a golpearle gritando:

—¡¿Por qué, por qué, por qué?!

Pasó el arrebato. Estaba infinitamente cansado, vacío, extenuado. Me senté en su vientre y cerré los ojos. Entonces, con voz monótona, Mahárbal empezó a hablar:

—Los vi separarse del resto, casi un manípulo entero. Debían de ser asteros. Eran jóvenes. Los vi subir por la orilla, pero yo estaba luchando junto al río. Me habían derribado del caballo. Había muchos romanos a mi alrededor. Y sabía que habías dejado a un escuadrón de la Guardia. No me pareció mal que un centenar de romanos fueran en busca de la muerte.

—¡Pero tuviste que verme marchar, Mahárbal! ¡A mí y a la Guardia! —grité cerrando los ojos, forcejeando con el dolor.

Me oprimió los dedos de la mano derecha. Con sencillez, con sinceridad:

—No, anda, no. Ni vi ni oí nada. Solo veía romanos a los que matar. Aníbal, yo, yo…

Sabía lo que quería decirme. Él también la quería. Y a mí también. Había sido yo. Yo había matado a Similce. Estrategia, mando, comunicación. Había fallado en esto. Había fallado a mi esposa, y lo que ahora empezaba a sentir era la expiación de aquel fracaso, de aquel daño.

—¿Habéis hecho prisioneros? —susurré a Mahárbal, que seguía inmóvil, debajo de mí. Ya veis, fue solo el afán de venganza lo que me hizo volver en mí, lo que me salvó.

—Sí, muchos. ¿Quieres…?

Ahora mis ojos estaban abiertos, pero no veían.

—Tráelos.

Eran más de cuatrocientos. Ordené que cien de nuestros hombres cavaran una fosa. Fueron muchos más los que cavaron, durante todo aquel día y por la noche, a la luz de las antorchas, pero no se lo impedí. Yo los miraba, sin haberme lavado siquiera. Era un foso hondo y oscuro, como mi mente.

Castramos a los prisioneros romanos, cuatro hombres sujetaban y uno cortaba. No necesité dar la orden para que los arrojaran al foso, mientras gemían. Sí ordené que cada soldado de mi ejército echara tierra sobre ellos.

Encima de los romanos inmolados construimos rápidamente una pira. Dejamos a Similce ardiendo y abandonamos aquel lugar, emprendiendo un camino de soledad.

Dejé de ser hombre. El vacío me corroía y envolvía. Comía, bebía, dormía, orinaba y defecaba, daba órdenes, pero no sentía, no sentía... Puedo recordar muchas cosas, como algo muy lejano, pero son cosas que no importan. Victumula importa, porque me avergüenza lo que hice en aquella población. Pero no siento vergüenza por mí. Siento vergüenza por todos los hombres.

Necesitábamos comida, reclutas, dinero, caballos, muchas cosas. Todo lo conseguimos en Victumula. También allí consumé mi venganza. Perdoné la vida a los habitantes de aquella ciudad, que saqueé cuando iba hacia los Apeninos, hacia Roma. Los envié a sus casas diciendo que nada tenían que temer, que había venido a liberarlos, a ellos y a los suyos, de la tiranía de Roma. Pero en Victumula había muchos romanos, comerciantes, recaudadores, amanuenses. Los recuerdo acorralados en la pequeña plaza de la ciudad, recuerdo perfectamente el odio que sentí y cómo me recreaba en él.

Era una mujer menuda. Tenía el pelo castaño y la cara ovalada, y vestía una túnica de lana azul. Fue su vientre. Vi su vientre preñado, y dije a Mahárbal:

—Tráeme a todas las preñadas que encuentres. A los demás que los empalen. —Después de la muerte de Similce, apenas hablé durante años más que para dar órdenes. Nunca se me desobedecía.

Estábamos preparados para marchar. Ocho eran las romanas embarazadas, cada una sujeta por cuatro hombres de mi guardia. Las cuatro extremidades de Similce, atadas a las estacas... Rechacé la visión. Saqué el puñal. En aquella plaza, rodeado de romanos empalados que se retorcían, abrí el vientre a aquellas romanas como se abre un melón... para sacar la pulpa. Un corte rápido y limpio, y sacaba el feto, por Fuabal, por Similce, por mi dolor. Los dejé tendidos en el polvo, entre las moscas que zumbaban, bajo los buitres que volaban en círculo, ocho fetos romanos agonizantes, unidos a sus madres agonizantes por cordones umbilicales que palpitaban.

Yo era inviolable, invencible, inmune. El hombre puede ser dios. Lo sé porque yo lo he sido, un dios de sangre y de muerte. Frío, seguro, infalible, mortífero. Hasta Mahárbal, el alegre Mahárbal, había cambiado, porque también él vivía en la negrura de mi sombra. Él exploraba y me informaba.

Seguíamos la marcha, hacia el sur, hacia Roma.

Los elefantes enfermaron de fiebres, todos menos uno, el gigante al que llamábamos Sirio.

Los dejamos morir.

Muchos huesos señalan los caminos de Aníbal. Siempre que me han preguntado por qué ruta crucé los Alpes, he respondido:

—Id a mirar. Seguid la senda de los huesos.

Para dar una idea de lo que yo era, bastará decir que no sentí nada cuando también Beleo murió. Si la vida no es nada, ¿qué es la muerte? Mahárbal dijo que había sido el corazón. Yo sabía que le había exigido demasiado cuando perseguí a Sempronio.

—¿Enterramos a Beleo? —me preguntó Gástelo. Yo lo miré fijamente sin decir nada hasta que él dio media vuelta. Entonces monté en Sirio y me puse en vanguardia.

Yo sabía todo lo que hacían los romanos, los romanos, célebres por su valentía. Día a día, mi ejército crecía y se acrecentaba mi información, gracias a los desertores, la mayoría celtas y ligures de las tropas auxiliares. Los romanos se habían retirado, Escipión a Arímino y Sempronio a Aretio. A ambos se les había enviado legiones de refresco, y también se había hecho regresar a las tropas enviadas contra los boios. Dos mil boios se unieron a mí, siguiendo a Magalo.

—Hemos matado a muchos romanos, Aníbal —se ufanó Magalo al llegar.

—No los suficientes —respondí, y le ordené retirarse.

Muchos de los caballos volvían a tener sarna y estaban llagados. No me importaba. Yo hubiera seguido la marcha durante todo el invierno.

Estábamos acampados en un pueblo de Liguria, no recuerdo el nombre. Una noche, Gástelo vino a despertarme.

—Aníbal, un puñado de galos están saqueando las casas, violando a las mujeres y emborrachándose. —Solo por la última de estas transgresiones hice crucificar a los treinta. Pero fue la violación de las cuatro mujeres lo que me obligó a detener mi avance. Aun hoy me doy cuenta de la ironía del hecho. He sido cruel como el que más. He hecho cuanto he podido por herir y mortificar a Roma y a los romanos, pero nunca, desde lo que le hicieron a Similce, nunca he perdonado la violación.

Aquellas violaciones me hicieron comprender que no podía marchar contra Roma con una turba sin disciplina ni instrucción. Ordené dar media vuelta. Al este, en Bolonia, la capital de los boios, construimos cuarteles y

campos de adiestramiento. Hacía trabajar a los hombres sin descanso y descartaba a los menos aptos. De los hombres de las tribus que venían a ofrecerse a nosotros, rechazaba a los más débiles y viejos. En la primavera, cuando salimos de Bolonia, volví a tener un ejército, un ejército nuevo de ligures, celtas y algunos etruscos, formado en torno al núcleo del antiguo.

Era el segundo ejército que creaba, y era espejo de la frialdad y la inhumanidad de mi implacable ánimo. Antes de Bolonia, hubiera marchado sobre Roma solo.

Recibí noticias de mis hermanos. Después de Trebia y de todo lo sucedido allí, casi los había olvidado. Leí rápidamente el informe: «Oímos decir que los romanos planeaban un ataque contra Cartagonova y regresamos allí… Dejamos la mitad de nuestras fuerzas bajo el mando de Ezena. Él, al igual que nosotros, ha desarrollado mayor seguridad en sí mismo desde que tú no estás a nuestro lado para guiar nuestros pasos…». Si era una chanza, no me hizo gracia. «Enviamos a Ezena al norte del Iberus… razones estratégicas… su base en la ciudad de Cesse». ¿Cesse? Sí, en el interior, frente al puerto de Tarraco. Ni mejor ni peor que cualquier otro sitio, supuse. Aunque quizá yo hubiera preferido Emporion. De todos modos, había dado a mis hermanos solo instrucciones vagas: conservar Iberia. Por lo demás, me había desentendido de todo. Cuando los romanos pudieran causar daño, yo ya estaría a las puertas de Roma.

«Pero los romanos, mandados por Cneo Escipión, desembarcaron en Emporion, no en Cartagonova. Nos habían engañado… marcharon contra Cesse… Ezena, derrotado, muerto… jefes íberos, rehenes…». Lancé un gemido. Roma… ¡Roma! Estaba aún muy lejos de Roma. Tenía que hacer una inspección. Estuve tentado de no seguir leyendo. Pero entonces cambiaba la letra. Hasta aquí era la de Magón, el estudioso Magón, pero le seguía otra que yo no había visto nunca: la de Asdrúbal.

«Pensamos que no querrías que esta afrenta quedara impune y, conociendo por ti las delicias de las campañas de invierno, salimos de Cartagonova con cuatro escuadrones. Cruzamos el Iberus y atacamos a los romanos mientras regresaban a Emporion… elegí el terreno… los romanos derrotados, grandes pérdidas…». ¡Bien, muy bien! Casi me reí, era la primera vez que se me aligeraba el ánimo desde… desde que Similce había muerto. ¡Así pues, no era yo el único Barca que tenía sangre de soldado!

Llamé a Gástelo.

—Los hombres esper…

—Ya lo sé. Pero quiero que leas esto. —Gástelo frunció el entrecejo. El despacho estaba escrito en púnico—. Que te lo traduzca Bostar y luego haz que corra la voz de que Asdrúbal, hombre de letras, ha puesto en fuga a los romanos.

Cuando terminé la inspección, Mahárbal había regresado de un reconocimiento. Tenía el plato delante, pero no comía. No parecía apetecerle el alimento más que a mí.

—Siguen en Arímino y en Aretio.

—Gracias —dije asintiendo con la cabeza. Me encerré en mi tienda y saqué los mapas. Arímino y Aretio eran los puntos obligados para guardar los accesos a Roma, el primero en el Adriático y el segundo al sur de los pasos centrales más fáciles de los Apeninos.

Llamé a Magalo, que conocía la región, a Gástelo y a Mahárbal. Señalé una ciudad llamada Pistola, en una ruta situada entre Arímino y Aretio, abajo, más allá del río Arno.

—Iremos por aquí. ¿Alguna pregunta?

—¡Es imposible, Aníbal! —exclamó Magalo—. Hay pantanos sin sendas. No podemos… —Mi mirada lo silenció. Durante aquellos años, había en mis ojos un fuego de locura.

—¿No hay sendas, Magalo? Ya sabemos dónde está Roma.

Hubo solo otra objeción, de Gástelo:

—No puedes dejar a dos ejércitos romanos a tu espalda.

—No los dejaré, Gástelo —dije—. Los arrastraré. Ahora, levantad el campamento.

Tenía razón Magalo al temer los pantanos. Recuerdo bien aquellos lodazales pestilentes y humeantes, infestados de moscas. Me dejaban indiferente. Mi ejército me seguía, arrastrado por mi voluntad. Indiferente me sentía también ante los hombres y caballos que se ahogaban, tragados por el barro. Indiferente al dolor del ojo izquierdo, que me supuraba. El mal de las lágrimas lo llamaba Magalo, que era transmitido por las moscas. Yo agradecía el dolor, las punzadas y los latidos de dolor.

Con la lengua hinchada lamía el pus que manaba de aquel ojo, con más fruición de la que podía llegar a sentir por la comida. «Ven, ven, nunca podrás alcanzarme», decía al dolor, y me preguntaba si podía compararse con el que había sentido Similce.

Yo mismo me saqué aquel ojo putrefacto, oprimiendo con los pulgares, delante de los hombres que me decían que no podía continuar la marcha. Metí una bola de tela en la cuenca vacía.

Estuvo sangrando varios días. La sangre se me secaba en la barba, entre las moscas, bajo el sol.

«Sangra menos de lo que sangró Similce», me decía. Ordené a mi sangre que dejara de manar. Rechacé los ungüentos de Bostar. Me parecía y sigue pareciéndome justo que se negara a Aníbal el uso de dos ojos. Con uno ha visto y descubierto suficiente.

Capturamos a cuatro exploradores romanos cerca de la ciudad de Fésulas. Yo personalmente los hice hablar. Me dijeron que aquel año se había nombrado cónsules a Flaminio y Servilio, y que el primero estaba con el ejército de Aretio.

—¿Y dónde está Escipión, Publio Escipión?

—Ha sido enviado a Iberia, a ayudar a su hermano.

—Quot milites? «¿Cuántos hombres?».

Dijeron que no lo sabían.

—Et aliquid novi apud Siciliam? —«¿Y qué hay de nuevo en Sicilia?». Mi latín ha mejorado desde entonces.

Tampoco lo sabían. Les creí. En realidad, no me importaba.

Entre Fésulas y Aretio había granjas ricas y fértiles. Las quemé todas y mandé matar a todos los animales que no pudimos comer ni llevarnos. Percibí el desagrado de Mahárbal cuando envié nada menos que a un destacamento de mi propia guardia a perseguir a unos toros que se habían escapado.

—Los hombres hambrientos no pelean —dije a Mahárbal. Y entonces conduje a mi ejército por delante de las narices de Flaminio. Él me persiguió hacia el sur, desde luego, pero los romanos avanzaban tan despacio, instalando cada noche un campamento como era debido, con sus correspondientes cocinas, que tuve que frenar nuestro avance. Pasamos Cortona.

Me adelanté a reconocer el terreno. El lago que tenía ante mí se llamaba Trasimeno. Dejé a Mahárbal y a cuatro mil infantes en la retaguardia, para atraer a los romanos, y seguí adelante con el resto de mi ejército a paso normal.

Teníamos parte de aquel día y toda una noche para prepararnos.

En el lado norte del lago había un valle estrecho, casi una garganta. Los romanos entraron en él siguiendo a Mahárbal. He oído decir que aquella mañana había una bruma densa y que Flaminio no se hubiera metido en una trampa semejante, de haberlo visto. Mentira. El día era claro y radiante, En aquella batalla, solo di dos órdenes. La primera, tres destellos

del espejo de bronce que sostenía en mi mano hacia cada lado, cerró el valle por el oeste y por el este con un escuadrón de infantería pesada íbera en cada extremo, alineados los hombres de diez en fondo. Imposible atravesarlo. La segunda señal, otros tres destellos cien latidos del corazón después, lanzó a mi ejército en una carga desde lo alto de las colinas sobre los romanos que aún estaban formados en columna de marcha en el fondo del valle.

Los romanos no pudieron siquiera formar su línea de combate. Los legionarios no tenían espacio. Hasta mí llegaba el ruido de la batalla, y hasta el ruido parecía atrapado. Yo miraba. Los cenomenos causaban estragos con sus hachas en las prietas filas de romanos, al igual que los celtas de torso desnudo, que blandían el chafarote y gritaban al pelear. Mis honderos de los flancos arrojaban una lluvia de mortíferos proyectiles sobre el centro, y los romanos, apretados como estaban, ni levantar el escudo para protegerse podían. Cayeron a miles sin poder sacar la espada ni lanzar el pilum.

Yo miraba y calculaba, frío y distante. Si en Trebia hubiera hecho lo mismo… Deseché el pensamiento antes de que acabara de formarse. Cuando se aclararon las filas romanas, los supervivientes formaron manípulos sobre los cadáveres de sus compañeros. Nueve de ellos juntaron los escudos y consiguieron salir del valle por la ladera sur. No debían de saber que allí había un lago.

No tuve que hacer señal alguna. Magalo y sus galos fueron tras ellos y se limitaron a empujarlos hacia el lago y dejar que se ahogaran. Así me lo dijo después.

Aquel día matamos más de quince mil romanos. Lo sé. Los contamos cuando los despojábamos. Un galo insubrio —¿se llamaba Ducario?— me trajo la cabeza de Flaminio. Por eso, a pesar de mis dudas, acepté a los insubrios cuando vinieron a ofrecerse a mí antes de que cruzáramos el Amo. Yo sabía que sus tierras habían sido asoladas por los romanos, y pensé que desearían venganza.

Conozco la fuerza de este deseo.

Aquella noche me senté a comer con la cabeza de Flaminio delante de mí, en el suelo. Como de costumbre, Bostar vino a sentarse a mi lado, con el plato. Solíamos hablar, hacer planes, mientras comíamos. Pero al ver la cabeza, dio media vuelta.

—¡Bostar! —lo llamé—. ¿Adonde vas?

Se hizo el silencio a nuestro alrededor.

—Prefiero comer con los vivos, Aníbal.

—¡Pero hemos matado a un cónsul, Bostar, un cónsul romano!

Bostar dio dos pasos hacia mí.

—Has matado a uno. Habrá muchos más. Ahora, ¿puedo irme?

Asentí y se marchó. Quizá debí reprenderle y obligarle a quedarse, pero sus opiniones no podían influir en los hombres, que estaban jubilosos. Los oía hablar del botín que iban a llevarse de Roma. No comprendían a Boslar. Tampoco yo…, entonces.

No hicimos prisioneros en el lago Trasimeno, ni siquiera entre los extraordinarii, los aliados.

Tales eran mis órdenes. Pero los hicimos al día siguiente, inesperadamente. Estábamos despojando a los romanos muertos y enterrando a los nuestros, que eran pocos, cuando llegaron al galope dos númidas de unos destacamentos que había enviado al norte. Hombres y caballos estaban sudorosos.

—Una columna romana. Caballería —jadeó uno.

—¿Cuántos hombres?

—Cuatro mil, quizá más.

Tenía que ser la vanguardia del segundo ejército consular, mandado por Servilio. Mahárbal estaba cerca de mí. Yo gozaba con la tarea de despojar a los muertos, mientras miraba las altivas frentes muertas y los oscuros ojos muertos de los romanos muertos, y pensaba que hombres como estos habían violado a Similce. Corté la nariz al que tenía a mis pies y la arrojé a los cuervos. Me limpié el cuchillo en la manga.

—Ve, anda, llévate a toda la caballería —dije. Eran ocho mil hombres. La mayoría estaban bien adiestrados. En el lago Trasimeno no los había necesitado.

Al día siguiente, Mahárbal trajo mil ochocientos prisioneros, con las manos atadas a sus caballos.

—Son caballos buenos y frescos, Aníbal. Por eso no…

—Comprendido —le atajé. Yo mismo interrogué al pretor que los mandaba. Se llamaba Cayo Centenio. Eran tales su arrogancia y su confianza, que no tuve necesidad de recurrir a la tortura para hacerle hablar.

—Serás aplastado, cartaginés, aplastado. —Le dejé hablar. Me enteré de muchas cosas, de muchas disposiciones y planes de los romanos, antes de cortarle la lengua y sacarle los ojos.

—Ahora, romano —le susurré al oído, mientras él gorgoteaba en el suelo—, no podrás contar que hablaste con Aníbal, ni ver las ruinas en que convertirá a Roma. —Hice una seña a Mahárbal—. Dadle un caballo y escolta, y procurad que llegue a Roma. Mahárbal, muchos de sus hombres son extraordinarii, no romanos. Dejadlos marchar. —Me miró boquiabierto—. Estamos aquí para liberarlos, no para hacerlos prisioneros. Diles que vuelvan a casa y proclamen que Aníbal ha venido a poner fin a la tiranía de Roma.

Roma, Roma. Muchos han preguntado por qué no marché contra Roma después de Trasimeno. Yo he tenido defectos, como todos los hombres, pero nunca he sido un necio. Yo sabía que tenía que romper la confederación romana. Hasta entonces, ni una sola ciudad italiana se había manifestado a mi favor. Yo no tenía más aliados que a unos galos en los que no confiaba. Y mi ejército era pequeño, apenas cuarenta mil hombres. Yo sabía por Centenio que Roma había reunido y armado a diez legiones, que sumaban mucho más del doble de este número de hombres, y que tenía guarniciones en muchas plazas fuertes. Y sabía también que tenía que doblegar el espíritu romano. Trebia y Trasimeno no bastarían.

—¿Qué? ¿Continúas pensando que soy un nuevo Pirro? —pregunté a Bostar, después de Trasimeno.

—Eres un Pirro después de Heraclea. Que no tengas también tu Ásculo.

Cuando, una semana después, supe por unos desertores lo que se había anunciado en Roma sobre el lago Trasimeno, comprendí que yo estaba en lo cierto. El pueblo esperaba un largo discurso, una explicación. «Pugna magna víclí sumus», hemos sido vencidos en una gran batalla, es todo lo que el pretor Marco Pomponio dijo de Trasimeno. Después abandonó la columna rostral. Así me lo contaron.

Cuando se lo dije a Bostar, movió la cabeza.

—Sí, ese es el espíritu romano —murmuró.

—El espíritu que yo pienso doblegar, Bostar.

Estaba también la propia Roma. Yo sabía de sus grandes murallas. Sí, hubiera podido hacer construir máquinas de asedio, pero, como me había dicho Sueno años antes, solo el necio aprende de sus propios errores. Pensé en Demetrio Poliorcetes y aprendí de su error. Cien años antes de nacer yo, trató de sitiar Rodas. Llevaba consigo toda la panoplia de las máquinas de asedio y, no obstante, fracasó, porque Rodas se abastecía por

mar. Roma podía abastecerse por Ostia. Yo no tenía flota. Por esta razón y por otras muchas, no marché sobre Roma.

¿Es esta la verdad? Tal era al menos la explicación que yo me daba. Otra parte de mí ansiaba celebrar exequias por Similce. Y le dediqué las honras fúnebres más fastuosas que el mundo ha conocido, el funeral de Cannas. Tal vez por la misma razón, desatendí las noticias de Cartago.

El mensajero de Bomílcar tardó dos meses en encontrarme, a pesar de que una galera lo había llevado hasta Genua.

—Primero fui hacia el oeste, Aníbal. No pensé…

—Pues te equivocaste. Ahora acaba por fin tu trabajo. ¿Rurio llegó a Sicilia? ¿La hemos conservado?

El hombre se sonrojó y se retorcía las manos.

—¡Habla ya!

—Aníbal, Rurio y sus hombres están en Cartago. O por lo menos…

—¡En Cartago! —estallé—. ¿Y quién los manda?

—Bomílcar. No, el Consejo. Temían un ataque de Roma.

—¡El ataque de Roma llegará por Sicilia, necio! ¿Es que Bomílcar no entiende nada?

Era inútil seguir discutiendo. Yo les entregaría Roma. Entonces supe que Bomílcar, con mis hombres, había organizado una expedición, pero a Cerdeña, la insignificante Cerdeña. Al parecer, unos sardos se habían sublevado contra Roma y habían pedido ayuda a Cartago.

—Y se la hemos dado —terminó el mensajero con orgullo.

—¿Cuántos hombres del Consejo tienen fincas en Cerdeña? —repuse. De pronto, me sentí muy cansado—. Regresa a Cartago, explica a Bomílcar que yo digo que la clave es Sicilia. No; no importa.

Dile que, de las muchas cabezas que tiene Roma, cortaré las más preeminentes. Si pudiera enviarme una flota, mi tarea sería más fácil.

—Pero, pero…

—Sí, ya lo sé: «Cartago necesita su flota para el comercio y para su propia defensa». Ahora, déjame.

Expulsé a Cartago de mi mente. Que otros relaten cómo asolé Umbría y, en mi camino hacia el sur, también Apulia, Luceria, Arpi y Campania, seguido por Fabio, que había sido nombrado dictador por los romanos: Fabio y sus cuatro legiones, que no querían pelear. Mejor. Yo reflexionaba, mientras cicatrizaban mis heridas. La obsesión por Similce empezaba a mitigarse. Tampoco yo quería luchar…, todavía.

Gástelo sí. Yo notaba su impaciencia. Cabalgábamos juntos en nuestra marcha por los campos falernos. Muchos eran los viñedos y olivares que destruíamos a nuestro paso.

—Es la tierra más fértil de Italia —dijo Gástelo—. Y Fabio no hace nada por impedir que arda. —Miré atrás y vi el polvo del ejército de Fabio que nos seguía. Gástelo escupió—. ¡Este Fabio es una mujer!

—Pero una mujer muy prudente, Gástelo —dije.

Yo sabía por muchas fuentes que Fabio estaba ganando tiempo para los romanos, que reforzaban las defensas, destruían los puentes del Tíber y reparaban muros. Estaban reclutando nuevas legiones. Fabio, al no presentar batalla, no había ganado, pero tampoco había perdido.

Las tácticas de Fabio me convenían.

—¿Tenéis manzanos en tus tierras de Iberia, Gástelo? —pregunté.

—¿Qué? Sí, pero…

—¿Cuándo coméis las manzanas?

—Pues cuando… —el pobre Gástelo estaba perplejo—, cuando están maduras, claro.

—Exactamente. Gástelo, tenemos que dejar madurar la manzana de Roma antes de hincarle el diente.

Tampoco nosotros estábamos maduros. Por eso también yo esperaba. Confiaba en que alguna ciudad romana me abriera las puertas. Epicides tenía primos en Capua. Yo lo había enviado allí con oro. Sus informes eran alentadores. No incendié los campos de Capua en la Campania, y tampoco las tierras que pertenecían a Fabio.

Yo tenía un plan. Por exploradores, desertores y espías, sabía que Marco Minucio Rufo, compañero de armas y segundo de Fabio, era un hombre impulsivo. A mí siempre me ha gustado pelear contra personas como él, no como Fabio, y esperaba que Fabio fuera destituido.

Así pues, incendiábamos. Incendiábamos y nos adiestrábamos. Mientras deambulábamos a placer, yo imponía una severa instrucción a mi ejército. Con las armas romanas conseguidas en Trasimeno, armé cuatro escuadrones y obligué a aquellos hombres a ejercitarse en su manejo hasta que las conocieron como se conocían a sí mismos.

Otro tanto hacía Mahárbal con los caballos capturados después de Trasimeno. Eran pequeños, pero robustos, y se adaptaron rápidamente a nuestros usos. Mes tras mes, los exploradores de Fabio nos veían adiestrarnos. Los nuestros no advertían mucha actividad en el campamento romano.

—Quizás ellos no necesiten ejercitarse —dijo Gástelo.

—Tal vez —respondí—. Nosotros, sí.

Por fin, en Teano, Fabio actuó. Trató de hacerme caer en una trampa. Ni siquiera entonces peleé. Rechacé a su legión cerrando la entrada al valle de mi campamento no con hombres, sino con bueyes, dos mil bueyes enloquecidos, con teas encendidas atadas a las astas, soltados en plena noche.

Luego, nos fuimos. Después reuní de nuevo a bueyes. Nos sirvieron de alimento durante todo el invierno, mientras yo esperaba, mientras templaba mi carácter.

—Recordad que esa carne que coméis es de una vaca que hizo correr a los romanos —solía decir a mis hombres. Ellos estaban confiados, serenos, alimentados y pagados. No escaseaban en Italia las cosas buenas. Finalmente, incluso accedí a que los hombres pudieran gozar de los servicios de las mujeres que seguían al ejército. Hice que Gástelo tomara disposiciones. Creo que los honderos baleáricos me quedaron muy agradecidos.

De vez en cuando, hostigaba a los romanos, aunque no fuera más que para hacer que mis hombres se mantuvieran despiertos. Dos veces utilicé a mis númidas. Levantábamos el campamento y nos marchábamos, dejando emboscados a los númidas, que habían ocupado sus posiciones durante la noche. Fabio me seguía y los númidas, mandados por Mahárbal, le atacaban por la retaguardia.

Un día me enteré de que Fabio había sido llamado a Roma, a rendir cuentas de sus tácticas y del fracaso de Teano. Minucio tenía el mando. Yo estaba casi preparado, y me encontraba discutiendo los planes con Mahárbal y Gástelo, cuando Minucio atacó a uno de mis destacamentos de forrajeadores.

Se dijo que los romanos lo consideraron una gran victoria. Habían matado a treinta de mis hombres. Y Minucio pasó a compartir el mando con Fabio, que regresó de Roma.

—Hemos dejado escapar una gran ocasión, Aníbal —dijo Mahárbal.

—Quizá —respondí.

Entonces nos enteramos de que Minucio y Fabio habían dividido el mando de sus fuerzas, asumiendo cada uno el de dos legiones. Estábamos cerca de la ciudad de Latino. Minucio y Fabio habían dispuesto dos campamentos. Yo todavía cavilaba, todavía soñaba con Similce, pero había

empezado a recuperarme, y me pareció que había llegado el momento de hacer bailar a los romanos.

Fui a explorar personalmente, solo. Frente al campamento de Minucio había un montículo y, alrededor, terreno quebrado. ¡Perfecto!, pensé. Hasta reí para mis adentros. Era la primera vez que sentía alegría desde... No, Aníbal, no.

Aquella noche envié a Gástelo al montículo con ochocientos infantes y a Mahárbal al terreno quebrado, con cuatro escuadrones.

—No temas, Aníbal. No nos verán. Pareceremos matorrales. —Todos estábamos entusiasmados.

—Parecer no, Mahárbal. Tenéis que ser matorrales.

Por la mañana temprano, al ver y oír a Gástelo y a sus hombres en el montículo, Minucio reaccionó como era de esperar. Al principio, con cautela, enviando a pocos hombres; pero, a medida que los veía caer, fue enviando a más y más, hasta que, al fin, toda una legión, la segunda, inundaba las laderas del montículo.

Entonces hice la señal. La trampa ya estaba tendida. Mientras Mahárbal atacaba a los sorprendidos romanos por los flancos y la retaguardia, yo envié a otros dos escuadrones desde nuestro cercano campamento. Sentí la tentación de unirme a ellos. Fue una suerte que permaneciera en el altozano.

En el último instante, vi las legiones de Fabio que venían del norte. Nos aventajarían con mucho. Mis mejores tropas ya estaban luchando y serían atacadas por la espalda. Nada de señales mudas ahora.

—¡Al galope, al galope! —grité a los trompetas—. ¡Tocad retirada!

Fabio no nos persiguió. Habíamos perdido trescientos hombres.

—¡Menos que los romanos, andá! —exclamó Mahárbal, Estaba recobrando el ánimo. Yo no dije nada, pero descubrí que me alegraba.

—Estabas en lo cierto, Aníbal —fue todo lo que dijo Gástelo—. La manzana estaba un poco verde.

Fui a Cannas porque necesitábamos comida. Era un buen centro de aprovisionamiento.

Comíamos hasta saciarnos cuando mis exploradores llegaron con la noticia de que se acercaban los dos ejércitos consulares, con sus nuevos jefes, los cónsules Varrón y Emilio, que tenían órdenes de atacar.

La dictadura había terminado. De Fabio y Minucio nada más he sabido.

No me preocupó que los ejércitos de los cónsules hubieran duplicado sus fuerzas. Ahora cada uno constaba de cuatro legiones. Estaba

acostumbrado a luchar en inferioridad numérica. Suspendí la instrucción y las revistas.

—Que descansen los hombres —ordené. Me gustaba pasearme entre ellos mientras dormitaban al sol del verano. Reinaba una calma mortal. Había llegado el momento. Llamé a los jefes. Les di las órdenes y se las expliqué una y otra vez.

Y no solo di las órdenes a los jefes. Mientras los romanos se alineaban en el lado norte del río Aufído, hice que cada dekádarjos las pasara a sus hombres. Yo tenía toda su confianza y ellos, la mía.

Aquella tarde, a la puesta del sol, yo estaba con Gástelo en el centro de nuestra línea de infantería, contemplando la masa de fuerzas romanas que se extendía en el llano, frente a nosotros. A nuestra espalda, los hombres charlaban, bromeaban, jugaban a los dados…

—Son muchos, Aníbal —dijo Gástelo.

—Muchos son, Gástelo —respondí. Mi único ojo recorrió las líneas romanas. Recuerdo que sentí comezón en la cuenca vacía. A veces, el ojo ausente aún trata de seguir a su hermano. Entonces, por primera vez desde la noche que murió Similce, sentí que me invadía una oleada de afecto—. Pero hay algo con lo que tú no has contado, Gástelo —dije—. Entre todos esos romanos, no hay ni uno solo que se llame Gástelo.

Soltó una carcajada, golpeándose el muslo con la mano. Aquella noche, oí cómo la frase corría por todo el campamento, suscitando risas. Este era el espíritu de Cannas.

La batalla en sí ya ha sido descrita. Creo que incluso la estudian en las escuelas militares.

Nuestras líneas siguieron el curso del río. Yo prefería la seguridad de que no pudieran atacarme por la espalda al peligro de ser arrojado al Aufído.

Una vez más, dispuse que mis hombres comieran de madrugada. Con la primera luz del día, hice cruzar a mis númidas la extensión de tierra que había entre uno y otro ejército. Y como yo esperaba, Varrón envió a los vélites a su encuentro —era su día de mando— y, desde mi ala derecha, Mahárbal los barrió del campo con su caballería pesada. Avanzaron entonces los manípulos romanos.

Yo estaba en el centro de nuestras líneas, con la infantería íbera. En Cannas no me quedé detrás dando órdenes. Solo di una. Yo mismo mandaba el centro, protegiéndome con el escudo de la lluvia de pila. Los romanos encontraron una línea convexa, no una línea recta. Les arrojamos

las pila que ellos no habían podido utilizar en Trasimeno, y muchos murieron antes de que nuestras líneas chocaran. Maté a varios que rompieron mi guardia, pero en general nos limitamos a parar los golpes y defendernos. Así lo había ordenado yo, porque quería atraerlos. En el momento justo, retrocedimos, y aún ahora recuerdo cada uno de los pasos medidos y cuidadosos que dábamos para convertir la línea convexa en cóncava, atrayendo a los romanos.

Mahárbal esperaba en el oeste, como yo le había ordenado. Cerró el cerco, sus hombres desmontaron y, bien acorazados, empezaron a matar en la retaguardia de los romanos. Arrojé el escudo, muy lejos, hacia los romanos compactos. Saqué la espada y el puñal, me quedé inmóvil un momento y grité: «¡Si-mil-ce!». Mis hombres repitieron el grito.

Los romanos quedaron rodeados en los campos de muerte de Cannas. Allí perdieron la vida por miles, bajo un sol abrasador, por odio y por venganza, por una dulce, dulcísima venganza.

Me gusta hundir mi afilada espada en un vientre blando. Y cercenar un cuello de un solo tajo, con el puñal. Yo he conocido la poesía de la muerte. Es lo que más recuerdo ahora de Cannas, eso y el sudor que me corría bajo el casco y la coraza, durante todo aquel largo día de muerte. Mi espada se rompió en una coraza romana. Tomé otra espada y después un hacha. A cada romano que mataba, pensaba: más romanos sin padre, sin marido, sin amigo. Luchamos y matamos durante horas, durante una vida, hasta que ya no quedaron más romanos para morir y alrededor de mí, en una gran extensión, no había más que montones de cadáveres romanos, mientras el sol se ponía.

Italia era mía.

Capítulo VIII

DILACIÓN

Tal vez fuera el cansancio. Quizá que un hombre no debería conocer un poder semejante. Tal vez fueran las tinieblas en las que había vivido durante tanto tiempo. Quizá las heridas que no había sentido mientras peleaba.

Dejé a mis hombres gritando, vitoreando y chapoteando en el río para limpiarse. Solo crucé el Aufído, y solo volvía nuestro campamento vacío. Con las manos cubiertas de una costra de sangre romana, me quité el mellado casco. Me tendí en unas pieles. Eran de color castaño y moteadas.

Durante una hora, durante una vida, soñé y dormité.

—Así que has ganado, Aníbal. —Una voz, la voz suave y profunda de Bostar.

Volví la cabeza hacia él.

—Sí, Bostar, he ganado. —Me senté. Tenía el cuerpo anquilosado y dolorido. Vi que sangraba por el vientre, los brazos y las piernas. Me acordé de la sangre de Similce. ¿Estaría ya en paz su espíritu?

¿Habría cruzado ya a la otra orilla del Ashroket?

Oía gritos de victoria. La brisa de la noche traía hasta mí retazos de cantos. ¿Victoria?

Las lágrimas fueron repentinas, mudas y gruesas, y escocían en los cortes y arañazos de la cara. Las palabras brotaron de una parte de mí que yo no sabía que existía. Mi voz era firme, serena.

Era la única forma de enfrentarse a un dolor que era más de lo que yo podía soportar. No era un dolor del cuerpo, sino del espíritu.

—Ahora, Bostar, ahora comprendo que hay, que hay… —No podía reconocerlo.

—¿Que hay…? —Su dulzura era ineluctable.

—Que hay algo peor que perder una batalla.

—¿Sí? ¿Y qué es, Aníbal? —Él lo sabía, y sabía también que tenía que dar cauce a aquel dolor. Sin eso, habría estallado.

—Peor que perder una batalla, Bostar, es ganarla. Solo Bostar sabe cómo lloré entonces, sacudido por unos sollozos desgarradores. Me abrazó. Al fin, agotado, me dejé caer en el lecho.

Empezó a curarme las heridas del cuerpo.

—Ninguna es profunda. Pero las otras heridas, Aníbal —le oí decir—, esas otras heridas no puedo curártelas yo.

En Cannas perdí algo, algo que no sabía que tuviera, algo que no he podido recuperar. Perdí la capacidad de cambiar, la inocencia y la humildad que se necesitan para cambiar.

Pero hubo un momento, un momento crucial. Era noche cerrada. Oí retumbar los cascos de un caballo.

—¡Anda, andá! —Mahárbal me llamaba, me llamaba al mundo.

«¿A qué mundo?», se preguntó a sí mismo Aníbal. «El mundo… —respondió otro Aníbal—. Al mundo que tú has hecho».

«¡Pero yo no sabía lo que hacía!». «Lo que ahora has aprendido, aprendido está». Mahárbal llegó sin aliento, ya se había apeado. —¡El campamento romano, Aníbal! ¡Los hombres están saqueando el campamento romano! Tienen vino y mujeres. ¡Debes ir!

No podía permitir que Mahárbal viera mi debilidad.

Por eso fui con él. Había vuelto de un lugar diferente, y me temo que mejor, y fui al campamento romano. Se han sucedido treinta y cinco años de sangre y de odio porque yo, Aníbal, el gran Aníbal, no supe ser solo un hombre.

Al verme, los hombres soltaron el botín y me rodearon vitoreándome, hasta que percibieron la amenaza de mi voz.

—¿Quién es el responsable? —pregunté en púnico, y repetí la pregunta en íbero y en griego, en voz más alta. Me martilleaba la cabeza y me dolían las heridas. Conocía al lojarcós que se adelantó.

—Aníbal, han empezado mis hombres. Pensé…

—No me importa lo que pensaras —lo interrumpí—. Encárgate de ellos. Después me encargaré de ti. Ya conoces las órdenes. Mahárbal, quémalo todo.

—¡Pero, Aníbal, los carros, los bueyes…! —Quémalos, Mahárbal. Quémalo todo. El hábito del mando y el imperativo de la disciplina disimularon el vacío que había en mi corazón. ¿No había yo nacido para esto? Cuatro días estuvimos contando y despojando, primero a los miles

de auxiliares y, después, a siete veces siete mil romanos muertos. Siete por mi matrimonio. Siete por la venganza por mi matrimonio. La venganza era dulce. La venganza era amarga. Oía los vítores y las risas cuando aparecía el cadáver de un senador, el de un pretor, y hasta el de uno de los cónsules.

—¿Dónde tenía las heridas? —pregunté a Gástelo cuando vino a decírmelo.

—Tenía muchas, ¿qué importa eso? En el pecho, en el cuello, en los brazos.

—¿Ninguna en la espalda? —Ninguna.

—Entonces ha muerto con honor, luchando por su patria.

—Bah, era un romano. —Gástelo escupió en el suelo. Era más alto que yo. Tuve que levantar el brazo para agarrarlo a la altura del cuello y bajar su cara hasta la mía.

—Era un hombre, Gástelo.

Con este ánimo salí a caballo, solo. Estuve cabalgando durante horas, por parajes desiertos, lejos de Cannas y de su sangre. Oí risas y gritos. Desmonté y subí a una loma cubierta de árboles.

A mis pies corría un río de aguas mansas. Escondido entre los árboles, los vi jugar en el agua, un campesino y una muchacha, los dos de unos dieciséis años. Ella salió del agua corriendo, desnuda.

Su piel relucía al sol. Vi sus jóvenes senos y su vientre firme. Sentí la promesa, la fuerza y el patetismo de la juventud. Él la perseguía. Se alejaron corriendo por la orilla y se perdieron de vista, pero seguí oyendo sus risas durante mucho rato.

Por eso hice entonces lo que hice. Lo hice para robustecer mi voluntad, para ahogar la compasión que nacía en mí, compasión, no por los romanos, sino por todos los hombres. Para volver a lo conocido, antes que afrontar el terror de lo nuevo. Tenía miedo de cambiar el Aníbal que había sido por el Aníbal que tal vez no pudiera ser.

Sabía qué árboles había que talar para que sirvieran de tajos. Sabía que las hachas de los galos y los cénemenos serían excelentes para la tarea. A pesar de todo, tardamos mucho tiempo en cortar las manos de los veinte mil romanos muertos.

—¿Cuántos prisioneros tenemos, Mahárbal? —pregunté, cuando se terminó el trabajo.

—Por lo menos seis mil. O más.

—Que traigan a mil. Y que añadan sus manos a esas. —Señalé los carros cargados con las manos de los muertos. Por las tablas y las ruedas

goteaba la sangre. Era más roja la sangre de Similce—. Después, vendadles los muñones y enviadlos a Roma con los carros para que lleven este mensaje:

«Aníbal el cartaginés devuelve a Roma dos de las ocho legiones que ha destruido».

¿Fue el acto de un loco? ¿Fue el fruto del odio? Es difícil de saber. Mi ánimo flaqueaba y, excepto Bostar, nadie podía saberlo. ¿Qué podía decir a Mahárbal, a Gástelo, a tantos de aquellos hombres? ¿Que por haber ganado una gran batalla no me sentía con fuerzas para seguir adelante?

Después de Cannas, en mi soledad, volví la mirada hacia mi tierra. ¿Era mi tierra? No lo sabía, ni lo sé. No tenía otra que aquella ciudad que hacía mucho tiempo había sido mostrada a un niño por su padre. «Nunca, Aníbal, nunca cierres los oídos a su llamada». Pensé que ahora me llamaba. Yo la llamé con anillos, cuatro barriles de anillos de oro que mandé arrancar de las manos de los patricios romanos muertos solo en Cannas. Envié los anillos a Cartago en un barco que capturamos en el pequeño puerto de Salapia, cerca de Cannas. Con los anillos y mi mensaje iba un ligur, Fierelo. Tuve que darle el mensaje de viva voz, porque, de las muchas armas que había blandido yo en Cannas, de las muchas muertes, tenía las manos rígidas e hinchadas, y no podía siquiera sostener el estilo.

—Di a Cartago que le deseo salud —dije a Fierelo—. Di a los Ancianos todo lo que hemos hecho. Di que necesito dinero y necesito hombres. Y di que, sobre todo, necesito barcos. Si ellos me dan barcos, di que yo les daré Roma. —El hombre ya se alejaba, cuando le hice retroceder de nuevo—. Fierelo, tráeme noticias de Sileno. —Me miró perplejo. Claro, ¿cómo iba a saber él quién era Sileno si se había unido a mí después de Trebia?—. Sileno de Calacte. Fue mi preceptor. Pregunta por él. Muchos lo conocerán.

Yo estaba supervisando el almacenamiento de las armas romanas que habían llegado de Caimas. El mensajero de los boios del norte era un salvaje. Recuerdo cómo apestaba y se rascaba.

—Cerca de Módena, dos legiones. Todos muertos. —Recuerdo también su sonrisa fétida y desdentada—. Los sorprendimos en los bosques. Todos hemos bebido en la copa de la victoria, hecha con el cráneo del pretor.

Otra Cannas menor. Roma tenía que rendirse. Envié cien prisioneros romanos con un mensaje.

El rescate que pedía por los otros cinco mil era una señal, nada más. ¿Por qué había yo de suplicar?

Toda la centuria estaba de regreso antes de tres días. Roma no debió de escucharlos durante mucho tiempo. Dijeron que el Senado había respondido que Roma no necesitaba a unos soldados tari deleznables como los que ahora tenía Aníbal en sus manos.

—¿Por qué habéis regresado con semejante respuesta? —les pregunté al fin con voz serena—. ¿No teméis a la muerte?

El centurión sostuvo mi mirada con ojos francos y simples.

—Civís romanus sum —dijo tan solo. «Soy ciudadano romano». Antes de Cannas lo hubiera matado. Ahora lo dejé en libertad.

No habría debido celebrar consejo después de esta escena, con el ánimo todavía turbado. Pero Cannas ya quedaba atrás, nuestros muertos estaban quemados o enterrados, nuestros heridos atendidos y el orden restablecido. Yo sabía que los hombres se impacientaban. Les oía decir: «¡Ahora a Roma, a Roma!».

Mahárbal fue el primero en hablar.

—Dentro de cinco días, Aníbal, estarás en el Capitolio romano. —Estaba sentado delante de mí, entre Casielo y los lojarcoi, con la cara roja y el gesto orgulloso. El toldo bajo el que nos habíamos reunido ondeaba al viento. Aún me parece oír sus secas sacudidas en los túneles de mi mente.

Hubiera tenido que hablar de la falta de barcos y de armas de asedio. Decir que con cuarenta mil hombres un buen soldado no podía siquiera plantearse poner sitio a Roma. Ni el mismo Alejandro, el gran Alejandro, lo hubiera intentado. Pero ¿no era yo ahora más grande que Alejandro?

También hubiera podido decirles que me faltaba voluntad, que mi sed de venganza estaba saciada.

Me puse en pie ante aquellos hombres a los que había hecho cruzar los Alpes para destruir Roma y dije en voz baja:

—No. —Solo esta palabra—: No.

Mahárbal ya se había puesto de pie. Su voz era ahora áspera y fuerte. Nunca hasta entonces me había desafiado.

—Veo que los dioses no dan a un hombre todos los dones que poseen. Tú sabes conquistar una victoria, Aníbal. Pero no sabes aprovecharla. —Dio media vuelta, y se marchó furioso.

Gástelo y los otros estaban desconcertados.

—Yo… —¿Qué iba a decir, que lo lamentaba?—. Gástelo, instrucción completa para todos los hombres. Armas romanas, para todos los que puedas. Volveremos a hablar. Ahora marchaos.

Fui en busca de Mahárbal. Quería explicarle, hacerle comprender. Necesitaba su ayuda. Lo encontré entre la caballería, bebiendo, borracho. Quería olvidar, me dijo, olvidar. Ahora lo comprendo.

Entonces no lo comprendí.

—¿Olvidar, Mahárbal, olvidar? Los débiles olvidan. Los fuertes recuerdan.

—Entonces, Aníbal, recuerda tú, que eres fuerte —dijo mi anda arrastrando las palabras—. Recuerda por los dos.

Encontré a Bostar en su tienda. Dibujaba un mapa. Me senté a su lado.

—¿Te acuerdas, Bostar, que te pedí un mapa de la mente romana? Ahora necesito un mapa de la mía.

—¿Qué tienes en la mente, Aníbal? —Levanté la cabeza y desvié la mirada. No sé lo que sentía.

—Nada, todo, no lo sé, Bostar. No sé qué hacer. Por primera vez en mi vida, no sé qué hacer.

Bostar enrolló el mapa. Me miró.

—¿No sabes qué hacer, Aníbal? ¿O no sabes por qué hacerlo?

—Las dos cosas. He hecho aquello para lo que nací. Ahora pienso que podría destruir Roma. El sitio sería largo, pero hay otras maneras. Y Cartago… ahora Cartago me ayudaría.

—No mires a Cartago, Aníbal. Mira dentro de ti. ¿Qué ves?

Hasta la pregunta me resultaba extraña. Recordé la leyenda que cuenta que la Sinceridad mora en una cumbre casi inaccesible, y que no todos los mortales alcanzan a vislumbrarla, sino solo aquellos que, con el mayor tesón y esfuerzo, trepan hasta ella.

—Veo miedo, Bostar —dije al fin.

—¿Miedo a qué?

—A cosas que no entiendo, cosas que ni he pensado.

—¿Qué cosas?

—Imagina que marchamos sobre Roma. Sí, todavía tiene en Italia seis legiones. Pero podría derrotarlas y entonces Roma se rendiría, ¿no?

—Quizá, Aníbal, quizá. Sigue.

—Pero ¿entonces, qué? Eso es lo que temo. Tengo miedo de mi propia ignorancia. Tengo miedo de mí por no haber pensado en estas cosas. Siempre he sido un soldado y nada más. ¿Qué haría yo con un mundo sin

Roma? ¿Cómo sería gobernado y por quién? Lo que temo, Bostar, es la enorme magnitud de la empresa que ahora tengo ante mí.

Aquella noche, estuvimos hablando hasta muy tarde. Los buhos ululaban y batían las alas en la oscuridad.

—¿Sabes qué quiere decir la palabra griega hamartía, Aníbal?

—Sí —respondí con extrañeza—. Sueno me la enseñó. Quiere decir error, fallo, y supone inocencia. ¿No se aplica con frecuencia a Edipo en las tragedias griegas, Edipo que, con toda inocencia, y sin saberlo, mató a su padre y se casó con su madre?

—Te han enseñado bien. Pero no solo Edipo fue víctima de la hamartía, el error trágico. Áyax, Orestes y otros muchos actuaron sin saber las consecuencias de sus actos. Tú naciste para hacer lo que has hecho. Pero quizás ahora tengas ocasión de cambiar. —Estaba cansado, confuso. ¿Hamartía?—. Aníbal, debes descansar.

—Sí, descansar. Pero ¿qué hago?

—Espera. Es lo único que puedes hacer. No busques la respuesta. La respuesta te llegará a su debido tiempo.

Así pues, esperé. Marché por Samnio y entré en la Campania. Nada se oponía al avance de mi ejército. Las ciudades me abrían las puertas. Los hombres ya no hablaban tanto de Roma. Mahárbal y Gástelo apenas me dirigían la palabra. No me importaba. Ejecutaban mis órdenes. Empecé a construir máquinas de asedio, para dar cuerpo a una idea que no estaba seguro de tener. Escribía a Cartago por lo menos todos los meses. No recibía respuesta.

Dejé de ser soldado. ¿En qué me había convertido? Me gustaría creer que en gobernante, en administrador. Pero sé que no es cierto. Ahora no era más que un traficante, un mercader. La verdad es que deambulaba mientras, al igual que Odiseo, esperaba llegar a casa.

Después de Cannas, mi pelo se volvió gris. Pasaban las semanas y los meses. Recuerdo algunas cosas con claridad. Un puerto. Necesitaba un puerto. Me dirigí a Puzol. Recuerdo cómo sus habitantes me miraban en silencio desde la muralla. Envié a un emisario, un etrusco.

—Explícales que he venido a liberarlos de Roma —dije al hombre. Su respuesta fue simple, un proverbio romano, dijo el emisario. Non generant aquilae columbas. «Las águilas no engendran palomas».

Siguiendo la costa, fui hasta Neápolis. Me recibieron con una lluvia de flechas. Apresé a los campesinos de las granjas de los alrededores y los mandé destripar en el arroyo que entraba en la ciudad por debajo de la

muralla. Esperé tres días. Entonces recibí un mensaje. «Los ciudadanos de Neápolis dan las gracias a Aníbal, el cartaginés, por haber corrompido su agua. Han tenido que beber de las fuentes y cisternas antes de lo que pensaban. El agua es clara y fresca».

Quemaba cuanto encontraba a mi paso. Hasta la última choza, rastrojo, olivo, viña. Mis hombres estaban huraños, impacientes, hambrientos. Yo también. ¿Podéis imaginar lo que es haber vencido en Cannas y descubrir que no has conquistado nada? Yo sabía dónde estaban los romanos, esperando, observando, callados. Yo era un Pirro, un Pirro que había ganado una batalla, pero que estaba perdiendo una guerra, la guerra del espíritu.

Desde la noche de aquel consejo, en que dije que no marcharíamos sobre Roma, Mahárbal pasaba los días cabalgando. Se mostraba adusto, obsesionado, consumido. Cada informe suyo era una acusación. Yo sabía que él lo sabía: yo aún no había encontrado la respuesta.

Seguía sin recibir noticias de Cartago. Llegaron las lluvias y los vientos del invierno. Epicides regresó. Capua se entregó a Aníbal, no sé si por oro o por convicción, ni me importaba. Por fin, Capua había dado la espalda a Roma. Esto dio ánimos a los hombres y a mí me dio tiempo.

Capua me desagradó desde el primer momento en que vi relucir sus mármoles a un sol huidizo, Cuando entré en la ciudad, los Ancianos me colmaron de lisonjas y adulaciones. Dieron un banquete en mi honor. ¿Cuánto hacía que estaba en Capua, un día, una semana, un mes? La sucesión de platos era interminable. Yo comía poco, pero no podía rehusar las explicaciones de mis ufanos anfitriones. Erizos de mar, ostras y espárragos, algas, papafigos, lomos de ciervo y de jabalí, aves cubiertas de una pasta perfumada, peces de agua dulce en conserva, lebratos, aves asadas, una fuente de hígados de sollo, sesos de faisán, lenguas de flamenco y lecha de lamprea y, por último, pasteles de las marismas de Ancona, según me dijeron con orgullo.

—Ni en Roma se come así —comentó con una sonrisa fatua el gordo y sudoroso capuano que tenía a mi lado—. Tampoco tienen nada como esto para complacer al liberador de Italia.

Aún recuerdo sus mejillas nacidas y el rictus de su boca. Entonces salió la muchacha, la danzarina. Yo solo veía a otra muchacha que había danzado en otro banquete, ya muy lejano. Esta no era Similce. Era una ramera, lo mismo que su ciudad, una ramera que movía ante mí sus senos sudorosos y sus caderas. Me repugnaba. Cuando miré a Gástelo, me pareció ver que

estaba embelesado y pensé: «¿Cuántos hombres la habrán conocido, cuántos habrán mordisqueado esos pezones y metido el pene en esa boca que se frunce en un mohín de picardía?». Yo sé, conozco las cosas que hacen los hombres. He vivido más de cincuenta años entre soldados. Aún recuerdo los versos de Anacreonte que me vinieron a la memoria, unos versos que me había enseñado Sileno, y entonces, ¿sabéis?, entonces yo, Aníbal, en Capua, me sentí de pronto solo y asustado.

> Igual que el cervato recién nacido, que acaba de ser abatido siendo todavía una cría, y es separado de su astada madre en el bosque, y tiembla, aterrado y pasmado.

Tal era en aquel momento mi estado de ánimo. Muy distinto de lo que eran Capua y aquella danzarina.

Me marché aquella misma noche. Dejé a mis hombres con las mujeres y la bebida. Sí, hasta esto les consentía. ¿Cómo si no había de dar solaz a mi heterogéneo ejército, tan lejos de sus respectivos lares? «No violar» era mi única orden. Fui al monte Tifata solo.

Había establecido mi base en Tifata antes de entrar en Capua. Era una verde meseta desde la que se dominaban el llano y los pasos que debíamos vigilar. Allí tenía a mi guardia, que observaba a los romanos que me observaban a mí. Ellos tenían también un campamento elevado, al otro lado del valle. Pensaba destruirlo. ¿Cuándo?

La voluntad de los romanos se robustecía a medida que la mía flaqueaba. Yo sentía su sombra.

¿Nunca pensaban ni siquiera en rendirse? Muchos eran los relatos que me llegaban. Después de Cannas, el Senado había dictado la prohibición de llorar y plañir. A las viudas de Cannas se les prohibió el luto. Los romanos consultaron a sus dioses y sus textos sagrados. Ofrecieron un sacrificio, un sacrificio humano.

—¡Y nos llaman bárbaros a nosotros! —grité al enterarme. Un galo y una gala, y un griego y una griega, fueron enterrados vivos en el Capitolio—. ¿Contra qué estoy luchando? —pregunté a Bostar—. ¿Contra magia o contra hombres?

—Ni lo uno ni lo otro. Tú ya lo sabes, Aníbal. El espíritu, el espíritu romano.

A la mañana siguiente, Mahárbal me llevó a cuatro romanos capturados en una incursión. Era algo que hacía cada vez con más frecuencia, incluso

sin preguntar. Él y unos centenares de sus queridos númidas salían a explorar, a hostigar y a matar.

Estos soldados romanos eran distintos. Sus armas eran deficientes y desiguales.

—Estisne milites? —es pregunté intrigado.

Movieron la cabeza afirmativamente: sí, eran soldados.

—Auxiliarii? —A la fuerza tenían que serlo.

—Nullo modo —repuso uno—. Novae legionis servilis sumus. —Somos de la nueva legión de esclavos.

—¿Es posible que Roma reclute legiones entre sus esclavos? —pregunté sin dirigirme a nadie en particular.

Entonces habló uno de los númidas de Mahárbal.

—Sí, Aníbal. Eso dijo un centurión al que… al que no hemos traído. El ejército romano ha comprado, con cargo al erario público, ocho mil esclavos a sus dueños. Han sacado de las cárceles a criminales y deudores, y los han puesto a fabricar armas. Han…

Levanté una mano para atajarle.

—No me digas más. Mahárbal, que se vayan.

—¡Pero son romanos, Aníbal!

—Quizá lo sean, Mahárbal, pero yo no guerreo contra esclavos. —Creo que una parte de mí aún trataba de cambiar.

Por fin tuve noticias de Cartago. Fierelo regresó. Traía un rollo muy largo, escrito también en protopúnico. Aquello me irritó. ¿Acaso no sabían que todos los días oía hablar y hablaba en íbero, númida, latín, griego, ligur, galo y hasta en la jerga de los celtas? ¿Con quién iba a hablar, no ya el púnico de mi infancia, sino el del pasado? No sabían quién era Aníbal ahora. ¿Por eso me enfadé o porque tampoco él, yo mismo, lo sabía?

Bostar tradujo:

—«Los anillos de Cannas están ahora en el suelo del Senado, señal de una gran victoria, dices. No obstante, pides refuerzos, oro y barcos. ¿Qué pedirías si, en lugar de ganar, hubieras perdido? Enumeras las ciudades que se han aliado contigo, Trebula y Saticula, Telesia, Compsa, Melas, Furnias, Orbita-no, Blanda y Ecas. No vemos entre ellas el nombre de ninguna ciudad romana, ni siquiera latina. Nuestras órdenes fueron que regresaras a Cartago, pero tú, en lugar de obedecer, saqueaste Sagunto y provocaste esta guerra. El Consejo está dividido, pero por muy ajustada mayoría cree que debes terminar lo que empezaste. No tenemos barcos que enviarte.

Los necesitamos para el comercio. Quítaselos a los romanos, si tan fuerte es tu posición. En cuanto a hombres, enviamos veinte mil, pero no a ti, sino a Iberia, que es donde están las minas y los intereses de Cartago, y que ahora, por tu culpa, los romanos planean invadir. A ti podemos enviarte cuatro mil númidas y cuarenta elefantes. Cuando tengas un puerto al que puedan arribar, háznoslo saber».

Fierelo había escuchado con atención toda la traducción de Bostar.

—¿Qué sabes de Sueno? —le pregunté.

—Sueno ha muerto, Aníbal.

—Muerto. —También a esto respondí con calma—. ¿Dónde está su tumba?

—Nadie lo sabía, Aníbal. La mayoría se apartaban de mí solo al oírme preguntar. Parecían tener miedo.

Asentí y le despedí con un ademán. Me levanté, quemé el rollo de los Ancianos y miré las cenizas con satisfacción.

A mi alrededor solo había silenciosos ejércitos romanos. No obstante, conquisté el puerto. No, yo no. Envié a Gástelo con la mitad de mi ejército a Brucio. Allí no había soldados romanos. Capturó Petelia y la saqueó, y también Cosentia, Crotona y Locri. Ya teníamos un puerto, al que, con el tiempo, llegó la ayuda de Cartago, si ayuda era. Los elefantes estaban sin domesticar y los númidas sin entrenar.

Suspiré. ¿Cuántos ejércitos tendría que adiestrar? Gástelo envió el mensaje de que había capturado cuatro galeras romanas en Locri. ¿Quería que me las enviara para bloquear Ostia?

«Mejor ningún barco que cuatro», pensé. Para bloquear Ostia necesitaba cien barcos, no cuatro. Ordené a Gástelo que varase los barcos, dejara una guardia en ellos y guarnición en las ciudades y regresara. Junto al olmo gigante que crece a orillas del Ashroket corre una fuente cuyas aguas vienen del lago del Recuerdo. Hay en la fuente una guardia. Los que desean cruzar el río deben decir a los guardianes: «Soy hijo de la tierra y de los cielos estrellados, pero mi generación es del cielo. Vosotros lo sabéis. Ahora muero de sed. Dadme pronto el agua fresca que mana del lago del Recuerdo». Y ellos te dan a beber el agua sagrada, y haces la travesía en paz.

Pero el agua de mis recuerdos de los años que sucedieron a la victoria de Cannas no es fresca y clara, sino caliente y turbia. Cada día traía asuntos nuevos y triviales. Recuerdo muchas embajadas, como la de los atelanos.

La ciudad de Átela me había abierto sus puertas, al igual que Capua. Llegaron a Tifata. Querían hablar conmigo de monedas.

—¿Monedas? —dije—. ¿Queréis hablar de monedas?

—Sí —respondió el jefe—. Vamos a hacer monedas de oro y plata para conmemorar nuestra alianza. Hemos pensado en poner en esas monedas el rostro de Aníbal.

El hombre era empalagoso. Yo estaba impaciente. Él no me miraba a la cara. Mucha gente desvía la mirada al ver mi cuenca vacía. Tantas legiones romanas en el campo, y ellos hablaban de hacer monedas.

—Poned en vuestras monedas lo que queráis —les dije—. Marchaos.

Vi algunas de aquellas monedas. En una cara estaba el dios Sol de los atelanos y en la otra un elefante. Un elefante. Todos mis viejos elefantes habían muerto. Los nuevos estaban sin domesticar.

Cartago no había pensado en mandar domadores.

Ahora recibía noticias de Cartago con regularidad. Ninguna me producía satisfacción. Yo insistía —¿por qué?, ¿por costumbre?— en que me mandaran hombres y barcos, y oro. Bomílcar se resistía. «Las campañas de tu padre en Iberia se costeaban por sí solas. ¿Por qué la tuya no?».

«Esta guerra no es mía —respondía yo—. Es nuestra. Para matar a una serpiente, hay que cortarle la cabeza». Pero mientras lo escribía me sentía confuso. Yo creía en lo que escribía, pero ¿era verdad? ¿De quién era esta guerra? No podía, no debía ser solo mía.

Habría podido ser también la guerra de Filipo. Durante una semana, después de que se fueran los embajadores de Filipo de Macedonia, me sentí eufórico y fuerte. Filipo estaba enterado de mi victoria de Cannas, dijeron los embajadores. También él odiaba a Roma. «Es comprensible», pensé.

Porque, desde hacía tiempo, Roma olfateaba a Grecia como un perro a la perra en celo. Había expulsado a Demetrio de Faros y había intrigado en Epiro y en Dalmacia. No tardaría en volverse contra Macedonia y sus puertas de acceso por el norte y el este. «Ahora mismo, de no ser por mí —pensé—, los romanos estarían llamando a la puerta de Filipo».

Filipo quería firmar un tratado conmigo. ¿Era esta la respuesta? ¿Una confederación de adversarios de Roma? Había otros reinos al este. ¡Podía prescindir de Cartago!

—Decid a Filipo que le deseo salud y le doy las gracias. Decid a Filipo que venga.

Discutimos los términos del tratado. Me gustaron los macedonios. Eran francos y directos.

Tomé un interés nuevo por mi ejército y su entrenamiento. Hice correr la voz de que venían los macedonios.

El barco de los embajadores fue capturado por los romanos, que los torturaron y les hicieron hablar. Los romanos enviaron una flota a las costas del Adriático para impedir el desembarco de Filipo.

Pero no se limitaron a esperar, sino que mandaron un ejército a Apolonia e incendiaron la flota raacedonia. Aníbal siguió solo.

Más me dolían las deserciones. Gástelo trajo la noticia.

—Mil doscientos hombres, Aníbal. Galos. Y caballos.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Y los centinelas?

—Degollados.

—Comprendo.

Quería preguntar por qué. Pero ya lo sabía. En los astilleros de Gadir había visto varar una vieja galera mercante de Asdrúbal. Había perdido el calafateado y se le había torcido el mástil. Iba a ser desguazada. Las ratas lo sabían. Antes de que la remolcaran a la orilla, las vi saltar y alejarse a nado.

Mi pregunta a Gástelo fue ahora más apremiante.

—¿Existe alguna razón, Gástelo?

—Bien, sí, tiene que haber influido. —Se revolvió con incomodidad y escupió la palabra—: La paga.

—¿La paga? ¿Qué pasa con la paga?

—No les habían pagado. Y tú has prohibido los saqueos.

Suspiré. Yo no tenía idea. A la tercera parte del ejército se le debía la paga.

—Gástelo, en Salapia tenemos tres galeras que hemos capturado. Llévale a cuantos hombres creas que vas a necesitar. Busca a Fuano y trae oro.

Asintió y se fue.

Yo estaba más asombrado de mí mismo que furioso. En aquel momento tenía demasiadas cosas en la cabeza. Por ejemplo, las dos nuevas legiones romanas llegadas a Sicilia. Sabía que Cartago había enviado a Sicilia veinücinco mil infantes y tres mil jinetes. Una parte de mí estaba indignada porque Cartago no me los hubiera enviado a mí. Otra parte se sentía indiferente.

La indignación me impulsó a actuar. Había llegado el momento de volver a hostigar a los romanos. Mahárbal estaba sorprendido y encantado.

Solo llevamos con nosotros a quinientos númidas de Tifata. Yo quería únicamente explorar, pensar y mirar. Salimos antes del amanecer, para dejar atrás a los vigías romanos antes de que empezase a clarear.

Estábamos muy cansados. La mayoría dormitábamos sobre el caballo. Cayeron sobre nosotros de improviso. Eran muchos y venían al galope. Vi a mi amigo Mahárbal completamente rodeado, atacando y parando golpes, pero no pude acudir en su ayuda, porque también yo peleaba. Desde hacía años, todos vestíamos como simples soldados, pero Mahárbal siempre llevaba un lujoso casco beocio.

Quizás esto les hizo pensar que él era yo. Su escuadrón había caído y lo rodeaban a cientos, romanos a pie y a caballo que se cerraban sobre él. Yo nada podía hacer. Por fin conseguí abrirme paso y, seguido de mis hombres, cargamos contra ellos una y otra vez hasta dispersarlos. Lo encontré sangrando por el costado. Vi que se había desabrochado las correas de la coraza. Mi anda, mi amigo Mahárbal, me sonrió.

—Hace mucho que no hablamos, Aníbal —dijo con voz ronca—. He estado lento. Tendría que haber muchos más romanos muertos a mi alrededor. —Tosió. La luz hizo brillar la espuma roja que asomó a sus labios—. Aníbal —susurró—, ¿te has olvidado de Roma? ¿No vas…? —Su mirada se extravió y sus ojos se cerraron.

Solo una vez había llevado a otro en mi caballo, a mi padre muerto. Ahora volví a Tifata llevando a Mahárbal moribundo. Es extraño que viviera tanto. Ya he hablado de ello, pero no he hablado de la oscuridad que vino después.

Durante muchos días y muchas noches, no salí de mi tienda del monte Tifata.

—Que no entre nadie —dije a la guardia. Cuando por fin me levanté, estaba muy débil, pero tenía la mente clara. Aparté la lona que cerraba la tienda. El guardia me miró atónito—. Tráeme a Bostar, ¿me has oído?

Estaba echado cuando entró Bostar. Era de noche. Me incorporé y lo invité a sentarse con un ademán.

—Bostar, ya tengo la respuesta. Por la mañana, saldrás hacia Roma. En nombre de Aníbal el cartaginés, ofrecerás a Roma la paz.

No dijo nada. La llama de la lámpara parpadeó en la oscuridad. Volví a echarme.

—¿En qué condiciones, Aníbal?

No lo miré.

—Las que tú prefieras, Bostar, las que prefieras.

Bostar se movía siempre con sigilo. Casi no lo oí salir. Un cocinero me sirvió sopa y pan. Le di las gracias. Comí.

Debí de quedarme dormido. Oí a medias las trompetas de la alarma. Estaba completamente despierto cuando sonaron los gritos.

—¡Aníbal! ¡Aníbal! —Era la voz de Gástelo. Demasiado pronto había regresado. Se precipitó en la tienda—. Aníbal… —Parecía extenuado. Estaba sucio y cojeaba.

—Siéntate, Gástelo. ¿Traes el oro?

Me miraba sin pestañear.

—Qué delgado estás, Aníbal. ¿Estás enfermo?

Agité una mano con impaciencia.

—¿Traes el oro? Tenemos que pagarles antes de que… —Mi voz se apagó.

Gástelo tenía la cabeza entre las manos. No me miraba.

—No, Aníbal. No traigo el oro.

—¡Qué!

—Aníbal —su voz era ya más firme, perentoria—. Fuano ha muerto, lo mataron. Y lo que es peor, los hermanos Escipión han derrotado a los tuyos en una gran batalla. Hemos perdido muchos hombres.

Después, los romanos atacaron alas tribus leales…

Cuando acabó de hablar, nos quedamos en silencio. Al cabo, dije:

—Entonces, está bien.

—¿Qué está «bien», Aníbal? ¡Perdemos Iberia y dices que está «bien»! ¡Para esto te he servido!

Me levanté y me acerqué a él. Me puse en cuclillas delante de Gástelo y lo miré a los ojos.

—Gástelo, mañana Bostar irá a ofrecer la paz a Roma.

Gástelo se encogió sobre sí mismo. Primero la cara y después todos sus miembros. Cerró los ojos. Y Gástelo, el veterano Gástelo, se echó a llorar. Me senté en el suelo delante de él. Le dejé llorar.

Yo no sentía más que una paz que me alejaba de todo. Era la paz de Mahárbal, porque también yo había muerto.

Poco a poco, Gástelo fue serenándose. Hasta el pozo de la aflicción tiene un fondo. Tenía los ojos enrojecidos y temblaba. Extendió la mano y me oprimió el antebrazo derecho.

—Aníbal, tengo que decirte otra cosa.

—¿Sí, Gástelo? —Estaba sereno—. ¿Qué es?

Desvió la mirada. Me soltó el brazo. «Nunca nos habíamos tocado —pensé—. Casi no conozco a este hombre». Se fue a un extremo de la tienda y, de espaldas a mí, esforzándose por mantener la voz serena, dijo:

—Los romanos no pudieron tomar Cartagonova, Aníbal. Tus hermanos se lo impidieron. Pero acamparon a sus puertas. Encontraron… —casi le falló la voz—, encontraron la tumba de tu padre, y… y…

—Continúa, Gástelo.

—Sacaron sus huesos de la urna y los arrojaron al mar. Después, uno tras otro —ahora Gástelo hablaba atropelladamente—, uno tras otro, los centuriones orinaron en la unía. Luego arrasaron el túmulo de Amílcar, y araron la tierra, y la sembraron de sal, y sus sacerdotes maldijeron el lugar y el nombre de Barca.

Me empezó por los dedos de los pies. Mi cólera brotaba del suelo y me subía por las piernas.

Al principio hormigueaba y después empezó a hervir, mientras me corría por todo el cuerpo y me estallaba en el cerebro y en todos los miembros, y hasta en el aire que me envolvía. Estaba temblando, me tambaleaba. El gemido me empezó en el estómago, me subió a la garganta y se convirtió en un grito desgarrador que resonó en todo el campamento.

Durante mucho rato luché por contener la cólera. Despacio, como cuando contaba cada paso que daba al subir y bajar los Alpes helados, la reprimí.

Me contemplé a mí mismo desde una gran altura. Oí mi voz:

—Gracias, Gástelo. Ahora ve a comer y a dormir. Pero antes busca a Bostar y di que las órdenes que le he dado están revocadas. ¿Está claro? Revocadas. Al amanecer quiero aquí a todos los lojarcoi. A todos. A mediodía, pasaré revista al ejército. Ahora ve.

Había llegado la verdadera respuesta. Que otros se preocuparan del imperio, del gobierno, del comercio y de las cuestiones de Estado. Yo era soldado. Yo era el hijo de Amílcar. Sería lo que era. Me dejaría de hamartía y de filosofía. Yo, Aníbal Barca, destruiría Roma.

Capítulo IX

DERROTA

Hablé con los lojarcoi y luego a todo el ejército. Les conté lo que habían hecho los romanos en Iberia.

—He vuelto con vosotros —dije—. Recordad conmigo nuestras victorias del Trebia, de Trasimeno, de Cannas. Ahora terminaremos lo que hemos empezado.

»Ya sé que a muchos se os debe la paga. Os pagaré lo que se os debe y mucho más… de las arcas de Roma. Si alguno de vosotros lo duda, que tome sus armas y se vaya.

Murmullos, miradas. No sé quién fue el primero en vitorear. Los gritos empezaron en las filas de detrás y fueron coreados por todo mi ejército, que me aclamaba como un solo hombre.

—Así pelearemos —dije cuando se acallaron las voces—, todos a una, como ahora habéis gritado, y como peleamos en Cannas.

Durante cuatro días, estuve acumulando información y trazando planes, mientras lodo el ejército, a las órdenes de Gástelo, hacía ejercicios al pie del monte Tifata. Bostar, Epicides e Hipócrates sabían muchas cosas que yo ignoraba. Reprendí a Bostar por no haber hablado antes.

—No se puede comunicar a una persona aquello que no quiere oír, Aníbal.

Ahora los romanos tenían veinte legiones. Yo lo escribía todo para verlo con claridad. ¿No había aprendido de mi padre, cuya profanación vengaría ahora, la utilidad de hacer listas? Había dos legiones en Sicilia, dos en Cerdeña, dos en Iberia, una en Brindisi, en la costa sudeste de Italia, y dos en la Galla. Yo sabía por qué habían enviado una legión a Brindisi. Aún confiaba en que Filipo se presentaría. Evidentemente, también los romanos lo esperaban.

—Se dice que está construyendo otra flota —dijo Bostar.

—Pero ¿por qué dos legiones en la Galia?

—Para impedir que te lleguen refuerzos de Iberia —dijo Epicides. Había también dos legiones en la misma Roma y, esparcidas por Italia, otras nueve.

—Creen tenerme acorralado. ¿Por qué no atacan? —pregunté a Bostar.

—Es el espíritu de los romanos, Aníbal. Tú creíste ganar en Cannas. Los castigaste, sí, como nunca habían sido castigados, pero les hiciste replegarse sobre sí mismos, reaccionar. Ahora solo tratarán de contenerte, mientras impiden que recibas ayuda.

—¿Atacarán Cartago?

—Creo que sí… cuando controlen Sicilia.

—Ahí poco puedo hacer —dije.

—Quizá más de lo que piensas —repuso Epicides—. Envíame a la isla con Hipócrates.

El rey Hierón había muerto y le había sucedido su nieto, eljoven Hierónimo, quien, sintiéndose seguro en Siracusa, seguía apoyando a Roma.

—Pero sin Hierónimo la situación cambiaría, Aníbal. Cartago tiene muchos amigos en Siracusa.

—¿Sin Hierónimo, Epicides? —pregunté desconcertado.

—Estas cosas pueden… arreglarse.

Entonces comprendí.

—Pues partid —dije tan solo.

Me sentía fuerte y despejado cuando, al frente de mi ejército, abandoné el monte Tifata. Había comido cuanto me habían puesto delante. Pensé en los guisos de Similce y sonreí. A mi lado, cabalgaba Gástelo.

—¿A Roma, Aníbal?

—Pronto, Gástelo, pronto. —El cuchillo estaba afilado. Antes de usarlo contra Roma, quería probarlo.

Marchamos en dirección a Venusia. ¿Por qué Venusia, una ciudad sin importancia ni oro?

Porque era una ciudad latina. Demasiado tiempo hacía ya que yo esperaba que los latinos abandonaran a Roma. Pensaba destruir Venusia, para que los latinos descubrieran el precio de la paz con Roma.

Entre nosotros y Venusia, además, estaban los ejércitos de los dos cónsules, con otras dos legiones en Tarento, a mi derecha. De estas, una me seguía. Era la vieja táctica de Fabio.

Había salido solo una mañana temprano, a explorar. Encontré el campamento romano junto al pueblo de Petelia. Cerca de él, vi el valle que

pensaba cruzar aquella noche. El cielo estaba nublado, pero mientras caminaba por una viña un rayo de sol cayó en las vides y, bajo su luz, pude ver las uvas.

Eran azules.

La batalla de Petelia no fue, como se ha dicho, resultado de un plan brillante, minucioso y calculado. La libré porque las uvas estaban azules. Desde entonces, siempre he mirado atentamente las uvas. Las he visto negras y verdes, ámbar y púrpura. Pero después de Petelia nunca más las he visto azules.

Atrapamos a la legión en el valle. Era la única manera. Con sigilo, envié un escuadrón a la retaguardia romana y otro a las laderas del valle. Yo esperaba y me entretenía haciendo instrucción. Ya no podía obligar a los romanos a actuar precipitadamente como en Trebia. Yo mismo mandé la carga cuando por fin formaban para marchar. El cielo se había despejado y estaba azul.

Me siguieron cuando me retiraba, me siguieron valle arriba, otro Trasimeno. Pero este valle era más ancho y los romanos formaron y mantuvieron su línea de batalla incluso frente a mis honderos y mis soldados, que cargaban laderas abajo. Rompimos la línea de los asteros, pero los principales resistieron. Yo atacaba, rajaba, mataba. Aníbal era mejor guerrero ahora que cuando tenía los dos ojos.

No necesitaba ver. Intuía más que veía. Ahora solía blandir el hacha con la izquierda para derribar y la espada con la derecha para perforar con rapidez el cuello o el vientre. Sabía que no podríamos vencer como en Cannas, pero no olvidaba que las uvas que había visto eran azules. Entonces vi al cónsul, detrás de los triarios, rodeado de legados y trompetas y, a mi derecha, entre la multitud de soldados que luchaban, un caballo sin jinete que se encabritaba.

Utilicé el escudo a modo de ariete para abrirme paso entre los hombres. De un salto, monté al caballo que, de inmediato, supo que yo no era un hombre corriente. Se lanzó al galope, sorteando los manípulos. Me sentía invisible, augusto, como debe sentirse el vengador de su padre, y hundí el hacha entre los ojos del caballo del cónsul. Sus sesos me salpicaron la cara y su sangre el escudo. El cónsul estaba en el suelo y yo, con el pie derecho apoyado en su cuerpo, gritando: «¡Bar-ca!», cuando mi hacha ensangrentada cayó y le cortó la cabeza.

Entonces los romanos se hundieron, pero no podían huir. Ya no peleé más, pero ellos siguieron muriendo mientras hubo sol. Me veo cabalgando

en un caballo alazán, sujetando por el pelo la cabeza de un cónsul romano. Yo sabía que no era sino una de las cabezas de la Hidra, pero también que podía emular a Heracles y vencerla. Dejé caer la cabeza del cónsul e hice volver grupas al caballo.

Empezaba a recuperar el tiempo perdido. Derroté de nuevo a los romanos en los llanos de Ásculo, a mi manera. Había allí tres legiones. Reservé el grueso de mi ejército. No podía perder tantos hombres como en Petelia. Salí con mi guardia y un escuadrón de caballería pesada, uno solo contra tres legiones. Montábamos caballos malos y semisalvajes, pero desde el refugio de nuestra ladera salimos a la luz a galope tendido. Cuatro veces rompimos la línea de los romanos, la reventamos, la trituramos, matando mientras cargábamos y virábamos. Incendiamos el campamento y nos fuimos.

El mensajero de mis hermanos nos encontró cuando me dirigía a Capua. Me había enterado de que los romanos iban a sitiarla y quería ahuyentarlos.

—¡Una gran victoria, Aníbal! —Aquel hombre era pariente de Sirnilce.

—Siento la muerte de Fuano —le dije.

—Se la hemos hecho pagar —respondió—. Derrotamos a un ejército romano en el Betis y a otro en Ilorci. Y allí, Aníbal, allí cayó Escipión.

—¿Escipión? ¿Cuál de ellos?

—Cneo, Cneo Escipión.

Yo no sabía que la muerte aún pudiera producirme tanto placer.

—¡Una gran noticia! ¿Cómo te llamas?

—Salió.

—Bien hecho, Salió. Cabalga a mi lado y hablame de mis hermanos. Gástelo, que den esta noticia a todos los hombres. —Dio media vuelta, dispuesto a cumplir mi orden—. Y diles que marchamos… sobre Roma.

Lanzó un grito y se alejó al galope. Durante mucho rato, los gritos de «¡Roma, Roma, Roma!» me impidieron hablar con Salió.

Todos oíamos resonar dentro de la muralla los gritos de «Hannibal ad portas! Hannibal ad portas!», las órdenes, el tumulto. Hice ensuciar los ríos. Encontré y bloqueé los dos acueductos. Mandé saquear las granjas e incendiar las cosechas. Las murallas de Roma estaban mudas mientras reparábamos un puente sobre el Tíber. Porque yo pensaba entrar por la puerta, y mudas estuvieron hasta el cuarto día.

Vi apretarse gente en las almenas, encima de la puerta Colina. No había soldados. Parecían celebrar una ceremonia, un acto ritual. El viento me

traía jirones de frases. Estaba a mi lado un lojarcós, ¿cómo se llamaba?, un etrusco valiente.

—¿Hablas latín? —le pregunté en griego.

Escupió.

—Todos los coriseos fuimos obligados a hablar solo latín, hasta que llegaste tú.

—Llévate a veinte hombres, con escudos largos, nada de armas. Synapismos, agachados.

—Acércate hasta que puedas oír lo que dicen. —Me fui a situar a los honderos, por si se trataba de un ardid.

Nada se lanzó contra mis hombres desde la muralla. Nadie los miró. Los romanos empezaron a dispersarse. Lo que estuvieran haciendo, había terminado. El lojarcós parecía desconcertado cuando regresó.

—¿Qué hacían? —pregunté.

—Aníbal, estaban, estaban celebrando… —Sacudió la cabeza.

—¡Habla!

—Celebraban una subasta. —Pronunció la palabra griega apokeryximon, como si fuera el nombre de una extraña divinidad o un genio celta de las aguas.

—¿Una subasta? ¿Y qué subastaban?

—Las tierras en las que estamos acampados nosotros.

—¿Y ha habido comprador?

—Sí, Aníbal. Y decían que se había ofrecido el precio normal.

Corrí hacia la puerta y lancé la jabalina que tenía en la mano como no la había lanzado nunca.

Su punta de hierro perforó la placa de bronce y se clavó en la madera, astillándola. El asta temblaba, temblaba y se partió.

Llegaron los exploradores: estaban asustados y sus caballos, reventados.

—¡Aníbal! ¡Tres ejércitos! ¡A un día de marcha!

Yo no podía combatir a un ejército tan superior en número, en la abierta llanura de Roma.

Llamé a Salió.

—Ve en busca de mis hermanos. Diles que vengan.

Decepcionados y hoscos estaban los hombres cuando nos fuimos hacia el norte y después hacia el este. Mi ánimo era sombrío. Todos llevábamos el estómago vacío. Adondequiera que llegábamos encontrábamos lo mismo: los romanos habían ordenado que todo el grano que no pudiera

guardarse dentro de las murallas de las ciudades fuera quemado. Teníamos que excavar en busca de depósitos enterrados. Las legiones romanas nos seguían. Gástelo me preguntó qué haríamos.

—No podemos pelear contra tantos, Gástelo. Y ellos tampoco presentarán batalla. Tenemos que esperar la ayuda de Asdrúbal.

A pesar de todo, yo aún vencía. Por ejemplo en Taren-to, donde Aníbal demostró que aún merecía el miedo de los romanos. Capturé Tarento con una estratagema de la que aún estoy orgulloso.

Los romanos tenían allí una guarnición. Tarento era una ciudad griega, vieja amiga de Cartago, con la que comerciaba. Aquel invierno que pasé en la cercana Metaponto, me enteré de las crueldades perpetradas allí por los romanos. Todo el que fuera sospechoso de deslealtad a Roma era ejecutado, sus bienes confiscados y las mujeres de su casa entregadas a los burdeles de los legionarios.

Los romanos dejaban salir a cazar jabalíes y ciervos a los griegos que consideraban leales. Mis piquetes capturaron a varios y me los trajeron. Filomeno es uno de los que recuerdo. Quedó asombrado por la soltura con que yo hablaba el griego. Le hablé de Sileno. Filomeno era un hombre bondadoso y culto.

—Los romanos son toscos, Aníbal. No tienen literatura, ni arte, ni ciencia, ni arquitectura, ni filosofía. Todo lo que piensan, si algo piensan, lo tornan de nosotros, los griegos.

Mientras escuchaba al griego, tracé un plan.

Acordamos que Filomeno y sus amigos pedirían permiso para salir a cazar cada cinco días.

—Procura dar al legado las mejores tajadas. —Me gustaba pensar que el jefe de la guarnición romana estaría bien alimentado cuando lo matara.

Durante dos meses, Filomeno vino a cazar… a mi campamento. Yo siempre tenía caza fresca esperándole.

—Ahora, cuando regresamos por la noche, solo tenemos que silbar para que nos abran la puerta —me dijo. Casi me reí.

Venían conmigo solo cincuenta hombres. Llevábamos la cara ennegrecida con hollín y las armas envueltas en paños cuando, al anochecer, nos arrastramos hasta la puerta norte de Tárente y nos escondimos al pie de la muralla. Filomeno lanzó su silbido habitual. Oí reír y bromear a los centinelas que retiraban las trancas de la puerta. El corazón me martilleaba en el pecho, pero mi cabeza estaba despejada, de un azul purísimo.

—Venid a ayudarnos —oí gritar a Filomeno a los centinelas—. Traemos tres jabalíes y pesan mucho.

—Griegos, sois enclenques como niñas… —Aquel centinela no pudo decir más porque, apenas salió, lo así por detrás y le corté el cuello, al igual que hicieron mis hombres con los otros tres.

Entonces silbé yo, y acudió mi syntagma, todos hombres elegidos por mí, corriendo en silencio en la oscuridad. Así capturé Tarento y maté a su guarnición romana, hasta el último hombre, y animé a mis soldados. Esta conquista me dio ocasión de volver a escribir a Cartago —como tantas otras veces— para pedir ayuda a fin de destruir Roma.

No pude conservar Tarento, desde luego. Eso lo sabía incluso antes de tomarla. Con el tiempo, volvió a caer ante las fuerzas de asedio y las legiones de Roma, lo mismo que Capua. Pero yo seguía esperando. Tuve noticias de Epicides. Hierónimo había sido asesinado —no decía por quién—, y Siracusa se había sublevado y matado a la guarnición romana. «Muy bien —pensé—. Eso hará salir de Italia más legiones romanas».

Yo estaba en el Brucio, en la punta de la bota de Italia, cuando recibí más noticias de Sicilia.

Los romanos habían puesto sitio a Siracusa. Cartago había enviado más tropas, mandadas por un tal Himilcón, que habían arrebatado Agrigento a los romanos, pero no habían conseguido romper el sitio y ahora se encontraban sitiados a su vez en la propia Agrigento. El cónsul Marcelo había emboscado a otras fuerzas cerca de Panormo. Los romanos hicieron a Himilcón lo que yo les había hecho a ellos en Trasimeno. «Están aprendiendo», pensé. Finalmente, y aunque pueda parecer increíble, la propia Siracusa cayó, pese a las ingeniosas defensas de Arquímedes, al que los romanos mataron durante el saqueo.

«¡Ahora, hermanos, Asdrúbal, debéis venir ahora!». Era verano. Yo no había tenido noticias.

¿Habrían cruzado los Alpes en primavera? Fui otra vez hacia el norte, a Tifata. Había deserciones. Dije a Gástelo que hiciera correr la voz de que venían mis hermanos. Juntos marcharíamos sobre Roma.

Aquella noche, en Tifata, oí voces de alarma. Nuestros puestos avanzados dieron la alerta.

Gástelo en persona me trajo la causa de aquel revuelo. La depositó en el suelo, a mi lado, a la luz vacilante de la lámpara. Era la cabeza de mi hermano Asdrúbal, la cara, contraída por el terror, magullada y ensangrentada, roja y morada, con un trozo de espina dorsal asomando que

la hacía oscilar hacia uno y otro lado. Yo estaba de pie, mirándola, mirándola, y no sentía nada.

—La han arrojado por encima de la empalizada y se han ido —dijo Gástelo. Asentí, nada más, y él se fue.

¿Fue macabro conservar junto a mí aquella cabeza? Creo que yo confiaba en que ello me hiciera sentir, que me hiciera volver a desear matar, o vivir, o morir, no sé. En la cabeza de mi hermano vi entonces la suerte de Cartago. Necesitaba verla pudrirse. Cada mañana, al despertar, la miraba.

«¡Siente, Aníbal, siente!», me decía. Pero no sentía nada, y la piel de la cara de mi hermano pasó del rojo al castaño y, finalmente, al gris.

Fuimos hacia el sur. Yo ni siquiera llevaba coraza aquel día en nuestro campamento de Locri cuando vi cinco manípulos romanos que se acercaban a nuestra empalizada. Era algo habitual, normal: la columna de nuestros hombres salió. Los romanos hostigaban y se retiraban. Rojo, mis ojos solo veían rojo, rojo en todos sus matices: cárdeno, escarlata, chillón, bermejo, cremoso, satinado, carmesí, rubí, sucio, anaranjado, bermellón, rojo tornasolado de muerte.

Tomé una espada y salí detrás de nuestros soldados, y al poco ya les había adelantado, corriendo y gritando:

—¡Soy Aníbal, eguergui, venid a pelear, a compartir el rojo de mi cólera! —Y corría hacia los manípulos, neófito de la muerte y de la ira roja.

Caliente me pareció el pilum que vino a mi encuentro, recuerdo que así lo pensé. No sentí dolor, solo calor, y era también rojo. Un mar, un seno materno, una arteria, un mundo de sangre de mi corazón que bombeaba tinieblas, que eran rojas.

La parte de mí que aún vivía estaba lejos. Me parecía oír la voz de un hombre, ¿era la de Bostar?, que me llamaba desde abajo, donde estaba el espacio de la vigilia. Libre como el agua, puro como el fuego, ingrávido como el aire, yo viajaba, buscando e indagando, por un silencio rumoroso, y descubrí que más allá de las estrellas no había límite. Entonces oí una voz…, no era la voz de un hombre, una voz suave, firme y perentoria, que me llamaba en aquella incandescencia etérea. Y comprendí que la voz era mi voz, la voz de mi vida que se iba, distante, muy lejana. No me suplicaba sino que preguntaba, preguntaba si estaba seguro.

Podía elegir, decía la voz, entre alcanzar la paz que tanto ansiaba una parte de mí, aunque esta era una opción que yo sabía que ya había perdido, y volver a mi cuerpo, allá abajo. Entonces invoqué a mi padre, a Similce, a Mahárbal, a mi hermano, y todo lo que su ausencia me había enseñado, y

sentí vergüenza y curiosidad, y elegí la lucha que es la vida del hombre, que estaba allá abajo.

Estuve muchas semanas en aquella choza de nuestro campamento de Crotona, semanas de fiebre, de delirio, de curación, atendido por Bostar. Mientras escribo, veo la cicatriz de mi estómago: purpúrea, nudosa, amarilla, lívida, moteada de blanco y ocre y que, al cabo de tanto tiempo, sigue siendo profunda.

Día tras día, llegaban mensajeros. Ahora Cartago estaba alarmada. De repente, tenía barcos para enviar mensajes a Aníbal. Me enteré de que Escipión el Joven había desembarcado en África. Ni siquiera entonces quise partir y permanecí en la punta de la bota de Italia, Italia, en la que tanto tiempo había estado. Y los romanos, que me rodeaban con doce legiones, seguían sin atreverse.

En despachos, escritos ahora en púnico vulgar, el Consejo me daba noticias. En la batalla de los Grandes Llanos, Escipión había destruido el tan ponderado ejército de Cartago, el que no habían querido enviarme a mí. Me interesaba saber cómo había ganado Escipión. Pregunté. Me dieron la explicación completa. Vi lo que Escipión había hecho, lo que Escipión había aprendido… de mí.

Fue una acción simple, brillante, valiente. Era el hombre al que vi en el Tesino. Sabía que nuestros destinos estaban enlazados. Él había aprendido de mí, pero también de sí mismo. En los Grandes Llanos había desechado tácticas romanas seculares. Los ejércitos trabaron combate. Mientras los asteros mantenían la línea, Escipión hizo algo inaudito, algo que yo estaría orgulloso de haber hecho. En lugar de conservar a principales y triarios en reserva, por si la primera línea se rompía, los envió hacia los flancos. Nuestro ejército quedó rodeado y cayó hasta el último de sus hombres.

Cartago estaba sitiada. Solo yo podía salvarla, decían los despachos. Me recordaban que eso había hecho mi padre, acudir a la llamada de Cartago, cuando se hallaba amenazada por los mercenarios. Sicofantes repulsivos, pensé. En mi respuesta, les decía que pactaran con Roma su propia paz, dejándome a un lado, como habían hecho siempre.

No me sorprendió descubrir que ya lo habían intentado. Ni que el Senado les respondiera que no hablaría de paz mientras Aníbal permaneciera en suelo romano. Los Ancianos nie ordenaban regresar.

Yo estaba indeciso. Todos los días recorría el campamento, observando a los hombres.

¿Tenían buen ánimo? No para ir a África. Deseaban marchar, pero hacia el norte. ¿Fundar otra Cartago en el norte, quizás en Iberia, donde Aníbal pudiera gobernar y ser un hombre?

Nuestro campamento había atraído a un gran número de seguidores. Era natural. Yo aborrecía a las prostitutas y los burdeles, y había hecho ejecutar a los violadores; pero durante aquellos últimos años se habían introducido en el campamento muchas mujeres, griegas, ilirias, corcirias, locrias, sirias e italianas, que vivían con los soldados casi como si fueran sus esposas. Yo no veía mal en ello. En Crotona, mientras me restablecía, me gustaba pasear y ver a hombres y mujeres juntos lavar ropa, reír y charlar al sol.

El soldado se llamaba Ticeo, era númida y un buen jinete, uno de los pocos que quedaban de los que habían estado conmigo desde el principio. Lo llamaban oíkaner, en el griego basto de mi ejército, es decir, hombre de su casa, porque vivía con una italiana, una tal Flavia. Tenían una pequeña cabaña pasado el campo de los caballos, y todos sabían que, cuando no estaba de servicio, Ticeo dejaba a sus compañeros con sus dados, sus peleas y sus juegos, para ir a su cabaña. Yo estuve en ella una vez, y vi que Ticeo había hecho una tosca mesa, sillas y otros utensilios, con madera de arbustos. A los celtas y galos, que odiaban a los italianos y a los romanos, no les gustaba aquello; pero para Ticeo y para su pueblo, mercenarios desde hacía generaciones, esta guerra de Aníbal era como cualquier otra.

Yo sabía que Ticeo y Flavia habían tenido una hija. Un día, Ticeo, acompañado de sus amigos, me trajo lo que quedaba de ella.

Era muy pequeña, esto aún pude verlo: un tronco desnudo, diminuto, nada más. Luego, Ticeo destapó un fardito, en el que vi dos brazos y dos piernas.

—Dikastérion —dijo. Era la palabra que se usaba en mi ejército para pedir justicia por un crimen.

Llamé a los hombres ajuicio. Yo presidía. Hacía mucho tiempo que yo andaba ausente, junto a la muerte, y me pareció llegado el momento de que mi ejército me supiera recuperado, porque no había en él ni un solo hombre para quien el martirio de aquella criatura no fuera una muy buena o una muy mala acción.

Amulgo, un galo, nada menos que un lojarcós, reconoció ser el cabecilla.

—No me avergüenzo —dijo—. ¡Estoy orgulloso! —Y todos los galos manifestaron su aprobación y su apoyo con grandes aclamaciones.

Aquello se había convertido en algo más trascendente que la muerte de una niña. No se puede dejar inactivos a treinta mil hombres sin que afloren rivalidades y rencores. Bastante difícil era mantener la armonía en campaña. Durante quince años, había tenido un ejército compuesto por casi la misma cantidad de tribus, y nunca me había visto ante un conflicto semejante.

—Que aprendan esos pieles negras que los italianos son una inmundicia. ¿No los tenemos ya en número suficiente delante y alrededor de nosotros para que tengamos que engendrar más? ¡De todos modos, yo creía que a los negros les gustaban las mujeres por el otro lado!

—¿Mujeres? —dijo una voz celta—. ¡Yo pensaba que lo hacían con perros!

Así estuvieron un rato. Les dejé decir. Luego interrogué a Ticeo.

Explicó que estaba de patrulla. Su mujer había dejado a la niña para ir a buscar agua. Señaló a su hija que estaba en el suelo.

—Todos somos hijos del mismo padre. Su madre es italiana, pero es una mujer, y es hija de un hombre. —Puso su espada a mis pies—. Pido exzeran, Aníbal. —Exzeran es una palabra púnica que designa una antigua forma de dirimir las disputas en nuestro ejército: combate singular a muerte, y la querella queda zanjada.

—¿Aceptas, Amulgo? —Este, un gigante de barba rubia, joven y fuerte todavía, soltó una carcajada, porque Ticeo era pequeño y huesudo, como la mayoría de los de su pueblo, y bastante más viejo. Pelearon el tiempo que se tarda en refrescar a un caballo sudoroso, el tiempo que se tarda en reparar un escudo abollado. Amulgo desperdició su fuerza inútilmente, porque, cada vez que embestía o golpeaba, Ticeo esquivaba su acometida. Le alcanzó, sí, porque el númida sangraba por heridas de espada y hacha cuando mató a Amulgo, que yacía jadeando en suelo ensangrentado. Con una sola mano levantó su arma. Invocó a los oscuros dioses de aquel desierto que no veía desde hacía mucho, y hundió la espada de su venganza en la desnuda garganta de Amulgo.

Yo estaba allí de pie, al sol, cuando terminó el combate, mirando el cuerpo de la niña sin brazos ni piernas que yacía envuelta en un sudario de moscas, mientras los compañeros se llevaban a Ticeo para curarle las heridas. Yo mismo cavé la tumba de la niña. Muchas son las iniquidades y muchas las vidas que he visto nacer y acabar. Comprendí que había llegado para mí el momento de volver a empezar.

Cuando los Ancianos me enviaron otro mensaje, dije al emisario:

—Di a los Ancianos que Aníbal irá. Diles que irá, por una niña sin brazos ni piernas. A la salida del campamento, verás su tumba.

Construimos los barcos que necesitábamos con inusitada rapidez. ¿Por qué no lo había hecho antes? Esto pensaba mientras veía talar los árboles y cortar las tablas en los bosques del Sila. Y pensaba: «Qué extraño que mi guerra haya sido librada en tierra y perdida en el mar, donde nunca he combatido».

Entonces, en un templo de aquel acantilado que se alza sobre un mar que no era lo bastante grande para Cartago, la potencia en la que yo había nacido, y Roma, la potencia que creció después, escribí lo que yo había hecho en Italia, para que todos los hombres pudieran verlo por siempre. En púnico y en griego, en planchas de bronce, grabé el número de mis hombres y, a su lado, el número de las multitudes de romanos.

Mi último acto en Italia fue dar la libertad a muchos de mis soldados. La mayoría eran galos y celtas, enemigos de Roma. Yo sabía que en África se amotinarían. Sin mí, los romanos los crucificarían. Así que los hice matar allí, en la costa. Eran más de cuatro mil.

Por fin, al caer la tarde, zarpamos. Nuestras velas eran de lienzo, de piel, de cuero, de todo lo que pudimos encontrar. Mucho había perdido yo en Italia. Pero quizá, pensaba, había encontrado mucho más. El timonel puso rumbo a Cartago. Aprovechamos la brisa del anochecer. Miré en derredor a los barcos, los hombres, los caballos…

—¿Dónde está Bostar? —pregunté a los que estaban a mi lado. Nadie lo sabía.

Me volví y entonces lo vi, con mi único ojo, solo, en la orilla que se alejaba. Levantó la mano derecha con la palma hacia mí. A la luz del crepúsculo, parecía más alto y más próximo. El ademán era una elegía, un saludo, una bendición. Comprendí. Fui a popa, pasando entre los soldados que cenaban.

Estuve mirando a Bostar hasta que se borró de mi vista.

Aquella noche, bajo el influjo de Bostar, dormí como hacía años que no dormía, hasta que vino el timonel a despertarme.

—¡Llegamos a Cartago, Aníbal!

¿Qué era Cartago para un sirio como él? ¿Un puerto como tantos? ¿Qué era para mí?

Mi plan inicial era tratar de entrar directamente en el puerto. Era muy temprano. Suponía que la flota romana estaría varada, no en el mar. Pero necesitaba volver a encontrarme con África.

Necesitaba ir a Adrumeto, para encontrar lo que yo había sido, para pensar y prepararme, y así lo dispuse.

Estaba tal como la había conocido en mi niñez: una playa larga, de tortugas, palmeras y cuevas. La distancia hacía más dulce el recuerdo. Fondeamos y fui el primero en pisar suelo cartaginés.

Establecimos el campamento hacia el interior, en una meseta que se elevaba en terrazas escalonadas y desde la que veíamos una gran extensión a nuestro alrededor. Y había una fuente. Los hombres comieron pescado, fresco y abundante, y dátiles. Era un buen lugar aquel en el que acampamos.

Envié a diez hombres a Cartago de inmediato, númidas que conocían bien las rutas sin sendas.

Ticeo era uno de ellos. Pedía hombres, armas y provisiones. Sabía que Escipión tenía tres legiones. Yo tenía tres escuadrones y ochocientos jinetes. Los entrenaba mientras esperábamos. Habíamos llegado del Brucio muy laxos. Venían a ofrecerse a mí libios y mauretanos, gentes de baja condición que ni Cartago ni Roma quería. Yo los aceptaba, con resignación.

—¿Podrán aprender, Gástelo? —pregunté.

—Lo intentaremos —dijo. Gástelo era muy ducho en hacer soldados, aunque ya estaba viejo y apergaminado.

Cartago me envió dos escuadrones de celtíberos, recién reclutados en el oeste de Iberia, que los romanos todavía no habían conquistado. Así pues, para ellos Cartago tenía barcos, pensé. Tiempo habría para pensar en estas cosas cuando hubiéramos ganado la batalla. Eran muy buenos soldados, disciplinados y hábiles. Venían con ellos ochenta elefantes de la muralla de Cartago, ricamente enjaezados, y sus conductores. No me gustaron aquellas ondulantes gualdrapas. Las mandé quitar.

Quería que en mi ejército dominara el negro. Había ordenado teñir las armas y las corazas con ceniza mezclada con tinta de calamar y pulpo.

Los Ancianos me mandaron oro. Pagué a las tropas. Cada día llegaban mensajeros: ¿Cuándo vendrás? Yo respondía: Aníbal irá cuando esté preparado.

La forma de combatir sería diferente, en campo abierto, en terreno llano. Yo entrenaba a mis tropas para darles movilidad, agilidad, ligereza de ave. Mi única esperanza para suplir la falta de hombres eran los elefantes. En ellos confiaba para arrollar a los asteros de Escipión. Me preguntaba si bastarían.

Otra cosa me demoraba. No hablaba de ella, ni permitía que se supiera, pero cada paso que daba era una agonía, cada inspiración, una cuchillada. Yo siempre me había movido libremente entre mis hombres, me lavaba, nadaba, trabajaba al sol casi desnudo. Ahora procuraba que nadie viera lo que había debajo de mi túnica.

Donde me había alcanzado el pilum romano, donde latía la reluciente cicatriz, allí estaba el dolor. El estómago se había cerrado, sí, pero pegado a mis costillas. Estaba tirante como la membrana de un tambor. Solo estando echado dejaba de sentir el dolor. Y a veces se me iba la cabeza, de debilidad, porque no retenía el alimento. De noche, en secreto, me preparaba y tomaba los brebajes que me había dado Bostar, de huesos de comadreja triturados, mejorana y tomillo. Si algo sólido comía, mi estómago, contraído como estaba, lo devolvía. Aún no me sentía dispuesto cuando vino Escipión. Mis exploradores informaron de que su ejército se dirigía hacia Zama, una ciudad situada al suroeste de Cartago, conocida por sus aceitunas y su vino. Fui a su encuentro, impaciente por elegir el terreno para la batalla fatídica.

Me enteré de que los extraordinarii de Escipión eran númidas de las tierras del oeste lejano, y que con ellos estaba Masinisa, su rey. Llamé a Ticeo y le pedí que tratara de mezclarse con los númidas de Escipión para entrar en su campamento. Se rio, eso lo recuerdo, algo insólito en su gente.

—Así que ahora he de ser espía, Aníbal. Haré cuanto pueda.

Regresó al cabo de cuatro días, satisfecho y tranquilo.

—¿Qué has averiguado? —le pregunté.

—Di mejor qué no he averiguado. —Me dio muchos y minuciosos detalles de las armas, los hombres y los planes de Escipión. Tenía nada menos que doce mil jinetes.

—¿Tantos? —De inmediato, empecé a hacer planes—. Es magnífico que hayas podido enterarte de tantas cosas, Ticeo. ¿Cómo lo conseguiste?

—He tenido el mejor de los guías.

—¿Quién era tu guía?

—Mi guía era Escipión, el jefe romano.

Ticeo había sido descubierto y llevado a Escipión para ser sentenciado. Ticeo le habló de mis órdenes y Escipión dijo:

—Soltadle. ¡Ven conmigo, númida! —Y lo llevó por todo el campamento. Después lo dejó marchar diciendo—: Cuenta a tu jefe lo que has visto y dile que espero la batalla con impaciencia. Dile que creo que nuestros destinos están unidos.

—¿Cómo es ese Escipión? —pregunté a Ticeo. Son sagaces los númidas, de gesto austero y distante, como su país de arena.

—¿Escipión? —repitió Ticeo, y recuerdo las palabras griegas que utilizó. Ti de tís; ti de u tis.

«Qué es, qué no es»; Escipión es un hombre.

Aún me sentía desconcertado cuando, la víspera de la batalla, el romano me envió recado de que quería verme. Se me había adelantado a ocupar una buena posición en el monte de Judiat Bexthene. En realidad, no era mejor que la nuestra, pero tenía agua. Yo había acampado enfrente, al otro lado de un llano, en el alto de Jat Bourene. Creo que me sorprendí a mí mismo al acceder a su petición.

Salí a su encuentro solo, como solo había venido él. Yo llevaba mi coraza negra. Él vestía de blanco, con la orla púrpura de su rango en la toga. Tenía la piel clara para ser romano, el pelo rizado y los ojos azules. Era delgado y caminaba hacia mí con paso elástico. ¿Cuál sería mi aspecto, más fornido, más bajo, esforzándome por no arrastrar los pies, mientras mi estómago gemía con cada movimiento? Me pareció diez años más joven que yo.

Hablamos en latín. El suyo era pulido, esmerado. El mío, tosco y directo, el habitual en mí.

Fue la única vez que hablé con un romano de igual a igual. Celebro que fuera la última. «¿Adonde ha ido tanto odio?». Esto me preguntaba. Dije a Escipión:

—Si puedo, te mataré.

—Te vi pelear en Tesino —respondió él—. Me alegro de que volvamos a encontrarnos. He sido discípulo tuyo, Aníbal. De ti he aprendido.

Observé que tenía unas manos largas, de dedos finos y puntiagudos.

Ahuyentó una mosca de la cara.

—¿Es necesario que luchemos, Aníbal? —me preguntó—. ¿No puedes ofrecer a Roma la paz?

—No está en mi mano, ni en mi ánimo. Os habéis apoderado de Iberia y de Sicilia, Escipión.

—No podré descansar mientras Roma siga en pie.

—¿Por qué?

Miré por encima de su hombro, vi a sus legados y pretores a pie y a caballo, impacientándose al sol. Estuve a punto de decirle: «Por lo que hicisteis a Similce y a la tumba de mi padre. Porque…».

La verdad es que no sabía por qué.

—Porque no sabría vivir de otro modo, Escipión.

—Bien —dijo él—. Discípulo y maestro. ¿Conoces el Banquete de Platón? —Lo conocía bien, gracias a Sileno. Y Escipión y Aníbal hablaron de Platón frente a Zama—. El mundo de Platón era mejor que este, ¿no te parece, Aníbal?

—Sí, Escipión —dije. Vi que era un hombre como yo. Era el destino, las circunstancias, lo que nos hacía pelear uno contra otro. Nuestra estirpe, eso y nada más.

Trabamos batalla a la mañana siguiente. Yo había planeado una finta de madrugada. Pero mientras mi caballería ligera desayunaba en la oscuridad, mis exploradores me informaron de que Escipión hacía otro tanto. Acción y reacción. Sonriendo, anulé la orden. Nos echamos a dormir hasta el amanecer. No debí tomar sopa. El estómago me gorgoteaba, se hinchaba y se contraía.

Cuando los dos ejércitos bajaban al llano, mis disposiciones eran todavía las planeadas. Cuatro líneas había formado, esperando que los romanos formaran tres. La cuarta y última estaba compuesta por la mitad de mis veteranos italianos, doscientos pasos por detrás de las demás, por si Escipión desplegaba a sus principales y triarios igual que en la batalla de los Grandes Llanos.

Pero, de este modo, mi primera fila, la mitad de los celtíberos, los mauretanos, los libios que se habían unido a mí, estaba en clara inferioridad, solo dos en fondo. La primera línea romana, como pude ver cuando se acercaron, era de cinco en fondo. Gástelo marchaba al frente de nuestras filas. Me hizo cinco destellos con su espejo de bronce. Yo respondí al mensaje. Ya lo había visto.

Vi a la caballería romana, muy numerosa, que esperaba en las alas. Hice cargar contra ella a la mía, menos numerosa, quizá precipitadamente. Quizá. ¿Qué significa quizá? Las batallas dependen de la cosa más nimia. Los vi salir al galope y vi a los romanos seguirlos hacia el oeste. «¡Acortamos diferencias, Escipión! —pensé—. ¡Veamos ahora qué haces tú!».

Cuando las dos líneas estaban todavía fuera del alcance de hondas y pila, di la orden y ocurrió exactamente lo que yo había planeado. Mi primera línea voló, pero hacia dentro, a la orden estridente del cuerno de guerra. Ahora, en lugar de una línea, los romanos tenían delante diez columnas en marcha. Entre columna y columna, cargaban los elefantes, azuzados, enloquecidos. Las órdenes que había dado a sus conductores

eran claras y terminantes. De su cumplimiento dependía mi única esperanza frente a tantos hombres:

—Romped la primera línea de asteros, arrolladlos, aplastadlos. Se llegáis a la segunda, haced lo mismo.

La celeridad y fluidez de la reacción de Escipión es lo mejor que he visto en cincuenta años de guerra. Pareció que el movimiento se ejecutaba antes de que cesara el toque de las trompetas. En el momento en que se inició la carga de los elefantes, los manípulos romanos pasaron de la formación en damero a la de columna. En el tiempo que se tardó en recorrer la distancia a la carrera, los romanos cambiaron su formación, y mis elefantes solo encontraron columnas erizadas de lanzas, separadas por anchas avenidas. Cuando vi a las grandes bestias dejarlas casi indemnes, comprendí que, efectivamente, estaba luchando contra un general que había aprendido de mí. Sentí un calambre en el estómago. Hice una mueca y volví la cara. Cuando miré de nuevo, los huecos se cerraban y las primeras líneas corrían al encuentro una de otra. El estrépito del choque fue familiar y áspero como el olor agridulce de mi sudor. Con un agudo dolor en el estómago, me puse el casco. Palpé a mis viejos amigos: espada, escudo y puñal, hacha y jabalina. Los saludé. Su compañía me infundió seguridad, y me dispuse a unirme a la refriega.

Estas fueron las nuevas tácticas de la batalla de Zama, tácticas que el mundo no había visto hasta entonces. Sin embargo, la batalla, después de la maniobra de Escipión, fue igual a todas las batallas pasadas y, sin duda, muchas batallas venideras: un feroz cuerpo a cuerpo. Sin adornos ni floreos. Las primeras líneas se mataron entre sí. Las segundas lucharon sobre los cadáveres de las primeras. Mi tercera línea sucumbió ante los pila clavados en el suelo por los triarios, pero arrollé a estos con mi cuarta de recios veteranos. Habría podido vencer, luchando al lado de mis hombres, aun cansado, dolorido y mareado como estaba, atacando y parando, en un baño de sangre. A mi lado, mi línea dominaba, avanzaba, mataba. Golpe, defensa, paso adelante, golpe, defensa, paso adelante, y la línea romana retrocedía y se debilitaba.

Durante la pelea, vislumbraba fugazmente a Escipión, montado en su caballo, en lo alto de la montaña. ¿Todavía se preguntaba si podría vencerme?

¿O sabía ya lo de la caballería? No podía saberlo. Quizá solo lo presumía. Lo cierto es que llegó la caballería romana y, cuando la oí, cuando la sentí, cuando la vi detrás de nosotros, comprendí.

Di las órdenes a gritos. Me oyeron los suficientes, y comprendieron. Ordenadamente, más de dos syntágmata luchamos con decisión, para retirarnos después a Jat Bourene, unos riscos a los que no podían seguirnos los caballos romanos.

Llegamos a Cartago de noche. Había partido de la ciudad siendo adolescente, hijo de un Amílcar joven y poderoso. Regresaba derrotado, cansado, viejo. Pedí a los guardias que dieran buen alojamiento a mis hombres y que pidieran a los Ancianos que fueran a mi casa. Me encaminé a Megara solo.

Recuerdo los postigos cerrados, la maleza y el abandono. A la claridad de las estrellas, distinguí el gran gong del patio de los Barca, caído sobre el bastidor, con las correas flojas. Encontré el mazo y golpeé el metal una y otra vez, hasta que el sonido me llenó el cerebro. Me tendí al lado del gong que aún zumbaba, exhausto, solo, pensando en la batalla, en Escipión, en mi infancia, en mi padre, en Similce, en Roma.

No conocía a los hombres que acudieron. ¿Qué era yo para ellos aparte de un nombre? Me acusaron, dijeron que había decepcionado a Cartago, que la había dejado en manos de Roma. Era como Odiseo entre los pretendientes.

—Habría vencido si vosotros… —dije, pero sabía que era inútil—. Concertaremos la paz con Roma.

Me quedé dos días o puede que fueran más, durmiendo, escondiéndome en lo que había sido mi casa. Los oí llegar y llamarme. Yo solo quería estar solo, pasear por las salas oscuras y los corredores crepusculares, espacios de podredumbre y mudos gemidos.

Encontré la puerta secreta a la que se llegaba desde el jardín, después de abrirme paso por caminos borrados, cegados. Ya no oía ante mí el recordado crujido de la grava. Se abrió la puerta. Subí y, otra vez, la vi despertar bajo el primer sol de la mañana. Más grande que yo, mucho más grande.

Tenía que servirla mientras hubiera en mí un soplo de vida. Los niños se escondían de mí, los mayores me miraban fijamente al verme cruzar las calles de la mañana, lamentando la suerte de una batalla que creían que yo hubiera podido ganar. Pero mis batallas eran otras batallas y mis lugares otros lugares. Y ahora todo aquello estaba mudo dentro de mí. Fui en busca de mis hombres, les di algunas órdenes y me dirigí hacia la plaza pública, donde Hannón había sido crucificado.

—¿Y Astegal? —pregunté al hombre de larga túnica que estaba junto a las puertas del Consejo.

—Astegal ha fallecido. Yo soy ahora mayordomo del Consejo.

—¿Y Bomílcar, el sufeta? —También ha fallecido.

—Lástima. Me habría gustado conocerlo. Mayordomo, llama al Consejo. Diles que Aníbal ha vuelto.

—Es temprano. Todavía estarán…

—Obedece, hombre, si no quieres que te corte la lengua. —Yo estaba sentado en el gran sitial cuando entraron soñolientos, de uno en uno y en pequeños grupos.

Recuerdo el coro de sus voces que me decían lo que había y lo que no había que hacer. Los dejé hablar, discutir y vociferar. En mi vida he tenido que oír mucho parloteo.

Al fin callaron, avergonzados. Entonces habló uno con voz clara.

—Soy Salícar, máximo sufeta. Dispongo que se celebre consejo para decidir lo que debe hacerse. —Echó a andar hacia mí, cruzó la sala y subió los escalones sagrados de oro y marfil, hasta donde yo estaba, sentado en la silla. Ahora dicen que me apoderé de la silla de Cartago. No es cierto.

Simplemente, no la cedí.

—Debes cederme el puesto. ¡Soy el sufeta! —manifestó Salícar.

—Eso nunca. —Y grité mi orden—. ¡Bainomen! —que en griego significa ¡Adelante! Por la puerta de plata entraron mis hombres, todavía con la coraza negra.

—¡Esto es ultrajante, es demencia!, ¡es una profanación! —gritaban los Ancianos. Les dije que se fueran a casa.

Durante los dos años siguientes, lo intenté con todas mis fuerzas, intenté ser hombre de paz y no de guerra. Primeramente pactamos con los enviados de Escipión. Sus condiciones eran generosas.

Cartago seguiría siendo independiente. No podría construir una flota de más de diez barcos de guerra.

Se le prohibía hacer la guerra contra cualquier pueblo de fuera de África o contra cualquier pueblo de África sin consentimiento de Roma. Dicen que Escipión quería acabar lo antes posible y regresar a casa para festejar su triunfo. No lo creo. La reparación que pidió no era abusiva: diez mil talentos en cincuenta años. Yo había paseado por Cartago y visto las riquezas de muchos de sus habitantes. Si ellos contribuían, podríamos construir una nueva flota y reunir otro ejército. Solo si disponía de ambas cosas volvería a intentar mi empresa. Yo recordaba el juramento de odio

eterno a Roma. Ahora juré que aquel voto no moriría mientras hubiera vida en mí. Pero había que esperar el momento y ocasión propicios.

Por lo tanto, no fui yo quien atacó a los enviados romanos que navegaban hacia Roma con la misión de hacer ratificar por el Senado la paz que debía imperar entre Cartago y Roma. Se llamaban Fabio, Bebió y Sergio. Les di escolta con los tres únicos trirremes que teníamos, o eso creía. Los romanos dicen que maté a sus enviados, y los cartagineses que perdí tres barcos. Solo doce de sus marineros regresaron a Cartago para contar lo ocurrido.

Cuando salían del río Bagrada e izaban velas para hacerse a la mar, surgieron de pronto tres quinquerremes que les embistieron y un tropel de soldados los abordó y acuchilló a sus tripulantes.

Yo había hecho mucho en Cartago, había restablecido el orden, la esperanza, los suministros.

Hice dragar el puerto exterior y sembrar los campos incendiados por Escipión. Muchas cosas había hecho. Pero estas cosas no contaron cuando llegó la noticia de la muerte de los enviados. Yo era un extraño en Cartago. Mis preguntas no encontraban más que un hosco silencio o una acusación.

Salícar, por lo menos, fue franco en su perfidia.

—Esto lo hiciste tú, Aníbal, nos consta —dijo con firmeza en el consejo.

—Eres digno hijo de Bonificar —le repliqué en voz baja.

—¡Cómo te atreves a pronunciar su nombre! —me gritó—. Tú, que tanto mal nos has causado. ¡Ni siquiera lo conociste!

—Sé que hace mucho tiempo, en Cartagonova, alguien ordenó matar a Asdrúbal. La muerte de los enviados es un acto similar. —Tenemos un dicho púnico que entonces les recordé, el de los perros que no comen carne—. ¿Quiénes de vosotros han conspirado con quiénes de Roma? —les pregunté.

No esperaba que me contestaran. Estaba cansado. Yo había nacido para esto, pero no lo entendía. Formaba parte de ello, pero me sentía aislado. Era amo y era criado. ¿Qué me dolía mas, el estómago, el corazón o la cabeza?

A pesar de todo, me hubiera quedado, hasta que me mataran con un veneno lento o una puñalada nocturna. Me hubiera quedado hasta terminar la tarea, hasta que Cartago conociera una paz honrosa y pudiera volver a prosperar.

Estos eran los sueños de un hombre, no los del muchacho que había marchado sobre Roma.

Roma debía de estar tan exhausta como Cartago. Yo podía saberlo mejor que nadie. Porque Roma todavía luchaba contra los boios y extendía su dominio en Iberia. Antíoco, rey de Siria, conspiraba contra ella. Habría guerra. Mientras tanto, Roma había derrotado a Filipo en la gran batalla de Cinocéfalos. Ahora que tenía que gobernar Macedonia, Roma no podía pensar en invadir África, si África no la hostigaba. Todo esto y más decían los barcos mercantes que volvían a Cartago, igual que las golondrinas en primavera.

Pero los romanos enviaron una embajada a Cartago que venía en mi busca. El Senado había dicho que solo podría haber paz cuando yo estuviera cautivo en Roma. No hablarían de paz hasta que el hombre que había matado a sus enviados estuviera en su poder, «perdomitus in vinculis», humillado y encadenado. ¿Se había dispuesto así en Cartago, en conciliábulo secreto, por algún grueso y maloliente miembro del Consejo?

Gástelo había muerto en Zama y Hamilax mucho antes. Por mis hombres no temía: Cartago siempre había pagado a sus soldados. Aunque yo me marchara, respetarían y pagarían a mis hombres.

Aquí nada me retenía. La casa de mi padre en Megara estaba vacía y abandonada, solo albergaba recuerdos de un amor de infancia por Cartago, que ya estaba frío y muerto.

No habían encontrado el tesoro secreto de mi padre, sepultado debajo de las losas de pórfido de la sala de los ecos profundos. Me dispuse a llevarme cuanto pudiera transportar. Solo una cosa me quedaba por hacer. Me había enterado de cómo había pasado Sueno sus últimos años en Cartago. Por mi causa todos le habían vuelto la espalda. No habían querido ampararle, y él, como buen griego, se había acomodado a las circunstancias.

Había encontrado vivienda y ocupación en un sórdido y mísero rincón de Malqua, el barrio de los tintoreros, donde llevaba las cuentas de los alcahuetes de prostitutas y efebos. Una noche, fui al que había sido su alojamiento y desperté a la apestosa casera, que empezó a maldecir. Le ordené que trajera una lámpara de sebo.

—¿Dónde están sus cosas? —pregunté.

—¡Dónde van a estar! ¡Vendidas! —Era un griego viejo, encorvado y arrugado, que no tenía parientes ni amigos.

—Si hablas así de él, zorra, te mato y hago que tu sombra vaya a servirle. —Al oír esto calló, como si me creyera—. Te lo preguntaré otra vez. ¿Dónde están sus cosas?

—Ya te lo he dicho. Las vendí. Solo quedan unos pergaminos por los que nadie quiso dar nada.

Incluso se los ofrecí a Ashnego, el sirio que vende tablillas y papiros, por una estatera de cobre, pero se fue riendo.

Le pregunté dónde estaban y ella me los mostró. A la luz que chisporroteaba, vi lo que había conservado. Un rollo seco y agrietado del Teeteto de Platón. «Nunca lo entendí, Sueno —le dije—. Ahora estoy aquí en tu honor. ¿Puedes oírme de lejos?». Sófocles, Eurípides… Me sorprendió no ver nada de Esquilo, pero entonces encontré lo que esperaba encontrar, lo que estaba en mi mente. La Riada de Hornero, en una funda de piel de becerro, unos rollos venerados y muy gastados. Uno se abrió ante mí casi por sí solo, y en aquel cuartucho leí por Sueno, por mi padre y por Similce, por Cartago y por mi alma. Héctor explica a Andrómaca, su esposa, por qué debe ir a pelear, aun sabiendo que ha de morir:

> Día vendrá en que perezcan la sagrada Troya, Príamo y el pueblo de Príamo, el de las lanzas de fresno.

Tal fue mi despedida. Lo viejo había acabado. Empezaba lo nuevo.

Capítulo X

MUERTE

Ante mí estaba el mundo y yo era mi único guía. Mi nave estaba preparada. Me había procurado una barca de pesca, robusta y marinera. La habían construido tres hombres y decían que podía ser tripulada por uno solo. El último de los Barca aún tenía amigos entre los pescadores de Cartago.

Aquella noche, solo llegué hasta la isla de Cercina, frente a la costa de Cartago. No me buscarían tan cerca. Necesitaba tiempo para practicar los rudimentos de la navegación. «Aníbal, el soldado, marinero en una noche», pensaba tristemente, mientras accionaba las escotas y la vela. Pero la tripulación de un barco mercante me sorprendió por la mañana. Sin duda dirían que me habían visto.

Los invité a compartir mi desayuno: dátiles, aceitunas, pescado seco y pan. Se rieron al verme triturar todas estas cosas en un mortero y mezclarlas con agua. No les hablé de mi estómago. Sin pensar, les dije que tenía las encías ulceradas. Y de encías hablamos durante mucho rato, encías de marineros. Me dijeron que, en los viajes largos, se hinchan y se llagan, al menos si no tomas zumo de limón o limas.

Ellos querían paz, dijeron, paz para comerciar. Sentí una extraña desazón. ¿Había traído la guerra a un pueblo que solo quería comerciar? Este era el talante del que yo consideraba mi pueblo.

Roma les permitiría comerciar. A los cartagineses no les importaba si eran realmente libres. El que yo no me resignara a semejante esclavitud, ¿no era una forma de vivir solo para mi?

—El sol calienta —les dije—. Sentémonos a charlar, pero necesitaremos un toldo que nos dé sombra. Mi vela es muy pequeña para todos. Traed la vuestra. —Les agradó la idea de quedarse. Venían desde Tiro con buen viento, y su cargamento de cinabrio y laserpicio, pórfido verde y dátiles no se esperaba en Cartago hasta el día siguiente. Tardaron mucho en traer lávela. «Lo mismo tardarán en volver a enjarciarla», pensé.

Zarpé de Cercina a primera hora de la mañana siguiente, seguro de que, cuando ellos hubieran aparejado la vela, llegado a Cartago y hablado de mí, yo ya estaría lejos.

Me dirigí a Creta. Fue una singladura fácil, de nueve o diez días. Antes de dormir, ataba el timón al mástil. No en vano, desde que supe que me iría por mar, había preguntado a todos los marineros que encontraba por los vientos, las corrientes y las rutas.

Cnosós era un puerto grande y bullicioso, el corazón de Creta. Mi barco era solo uno entre muchos y, en la ciudad, en sus calles y mercados, en el sencillo alojamiento en que me hospedaba, Aníbal era solo uno de tantos hombres. Nunca hasta entonces había sido un ser anónimo. Aquellos fueron días sosegados, humanos, de espera con la mente en blanco: también en un manantial del desierto, cuando hombres o bestias han bebido mucho, hay que esperar a que, poco a poco, vuelva a llenarse el vaso.

Me gustaba pasear por las calles de Cnosós, ver y palpar sus robustas murallas semiderruidas.

Este fue el centro del poderoso imperio minoico, ya fenecido. Al igual que los hombres y que las hojas del bosque, los pueblos envejecen y mueren. Llegará el día en que también Roma sea un recuerdo, a pesar de su pujanza de hoy.

Eran muchos los que habían llegado a Cnosós huyendo de los romanos. Algunos solían reunirse en una taberna a beber vino de Creta y charlar. Yo comía allí con frecuencia, porque la comida era sencilla y sana, y me gustaba escuchar. Había en particular tres hombres, cuyos nombres llegué a conocer al escuchar sus conversaciones desde mi mesa.

Hamiscora era sardo, Malalas ilirio y Abgar macedonio. Hablaban en griego de cómo Roma los había obligado a abandonar su tierra. A veces, el vino los ponía melancólicos.

—Lo he perdido todo, todo —se lamentaba Hamiscora—. Y Roma es invencible.

—Sí, eso lo descubrí yo en la batalla de Cinocéfalos —dijo Abgar—. Esos romanos abominables derrotaron a nuestras formidables falanges macedonias.

—Pero lo consiguieron solo porque aplicaron tácticas aprendidas de otro —dijo Malalas.

—¿Aprendidas de quién? —preguntó Hamiscora.

—Pues de Aníbal, necio —respondió Abgar—. En Cinocéfalos no habrían ganado si no hubieran aprendido de él, especialmente el general Escipión. Y Aníbal demostró que no son invencibles. Un ilirio compatriota mío, que estaba en Cannas con los extraordinarii romanos, me dijo que lo que hizo Aníbal allí parecía increíble…

—¡Bah! —le atajó Hamiscora—. ¿Y de qué le habrá servido? Dicen que huyó de Cartago y que fue capturado en un escondite de Numidia. —Yo sentí deseos de soltar una carcajada—. Ahora ya nadie podrá detener a Roma —prosiguió Hamiscora.

Era bueno no ser reconocido, comprobar si el Aníbal del que oía hablar era el mismo que yo conocía. Recuerdo que un día, mientras compraba higos y dulces de sésamo en el mercado, oí pronunciar mi nombre. Era un hombre corpulento, de piernas arqueadas y piel tostada, un marinero, un armador, pensé, un recuerdo de Cartago.

—¡Aníbal, yo te conozco! Han puesto precio a tu cabeza. —Ya estaba a mi lado. Le seguían sus hombres.

—¿Y cuál es el precio que ofrecen por Aníbal? —pregunté.

—Dos mil estateras de oro por tu cadáver, cinco mil vivo y encadenado.

Era bizco, lo recuerdo, y tenía la cara picada de viruela y llena de pliegues, curtida por la sal y el sol. Yo no quería matarle. Solo quería preguntar por qué deseaba venderme como si fuera un fardo de algodón. Por dinero, sí, pero por qué quería ver muerto a Aníbal, un cartaginés como él. Quizá mi guerra le había arruinado el comercio. Yo quería liberar a Cartago de la sombra de Roma. Quizá la mayoría de la gente prefiere la sombra, la de Roma u otra cualquiera, y asegurar el pan de cada día.

Ahora sus hombres me habían rodeado.

—¿Vienes o tendré que llevarte?

No me detuve a contestar. El mercado se vaciaba y los vendedores cerraban apresuradamente sus puestos. El bizco movió la cabeza de arriba abajo. Intuí que dos de sus hombres se disponían a asirme por detrás. Rodé por el suelo doblando el cuerpo; es una vieja táctica, pero al utilizarla me parecía que se me abría el estómago. Saqué la espada y, mientras me levantaba, atravesé al hombre y después a otro, y los demás huyeron corriendo. «Ahora Aníbal ha matado a un cartaginés», pensé.

Enfundé la espada sin limpiarla. Y empezó mi deambular.

Viajé durante muchos años. Son muchos los lugares y los pueblos que he conocido. Me gustaban aquellos en los que nadie me conocía; primero,

las islas en las que pasaba solo seis o siete días, una luna, una estación. Fui a Kasos, a Karpathos y Saria, a Kalimnos, a Levitha y a Kos. Solo una vez tuve que defenderme, en la isla de Sifnos, en invierno, con lluvia.

Eran gente huraña, pobre y debilitada por la endogamia. Su dieta era tan árida como su tierra.

Yo llevaba conmigo mi oro y joyas de Cartago y me sentía inquieto al observar las miradas y oír los cuchicheos acerca del tesoro del tuerto sin nombre.

Hasta la más pequeña de las islas griegas tiene su templo, de piedra o de estacas y ramas.

Creen los griegos que sus dioses moran con ellos. Ven a sus dioses como a hombres. Esto siempre me ha gustado. En los textos de Hornero, luchan, intrigan y mienten como los mortales. Me complacía observarlo, en aquellos años de mi deambular. Mis dioses eran todavía los dioses de Cartago, dioses distantes, irreales en su perfección, lo mismo que su ciudad, pura abstracción.

El templo de Sifnos era de Artemisa, la cazadora. Compré dos ánforas y las llevé allí.

—Contienen cosas de gran valor —dije a la sacerdotisa sellando en su presencia los recipientes, que había llenado de arena y conchas, después de esconder en lugar seguro mis sacos de oro y piedras preciosas. Oí el ruido y vi las antorchas de los sifnianos que iban a llevarse lo que ellos creían mi tesoro. Mi barca estaba dispuesta. En la oscuridad, y con marejada, me fui a otra isla. Desde entonces, he mantenido escondido mi tesoro, lo mismo que mi corazón. Ahora lo que queda de él está a mi lado, en el suelo, destapado. Para Prusias, para los romanos. Un hueso para un perro.

Durante mis viajes, poco a poco, como despierta la savia, como reverdece la tierra después de la lluvia, sentí renacer el antiguo afán. La obsesión por Roma tenía en mí raíces muy profundas. Lo que ahora rebrotaba en mí, más puro y sereno, era el odio hacia Roma. ¿Dónde me hallaba? No lo recuerdo, solo sé que una mañana, antes de que entrara el viento, paseaba por una playa cuando saltó del agua un delfín, reluciente, libre. No puedo decir más. ¿Por qué desde entonces me he vendido como mercenario para luchar contra Roma? Porque había recuperado mi modo de ser y ahora era como el delfín en el agua.

En todas partes había oído hablar de Antíoco, rey de Siria que, decían, estaba construyendo un imperio que tragaría hasta a la misma Roma. Me embarqué hacia Antioquía. Había vendido mi fiel barca.

Se decía que Antíoco se ufanaba de haber encontrado una Antioquía de ladrillo y haberla convertido en una Antioquía de mármol. Era asombrosa, lo reconozco. Pero nunca me han impresionado los edificios. Me pareció que aquellos estaban hechos para brillar. Lo mismo que su constructor, el rey.

Para cruzar las primeras puertas me bastó con mirar a los que me preguntaban quién era. Yo conocía mi antiguo poder. Solo me pararon los guardias del palacio. Mi manto estaba sucio, la túnica y las sandalias, muy gastados, y las pesadas bolsas que llevaba, viejas y agrietadas.

—¡Tú! —rieron—. ¡Tú ver al rey Antíoco!

—Dile que ha venido a verle un hombre llamado Aníbal —dije al oficial.

—¿Tú eres…? —Pocos eran los que podían sostener la mirada de mi único ojo. El hombre se alejó. Poco después, era introducido en el palacio.

«Me he convertido en un nombre», pensé.

Recuerdo que anduvimos mucho hasta llegar a la sala del trono. Había en estancias y corredores un sinnúmero de cortesanos y concubinas que cuchicheaban y reían afectadamente. El rey se levantó para saludarme. Un gran honor, me dijeron. Era alto y apuesto, pero él lo sabía, y hasta llevaba corona.

—Así que tú eres Aníbal, el cartaginés —dijo en un griego amanerado. Tenía una voz atiplada y forzada.

—Sí, Antíoco, soy Aníbal. He venido a luchar a tu lado contra Roma.

—¿Así, porque sí?

—Sí, porque sí.

Nunca he sido hombre de largas conversaciones. La que siguió es la más larga que he sostenido en toda mi vida. Giró principalmente en torno a las ambiciones de Antíoco. Fuimos a la sala de mapas con sus generales, hablamos de…

El maestresala de Prusias ha venido a avisarme. El propio Prusias no se atreve, por vergüenza.

Hace ya muchas semanas que no me visita. Han llegado los romanos. Han atracado en el puerto tres trirremes. No han creído necesario enviar a toda una cohorte para arrestar a este Aníbal viejo y cansado. Sé lo que se tarda en llegar desde el puerto. Tengo tiempo de terminar mi relato, de acabar.

Antíoco me nombró almirante, no general. Él era así. Le dije que mi guerra contra Roma se había perdido allí donde nunca se libró, en el mar.

Me dio una flota. Él mandaría en tierra y yo en el mar. Su flota estaba en Tiro. Hacia allí zarpé, para traerla a Éfeso. Los romanos lo sabían. La flota de Rodas, aliada de Roma, nos atacó de improviso. Todas las naves de Rodas tenían el coruus romano, una plancha giratoria con la que nos inmovilizaron, y por la que sus soldados nos abordaron. Ahora la táctica romana era pelear en el mar como se pelea en tierra. En uno y otro elemento, aprendían e innovaban.

Yo tenía marineros, no soldados. Sacudí la cabeza y me hice a la mar, dejando cuarenta galeras en Rodas. Todas estas cosas expliqué a Antíoco, y le dije que debíamos entrenar a nuestra flota para que peleara de esta manera. El convino en ello. Siempre tenía proyectos. Me dejó en Efeso, tratando de convertir a los marineros en soldados y, entre el flamear de muchas banderas, hizo desfilar a su soberbio y rutilante ejército. Sus tropas escogidas llevaban coraza de piel de lagarto. Le dije que descubrirían que es mejor defensa el bronce contra los pila romanos.

—Ver tanto bronce me fatiga, Aníbal —me dijo—. Es más bella la piel de los lagartos.

Los romanos lo derrotaron en las Termopilas y después en Magnesia, cerca de Esmirna.

Antíoco trató de utilizar sus dorados carros de guerra en las montañas. Pidió la paz. No tuvo que decirme cuál era una de las muchas condiciones. «Aníbal, el cartaginés, debe ser entregado a Roma».

Por lo menos, Antíoco no me retuvo. Me marché tal como había llegado, aunque con capa y túnica nuevas.

Viajé en camello por Armenia. El rey Artaxias era pariente de Antíoco. Construí para él una ciudad, Artaxiata, aunque el nombre no lo elegí yo. De allí pasé a Bitinia, donde ahora me encuentro, de la que Prusias es rey. No estaba en guerra contra Roma. «Pero lucha contra Eumenes de Pérgamo, que es aliado de Roma», pensé.

Para Prusias gané mi última batalla, si batalla puede llamarse. Él tenía una flota de buenos barcos, pero no soldados. Yo le encontré soldados: muchas serpientes, víboras silbantes de jade y esmeralda que mandé meter en vasijas de barro. Zarpamos a pelear contra Eumenes sin soldados, solo con remeros que eran esclavos y jarras llenas de serpientes. Cuando los barcos se enfrentaron, las arrojamos a las galeras de Eumenes, y con serpientes ganamos la batalla.

El poderío de Roma era cada vez mayor. No obstante, yo quería seguir luchando. Me gustaban los montañeses de Bitinia. Hubiera podido hacer

con ellos un ejército y sorprender a los romanos cuando llegaran. Pero supieron de mí y de mi instrucción por Pérgamo.

—Ya lo sé, Prusias —le dije al verle llegar hace menos de un mes—. Exigen que les entregues a Aníbal encadenado. —No se lo reproché entonces ni se lo reprocho ahora—. No temas, ya soy un ave muy vieja para volar.

Roma crece. Los que la temen o la odian solo pueden subsistir a su sombra. Alcanzará su cénit. Pero hasta el sol de Roma ha de seguir su órbita por el cielo y llegar al ocaso.

Tengo que apresurarme. Que los romanos me lleven. Doy gracias a la luz y al amor que he conocido. Estoy firme en la silla. Tengo las piernas abiertas. La espalda erguida. Los pies asentados en el suelo. El puñal que ha de abrirme la garganta está preparado y afilado. No temo morir. Solo quiero retirar todas estas tablillas en las que he escrito cuanto quería deciros, para que no las manche mi sangre.

Que las sombras de los muchos muertos me perdonen. Que vea a Similce al otro lado… El río.

¿Qué hay más allá?

La vida es ilimitada e inconmensurable, un río que no cabe en cauce alguno. Yo soñé con la destrucción de Roma. No es una deshonra haber fracasado. Que los hombres piensen en mí, que recuerden. ¿Se debe mi fracaso a la hamartía? Si así es, ¿cuál fue mi trágico error? No lo sé. Aníbal ha sido un hombre, la sombra de un sueño.

EPÍLOGO

Quintus Furius Bibaculus, Coss., Pr., Aed., Tr., PL, Senatui Populoque Romano. Si valetis, bene est. Ego exercitusque valemus. In Bithyniam itinere feliciter confecto, Hannibalem Carthaginien-sem reperimus emortuum…

Quinto Furio Bibáculo… al Senado y al Pueblo de Roma. Salud. Llegamos a Bitinia sin incidentes. Encontramos a Aníbal el cartaginés, pero estaba muerto. Se había degollado. Estaba desnudo y solo. Nada indica que Prusias ni ningún otro intervinieran.

En la mesa sobre la que yacía, en el charco de su propia sangre, encontramos muchas tablillas.

Están escritas en griego y parecen una crónica. Había ropas en la habitación, el puñal con el que se suicidó y una espada. También barras de oro marcadas con un escorpión, joyas y piedras preciosas en el suelo, a la vista.

No esperaba encontrar a un hombre tan viejo y desagradable. ¿Puede haber sido este el enemigo de Roma? Aquí el calor es muy fuerte. El cadáver se pudrirá pronto. Como sé que no concederéis a Aníbal el cartaginés los ritos de las exequias, mandaré arrojar su cuerpo a las cloacas.

Después tomaremos varios rehenes por haber dado asilo a este Aníbal, de acuerdo con lo ordenado, y regresaremos a Roma.

APOLOGÍA

Para escribir esta novela me he servido de las fuentes clásicas sobre la vida y la época de Aníbal que se han conservado. Polibio, Livio y Apiano son las principales. Las biografías plutarquianas de Fabio Máximo y Claudio Marcelo me han sido útiles, al igual que el «Amílcar» de Cornelio Nepote, y Diodoro Sículo. La epopeya Púnica, de Silio Itálico, es material espléndido, aunque estoy de acuerdo con el juicio de Plinio, maiore cura quam ingenio, que es más notable por su esfuerzo que por su ingenio. El Pequeño cartaginés de Plauto es revelador. Sin embargo, todos estos autores son romanófilos, algo que difícilmente cabría decir de Aníbal. De la cultura que lo engendró sabemos poco, a pesar de obras como Carthagede B. H. Warmington, Carthagede Serge Lancel o el Hannibalde Gavin de Beer. Los romanos sabían hacer las cosas bien, y Cartago es solo un recuerdo.

El profesor Michael Whitby me ha salvado de varios errores. Si, en contra de sus consejos, suscito la polémica por suponer que Aníbal conocía las Efemérides de Alejandro, tanto mejor. Si los doctos en la materia protestan por mis especulaciones cartográficas, los remito, ínter alia, a Las nubes de Aristófanes, 200 ss. Si les parece improbable la indisciplina aparente en la violación de Similce, los remito a los motines que Escipión tuvo que afrontar en Hispania o a la conducta de Pleminio en Locri.

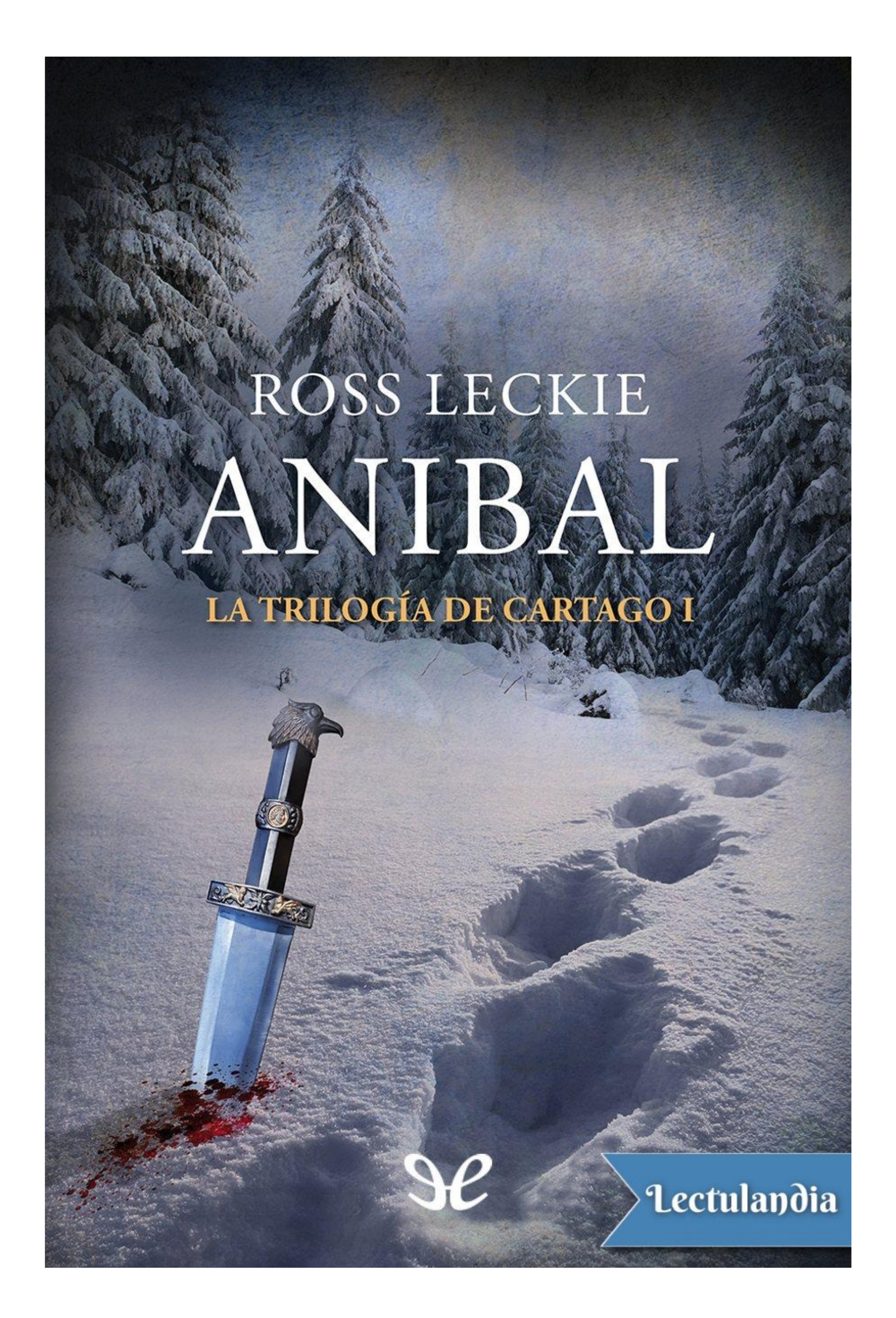
Creo que el ejército de los primeros tiempos de la República romana no era el ejército de después de Mario.

Me he tomado con la historia otras libertades que, en general, se permiten los novelistas. Si he contribuido a hacer más comprensible la figura de Aníbal, satis superque, basta y sobra.

Doy las gracias al Scottish Arts Council, cuya beca me ha permitido terminar este libro; a los muchos amigos que me han animado; a mis padres por su apoyo constante, y a Canongate por su diligencia y esmero.

Ross Leckie
Edimburgo, julio de 1995.




ROSS LECKIE
ANIBAL
LA TRILOGÍA DE CARTAGO I
Lectulandia